3 1761 09373065 3

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

LIBRERIA UNIVERSAL
E. GARCIA RICO
DESENGAÑO 29 MADRID

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

C: 1° 27 P. 2a

OBRAS DE SILVELA.

22

LS
S5876

OBRAS POSTUMAS

DE

D. MANUEL SILVELA

LAS PUBLICA, CON LA VIDA DEL AUTOR,

SU HIJO

D. FRANCISCO AGUSTIN SILVELA.

TOMO I.

MADRID: 1845.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO,
CALLE DEL SORDO NÚMERO 11.

459594
19. 3. 47

ADVERTENCIA.

El editor de las obras de don Manuel Silvela no intenta, en esta primera página, prevenir favorablemente el juicio del lector. Conoce demasiado cuan ineficaces son, cuando no perjudiciales, semejantes precauciones; y sabe ademas que el público ilustrado no tiene obligacion de ser indulgente: ni puede ni debe ser mas que justo. Esto no obstante, ha creido necesarias algunas ligeras esplicaciones.

Entre las composiciones que se insertan en esta coleccion, algunas habian sido publicadas anteriormente, si bien fuera del reino; y por este y otros motivos eran de pocos conocidas. Las restantes salen á luz ahora por primera vez.

En cuanto á las ya publicadas, pensaba el autor reverlas, corregirlas, darlas la última mano. Desgraciadamente su vida, corta, llena de penalidades y de afanes, no le permitió realizar su pensamiento; y por eso aparecen hoy con un grado de perfeccion inferior al que él mismo hubiera podido darlas.

Por lo que hace á las inéditas, no las dejó preparadas para la imprenta. Las mas de ellas se han hallado en borrador, y esparcidas entre papeles de familia ó de negocios. Consideraba sus producciones como meros pasatiempos, dignos

solo de ocupar por instantes la atencion de un reducido número de amigos íntimos.

Debe, por último, tenerse presente para juzgar con imparcialidad y acierto, la época de cada una de las composiciones. Varias de ellas cuentan de fecha veinte á veinte y cinco años, y algunas pasan de treinta. En sus *Cartas* y en *El Reconciliador*, por ejemplo, se propuso contribuir á encaminar hácia el bien, situaciones políticas de la anterior época constitucional; y en *El Doctor*, satirizar el escolasticismo, los vicios de la enseñanza en nuestras universidades. Han variado los tiempos, se han alejado de nosotros los acontecimientos; y por solo esto, las obras que hoy se publican han debido perder aquella parte de mérito que es esclusivamente de circunstancias. Por fortuna, aun descontando el interés del momento, el de los accidentes de tiempo y lugar; aun rebajando de su mérito el de circunstancias, les queda todavia lo bastante para que sean leidas con fruto. ¡Y pluguiese al cielo que las censuras que el autor pronuncia, que las críticas que hace y los consejos que dá, careciesen ya totalmente de objeto y de oportunidad!

D. MANUEL SILVELA

entre los Arcades de Roma

Logisto Cario.

NOTICIA

DE LA VIDA Y ESCRITOS

DE DON MANUEL SILVELA.

Don Manuel Silvela nació en Valladolid en 31 de octubre de 1781. Sus padres don Francisco Silvela, y doña Micaela García de Aragon, eran naturales, vecinos y del comercio de aquella ciudad, muy apreciados por su honradez y escelente trato.

A la edad de seis años, y por fallecimiento de su padre, su tio, hacendado y comerciante en Avila, le llevó á su lado; y allí recibió la primera enseñanza bajo la direccion de don Lorenzo Luengo, y aprendió la latinidad con el acreditado profesor don Vicente Fernandez de Cisneros, con tanta aplicacion y aprovechamiento que, en los certámenes celebrados ante el ayuntamiento de aquella ciudad, segun se acostumbraba, mereció la nota de sobresaliente. Desde entonces empezaron á descubrirse en él aquellas disposiciones ventajosas que la naturaleza le habia prodigado, y que desenvuel-

tas y fortificadas por la educacion debian hacer brillar mas adelante al filósofo y al hombre de estado. Su fisonomía habia dejado de ser hermosa por el estrago que en ella hicieron las viruelas; pero conservó, y se aumentó despues, una estraordinaria movilidad y facilidad de espresar, que revelaban su viveza y su penetracion. Era de notar en toda su persona cierta gentil gallardia que anunciaba una alma dispuesta á la elevacion, y que comenzaba ya á sentir su propia superioridad. Carecia el tio de las dulzuras y obligaciones de la paternidad; y no fué mucho que, advirtiendo el conjunto de dotes singulares que adornaban á su sobrino, se aficionase á él primero, y le amase despues tiernamente.

Tan indelebles son las impresiones de la infancia; tan tiránico el imperio de la primeros ejemplos, de los primeros hábitos, que tal vez debamos considerar indestructibles sus efectos: forman aquellas impresiones como el molde en que vienen á vaciarse sucesivamente todos nuestros juicios, y á determinar, en la mayor parte de los individuos, la índole, el carácter moral que cada uno manifiesta en el variado curso de la vida. Por eso no debo yo dar al olvido la buena suerte que cupo á Silvela de pasar algunos años de su infancia al lado de su tio don Jacinto García de Aragon. Era este un varon respetable por su gravedad y prudencia; distinguíase por sus sentimientos benéficos y religiosos, por su singular piedad y por su amor el trabajo: de mas que regulares luces y de cuantiosos bienes de fortuna. A la ternura con que amaba á su sobrino correspondia este: esmerábase en complacerle, y á pesar de la diferencia que la edad debia establecer en los gustos de entrambos, gozaba en acompañar al anciano, en distraerle y hacerle gratos los ócios que aun al hombre

mas laborioso deja siempre la vida retirada de provincia, sobre todo en aquellos periodos de los siglos y puntos de la tierra en que parece haberse estancado el movimiento de la inteligencia y de la perfectibilidad humana. No estaba exento, ni podia estarlo, el venerable anciano, de alguna de las preocupaciones de su tiempo; y entre otras fué la de no consentir que su sobrino aprendiese el francés por temor de que hallase en aquel idioma mas ocasiones de pervertirse que medios de ilustracion. Ni era esto muy de estrañar si se repara en el desenfreno de la escuela filosófica y del espíritu aventurero de reforma en el vecino reino á mediados y fines del siglo pasado, unido al sentimiento pavoroso que infundian las catástrofes horribles de la revolucion francesa. La providencia parecia haber destinado al niño á adivinarla en sus arcanos, al ver el empeño que formó en adquirir el conocimiento de una lengua que debia serle, ya hombre, mas que útil, necesaria en la hora de la desgracia. Aprendió, pues, el francés á escondidas de su tio, de sus amigos y familiares, sin maestro y casi sin libros; pero como le pesase aquel secreto para con su segundo padre, á quien nada ocultaba, decidióse á confesar su culpa. Gustaba don Jacinto de oirle leer por largo rato, al reg reso del paseo y despues de concluido el rezo de la tarde ¿Qué tienes? le dijo un dia: no lées con aquella escesiva velocidad que acostumbras. ¿Estás indispuesto, hijo mio? El niño se arrojó á sus brazos mostrandole el Telémaco en su original.

Cursó en la universidad menor de Avila filosofia, un año de lugares teológicos, y tres de teologia; y asistia ademas sin obligacion, y llevado solo de su ánsia de saber, á las lecciones que se daban en el entonces afamado colegio de mon-

ges de San Gerónimo. Mas de treinta años despues se conservaban aun en Avila tradiciones de su agudeza y laboriosidad. Mil y mil veces intentaron sus condiscípulos y catedráticos apurar la estension de su memoria y talento: ni las largas columnas de la *Suma* y del *Mtro. Cano* bastaron á poner á prueba la primera, ni en tortura al segundo los sutiles raciocinios de la forma socrática, á la sazon tan en voga.

En el año de 98 falleció su tio; y este fué el primer golpe que vino á afligir su sensible corazon, para el que estaban reservadas innumerables amarguras. Regresó á Valladolid á casa de su madre, á quien venia á ver por vacaciones, y á quien profesaba un cariño tierno y respetuoso.

Como los tres años de filosofia, que habia estudiado en Avila, fuesen solo aplicables á la carrera eclesiástica, y no hubiese cursado filosofia moral, necesaria para seguir la de leyes, solicitó y obtuvo Real provision del consejo, en que se le dispensó el referido curso, prévio exámen que sufrió en la universidad de Valladolid. Por los años de 1799, al 1806, probó y ganó los necesarios de leyes y cánones; se graduó de bachiller á cláustro pleno, cuando todavia era tan sério, severo y difícil el exámen para obtenerlo que pocos aspiraban á él en cada curso; se distinguió en los gimnásios y academias de que fué individuo; obtuvo en todos sus egercicios el famoso *nemine discrepante*; y concluyó con estraordinario lucimiento su carrera en 4 de enero de 1808.

Se vé, pues, que su educacion intelectual no pasó de la que se daba entonces en España á los jóvenes de su clase; siendo por tanto muy de admirar que, falto de medios de una instruccion sólida y general, luchando con la dificultad de tener que olvidar buena parte de lo aprendido, y de apren-

der mucho mas de lo enseñado, llegase á adquirir, en tan temprana edad, la madurez de juicio de que dió pruebas en el primer destino que desempeñó, y aquellos conocimientos amenos, variados, nuevos, del todo estraños á su profesion, de que en breve iba á hacer útil alarde. Porque, si bien á fines del siglo pasado, empezaba ya la enseñanza de las universidades á ser dirigida con alguna mayor ilustracion y acierto, aun no habia sacudido el yugo de rancias preocupaciones, ni despojádose de sus resabios y mal gusto: movimiento aquel de progreso que no ha sido bastantemente continuado para no dejar algo, y aun mucho que desear en nuestros dias. Fuera de las universidades existian sí focos de luz, reuniones en donde el gusto iba primero depurándose, y despues difundiéndose; y entre estas, y por lo tocante al Norte de España, es digna de ser citada la academia llamada de San Cárlos en Valladolid, que presidió y dirigió con esmero el célebre jurisconsulto don Lucas Gomez Negro.

Faltábanle á Silvela varios años para poder recibirse de abogado, cuando casó con doña María de los Dolores, hija de don Tomas Blanco, hacendado y comerciante, en cuya casa se juntaba una reunion bastante numerosa y escogida; y aunque por entonces vivia, y continuó viviendo, en compañia de su madre, no dejó por eso de sentir la obligacion en que se hallaba constituido de levantar las cargas anejas á su nuevo estado. Apresuróse, pues, á darse á conocer, consiguiéndolo sin notable esfuerzo. Como individuo y secretario de la sociedad económica de amigos del pais, contribuyóen gran manera á los progresos de las escuelas de primeras letras, y á varias mejoras en la agricultura y en la industria, de cuyas secciones fué presidente por nombra-

miento de la misma sociedad. Prestó otros servicios en comisiones de interés local. Substituyó en varios años las cátedras de volúmen y de código; y al tiempo mismo llevaba el peso del estudio del afamado abogado de aquella chancilleria don José Morales y Arnedo, que confiaba á su direccion pleitos difíciles, y firmaba gustoso sus escritos; despachando tambien y simultáneamente no pocos negocios de don José Diaz de Lavandero, otro letrado de no menor crédito que Morales.

Era ademas condiscípulo y amigo íntimo del entonces joven aventajado y, andando el tiempo, sabio y digno prelado don Manuel Joaquin Tarancon; y seguia trato amigable y familiar con cuantos descollaban en cualquiera de los diversos ramos del saber. Y por estas relaciones, por su crédito en el foro aun antes de poder ejercer, por su facil ingenio y fogosa imaginacion, llegó á verse, por decirlo asi, al frente de la juventud castellana que debia representar uno ú otro papel en el drama sangriento que muy de antemano habian preparado á España la arbitrariedad de los monarcas, con escepcion de algun reinado, el desconcierto de sus gobiernos, y cuya ejecucion precipitó rápidamente la escandalosa corrupcion de la córte, la causa del Escorial, la entrada de las tropas francesas, la abdicacion de Cárlos IV y cuantos acontecimientos señalaron los últimos desastrosos meses de 1807, y primeros de 1808. Y en vano hubiera luchado con el destino para no comprometerse; que en esto preciso es convenir con un apreciable escritor contemporáneo «que «desgraciadamente, en épocas de revoluciones, el talento, «lejos de ser garantia contra su empuje, es lo primero que «en su torrente se vé arrebatado. Las inteligencias supe-

«riores, añade, se aislan en vano de los negocios públicos: «los grandes sucesos vienen á llamar estrepitosameute á las «puertas de su soledad; y si una mudanza pasa y las oscu- «rece y arrincona, otra viene que á su pesar las arrebata y «compromete.»

No me he propuesto justificar la conducta de los que, en aquella tempestad deshecha, creyeron salvar la nave del estado obedeciendo á un poder que solo y únicamente á sucesos milagrosos estaba reservado derrocar. Cuenta esta tésis ya célebre ilustres defensores; y su dilucidacion no escita hoy el vivo interés que veinte ó treinta años atras. Somos ya posteridad para aquellos acontecimientos: mas frios, mas serenos que nuestros padres, podemos ser mas imparciales; y dejar de confundir, como confundieron ellos, las alevosias y bajezas con los errores de opinion, con nobles hechos que, en campos opuestos, merecian igualmente gratitud y buena prez. Cumple solo á mi propósito apuntar las causas accidentales que, en medio de una disolucion completa de todos los elementos del órden social y político, en aquella imágen del caos, pudieron determinar la resolucion que al fin abrazó el jóven Silvela.

La posicion que ocupaba, su importancia personal, su conocimiento de la lengua del invasor, hicieron en un principio necesarias sus relaciones, no voluntarias, con los generales y autoridades francesas. A poco, su amigo el marqués de Aravaca fué nombrado intendente de Valladolid por el gobierno de José Napoleon; su maestro de práctica el licenciado don Francisco Diaz de Lavandero, ministro de aquella chancilleria; su compañero don Fermin de Salas contador de provincia; don Antonio de Beraza, que ejercia sobre él

cierto imperio por su edad, sus luces, y genio dominante, director general de correos. Añádase á esto otra circunstancia, otra coincidencia meramente casual, pero decisiva. En aquel tiempo no se podia ejercer la profesion en Valladolid, aun despues del recibimiento, sin incorporarse en el colegio de abogados, reducido á cuarenta plazas de número. Se proveian estas en cada vacante por su junta de gobierno; y aunque Silvela habia pretendido varias, ora fuese por falta de buenos empeños, ora porque manteniéndole en aquella situacion de inferior sacaban otros partido de sus talentos, no pudo conseguir ninguna. Por lo qué, reunido con otros jóvenes que se hallaban en el mismo caso, recurrió al gobierno solicitando su admision en el colegio; ó que, derogándose el sistema restrictivo, se permitiese egercer la abogacía á cuantos se considerasen en estado de poderlo hacer con honra de la clase y provecho propio. Con objeto de activar la resolucion de esta solicitud vino en mal hora á Madrid en 1809, adonde le habian precedido noticias favorables á su despejo y conocimientos: concepto que lejos de desvanecer ó deslucir con su presencia, acrecentó considerablemente; y tanto que no tardó en verse buscado, atendido y alhagado por altos empleados públicos. Negósele lo que deseaba y pedia con repetidas instancias..... Cerrábasele, por ventura de intento, una puerta al mismo tiempo que se le brindaba con cuanto era capaz de seducir su incauta juventud... aceptó á los 27 años una plaza de alcalde de casa y corte.

Desde esta época azarosa, escollo de almas menos elevadas que la suya, empieza á ser verdaderamente grande. «En otras circunstancias, dice en una de sus cartas, he sa-«crificado á mi patria toda mi sensibilidad. Pudiendo con

ventaja permutar mi situacion por otra, preferí mantenerme en la mas contraria al temple de mi alma, y consentí que las ingratas ocupaciones de mi destino desgarrasen á todas horas mis entrañas, dividiendo con mis compañeros el placer de sustraer al furor militar el mayor número posible de víctimas.» Vivíamos en la calle del Duque de Alba. ¡Cuántas veces le ví, al volver del tribunal, pálido, trémulo, desencajado y sin fuerzas para apearse del coche y subir la escalera de su casa! Cuando esto sucedia, cuando sin llamar á sus hijos para prodigarles tiernas caricias, se dejaba caer en el lecho casi exánime, señal era indudable de que sus esfuerzos no habian alcanzado á salvar alguna víctima. Fueron no obstante infinitas las que consiguió arrancar al patíbulo. Agradecíanselo los madrileños: concurrian á su casa los mas decididos patriotas; y en las calles, en las plazas, entre la multitud confundido, bastábale su nombre para su seguridad. Los procesados por delitos políticos formaban empeño en que instruyese y fallase sus causas. Vióse el caso de que parientes muy cercanos de los reos, que habian venido á la córte para gestionar su libertad ó atenuar al menos el rigor de las leyes del conquistador, se despidiesen del juez en estos ó semejantes términos. «Ya nada tenemos que hacer aqui: vd. ha de instruir el sumario y fallar.» Corren aun de boca en boca en Madrid, cuando de aquellos calamitosos tiempos se trata, relaciones circunstanciadas de infinidad de ocasiones, de trances, en que dispensó á los encausados, ó á los que iban á serlo, señalados favores.

No sin compromisos, y tal vez graves peligros, seguia una conducta tan humana; y muy distante estaba de creer que obrando asi, perjudicase á la causa que habia abrazado,

y que, con error ó sin él, juzgaba ser lo mejor: asi, y solo asi, creia sustentarla bien. Y no le engañaban los leales instintos de su corazon: la violencia, *recurso incierto, y mas que incierto peligroso*, segun la feliz espresion de un esclarecido escritor de nuestros dias, no ha servido jamás para consolidar ningun órden de cosas; ni el cadalso ni las persecuciones, con menosprecio de la opinion y de los sacrosantos fueros de la humanidad, suplen por largo tiempo á los medios de gobierno.

Los denodados y tenaces esfuerzos de la nacion por salvar su independencia, obra á un tiempo del noble orgullo español, del sentimiento religioso hábilmente escitado, y cruelmente dirigido, y de las virtudes cívicas llevadas á lo mas alto del sublime heroismo; coincidiendo con reveses y descalabros de mayor monta sufridos en el Norte de Europa, socavaron los cimientos de la nunca bien asegurada dominacion francesa en España; y al cabo, en 13 de agosto de 1812, la córte y las tropas de José Napoleon evacuaron á Madrid. No es para contado el frenesí de los madrileños al contemplarse libres de un yugo aborrecido; y en el engreimiento del triunfo, al querer tomar satisfacion de ultrages y hondos agravios, volvieron los ojos hácia los ausiliadores de aquella dominacion. Diéronse entonces decretos de circunstancias contra los *afrancesados* y sus familias: fijáronse bandos y dictáronse providencias severas; y el desapiadado populacho usurpó no pocas veces los derechos de la justicia en las personas de los que no acertaron á huir ó á esconderse. Pues bien: en aquellos dias angustiosos para los que habian servido al gobierno de José; en aquellas terribles horas de exaltacion y desenfreno de las pasiones, recibió Silvela el

galardon debido á sus virtudes. ¡Raro ejemplo en la historia de la humanidad! ¡Hecho grande, insigne, que tanto ó mas honra si cabe, al pueblo que asi supo dominarse y distinguir el mérito, que al hombre que era objeto de sus demostraciones de aprecio! Cuando fiel á sus compromisos se disponia á marchar á Francia, se llenó su casa de gente de todas condiciones para impedir su salida; y personas de las mas notables en el nuevo órden de cosas le exhortaron vivamente á que permaneciese, y aun se lo rogaron con repetidas instancias; asegurándole que, lejos de tener que temer, la templanza y la justificacion con que se habia conducido no quedarian sin recompensa. Y en aquellos mismos dias, en la Gaceta de Madrid, la vez primera que se habló de la dominacion francesa, se publicaba lo siguiente. «Al lado de la policía se levantó un tribunal sanguinario bajo el nombre de «Junta criminal: jueces ineptos y crueles dirigidos por un «infame decreto escrito con sangre humana, parcialidades, «sobornos, y cohechos; tal era el cuadro que ofrecia. En «esta Junta se sentenciaba indistintamente á pena capital al «que leia los mismos papeles que los franceses estractaban «en sus gacetas, y al Empecinado cogido prisionero en buena «guerra, dando al primero el nombre de espía, y apellidando «al segundo asesino ó ladron cuatrero. ¡Ah! *Cuán doloroso «debe sernos que la humanidad del incauto juez* SILVELA *es«tuviese confundida con la tiranía de los F. as y de los C.... «dos.»* (1)

(1) Gaceta de 25 de agosto de 1812, que trae estos nombres con todas sus letras: la quinta que se publicaba en Madrid. Las anteriores no contienen mas que la relacion, con todos sus pormenores, de la salida de las tropas enemigas, y la entrada triunfal de las nuestras. Jamás mi buen padre hizo uso de este documento en que su elogio iba envuelto con la censura de sus compañeros de

Llevó Silvela á la emigracion á su anciana madre, su esposa y tres hijos de tierna edad. Los años de empleado y los viages habian consumido todo su patrimonio; viéndose reducido, desde los primeros momentos, á buscar el sustento de su familia en su trabajo; y aun en uno de aquellos casos de apuro, se resolvio á adquirirlo, sin que llegase á suceder, con el sudor de su frente y el esfuerzo de sus brazos. Infundíale aliento su confianza en la divina providencia; y el sentimiento de sus propias fuerzas, la tranquilidad de su conciencia, la fortaleza, el cariño, el talento de su digna compañera doña María de los Dolores, le sostuvieron en los primeros pasos; y le dieron consuelo al corazon, brio á las manos. Tan resignado se mostró en la adversidad como humano, compasivo y tolerante habia sido al ejercer un mando que apenas reconocia límites. El infortunio fué para él una nueva escuela de virtudes: fué la adversidad que enseña, no la que exaspera ó envilece. Por fortuna suya otro emigrado, don Ramon Pazuengos, habia comprado la hacienda llamada Saint-Bris, á tres cuartos de legua de Burdeos: pidióle que le permitiese llevar á ella á su dilatada familia; y en aquel retiro, en aquella soledad, pasamos los dos primeros años del destierro. Mi padre iba á pié todos los dias á la ciudad á dar lecciones de español de casa en casa por sesenta

infortunio. Ni aun lo reveló á sus hijos. Yo tuve despues conocimiento de su existencia: lo busqué y lo hallé entre los papeles de aquella época, en la biblioteca de San Isidro.

A esta estimacion, á este aprecio singular que los hombres imparciales dispensaban á mi padre, debo la benevolente acogida con que he sido honrado y favorecido al regresar de larga espatriacion. Su nombre, sus virtudes, el recuerdo de sus beneficios, han sido mi ángel tutelar en los primeros pasos de mi vida pública: *hijo de Silvela*, era para mí en todas partes, y particularmente en Madrid, un título de recomendacion, antes que yo hubiese tenido tiempo y ocasiones de imitarle en lo que me ha sido posible.

reales mensuales: volvíase por la tarde lleno de placer, y nosotros le salíamos al encuentro álos confines de la posesion; y abrazados con él, ó asidos de su mano, entrábamos en el reducido aposento que habia tomado para sí y su familia, pudiendo disponer de todas las habitaciones de la casa. Allí, y durante las largas veladas de invierno, echó los cimientos de nuestra educacion intelectual y moral; alli, proscritos, como abandonados del universo entero, reducidos á la escasez y á privaciones, allí nos enseñaba mi padre á amar al pais, á bendecir la mano de Dios aun cuando se muestra mas pesada, á confiar en su bondad infinita..... allí nos hizo religiosos y españoles. En los dias festivos, y en los instantes de que podia disponer en los no feriados, nos hacia sentir y saborear las bellezas de Horacio y de Virgilio, inspirándonos amor al trabajo como medio seguro de huir del vicio y de adquirir reputacion y bien estar.

Tuvo, no obstante, momentos de desaliento: fué hombre y pagó su tributo á la flaqueza humana. Bastábale su conciencia para tranquilizarle ante Dios: sobrábale prudencia y cariño para no dejar traslucir sus padecimientos, para no sembrar la tristura y la desconfianza en los tiernos corazones que formaba; pero la idea de ser honrado y no á todos parecerlo, amante hasta la idolatria de su pais, y aparecer como su enemigo, le perseguia y atormentaba sin cesar. En uno de aquellos instantes de amargura exhaló sus quejas sin testigos; sus ojos debieron humedecerse al trazar estos renglones:

¡Hado fatal que de la dicha mia
Enemigo cruél te has declarado!
¿Será tal vez, que inexorable y fiero,

A eterno padecer con furia insana
Mi triste corazon has condenado?
¿Será que nunca de la dulce patria
Al seno vuelva, y los placeres goce?
¡Injustamente amancillado el nombre....!
¡Pobre por mi virtud y desterrado:
Estrangero á los pueblos, donde habite
En espantosa soledad sumido....!
¿Que es de mí? ¿Que es de mí? ¡suerte inhumana!
¡Ciega deidad que los destinos reglas!
Si asi del bueno la justicia oprimes
¿Que es la virtud entre los hombres?.... nada.

No tardó en darse á conocer. Apreciáronle y le admiraron cuantos leian en su alma, cuantos observaban su conducta; y bien pronto su trabajo empezó á ser mas que suficiente para cubrir las necesidades de su familia. En estado ya de poder satisfacer el alquiler de una habitacion, se trasladó á Burdeos; pero antes acaeció venir á verle á Saint-Bris un amigo querido, un condíscipulo, y le pidió algun socorro para emprender su viage á España: no era de los comprendidos en el articulo 1.° del decreto del 30 de mayo. Mariquita, dijo, dirigiéndose á su esposa ¿cuánto tenemos? unos cuatrocientos francos, fué la contestacion, Ah! pues entonces podemos dar doscientos á Manuel.... parecíale lo mas sencillo, lo mas natural, entregar á su amigo la mitad de cuanto poseía; y en que situacion!

Fué toda su vida tan estremadamente generoso como en este rasgo se pinta, y en otros muchos que pudieran referirse; hasta un punto que parecia inconciliable con los deberes

de un gefe de familia, y sin que consiguiese inficionarle la atmósfera corrompida y pestilente que respiraba en las plazas de comercio en que vivió, y en donde, mas que en ninguna otra parte, el egoismo levanta erguido su cabeza, y nuestro siglo se apellida asi mismo positivo.

Por este tiempo adquirió las primeras relaciones, que el trato convirtió en estrechísima amistad, con otro refugiado respetable por sus luces y su acrisolada honradez, don Pablo Mendivil, dedicado tambien á la enseñanza de la lengua castellana. Entrambos sintieron la necesidad de una obra que les sirviese de texto, y presentase el conjunto de lo mas florido de nuestros buenos autores; y en 1819 publicaron la *Biblioteca selecta de literatura española,* que ofrece, en efecto, un dechado de lecciones acabadas; y que supone en los editores, reducidos casi á sus reminiscencias, mas que regular erudicion y delicado gusto. Pertenecen en aquella coleccion esclusivamente á Silvela el *Discurso Preliminar y las Notas históricas*: á saber, todo lo que no es copia. El lector juzgará del mérito del primero de estos escritos, que hubiera servido de base para otro mas fundamental, si al autor le hubiera alcanzado la vida. «Para que este trabajo (habla de su retórica y poética) venga á completar un curso de literatura, pienso publicar unidamente con él, y con el título de *Compendio histórico crítico de literatura castellana* el discurso preliminar de la *Biblioteca selecta* que dí á luz en Burdeos en 1819; refundiendo en él las notas históricas ó noticias biográficas de los escritores clásicos prosadores y poétas; enriqueciéndole con hechos y observaciones, que ni entonces permitia el género de la obra, ni la premura con que le trabajé; corrigiendo y enmendando los errores de to-

da especie que once años mas de tareas y meditacion me hayan hecho descubrir, ya en la inmensa multitud de los hechos que contiene, ya en las opiniones, teorías ó censura crítica que allí pronuncié; y añadiendo en fin, para completar el cuadro de nuestra literatura, la parte dramática, entonces omitida por no hacer demasiadamente voluminoso el citado discurso, y sobre todo, porque esperaba la historia de los *Orígenes del teatro Español* de mi nunca bien llorado amigo.»

En el año de 1820 se publicó en Paris, bajo otro nombre, el *Elogio fúnebre* de un célebre ministro de estado español, que no era en el fondo mas que un trabajo encargado á Silvela en 1817, cuyo original conservo. Razones que me han parecido fundadas me deciden á no comprenderle en la coleccion de sus obras, como hubiera podido hacerlo despojándole de las adiciones que están muy distantes de aumentar su mérito; pero ya que, por ahora, no haya de ver la luz pública, séame licito al menos trasladar aquí lo indispensable para dar una idea de la entonacion y colorido de aquel elogio. «No negaré que la amistad ha puesto la pluma en mis manos, que el reconocimiento la dirije; y que estas pocas páginas que consagro á la memoria de don Mariano Luis de Urquijo son, mas bien que otra cosa, un desahogo necesario á mi sensibilidad oprimida. ¿Perderá por eso algo en mis manos la imparcialidad de la historia? No: el primer amigo de Sócrates podia ser su mejor historiador: tal es el privilegio del justo. Su historia hace su elogio, y este resulta de su historia: el panegirista y el historiador se confunden en tal caso. Jamás la severa crítica habria rehusado el testimonio del primero, si la adulacion y la bajeza no hubiesen tomado la

máscara del celo de la justicia, del amor á la virtud; y si hombres venales no hubiesen hecho de sus talentos un vergonzoso tráfico divinizando la estupidez y el crímen..... Si los sistemas absurdos de una moral perniciosa no hubiesen viciado entre los hombres la rectitud del juicio; si errores funestos no les hubiesen hecho adoptar ideas equivocadas sobre el verdadero mérito, la celebridad hubiera sido patrimonio esclusivo de aquellos hombres que, poseidos del deseo de ser útiles á sus semejantes, parecen no haber existido para sí propios un solo momento; de aquellos que han consagrado su tiempo y sus vigilias al estudio del hombre, á la investigacion de los medios que en la complicada máquina de la sociedad pueden hacer su felicidad, y que por colmo de generosidad han mostrado todo el desprendimiento de la virtud en derramar entre sus conciudadanos las luces que adquirieron, y toda la energia de su alma en arrostrar los peligros, en romper las cadenas de las preocupaciones, y en hacer adoptar las verdades sublimes que no pudieron sustraerse á su laboriosidad constante, y á la perspicacia de su genio creador.»

En este mismo año de 1820, como es de todos sabido, estalló en España la revolucion, restaurándose el gobierno representativo, y modificándose notablemente las disposiciones que alejaban del pais natal á infinidad de familias; mas ya por entonces habia fundado Silvela en Burdeos un establecimiento de educacion para españoles y americanos, y contraido con los padres de los alumnos compromisos que no le era dado eludir, y mucho menos romper en breves dias. Para satisfacer por su parte á la deuda del patriotismo y del honor bien entendido, y entretanto que se disponia á volver, dirigió su

voz á sus conciudadanos por medio de sus *Cartas de un refugiado*, que se imprimieron en aquella ciudad y en Vitoria.

Por este tiempo tambien, y cuando por primera vez se marcaron entre nosotros los partidos políticos; cuando se sembraron aquellos ódios y crueles resentimientos en que habiamos de abrasarnos, poniendo en inminente peligro la causa de la civilizacion, ódios y rencores hoy por desgracia mas encarnizados que nunca, escribió el *Reconciliador*, y lo remitió á Madrid con encargo y súplicas de que se representase, si de la escena lo juzgaban digno los inteligentes. De intento, y no de otra manera, se omite en este lugar el mas ligero aprecio de esta notable produccion, de la anterior y de las demas que los literatos y eruditos van á tener ocasion de conocer y de juzgar por sí mismos. El que estas líneas escribe, que en poco ó nada presume ser entendido, se conceptúa incompetente para censurar las obras del ingenio; y aun cuando de ello se creyese capaz, en este caso, por su predisposicion favorable, temeria carecer de la imparcialidad que hace apreciable toda clase de juicios.

Llegó por fin para Silvela la época mas feliz de su vida. Veia á su familia gozar del fruto siempre creciente de su laboriosidad: veíase asi mismo apreciado de una manera singularísima por los españoles residentes en Burdeos, y por cuantos naturales de aquel reino tenian relaciones con él. Y para colmo de su dicha, resolvió Moratin venirse á su lado y vivir en su propia casa.—« Desde Bayona, cuenta, me escribió Moratin consultándome lo que haria, manifestándose decidido á no ir á Madrid, centro entonces de discusiones políticas á que nunca tuvo aficion, y que en sus últimos años apenas podia sufrir; y mostrándose

dudoso entre Bilbao y Burdeos, ciudad que le agradaba mucho, y que reunia la ventaja de ser la de mi residencia. Yo le contesté lo que era de esperar de mi amistad, y lo que, por otra parte, me pareció debia convenirle mejor. Le dije que puesto que no necesitaba sino de un amigo y de sosiego, Burdeos satisfaria completamente á estas dos condiciones, mientras que Bilbao no le convidaba con ninguna de ellas; pues ni allí tenia el amigo, ni podia esperar que en las ciudades de provincia dejasen de refluir las agitaciones de la capital. En vista de mi contestacion se vino inmediatamente á Burdeos.» Habíanse conocido desde 1811; y he aqui como refiere mi padre el principio de su trato. «En estas aciagas circunstancias empezaron nuestras relaciones que la familiaridad y la convivencia elevaron al fin á un cariño verdaderamente fraternal, á toda la idolatria de la amistad, si bien por mi parte con aquella mezcla de veneracion y de respeto que se debia á sus años y á la superioridad de sus talentos. El vínculo que nos unió fué la simpatía de sentimientos, y la ocasion que empezó á darnos intimidad, tan noble que no puedo resistir al deseo de publicarla. Nos habiamos conocido por casualidad en el Prado; y aunque Moratin era hombre tardo en conceder su estimacion, bastaron para que me honrase con la suya, pocas conversaciones, reunidas, como me refirió despues, á la opinion de humano con que en la efervescencia de las pasiones me distinguió el vecindario de Madrid.»

«Ejercia yo las funciones de alcalde de córte y de individuo de la Junta criminal, tribunal monstruoso á juzgar por la ley de su bárbara organizacion; pero que sin em-

bargo, en aquellos tiempos de calamidad, fué una transacion utilísima que sustrajo al furor militar un sin número de víctimas, viniéndose á perder la ferocidad de la ley (á escepcion de una que otra aciaga combinacion) en la suavidad de las manos que la aplicaron. Moratin, que no fué nunca á casa de un ministro á pedirle nada, vino á la mia diferentes veces para interesarse por los desgraciados que sus opiniones habian comprometido. Con este motivo yo leí en su corazon, él leyó en el mio, y fuimos amigos. ¡Cuántas veces, en nuestras conversaciones, discurriendo sobre el estado de los negocios públicos, deplorando juntos la suerte de los pueblos, los desórdenes y males de la rapacidad militar, las funestas consecuencias de la ambicion, ví sus ojos arrasados de lágrimas!..... Los que me conocen creerán sin violencia que no lloraba solo; y que esta conformidad de sentimientos fué el orígen plausible de una amistad que es para mí un título de gloria, á que yo vinculo la esperanza de salvar mi nombre de la injuria del tiempo.» Y no fué solo Moratin, entre los hombres célebres de su época, quien le honró con su amistad. Honráronle tambien con la suya los Azanzas, Urquijos, Mazarredos, Almenaras; los Burgos, Lista, Miñano, Hermosilla, Cambronero, y otros muchos que seria ocioso enumerar. Burgos le confiaba la educacion de sus hijos; Hermosilla le enviaba desde Madrid su *Arte de hablar*; y muchos años antes recibia testimonios de singular aprecio de un hombre con quien tenia semejanzas y debia tener simpatías, el magistrado poeta, el dulcísimo Melendez, el honrado, el sábio, el desgraciado Melendez. Ni se redujo á los de su partido el círculo de sus relaciones y el número de sus apre-

ciadores. El conde de Ofalia le llamaba *el filósofo práctico*, y le daba repetidas muestras de consideracion y de estima; y á un tiempo mismo y con igual diligencia, cultivaba Silvela su trato con don Joaquin María de Ferrer y don Juan José Recacho, y otros de muy distintas opiniones políticas.

Entretanto una reaccion inhumana y fanática, al cabo funesta á sus autores como todas las reacciones; que ni la anarquía ni los pasados desórdenes podian justificar, se habia verificado en la Península en 1823: cambio total de ideas y de gobierno que lejos de permitir á Silvela volver al suelo pátrio, le precisaban á permanecer en el estrangero, y le reducian á la necesidad de formar ciudadanos para España, fuera de ella, y á pesar suyo. Fija ya su residencia en Burdeos, esento de ambicion, bien hallado en la condicion que la suerte le habia deparado, pasaba apaciblemente sus dias; cuando en 1827, varios amigos suyos establecidos en Paris, le escitaron á que se trasladase á aquel centro de actividad y de cultura, residencia de los talentos mas eminentes, y que le ofrecia facilidad de rodearse de cooperadores insignes, y de completar un plan general de instruccion. «A los tres ó cuatro meses volvieron, dice, á insistir mis amigos y favorecedores, atacándome por cuantos puntos débiles ofrecen fácil entrada en mi mal defendido corazon. Una fortuna para mis hijos; el interés de las luces en paises cuya primera y mas imperiosa necesidad es la educacion; la noble empresa de fundar bajo de un plan grandioso, un establecimiento en que la enseñanza fuese adaptada á cuantos hablan la lengua hermosa de Alonso el Sábio y de Cervantes, y respetan aun las leyes de aquel célebre legislador; que fuese al mismo tiempo como un centro de frater-

nidad y de concordia, un contrapeso á la indiferencia ó el ódio que produce una educacion que empieza por la apostasía de la lengua de nuestros padres, de la de nuestras leyes, y por solo esto trastorna de un solo golpe todas nuestras simpatías; la idea lisongera de transmitir á mis hijos un nombre honrado por útiles trabajos, y si se quiere, por una cierta celebridad virtuosa á que no es indiferente ningun padre, hé aqui los medios que empleó para arrastrarme la lógica seductora de mis amigos, y á que no supe resistir.»

No fueron perdidos ni pasaron en valde para él los cuatro ó cinco años de gran sosiego y de tranquilidad de ánimo que mediaron hasta su traslacion á la moderna Atenas: durante ellos se dedicó á trabajos de meditacion y de empeño, que exigirian para su impresion varios volúmenes, y que en su mayor parte se irán dando á conocer al público.

Escribió:

Tres memorias sobre la situacion de España, con relacion al estado de Europa á principios de 1823, por el estilo de sus *Cartas de un Refugiado.*

Un Compendio de la historia de España desde sus primeros pobladores hasta Cárlos I y V emperador de Alemania.

Lo que él llama *Apuntes para la historia de Inglaterra*, que se acercan no poco á ser una verdadera historia de aquel pais. Llegan hasta 1789, siendo ya ministro el jóven Guillermo Pitt, cuando empezaba la revolucion francesa, y con ella una nueva era para la historia del mundo.

Una Introduccion á los estudios de ciencias sociales, y particularmente de legislacion; ó sean consideraciones sobre el órden público, el hombre, sus facultades, sus propen-

siones y medios de dirigir su voluntad hacia lo bueno y lo útil; en que están defendidas ó impugnadas muchas opiniones de Montesquieu, Filangieri, Blacstone, Bentham, Pastoret, Gall, Cabanis y otros; y en profecia, por decirlo asi, no pocas de las que han debatido ó sustentado despues los publicistas modernos, hasta Sismonde de Sismondi.

Copiosas notas, apuntaciones ó materiales para un tratado de *Legislacion Consular*, acerca de lo cual muy poco ó nada tenemos que pueda servir de guia á nuestros agentes en el estrangero.

Otros para un curso de *Legislacion penal.*

Los cuadernos que le servian para la enseñanza de:

Ideologia.

Teoria general de las lenguas con algunas aplicaciones particulares á la Castellana, y varias observaciones sobre la francesa.

Lógica.

Retórica.

Poética.

Y Mitologia: trabajos, en su mayor parte, muy esmerados y completos.

La historia antigua hasta los tiempos de Augusto, que ha visto ya la luz pública.

Y finalmente, el largo escrito que, con el título de *Una cuestion de derecho*, imprimió despues en París (1) Habia ya publicado mucho antes, cuando asistia como pasante al estudio de Morales, otra memoria del mismo género: ensayo de

(1) He hallado ademas entre sus papeles *Leon de Norwel* drama en tres actos; otras dos piezas sin concluir, y varios trabajos empezados de diversos géneros, y hasta un compendio de Aritmética, modelo de exactitud y claridad, que compuso para iniciar á sus hijos en los rudimentos de las matemáticas.

sus fuerzas que llamó grandemente la atencion, y dió principio á su reputacion de jurisconsulto.

Traspasaria los límites de una noticia histórica, y ageno seria de su objeto, hacer aquí un juicio crítico-jurídico de aquellos alegatos; pero no el dar á conocer las palabras con que el autor concluye uno de ellos. «He querido en este escrito evitar los dos defectos que representando, por decirlo asi en su exageracion los siglos XVII y XIX, dividen aun á los jurisconsultos como en dos sectas diferentes, que por caminos diversos autorizan el divorcio lastimoso que por largo tiempo ha existido entre la razon y la justicia, entre las leyes positivas y la filosofía, entre la polémica forense y el verdadero arte de persuadir. Partiendo de errores que, por ser opuestos no dejan de serlo, esclavos los unos de la ciega rutina, vivieron de autoridad y tradicion: fiaron toda su ciencia á su memoria, y se diria que el noble uso de su facultad de pensar les pareció un crímen; mientras que los otros, preciándose de independientes, cual si las generaciones que nos han precedido no hubiesen existido sino por delirar, enamorados de las nuevas teorías, y forjándose un mundo ideal, desdeñan el estudio de nuestros antiguos códigos, el de nuestra historia, la lectura de glosadores y comentaristas; y creen sacudir un yugo vergonzoso, cuando en verdad no hacen otra cosa que despreciar las lecciones de la esperiencia, el estudio del hombre y de la sociedad tal cual ha sido y tal cual es, el de nuestros maestros, en cuyas obras á par de los errores que debemos evitar, se encuentra casi toda la ciencia que poseemos con inclusion de muchas verdades de cuyo descubrimiento, particularmente en la legislacion, se gloría la moderna edad, que quedaria muy reducida en sus laureles, muy

mortificada en su amor propio, si un hábil escudriñador se diese á sacar, como decia Virgilio hablando del poeta Enio, la perla del estiércol. Sin despreciar lo que debemos al siglo en que vivimos, no nos olvidemos de que en España como en el resto de la Europa «si el décimo sexto no fué la época de la perfeccion de la razon, lo fué de la razon dominada por el ansia de saber, y atrevida en sus investigaciones» (1). Ajustemos pues, en cuanto lo permitan nuestras escasas luces é influencia, esta rota alianza, y digamos á los unos: «jamás la política y la moral serán bien conocidas por aquellos que no se den á profundizar las materias y cuestiones que ofrece el conjunto de leyes que forman una legislacion particular» y á los otros: «No reduzcais mezquinamente ni la dignidad de vuestro ministerio, ni los límites de vuestro ingenio.

«Publica materies privati juris erit, si
«Nec circa vilem patulumque moraberis orbem.»

«La jurisprudencia no consiste en esta cartilla ridícula de reglas secas y positivas, que contiene un Enquiridion. Abraza la vasta economía del órden civil. Sube á los principios de la sociedad: á ellos refiere los casos particulares que discute. Que las verdades sublimes de la moral, las miras de la política, se asocien á los trabajos del Foro; que el desaliño de la espresion no acabe de hacer insoportables discusiones, que convierte en áridas el modo de tratarlas; que amenizándose, se engrandecen y aun tal vez se simplifican, y lejos de haber innovado nada, no haremos mas que restituir á la ciencia sus verdaderos atributos.»

«Si este escrito no presenta ni un modelo, ni aun un ejem-

(1) Lacretelle mayor: de la Academia Francesa.

pio, sirva de ocasion para manifestar los principios que profeso en la materia, para provocar á su adopcion, para desahogar, si se quiere, aquella santa cólera que me inspira el entusiasmo de mi noble profesion, cuando la veo reducida al necio y frívolo charlatanismo, á las artes rutineras de un causídico. Si la vida me alcanza para ello, si la acumulacion de otros trabajos no lo impide y una situacion menos afanosa me lo permite, me propongo con este designio tratar algunas otras cuestiones de derecho, que por su importancia merecen una discusion, y que puedan servir de estímulo á los que, ó para corregir mis errores, ó proclamar otras verdades interesantes á la ciencia, se apoderen de esta misma idea, y con sus producciones den principio á una obra de que carecemos; á un *fac-simile del Barreau francais* ó coleccion de obras selectas y modelos de Elocuencia Forense, que serviria como de teatro á la celebridad de nuestros jurisconsultos, á la juventud estudiosa de ejemplo y de incentivo, á la nacion entera de un nuevo título de gloria, y que tan poderosamente contribuiría á estender el imperio de esa hermosa lengua de Castilla, que si en el siglo XVI sometió de un golpe la mitad del planeta que habitamos, en ninguno debe renunciar al proyecto de dilatar sus conquistas. A ella sola le puede ser dado, sin peligro, hostilizar á las demas naciones, aspirar á la superioridad y preponderancia á que parecen destinarla la riqueza de sus signos, el prestigio encantador de sus combinaciones armónicas, y la imaginacion ardiente y fecunda de los hombres que la manejan en entrambos emisferios. La lengua de Cervantes nos puede aun conservar lo que ya no puede darnos la lanza del Cid, la espada de Cortés, ó de Gonzalo de Córdova.»

Trasladóse al fin á París á impulso de las consideraciones de que dejo hecha mencion; y España, por medio de uno de sus hijos, tuvo ya un Licéo, que no desmerecia de los mas acreditados en otras naciones. En breves dias, alternando con incesantes ocupaciones, y abriéndose una senda nueva, en vez de esos anuncios de gacetero en que se dá por sabida la ciencia y nombradia del director, y se encomian las ventajas de brevedad y perfeccion, esclusivas por supuesto al establecimiento de que se habla, desenvolvió en su prospecto, mejor diré en un libro, sus ideas sobre educacion y enseñanza; se dió á conocer tal cual era á los padres de familia, y fijó con precision y lisura los límites de su responsabilidad. Era en estremo brillante el estado de aquella universidad científica y literaria, en que mas de cien jóvenes de ambos emisferios recibian una educacion esmerada. Dábale vagar para todo su método en el trabajo y su afanosa laboriosidad. A un mismo tiempo dirigia el colegio, regentaba las cátedras de historia antigua y moderna, de legislacion civil, penal y mercantil (y en algun año en lugar de estas las tres de filosofía), y refundia ó perfeccionaba muchos de los tratados ó compendios que servian de texto en la casa. Por su honrada independencia, su saber, sus ejemplos; por su noble y desinteresada conducta, elevó la enseñanza á una altura adonde pocos la han hecho llegar.

A esta época pertenecen la mayor parte de sus composiciones en el género lírico, sus églogas, himnos, fábulas y cuentos morales.

Por este tiempo tambien, y en una de las vacaciones, consintió en que se representase por sus alumnos el *Doctor don Simplicio de Utrera*, cuyo objeto, época en que concibió

y ejecutó el plan y juicio que tenia formado, esplicó de esta manera antes de la representacion. «El autor de esta composicion en sus frecuentes é íntimas conversaciones con el Molière español, le escitó diferentes veces á presentar en el teatro un cuadro en que, con el arma de la ironía cómica, diese el último golpe al ridículo escolasticismo que por tanto tiempo tiranizó nuestras escuelas; que si bien mantenia aun en nuestras universidades, una buena parte de su influencia perniciosa, fuera de ellas no escitaba ya sino la risa de los sensatos. Defendíase Moratin diciendo. «No he pisado nunca las losas de una universidad: no puedo ridiculizar opiniones, prácticas, estravagancias que no conozco. ¿Como he de caracterizar bien personages que he tenido raras ocasiones de estudiar?» El autor de la comedia que vá á representarse, con la idea de suministrarle los materiales de que aquel decia carecer, quiso tentar sus débiles fuerzas, y trazarle un bosquejo de lo que, por desgracia suya y con grave pérdida de su aprovechamiento en los primeros años de su juventud, habia tenido mas ocasion de conocer y estudiar; y para darse á sí mismo cierto calor en la composicion, le pareció conveniente ponerse en la situacion, dar á los originales que se proponia copiar cierto movimiento dramático; y de este esfuerzo, en que aparecerá probablemente la violencia de una imaginacion estéril que lucha con las dificultades que solo al ingenio es dado vencer, resultó el *Doctor don Simplicio de Utrera*, que desde el año de 1820 yacia sepultado entre los manuscritos del autor, y condenado á la obscuridad que merece, sin que en este largo periodo sirviese al objeto que este se propuso, ni á otra cosa que á poner á prueba, de cuando en cuando, la

paciencia de algunos amigos á quienes se lo ha leido. Asi que, el *Doctor Utrera* no debe mirarse, en opinion del autor, como una composicion dramática, sino como una reunion de escenas y personages cómicos, para que hiciese una comedia, el que sabia hacerlas; de materiales para que construyese el edificio el hábil arquitecto á quien se destinaban.»

En junio de 1828 falleció Moratin; y á no haber tenido Silvela una familia á quien se debia, y le sostuvo en su dolor, le hubiese seguido á la tumba: tal fué el golpe que recibió con la pérdida de su mejor amigo Aun así, la muerte de Moratin, la de Mendivil, y la de otros compañeros de infortunio á quienes amaba, no pudieron menos de afectar profundamente su sensibilidad, y de acercar el plazo de la suya. Pagó la deuda del cariño y de la admiracion elevando un monumento fúnebre, sino digno del insigne poeta cómico, cual sus facultades se lo permitian. Eligió él mismo el terreno en el cementerio del *Père Lachaise* entre *Molière y la Fontaine*, venciendo con ruegos y dádivas los obstáculos que se oponian á la concesion en aquel punto. Contínuamente los ojos arrasados en lágrimas se ocupaba en elegir diseños, en presidir á la construccion de la obra, y en componer las lúgubres inscripciones que debian adornarla. La idea del deber le sustentaba en tan penosas ocupaciones; y ni descansó ni levantó mano hasta ver colocada la última piedra, y plantados los sauces y cipreses. (1)

(1) «El Semanario pintoresco Español (año 1841), trae el diseño y descripcion del monumento. «El siglo XIX, dice, apellidado *de las luces*, llevando mas allá su intolerancia política, ha visto inclinar su venerable cabeza en tierra estraña á Melendez y á Moratin. No ha faltado, empero, entre nosotros quien ruboroso de esta grave culpa de nuestra época, haya salido á vindicar en parte el nombre español, y cumplido un deber que pudiera llamarse nacional, levantando sobre la

No satisfecho aun, su dolor le arrancó lastimeros acentos en una bellísima composicion métrica; y finalmente, escribió la *vida de Moratin.*

Fué esta la última produccion de la ya cansada pluma de mi amado padre. Y con todo, lleva conocida ventaja á cuantos artículos biográficos se han publicado del Terencio español; porque, á mas de considerarle en su inmensa altura como poeta, ha logrado sacar del olvido en que iban á sepultarse, las particularidades de su vida, los hechos del hombre en sus variadas relaciones con la sociedad ó sus individuos, su carácter, genio, costumbres, gustos, con gran copia y exactitud de noticias que nadie mejor que él podia reu-

tumba estrangera de aquellos dos célebres escritores, una piedra amiga que señale su nombre al pasagero». . . . . .

. . . . . .

«Un monumento colocado entre las sombrías calles que se elevan sobre la derecha de la capilla, es el que llama mas particularmente la atencion del viagero español por el nombre ilustre á quien está dedicado, y por su oportuna colocacion inmediatamente vecino á las dos tumbas de *Molière* y de *La Fontaine.* Su forma es sencilla, reduciéndose á un gran pedestal que sostiene un segundo cuerpo arquitectónico mas proporcionado, sobre el cual se eleva una pequeña urna de forma antigua.»

«En frente del segundo cuerpo se lee en español esta inscripcion.»

AQUI YACE

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN
INSIGNE POETA CÓMICO Y LÍRICO.
DELICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL.
DE INOCENTES COSTUMBRES Y DE AMENÍSIMO INGENIO.
MURIÓ EL 21 DE JUNIO 1828.

En los otros tres lados de este mismo cuerpo hay inscripciones en lengua latina que no reproducimos á pesar de la belleza de los pensamientos y de la elegancia de la espresion, por parecernos que se deslizaron en ellas algunos defectos; y no ser posible de pronto comprobar su exactitud, ó conformidad con el original de donde están sacadas.

nir y legar á la posteridad, retratando á quien bien merecia ser conocido en sus afecciones íntimas y en el retiro del hogar doméstico.

Legó Moratin á Silvela sus manuscritos, y entre ellos el de los *Orígenes del Teatro Español* que, cedido por este al rey, vino á constituir el principal ornamento de la edicion de las obras de Inarco Celenio, que en 1830 hizo la Real Academia de la historia.

Sensible me es, por demas, tener que reivindicar en este lugar, en favor de la fama del autor de mis dias, un título honroso de que injustamente se le priva. Moratin, en el manuscrito ya citado, que se halla en la Biblioteca de S. M. en el real palacio de Madrid, en la nota 16 que empieza; *Juan Ruiz*, hablando de un poema jocoso intitulado *de Vetula*, y rectificando en cuanto al número de ediciones á don Juan Antonio Pellicer, dice «*no conoció otra de* 1511 *que he visto en la curiosa libreria de mi docto amigo don Manuel Silvela*:» En la edicion de la Academia no aparece la palabra *docto*. ¿Cuál sería el motivo de tan importante omision? ¿Un descuido involuntario, ó un premeditado despojo á impulsos de pueril y mezquina ojeriza?..... Por honor de las letras yo rechazo el último supuesto. No: imposible. Un cuerpo instituido con autoridad pública precisamente para poner en claro hechos remotos, y trasmitir á venideras edades los que en su tiempo acaecen, faltando á la verdad sin razon y á sabiendas, faltaria á la mas esencial de sus obligaciones.

En cuanto á Silvela, aquella sola espresion debió lisongearle mas que un largo panegírico que no saliese de los labios de persona tan altamente autorizada. El voto de Moratin vale por el de muchos hombres, y muchas academias: el

literato á quien apellidaba docto, no podia menos de serlo. Y á la verdad, que nunca aspiró á títulos ni honores que en estos tiempos lastimosamente faltos de fé, de gratas y provechosas ilusiones, se codician por muchos tan solo como medio, como preparacion para adquirir ventajas mas positivas; y si en 1828 mereció ser admitido sócio de número del colegio de Arcades de Roma con el nombre de *Logisto Cario*, lo debió sin duda á su reputacion ya por entonces solidamente cimentada, y á los buenos oficios de su amigo que le juzgaba digno de aquella honra.

Los acontecimientos de 1830 suministraron al hombre no solo literato sino tambien político, nueva y última ocasion de dar á conocer mas y mas su prevision y ardiente amor al pais. En los mismos dias en que se verificaba á nuestra vista la revolucion llamada de Julio, anunció que aquel sacudimiento iba á tener largas é importantes consecuencias en Europa y mas particularmente en nuestra España. Hacia ya meses que se notaba en él un estraordinario abatimiento: agoviado por el trabajo, sintiendo el peso de pasadas desgracias, parecia necesitar largos descansos para reparar diariamente las fuerzas que consumia el cumplimiento tambien diario de sus obligaciones. De repente se le vé animado, solícito, activo como en sus juveniles años; y la correspondencia que lentamente sostenia con personas influyentes de la córte, hacerla hasta en su última enfermedad, tan frecuente como lo permitian las comunicaciones. Mi hermano político y yo sacábamos copias de sus cartas casi apesar suyo. Por las contestaciones que conservo, no parece aventurado creer que en algo, por poco que fuese, pudo contribuir á la política suave é ilustrada que mas adelante siguió el gabinete

español; y que, segun fama, impulsaba y dirigia el ministro de hacienda don Luis Lopez Ballesteros. Por qué en las monarquias puras, como ahora se dice, no se ha menester, ni aun seria posible, una gran posicion parlamentaria ó política para influir eficazmente en el gobierno de una nacion, bastando que el gefe del estado preste un oido atento y benévolo; y entónces (y solo por via de ejemplo) una série de cartas escritas á un valido, y que este, con laudable fin ó por aumentar su privanza, consiga que el monarca lea, puede ser camino certero por donde llegue á noticia, y se presente con entera verdad, lo que aduladores y parásitos suelen ocultar á los reyes, las causas de los males que aquejan á los pueblos que gobiernan, y los medios de remediarlas. Mas sea de esto lo que fuere, en lo que no cabe ningun género de duda es que, á conseguir lo que dejo indicado, dedicó su patriótico afan durante cerca de dos años.

He dicho casi al empezar estos apuntes, que sus disposiciones ventajosas, desenvueltas y fortificadas por la educacion, debian hacer brillar mas adelante al filosófo y al hombre de estado: sus cartas, sus memorias, sus saludables consejos, y oportunos avisos dados á los gobernantes en ocasiones decisivas, ó en crísis de árdua y enmarañada solucion; la claridad con que comprendia las situaciones políticas; la prevision con que pronosticaba las nuevas peripecias; su profundo conocimiento de los grandes intereses mercantiles y fabriles de las potencias de primero y de segundo órden; el estudio que habia hecho de la historia, opiniones, preocupaciones, recursos y estado actual de cada una, me autorizan á calificarle de tal, siquiera nunca ascendiese á la cumbre del poder.

Poseia Don Manuel Silvela en muy alto grado el don de la palabra: era de ver y de admirar aquella filosofía profunda y dulce, aquel ardiente amor á la humanidad que se trasparentaba en todos sus discursos; aquella eficacia en persuadir, aquella gracia y fuerza secreta de cautivar á sus oyentes, para conducirlos por el camino del bien. Si la suerte le hubiese abierto las puertas de la representacion nacional, faltádole hubiera, en mas de una ocasion, esa doblez que apellidamos flexibilidad, reserva, prudencia: negádole fuera usar las artes de mañero lidiador, que por buenas y necesarias que sean, se avenian mal con la noble franqueza de su carácter; pero en momentos solemnes, alzando su voz contra los abusos del poder, ó las demasías de una democracia ignorante y maligna; arrancando la máscara á los malvados de todos los partidos, se hubiera seguramente colocado al nivel de nuestros primeros oradores, y aumentado el número de nuestras glorias parlamentarias. ¿Y como podia dejar de espresarse con fuego, con facilidad y elegancia, quien habia recibido de la naturaleza una voz suave y sonora, un semblante animado, ademanes naturalmente nobles; quien sentia con estraordinaria vehemencia, y tenia enriquecida su imaginacion con una inmensa lectura cuyos frutos le conservaba su prodigiosa memoria?

Sus costumbres eran puras, sus gustos sencillos, su trato amenísimo.

Llegó por fin el año de 1832, tan funesto para toda la familia!..... Mi padre habia padecido en enero de 1828, una inflamacion del pulmon que puso en riesgo su vida, y de la cual tuvo dos recaidas. La naturaleza indicó ya desde entonces sus tremendos designios. No llegó nunca á repararse

el estrago causado en aquella víscera; y por otra parte, las fuerzas digestivas le iban faltando sin que nada bastase á restablecerlas ó entonarlas. Su delicada organizacion se habia debilitado, y gastádose su existencia con las penalidades de la emigracion, con la afliccion sin tregua en los primeros años del destierro, con las calamidades y trastornos de su cara patria, en la parte que alcanzó del presente borrascoso siglo: calamidades todas á que asistia personalmente por la estraordinaria viveza de su imaginacion. ¡Era la sensibilidad de millares de individuos acumulada en uno solo!.....

Su incansable laboriosidad, y el clima duro de París, dieron el último golpe á su quebrantada salud.

En los primeros dias de enero se postró en cama; sin que se descubriera por entonces lesion orgánica aparecia su mal como una atonia, una estenuacion general, el abandono simultáneo y rápidamente progresivo de todas sus fuerzas vitales..... Solo los tiernos cuidados, los incesantes desvelos de su esposa á quien llamaba, « perla sin precio, » solo los consuelos, los alhagos de sus hijos, bálsamo para aquel ser que hacia consistir su felicidad en amar y ser amado; solo el empleo esquisito de los recursos del arte, pudieron prolongar por algunos instantes su preciosa existencia. El enfermo fué empeorando: recibió los ausilios espirituales, y el 9 de mayo, entre cinco y media y seis de la tarde, se consumó la desgracia que tiempo hacia nos amenazaba. Conservó su razon entera hasta exhalar el último suspiro.... dió la bendicion á su familia arrodillada en torno de su lecho; y confiado en la bondad divina, seguro de haber esparcido semillas de virtud en nuestros corazones, dejó caer su venerable cabeza, y vió acercarse el término de su vi-

da con aquella resignacion que caracteriza los últimos momentos del justo!.... Sus restos mortales yacen bajo el mismo monumento que elevó á la memoria de su ilustre amigo.... ¡Cara y respetable sombra de mi bienhechor! ¡amado padre! si el acento de la gratitud puede penetrar al través del sepulcro donde yacen tus frias cenizas; si en la mansion pacífica de los justos, no te es ya indiferente cuanto lleva el sello de este mundo perecedero, admite el tributo de mi admiracion y de mis lágrimas!!.....

DISCURSO PRELIMINAR

DE LA

BIBLIOTECA SELECTA

DE LITERATURA ESPAÑOLA (1).

Quisiéramos evitar los dos escollos que naturalmente presenta el asunto que nos proponemos tratar en este discurso.

Montesquieu hablando de nuestra literatura ha dicho (2): «que no tenemos mas que un libro bueno, que es el que ridiculiza á todos los demas», al paso que por otra parte mas de uno de nuestros apologistas asegura que Roma, Paris, y Lóndres nada tienen que oponernos, que pueda competir con el mérito y las obras de nuestros hombres grandes. Estamos muy distantes de aprobar esta parcialidad y jactancia, que no puede justificarse por ninguna especie de provocacion, y condenamos la conducta de estos aduladores de las naciones, cuyo grito frenético no puede servir sino para probar la pasion que les hace hablar; desacreditar la causa misma que sostienen, y lo que es peor, perpetuar los males de la nacion que

(1) Impresa en Burdeos en 1819.
(2) Cartas Persianas: carta 18.

creen ó afectan defender; añadiendo así á la ignorancia, de suyo dócil, el error que la hace presuntuosa é incorregible. Cuando no pudiera haber un medio justo entre estos dos estremos, preferiríamos un lenguaje que pone en movimiento, irritando por la injuria, á un lenguaje que adormece y mata inspirando esa inercia en que consiste la verdadera muerte de las naciones: mas por fortuna este medio existe, y á pesar del respeto que se debe al nombre de un Montesquieu, no podemos menos de decir, que en esta ocasion pareció desconocerle, y cayó en aquel defecto tan resvaladizo, y á que tanto propenden los que manejan el arma terrible de la ironía. Aun en las manos de un Montesquieu, que generalmente la hizo servir al triunfo de la verdad y la razon, no podia menos de descubrir una que otra vez su índole maligna y peligrosa. Erigido y mirado Montesquieu, y justamente, como uno de los oráculos mas respetables del saber humano, sobre su asercion equivocada se consolidó, por decirlo así, el descrédito de nuestra literatura, y como cuesta menos trabajo censurar y despreciar que estudiar, y podia parecer escusable, y aun tal vez honroso, equivocarse sobre la autoridad de un hombre tan grande; á excepcion de un pequeño número de hombres á quienes su vasta erudicion puso á cubierto de la injusticia general, quedó establecido y sentado por verdad inconcusa, que la España no ha producido mas hombre que Cervantes, ni mas libro que el *Quijote*. Sin embargo, es bien cierto que se engaña mucho el que cree conocer nuestra literatura el dia que lee este rasgo satírico á que parece reducirla Montesquieu, pecando por esta vez contra todas las reglas de verosimilitud y probabilidad, y aun incidiendo en una contradicion palpable. Tan cierto es que no podemos ser injustos sino por un vicio de lógica. Con efecto, era muy difícil que el *Quijote* tuviese un mérito tan eminente como el que se le confiesa, sin que hubiesen precedido á Cervantes muchos hombres; y últimamente, no puede ser haber leido el *Quijote*, y desconocer la

existencia de otros libros. ¡Qué maligna estrella parece presidir á la suerte de nuestra nacion! ¿Porqué aciaga fatalidad tiene que quejarse de la injusticia de un hombre, á quien debe sus triunfos mas distinguidos la justicia eterna de los derechos de todos los hombres, y de todas las naciones?

Despues de haber hablado de Montesquieu, no citaremos á ninguno de los otros escritores estrangeros, que han tratado nuestra literatura con un desprecio injusto. Si hemos hablado de este, es por lo que hemos creido deberse á la influencia y prestigio de su nombre, y particularmente porque el respeto que nos inspira, conciliándose con nuestros principios, nos reducia sin violencia á la agradable necesidad de no traspasar los límites justos de la queja, y aun de dulcificarla por cuantos medios podian sugerirnos la deuda de la admiracion y del reconocimiento.

En cuanto á nosotros, confesando francamente que no podemos oponer á la Italia un Taso, ni á la Francia un Racine, no dudamos tampoco afirmar «Que la España, que por tantos »títulos, y de una manera muy digna, pertenece á la historia » de la literatura antigua, desde que el estado de la civiliza- » cion en el Occidente permitió que hubiese en esta parte de la » Europa una literatura, merece tambien ocupar un lugar apre- » ciable y distinguido entre las naciones que figuran en la mo- » derna literatura europea». El reducido cuadro de la historia de la literatura que vamos á presentar, unido á nuestra coleccion, deberá dar probada esta verdad en sus dos estremos, y será el mejor modo de responder á la severidad no merecida de nuestros rígidos censores. Al mismo tiempo satisfacemos á otro de los objetos que nos proponemos en la publicacion de esta obrilla, que es el de que nada le falte para poder servir de preparacion y texto á un curso de Retórica y Poética, y de Literatura española.

Rápida ojeada sobre la Historia de la Literatura Antigua.

La historia conocida de la literatura antigua empieza en Homero, príncipe de los poetas griegos, pues que de los tiempos que le precedieron nada tenemos, sino algunos fragmentos de varios himnos del poeta Orfeo, y la noticia de los nombres de Lino su maestro, y Museo su discípulo; mas no por esto debe creerse que empezó en Homero la literatura de los griegos. Siempre que se trate de hacer justicia al mérito nunca igualado de este genio sublime de la antigüedad, uniremos nuestro voto al de veinte y seis siglos de elogios y veneracion, mas sin olvidar jamas lo que se debe á las reglas de la sana razon, y de la crítica. Así que nuestra admiracion no degenerará nunca en aquel asombro inconcebible de los que parecen dar por supuesto que la Iliada fué el primer libro, y Homero, por decirlo así, el primer hombre que habló en griego. Seria mas fácil hacernos creer que el primer barco fué un navío de tres puentes, la primera casa el palacio del Louvre, y el primer cuadro la Transfiguracion de Rafael. La lengua de la Iliada es ya muy cultivada, rica, armoniosa, llena de magestad, y es siempre muy poco lo que puede añadir á la lengua del siglo en que existe, el hombre mas grande, y por grande que sea la influencia que ejerza sobre el suyo; para lo cual no bastan talentos eminentes.

No lo dudemos pues, la aparicion de este astro luminoso no pudo menos de ser precedida de un largo crepúsculo. Antes de Homero hubo muchos hombres, antes de la Iliada muchos libros, y aun muchas tentativas mas ó menos felices en el mismo género. Todo se perdió sin duda en la noche de los tiempos; mas el genio del mal se vió forzado á respetar al divi-

no Homero, despues de haber trabajado no poco para envolverle en la suerte comun, haciéndonos ignorar su patria, la verdadera época de su existencia, y las demas particularidades de su vida. En cuanto á la patria, siete ciudades de la Grecia se disputaron este honor, y entre estas los derechos de Smirna parecen estar reconocidos como los mas fundados: en cuanto á la época de su existencia, quien le hace vivir cien años despues del incendio de Troya, y quien trescientos y cuarenta. A pesar del testimonio de Herodoto, la opinion mas recibida, suponiendo la ruina de aquella ciudad anterior al año 2800 de la creacion del mundo, fija la existencia de Homero entre 2900 y 3000; 850, ó 900 años antes de la Era Cristiana. Su obra inmortal es la Iliada, modelo de todos los poemas épicos, cuyos brillantes cuadros ningun otro pincel ha igualado todavía, y cuyo plan regular, bien conducido y acabado, no necesita ciertamente la continuacion que pareció destinarle Quinto Calabrés en sus catorce cantos que intituló *Derelicta ab Homero*. Homero no dejo nada: se propuso cantar la cólera de Aquiles, la cantó y calló. La Odisea es muy inferior á la Iliada: en ella se propuso cantar los viages de Ulises despues de la destruccion de Troya. No hay que buscar en este poema ni el interés, ni la grandeza del plan, ni la fuerza del colorido, que distinguen al primero. Si su Iliada no le hubiera dado la preferencia, por su Odisea ni aun habria podido aspirar al honor de una rivalidad con el épico latino. Atribúyese tambien á Homero el poema burlesco intitulado la Batracomiomaquia, ó guerra entre los ratones y las ranas.

Contemporáneo de Homero fué Hesiodo, segun la opinion mas recibida, si bien otros le hacen existir cien años despues. Aunque la autoridad de Virgilio parezca hacerle natural de Ascra (1) pequeña ciudad de la Beocia, se tiene por mas cierto

(1) Egloga 6, vers. 70.

que nació en una ciudad de la Eolia, de donde fué trasladado á la de Ascra en que se crió. Sus obras son el *Opera et Dies*, *la Theogonia*, *ó Generatio Deorum*, y, aunque en duda, se le atribuye tambien el *Escudo de Hércules*. La primera sirvió de materia á Virgilio para sus geórgicas (1). Hesiodo, aunque muy pasajeramente, disputó á Homero la reputacion del primer poeta de la Grecia; pero por mas feliz que sea, si es suya, la invencion de la caja de Pandora, aunque no podamos menos de reconocer un gran mérito en la descripcion de la guerra de los dioses contra los gigantes, y en la pintura del Tártaro adonde precipita y sepulta á los Titanes el padre del Olimpo, y aun conviniendo en la dulzura y armonía de su versificacion, Hesiodo no habia nacido ciertamente para ser el rival de Homero.

A partir de la época que hemos asignado á Homero, pasan cerca de tres siglos sin que la historia griega nos presente ningun hombre célebre que merezca un lugar distinguido en la de la literatura; mas desde 3280 hasta la olimpiada 55, ó siglo de Solon, en que el tirano Pisistrato, á pesar de la contradiccion de aquel insigne legislador, casi hizo amar al gobierno de uno solo en Atenas, y supo, no solo conservarle, sino legársele á sus hijos (2), la historia nos presenta un número de excelentes poetas.

De Arquíloco natural de Paros, cuya energia de estilo alaba tanto Quintiliano, no tenemos sino algunos reducidísimos fragmentos. Otro tanto nos sucede con la mayor parte de los que pertenecen á esta época, y aun de algunos de ellos nada absolutamente tenemos.

Híponax contemporáneo de Arquíloco, tan temido por su

(1) Ascræum cano romana per oppida carmen.

(2) Ciceron lib. 3 *de Oratore* núm. 137 dice: que él fué el primero que hizo conocer á los atenienses las obras de Homero, y el que las recogió y ordenó por libros, reuniendo los fragmentos confusos y desordenados en que se hallaban. Platon *in Hipparco*, atribuye esta gloria á su hijo Hiparco, que ha venido á alzarse con ella en la opinion general, por la mayor autoridad que se debe en la materia á Platon, que á Ciceron.

mordacidad: el siciliano Estersícore, cuyos versos dice Quintiliano que tenian toda la magestad del épico: Alcman: Alceo y la poetisa Safo, que tan justa celebridad han dado á la lira de Lesbos; el primero, *plerumque Homero similis*, dice Quintiliano, y la segunda autora del verso sáfico: Esopo, padre del apólogo: y en fin Simónides, célebre segun Cátulo en el género elegiaco, y que disputó á los ochenta años el premio de la poesía, llenan este trozo de la historia de la literatura, á que añadirémos los nombres de Tespis y Anacreonte, para completar el cuadro del siglo de los Pisistrátidas. En cuanto á Tespis, por mas que Horacio haya querido presentarle como inventor de la tragedia (1) creemos sin embargo que su celebrado carro no merece ser elevado á tanto honor, que sus farsas estaban bien distantes de la magestad de este género de composicion; y opinamos con Laharpe, y sobre la autoridad de Aristóteles y Quintiliano, que este honroso título á nadie se debe de justicia sino á Esquilo.

Si la severidad de la historia nos obliga á despojar á Tespis de una gloria que no es suya, esta misma nos impone el deber de tributar el justo elogio al inmortal Anacreonte, de quien poseemos diferentes composiciones y fragmentos. Original por el fondo de sus cuadros, y la naturaleza de sus tintas, creó un género que lleva, y con justicia, su nombre. ¡Qué felicidad en los pensamientos! ¡Cuántas gracias en su amable sencillez! ¡Qué fuerza de sentimientos y delicadeza al través de un aire festivo y ligero! Nacido en Teos ciudad de la Jonia, manifiesta en sus versos toda la voluptuosidad conocida de este hermoso clima; sin embargo pasó la mayor parte de su vida al lado de Policrates tirano de Samos, con quien dividió, no solamente los placeres, sino los trabajos de un gobierno, en que las virtudes del usurpador hacian olvidar la injusticia de

(1) Arte poética, vers. 320.

su título. Dícese que Hiparco hijo de Pisistrato le envió una nave de cincuenta remos, convidándole á venir á Atenas, donde sus obras eran ya muy apreciadas, y á donde ya habia conseguido tambien hacer venir al célebre Simónides.

El impulso dado al entendimiento humano bajo la dominacion Pisistrátida por el aprecio de las letras (1) y proteccion singular de los que sobresalian en ellas, no pudo menos de recibir un incremento considerable por los grandes acontecimientos que acompañaron y sucedieron á la caida y destierro de esta familia, y prepararon el brillante siglo de Perícles, segundo Pisistrato. La venganza de Harmodio y Aristógiton, (2) hermoseada con el nombre de rasgo patriótico, el triunfo de la libertad por la familia de los Alcmeónides, las facciones de Clistenes é Iságoras, las desavenencias entre lacedemonios y atenienses, y en seguida de esto la invasion de Jerjes, las batallas de Maraton y las Termópilas, el combate de Salamina, el triunfo de Platea con que se terminó esta guerra, los nombres para siempre memorables de un Milcíades, Leónidas, Arístides y Temístocles, no pudieron menos de exaltar la imaginacion ardiente de los griegos de un modo favorable á la poesía y á la oratoria.

Con efecto, en este trozo brillante de su historia empieza, por decirlo así, la de sus oradores. Solon, Pisistrato y Clistenes, segun Ciceron, tenian mérito para su tiempo: Temístocles en seguida fué superior á ellos, y entre todos prepararon el siglo de Perícles, á quien conviene por escelencia

(1) Aulo Gelio dice que Pisistrato fué el primero que formó y abrió una biblioteca pública en Atenas, la cual se fué aumentando despues considerablemente y duró hasta la invasion de Jerjes, que la hizo transportar á Persia. Una biblioteca mas en el siglo XIX significaria bien poco; pero en los tiempos de Pisistrato, la formacion de la primera biblioteca es una época memorable en la historia literaria, que crea un estímulo poderoso á los progresos de la razon, y supone una proteccion muy decidida de las ciencias.

(2) Ateneo nos conserva aun una de las canciones patrióticas que se cantaban en honor de entrambos por la muerte de Hiparco.

el nombre de siglo de la oratoria, que siguiendo la índole de todas las cosas humanas, pasó por la mediocridad, se elevó noblemente en Perícles, Lisias, Isócrates, Iseo, Hipérides y Esquínes; y sin dejar de adulterarse al paso entre las manos de los sofistas y preceptistas frios, fué llevada por Demóstenes á donde jamas ha podido ser ni escedida, ni alcanzada.

Pasaríamos los límites que nos hemos propuesto, si quisiéramos recorrer uno por uno el número prodigioso de oradores que produjo este siglo (1). De la mayor parte de ellos nada tenemos, y de otros nada sabemos, sino lo que Tucídides nos ha dicho. Así que no hablaremos sino de los que consideramos como los principales, y que fueron entre sí contemporáneos y rivales: Isócrates, Iseo, Esquines y Demóstenes. El primero nacido en Atenas, debiendo á la naturaleza el talento oratorio, mas no pudiendo suplir la falta de voz, ni vencer su natural timidez, se vió precisado á renunciar á la tribuna. Abrió en Atenas una escuela de elocuencia, de la cual, segun la espresion de un gran maestro en la materia, *veluti ex equo trojano innumeri príncipes exierunt.* Poseemos hasta treinta de las diferentes arengas que compuso. Su estilo es dulce y armonioso, pero algunas veces lánguido y difuso, mas apropósito para agradar al oido, que para escitar pasiones fuertes. Engañado por la astucia de Filipo, creyó que le honraba su amistad; mas cuando, conocida su ambicion, le consideró en Queronea como el tirano de su patria, no pudo sobrevivir á su desgracia, y este suceso contribuyó á precipitar el término de sus dias, que sin esto y

(1) Debe notarse que llamamos siglo de Pericles al que otros llaman de Alejandro. Preferimos atribuir la gloria de este siglo á aquel que le formó por su influencia política y por sus propios talentos, mas bien que á los que no hicieron mas que subyugar la Grecia en Queronea, y reducir á Demóstenes al silencio, y cuyos sucesos no podian contribuir sino á sustituir al lenguaje enérgico de la libertad, la elocuencia hinchada y pueril de la adulacion y la esclavitud.

naturalmente, no podian ya prolongarse demasiado, pues murió á los noventa y nueve años de edad.

Iseo, contemporáneo de Isócrates, fué discípulo de Lisias. Su escuela no parece haber sido, ni tan numerosa, ni tan celebrada como la de aquel; pero uno solo de sus discípulos basta á darle una preferencia indisputable. Demóstenes prefirió sus lecciones á las de Isócrates, y esta autoridad prueba mucho en su favor. Conocemos diez de sus arengas, cuyo número total, se dice, ascendia á sesenta y cuatro. Su estilo menos estudiado y elegante que el de Isócrates, es mas nervioso y enérgico, calidades que sin duda determinaron la eleccion de su discípulo.

Cuando de Esquines nada supiéramos sino su rivalidad con Demóstenes, esto solo bastaría á eternizar su memoria; porque esta rivalidad, en el estado de gusto y de ilustracion en que se hallaba la Grecia, no podía fundarse sino sobre un mérito muy sobresaliente. Enviados uno y otro de embajadores á Filipo, cedió Esquines á las sugestiones de este, y entró en sus miras, mientras que Demóstenes se resistió á todo medio de seduccion, y esforzó la contradiccion, tronando sobre la tribuna contra los proyectos ambiciosos de Filipo. Este encuentro de opiniones produjo la rivalidad. Demóstenes triunfó de Esquines, y los atenienses decretaron honrarle con una corona de oro. Este suceso produjo entre estos dos grandes oradores una nueva lucha, que ha valido á la posteridad los dos primeros modelos de elocuencia de los griegos, si bien con la notable diferencia y superioridad, que no puede menos de reconocerse, y que reconocía Esquines mismo en su rival. De este no tenemos sino tres arengas y nueve epístolas. Condenado á resultas de su acusacion contra Demóstenes, fué desterrado á Rodas donde murió. Segun Ciceron, la dulzura y la brillantez forman los dos caractéres principales de su estilo. Mas, ¿cómo resistir al torrente impetuoso de Demós-

tenes? Nada puede compararse con este sino el primero de sus admiradores, el orador romano. Es en verdad lástima que el último periodo de su vida no correspondiese á aquel carácter de grandeza con que pareció sobre la escena del mundo, á aquella incorruptibilidad que unida á su genio, dió á su elocuencia el temple irresistible que la distingue, y que al fin terminase sus dias por una muerte tan poco gloriosa.

Antes de hablar de los poetas, no deberémos omitir á los dos célebres historiadores: Herodoto, llamado el padre de la historia, y Tucídides, autor de la Guerra del Peloponeso, en que tuvo una parte tan activa en todos los sucesos. Dícese que el primero despertó, por decirlo así, el talento del segundo, cuando en la fiesta de los Panateneos leyó sus nueve libros, que los griegos llamaron las nueve Musas. Su objeto principal es la historia de los Griegos y los Persas; empieza en Ciro, y acaba en la batalla de Micáles, perdida por Jérjes el dia mismo que Mardonio fué derrotado en Platea. Su historia de la Asiria y la Arabia no existe, y es una pérdida sensible: en cuanto á la vida de Homero que se le atribuye, no es suya segun la opinion general de los mejores críticos. Su estilo es fluido, armonioso y brillante; el de Tucídides, menos aliñado, se distingue por su precision y enérgica rapidez. La guerra del Peloponeso duró veinte y siete años: Tucídides llegó hasta el año 21; los seis restantes fueron continuados por Teopompo y Jenofonte. Demóstenes miraba con tal aprecio las obras de Tucídides, que las aprendió casi de memoria. Sus continuadores están tan distantes de ser unos hombres comunes que el primero, discípulo de Isócrates, obtuvo un premio por haber hecho la mejor oracion fúnebre, aun en competencia de su maestro; pero nada tenemos de él sino algunos fragmentos: y en cuanto á Jenofonte, llamado la Abeja del Atica por la dulzura de su estilo, nos ha dejado en su Ciropedia, en su Retirada de los Diez mil, y en su continuacion de Tucí-

dides, monumentos que justifican los elogios que le han dispensado Ciceron y Quintiliano. Poseemos otras varias obras suyas: una coleccion de dichos memorables de Sócrates su maestro, la apología del mismo, el elogio de Agesilao, un diálogo entre Hieron y Simónides; y algunas otras.

En esta época de la literatura, el género que en la poesía parece haber merecido mas particularmente la atencion de los griegos, es el que reconoce á Esquilo por fundador, sin que Tespis, como ya hemos indicado, Querilo, Frínico y cuantos le sucedieron hasta aquel, merezcan otro nombre que el de cantores de plaza. El haber hecho montar á los cantores sobre un carro, y embarrarse la cara, no son novedades ó alteraciones que pudiesen hacer salir su frio espectáculo de la clase de una relacion cantada. Esquilo, introduciendo dos personas sobre la escena, la elevó á la clase de drama, comunicándole la vida que no podia tener en aquel estado, y que, creando la ilusion dramática, la convierte en una pintura, que es su verdadero carácter. Esquilo no se limitó á solo esta reforma: arregló el lugar de la escena, le adornó con las decoraciones teatrales que podia exijir la accion representada, vistió á sus actores, les enseñó el tono conveniente de la declamacion, (1) en una palabra fundó el teatro y la tragedia, añadiendo á todo esto el mérito de un autor distinguido en este género. Este poeta insigne era natural de Atenas, y habia seguido la carrera militar y triunfado con los héroes de Maraton, Salamina y Platea. A su vuelta de esta última espedicion, se dedicó enteramente á este género de poesía á que le arrastraba su genio, y en que por largo tiempo debia triunfar sin rival. Del número de cien tragedias que se supone haber compuesto, no nos quedan en el dia sino siete: Prometeo, los Siete Generales ó el sitio de Tebas, los Persas,

(1) *Et docuit magnumque loqui, nitique cothurno.*
Horac. Arte poética.

Agamenon, los Coéforos, las Euménides ú el Orestes, y las Hijas de Danao. La celebracion de los funerales hechos á Teseo, al trasladar á Atenas sus huesos descubiertos por Cimon, fué uno de aquellos sucesos notables, á que estaban unidos grandes recuerdos, y que abrieron en la Grecia uno de aquellos certámenes en que lidiaban los ingenios, y donde se coronaban los talentos. El viejo Esquilo se presentó á la palestra con aquella seguridad que podian darle tantos años de triunfos, mas por desgracia suya entró en la lid un rival destinado á ser muy superior á él. El jóven Sófocles á la edad de veinte y cinco años, le arrancó de entre las manos la victoria, y aquel anciano inconsolable se retiró á Sicilia, donde murió. Nacido Sófocles en Colona, villa del Atica, hijo de un herrero, se vió en lo sucesivo elevado á la dignidad de Arconta, que era una de las primeras de la república. De sus composiciones, que algunos historiadores hacen subir hasta ciento y treinta, no han llegado á nosotros sino siete, que son: las Traquinianas, los furores de Ayax ó Ajacio, Antígone, Edipo Rey, la Electra, Filoctetes, Edipo en Colona, que fué la que sirvió para confundir la infame avaricia de sus indignos hijos, que cansados de su larga vida, y suponiéndole ya falto de juicio, pedian la posesion de sus bienes. Tenia cerca de cien años, cuando obtuvo la última corona en los juegos olímpicos. Es el primer trágico de la antigüedad. Todo el mérito de Eurípides que le sucedió, no pasa de acercársele mucho.

Nació Eurípides en Salamina el dia mismo en que la flota de Jerjes destruida, dió á la Grecia un triunfo tan señalado. Fué en la elocuencia discípulo de Pródico, en la filosofía de Anaxágoras, y en la moral de Sócrates. Mas feliz que Esquilo y Sófocles, habiendo sido menor el número de sus composiciones, que no pasaron de ochenta, se han salvado y llegado hasta nosotros diez y ocho: los Bacantes ó muerte de Penteo, Hércules furioso, Reso, las Suplicantes, las Fenicias, el Orestes,

Elena, Ino, los Heráclidas, la Medea, el Hipólito, las Troyanas, Hécuba, Andrómaca, Alcestes, sus dos Ifigenias, y el Cíclope. No todas sus composiciones tienen un mérito igual: algunas de ellas por el contrario no parecen dignas de la celebridad de su autor. Cansado de verse ridiculizado por el osado Aristófanes, y perseguido ó inquietado por sus conciudadanos, se retiró á la córte de Arquelao, rey de Macedonia, donde murió segun se dice, despedazado por unos perros, que le asaltaron en un sitio retirado y solitario.

A esta época se refieren tambien los tres tiempos de la comedia griega, pues que están en posesion de merecer este nombre los diálogos obscenos é irritantemente satíricos de Aristófanes, y los que en el mismo género compusieron Eúpolis y Cratino. Ni se concibe la posibilidad de una licencia semejante, ni se vé la razon que ha hecho prodigar á estos autores elogios, al parecer tan desmedidos. Es cierto que de Eúpolis nada tenemos: de Cratino solo unos cuantos fragmentos, y de Aristófanes no poseemos sino once comedias, de las cincuenta y cuatro que compuso. El mayor mérito estaria sin duda en lo no conocido. Ello es indudable que el primero gozó en su tiempo de una grande estimacion: que del segundo habla con mucho elogio Quintiliano: que al tercero le leia con mucho gusto Platon, olvidando sin duda en las gracias de su estilo la memoria de sus atroces sátiras contra Sócrates su maestro: y que, segun parece, San Juan Crisóstomo, á pesar de todas las prevenciones que un padre de la Iglesia debia tener en contra de Aristófanes, dormia siempre con un ejemplar de sus obras bajo la almohada.

De Menandro, á quien pudiera con mas justo título atribuirse la gloria de la invencion de la verdadera comedia, y de Filemon su rival, no nos ha quedado sino uno que otro fragmento. El primero sirvió de modelo constantemente á Terencio; y al segundo le imitó Plauto en algunas de sus comedias. Podemos, pues, juzgar de su mérito respectivo por la compara-

cion de sus imitadores, de quienes hablarémos en su lugar.

En los demas géneros de poesía no es ciertamente grande el número de los poetas que presenta esta época de la historia, que concluye en los tiempos de Alejandro el Grande; pero el mérito y la celebridad de uno solo basta á compensar la escasez de su número. La Grecia entera le tributó viviendo honores casi divinos. Apolo pareció querer dividir con él su propio culto y Marte olvidarse de sus furores. (1) En Tebas, arruinada por los espartanos, ó incendiada por Alejandro, la casa de Pindaro es un templo que las llamas respetan, ó que se levanta sobre sus escombros. Horacio pronostica el fin desastroso de Icaro al que intente remontar su vuelo hasta aquel. Este célebre poeta lírico compuso muchos himnos, y un poema en honor de Apolo, y otro en honor de Baco, que no han llegado á nuestros dias. Solo sus odas han podido salvarse, y aunque no dejan de presentar algunos lunares capaces de ejercitar la crítica, se ve en ellas el mérito sobresaliente de este insigne poeta, á quien no pueden disputar la preferencia los que le precedieron en el mismo género. Mirtis y Corina, dos poetisas célebres de su tiempo, rivalizaron con él. Venció á la primera, y fué vencido acaso por las gracias de la segunda. El juicio de Páris ha sido muchas veces repetido.

A la muerte de Alejandro, y en la dilatada série de siglos que la precedieron, el occidente de la Europa apenas existia, ni aun para la historia de la civilizacion en general. La biblioteca de un Druida no seria ciertamente mas numerosa, que concurrida de literatos la modesta córte del mas ilustrado de los cuarenta reyes antiguos de Pellicer; y en cuanto á la Italia, aun estaban todavia muy atrasados los que debian ser nuestros maestros. Con efecto, ¿qué era aun de Roma un siglo antes de la primera guerra púnica? Apenas las primeras luces de la Gre-

(1) La Pitia Délfica declaró que Apolo queria que se diese á Pindaro la mitad de las primicias ofrecidas en su altar.

cia empezaban á ponerla en un estado de sociedad soportable, debatíase aun con sus vecinos, y todo en ella se resentia de la naturaleza de su primer origen.

En cuanto á la Grecia, en vano el vencedor de Queronea afectó no ser sino el general de los griegos y en vano su hijo honró la ciencia en el primer hombre de su siglo, el grande Aristóteles, y destinó á la mejor obra del ingenio la obra mas preciosa de las manos. La Grecia perdió con su libertad é independencia el estímulo que en los siglos anteriores habia producido los grandes talentos; la idea de su esclavitud comenzó á oscurecer el esplendor con que hasta entonces habia brillado, y la tribuna de Demóstenes empezó ya en Demetrio Falereo á anunciar á la Grecia su movimiento retrógrado. Sin embargo, ningun acontecimiento, por funesto que fuese, podia de repente reducir á absoluta esterilidad esta tierra clásica, cuyos abundantes y ópimos frutos habian esparcido por todas partes la semilla del buen gusto; ni de tal modo renunció la Grecia á las ¡deas de su libertad é independencia, que por recobrarlas y mantenerlas, no lidiase aun por espacio de casi dos siglos. Produjo esclarecidos talentos por todo el tiempo que duró esta lucha; pero ¡cuántos siglos no ha estado despues despidiendo constantemente destellos de su luz moribunda! Todavia brilló con sus restos la córte de los Ptolomeos y honraron aun su literatura decadente, entre otros, los célebres nombres de un Teócrito que sirvió á Virgilio de modelo: de un Bion, de un Mosco su discípulo, cuyas églogas é idilios respectivos tienen en su línea un mérito sobresaliente: de un Apolonio de Rodas, autor de un poema sobre la espedicion de los Argonautas: y de un Filetas y un Calímaco, de cuyas elegías, no menos que de las de Mimnérmes, mucho mas antiguo que ellos, y á quien se atribuye la invencion de este género de composicion, nada nos ha quedado, sino la memoria de su celebridad. Mas despues que por los triunfos del grande Escipion vió Roma cumplido el

voto de Caton, no menos ardiente que indiscreto acaso (1), y que el cónsul Mumio acabó en Corinto con los restos de la libertad griega, y redujo la Grecia á la triste suerte de una provincia romana, triunfó Roma sin rival; su ambicion sin medida fué en adelante la medida de sus triunfos, y su historia empezó á ser la del Universo entero. Así que cuanto la Grecia produjo con posterioridad á esta época, y deba por su mérito distinguido ocupar un lugar en la rápida ojeada que vamos dando sobre la historia de la literatura antigua, hallará el que corresponda al órden de los tiempos, en la que vamos á dar sobre la Literatura Romana.

Literatura Romana.

«Aun agoviada la Grecia, dice un escritor célebre (2), por «el peso de sus propias divisiones y del poder romano, conser«vó sobre sus vencedores una especie de imperio bien honroso. «Sus luces y su gusto en las buenas letras, la filosofía y las «artes la vengaron, por decirlo así, de su propia humillacion, «y á su vez tuvo que someterse á ella el orgullo de los romanos. «Los vencedores se hicieron discípulos de los vencidos, y «aprendieron una lengua que los Homeros, los Píndaros, los «Tucídides, los Jenofontes, los Demóstenes, los Platones, y los «Eurípides habian hermoseado con todas las gracias de su in«genio.» Con efecto, los romanos, no han sido sino los discípulos de los griegos; pero discípulos tan aventajados, tan dignos de sus maestros, que se elevaron á la gloria de rivales suyos, y Atenas y Roma han mantenido de tal manera su supe-

(1) *Delenda est Carthago.*
(2) Mably.

rioridad respectiva, que la posteridad perpleja y admirada no se ha atrevido á adjudicar la primacía á ninguna de las dos. Los romanos, si bien muy superiores á los griegos en la política, porque se aprovecharon de las lecciones que ofrecia la historia de sus maestros, no pudieron disputarles jamás la gloria de la filosofía. Roma nada puede oponer á los nombres de un Sócrates, de un Platon, de un Aristóteles, y de un Epicuro. Su Ciceron y su Lucrecio, dice el abate Millot, no hicieron á lo sumo, mas que esplicar con elegancia las opiniones de la escuela que adoptaron. En cuanto á las artes, el siglo de Fidias no cede á ninguno, y en cuanto á la literatura, Apolo quiso sin duda dividir entre las dos sus propios laureles. Si al compararlas, nos puede ser permitido decir alguna cosa, no servirá ciertamente para resolver el problema, sino mas bien para aumentar la perplejidad. Si los romanos en general fueron acaso superiores á los griegos en la correccion, gusto depurado, y sana crítica, les fueron tal vez inferiores en la fuerza de la invencion, y grandeza de las imágenes.

La literatura romana corrió como la griega todos los trámites de cuanto lleva el sello del hombre, de esta lenta y tardía razon que el tiempo fortifica, que el desengaño corrije, y que la esperiencia sola enriquece. Pasó de la oscuridad de su infancia á una débil pubertad, desde esta á una juventud lozana, y de aquí á una robusta virilidad, en que empezó la época de su decadencia y decrepitud.

Cuando á los trescientos años de su fundacion envió Roma sus embajadores á consultar la sabiduría de Atenas sobre las leyes por que debia mantenerse en ella el órden público, y florecer la justicia, fué precisamente en el ilustrado siglo de Perícles. ¡Cuán grande no debia ser la impresion que les causase la vista de la culta y hermosa Atenas en tan prósperos dias! ¿Y cómo estos hombres, los mas instruidos y los mas considerados entre sus conciudadanos, cual demuestra la natura-

leza misma de su delicada mision, dejarian de transmitir á estos las semillas del buen gusto, y de emplear en cultivarlas toda su influencia política? Sin embargo, aun pasan casi tres siglos de oscuridad en producciones infelices sin duda, y en tentativas desgraciadas. El autor del diálogo de *causis corruptæ eloquentiæ*, que unos dicen ser Quintiliano y otros Tácito, divide la literatura romana en tres edades. La de Enio y Caton el Censor, que corresponde al siglo sesto de la fundacion de Roma, y en que todavía la lengua era dura y desaliñada: la de los Gracos, que templó su rudeza, y la hermoseó y pulió transportando á ella una parte de las gracias, pulidez y elegancia de los griegos: y la de Ciceron y Virgilio, en que tocan en su cenit la Oratoria y la Poesía.

En aquella primera época el género dramático pareció merecer la preferencia de los poetas romanos. La mayor parte de los que pertenecen á ella le cultivaron casi esclusivamente. Sin embargo el viejo Enio, como le llamaba Ciceron, á quien Quintiliano prodiga grandes elogios, y á quien Caton el Censor y el Grande Escipion tenian en tanta estimacion, ademas de sus comedias y sus sátiras, escribió en verso su poema de la Guerra Púnica; mas ni de este ni de aquellas han llegado á nosotros, sino algunos fragmentos esparcidos en los autores posteriores. Otro tanto nos sucede entre los cómicos con Livio Andrónico, Nevio, Cecilio, Lucio y Afranio: y de los trágicos, solo sabemos que Accio gozó entre sus conciudadanos de una estimacion particular, que tradujo diferentes tragedias de Sófocles, y que compuso otras originales: y que Pacubio, sobrino de Enio, compuso diferentes tragedias; entre ellas un Orestes, que fué su obra maestra. El tiempo parece no haber querido respetar en esta línea sino á Plauto y Terencio, que aunque anteriores á los Gracos, no pueden sin embargo considerarse como pertenecientes al siglo de Enio, ó en cuyo favor deberemos, en tal caso, hacer una escepcion. En cuanto al primero.

una de las calidades por que se distingue, y que le hacian tan aplaudido, aun en el siglo de Ciceron, era el conocimiento profundo del genio de su lengua, y la maestría con que la manejaba: y en cuanto á Terencio, posterior á Plauto, y superior á él en las calidades del estilo, ¿quién se atreverá á imputarle la rudeza y desaliño con que hemos caracterizado esta primera época de la literatura romana? Plauto á pesar de sus defectos, de su versificacion no siempre armoniosa, y de sus insípidas chocarrerías, que tanto disgustaban á Horacio (1), tiene el mérito del verdadero talento cómico, ó la *vis comica*, que decian los latinos. Terencio es muy superior á él en todo lo demás. Noble, decente, regular, elegante y florido, si bien parece carecer de la invencion de Plauto, no tiene tampoco ninguno de sus defectos. Las composiciones mas célebres de este último, que son el Anfitrion, la Aulularia y los Menecmos, han sido transportadas al teatro francés por Moliere y Regnard; pero el Avaro de aquel y los Gemelos de este son muy superiores al original latino. El Andria y los Adelfos son las dos obras maestras de Terencio, y en su línea, los dos modelos mas perfectos de la antiguedad.

En cuanto á la Oratoria, si bien la historia antigua hace mencion de algunos hombres mas felices en el arte de la palabra que el resto de sus contemporáneos, sin embargo ninguno hasta Caton el Censor puede elevarse al distinguido renombre de orador. Este magistrado, mas célebre aun por la integridad de su carácter, y por la austeridad de sus costumbres, que por su elocuencia, compuso diferentes oraciones, en que se veian ya un plan ordenado, pasion y movimientos de un talento verdaderamente oratorio; mas ninguna de ellas ha llegado á

(1) Horac. Art. poétic.

At nostri proavi Plautinos et numeros, et
Laudavere sales, nimium patienter utrumque,
Ne dicam stulte, mirati.....

nuestros dias. Quintiliano le designa como el primer romano que empezó á ocuparse de la Retórica (1), y su elocuencia, segun su juicio, se resentia de la inflexibilidad de su carácter: *asperum et horridum genus dicendi.*

El corto espacio que comprende el siglo de los Gracos, es célebre porque en él se cultivaron como nunca las letras griegas; porque este estudio produjo grandes ventajas sobre la lengua; y porque ellos, sin carecer de vehemencia, parecieron disminuir la aspereza de Caton; mas las diferencias no fueron por la cuenta demasiado sensibles. Quintiliano parece confundirlos cuando encargando á los jóvenes evitar dos escollos, dice: *Unum ne quis eos antiquitatis nimius admirator in Gracchorum Catonisque et aliorum similium lectione durescere velit. Fient enim horridi atque jejuni.* En cuanto á los poetas, el mas célebre de su tiempo fué Lucilio, autor satírico á quien, segun Quintiliano (2), elogiaban unos demasiado, prefiriéndole á todos los demas, y deprimian otros mas de lo justo. Horacio, que pertenece á este número, habla de él en la sátira IV del lib. I. Quintiliano le defiende atribuyéndole mucha erudicion, facilidad y sal. No tenemos de él sino algunos fragmentos.

Al llegar al siglo de Ciceron y de Virgilio, llamado tan justamente Siglo de Oro, y no con tanta razon siglo de Augusto, la multitud de poetas en todos los géneros, de oradores y de historiadores es tal, que necesitariamos muchas páginas para dar de ellos alguna noticia, por sucinta que fuese. No siendo esto compatible con los estrechos límites á que debemos reducirnos, nada diremos entre los oradores, de César, de Antonio, Craso, Escévola, Sulpicio, Cota y Hortensio; ni entre los poetas, de Plocio, Asinio Polion, Furio, Mecenas, Emilio Mácer, Galo, Ma-

(1) *Romanorum primus (quantum ego quidem sciam) condidit aliqua in hanc materiam M. Cato ille censorius....* Quint. lib. 3, cap. 1, *de scriptoribus rethoricis.*

(2) Lib. 1 : cap. 1.

nilio y otros, de quienes ó tenemos solo uno que otro fragmento, ó nada absolutamente. Hablaremos solo de aquellos, cuyas obras se han salvado de la injuria del tiempo, cuyas noticias por lo mismo tienen para nosotros un interes particular, y cuyas producciones han sido los modelos que han consultado, y sobre que se han formado todos los hombres grandes de la literatura moderna.

Ciceron, en cuanto á los oradores, absorverá esclusivamente nuestra atencion. Nacido de una antigua y noble familia sabina, estudió la filosofía con Filon Ateniense, y la jurisprudencia con Mucio Escévola. Horrorizado de las proscripciones y atrocidades del sanguinario Sila, salió de Roma, y pasó á Atenas. Sobre el teatro mismo de los triunfos de Demóstenes, se formó el orador que debia un tiempo disputarle la palma de la oratoria. Cuestor en Sicilia, fué por la única vez de su vida el acusador del infame Verres, que con el cargo de Pretor, se habia cubierto en ella de crímenes horribles: despues Edil, Pretor, y Cónsul en fin, en competencia y contra las intrigas de Catilina, fué el salvador de Roma, y el azote de este insigne sedicioso. Enemigo del inmoral Clodio, fué desterrado por las intrigas de este durante su tribunado. Entre César y Pompeyo, tomó el partido del segundo; mas despues de la derrota del último, transigió con el primero, no acaso por debilidad, como aseguran sus detractores, sino porque reconociendo las grandes calidades de César, vió en él el único hombre que podia salvar la república de la anarquía horrorosa en que amenazaba sepultarse. Tales son efectivamente los principios que parecieron dirigirle, y lo único que está de acuerdo con su lenguage en el Senado, dirigiéndose á César dictador ya, y con sus ideas en sus cartas á su amigo Atico. A la muerte de César, que no habia sin duda correspondido á sus esperanzas, quiso proteger en Bruto y Casio el partido republicano, que parece haber sido siempre el suyo; mas la preponderancia de Antonio le obligó á

salir de Roma y retirarse nuevamente á Atenas. Volvió algun tiempo despues y Augusto pareció manifestar por él una predileccion, mas cuando creyó no necesitarle, le abandonó á la venganza de Antonio su implacable enemigo, contra quien se habian dirigido sus catorce Filípicas. A la formacion del segundo triunvirato de Augusto, Antonio y Lépido, la muerte de Ciceron fué uno de los capítulos de esta sanguinaria transacion. Huyendo de los satélites de Antonio, cayó al fin en sus manos, y murió asesinado á los sesenta y cuatro años de edad. Toda la gloria de Augusto, toda su proteccion á un Virgilio y un Horacio, están bien lejos de bastar á espiar, ni aun en la historia de la literatura, el asesinato infame de un Ciceron. No poseemos de él sino una muy pequeña parte de sus obras; pero ellas bastan á convencernos de la universalidad de su talento. Profundo en la política, grande en la jurisprudencia y la filosofía, de una erudicion vastísima en las letras humanas, añadió á todos estos títulos el renombre del primer orador romano, rival de Demóstenes, y muy superior á cuanto han producido despues de él mas de diez y ocho siglos y medio.

Con efecto, ¿qué podremos comparar en la literatura moderna á sus dos primeras Catilinarias, á sus dos últimas oraciones contra Verres, á las que pronunció en favor de la ley Manilia, de Murena, Sextio y Milon, y en fin, á su segunda Filípica? Es necesario sin embargo decir en favor de los modernos, que la situacion forma en cierto sentido al orador: que la de Atenas y Roma, en los tiempos de Demóstenes y Ciceron, no se ha reproducido en la historia moderna: y que si Craso, Antonio, Hortensio y Ciceron fueron elevados á las primeras dignidades porque fueron elocuentes, como observa Laharpe, desde entonces la elocuencia empezó á ser, y ha continuado siendo, cuando no un don funesto, por lo menos una calidad inútil. Mas ¿á quien atribuir la preferencia entre los dos oradores? Quintiliano (1)

(1) Lib. 1.° cap. 1.°

prefiere á Ciceron, Fenelon á Demóstenes, y si Laharpe gusta mas del primero, es por una razon que puede á lo sumo determinar el gusto de su lectura, mas no resolver el problema de su superioridad. Demóstenes no pudo ocuparse sino de un solo asunto, ni hablar casi sino de solo un hombre; las situaciones de Ciceron fueron mas variadas. Concentrado á un solo objeto, le habria sido acaso mas dificil sostener el paralelo, forzado así á incidir mas frecuentemente en uno de los defectos que le atribuye su mismo panegirista Quintiliano, *et in repetionibus nimium*. Sus obras filosóficas, morales y didácticas tienen igualmente un mérito eminente. Sus libros de *Naturâ Deroum*, sus *Tusculanas*, su Tratado de *Officiis*, *de Legibus*, *de Amicitiâ*, *de Senectute*: sus cartas á Atico: en fin, sus diferentes tratados sobre la Oratoria, son otras tantas obras, que cada una de ellas bastaba para inmortalizar á su autor. El elogio de Ciceron pide otro Ciceron, dice uno de sus contemporáneos.

Los idus de octubre del año 70 antes de la Era Cristiana se hicieron una época memorable para los romanos (1) por el nacimiento de Virgilio en un pueblecillo distante de Mántua una legua. Crióse en Cremona, y cuando Augusto distribuyó entre sus soldados las tierras de aquellos á quienes proscribia, dicen que Virgilio se vió despojado de su patrimonio: que para reclamarle vino á Roma: que fué presentado á Mecenas, y por este á Augusto: que Augusto reparó el agravio, en agradecimiento de lo cual, aquel compuso la primera égloga en elogio de su bienhechor. Lo cierto es, que Mecenas y Augusto protegieron á Virgilio, que este le colmó de favores, que sus contemporáneos le dieron el nombre de Príncipe de los poetas latinos, que vivió en la abundancia, y murió lleno de consideracion y de riqueza á los cincuenta y un años de edad, de vuelta de un viage á Grecia: y que las obras que le valieron su celebridad y

(1) *Octobris Maro consecravit idus*, dice Marcial.

fortuna, son las Bucólicas, las Geórgicas y la Eneida. (1) En las primeras imitó á Teócrito, igualando siempre y sobrepujando algunas veces á su propio modelo. Su égloga quinta que contiene el elogio fúnebre y la apoteosis del pastor Dafnis, es la composicion mas acabada en el género pastoral. En sus Geórgicas imitó á Hesiodo; pero de una manera tal, que la copia hace olvidar el original. El *Opera* et *Dies* del poeta griego tiene una que otra invencion ó descripcion, si se quiere, de un mérito sobresaliente; pero monstruoso en su plan, de una prolijidad cansada, y algunas veces hasta ridículo y pueril en sus ideas, no puede sostener el paralelo con la mejor obra que en este género presenta la historia de la antigüedad.

Mas si Virgilio es sin disputa, con mas ó menos ventaja, superior siempre á Teócrito y Hesiodo, y dá á Roma la primacia en el género pastoral y didáctico, no sin disputa podia admitírsele el honor de rivalizar con Homero. Cualquiera que sea el respeto que en este punto merezca el autor de la Henriada, no nos aventuraremos nunca á decir con él, que la mejor obra de Homero es Virgilio (2). Forzados á pronunciar una opinion, diriamos mas bien que la primera obra de Homero es la Iliada, y la segunda la Eneida, ora se consulte su mérito relativo, ora su mérito absoluto; y para hacerlo, no nos faltarian autoridades bien recomendables. Quintiliano, en el paralelo entre el Epico griego y el latino, no se atreve á decir del segundo, sino que: *illi haud dubiè proximus*, y á repetir y aprobar el juicio de su maestro Afro Domicio, que decia: *Secundus est Virgilius, propior tamen primo, quám tertio* (3) dejando ver que la fuerza de la verdad le arranca esta confesion, no sin alguna mortificacion del amor nacional. En cuanto al mérito relativo, Homero podia tener en buen-

(1) Son bien conocidos aquellos versos;
Mantua me genuit: *Calabri rapuere* : *tenet nunc*
Parthenope : *cecini* pascua, rura, duces.
(2) Essai sur la poésie epique.
(3) Lib. 1.°. cap. 1.°

hora alguna ventaja de parte de la lengua, pero Virgilio tenia la del ejemplo de Homero, y muchos siglos de ilustracion y riqueza literaria; nada puede hacer sospechar que Homero no fuese enteramente original, y sabemos que Virgilio copió sin escrúpulo, no solo de los antiguos, sino de sus mismos contemporáneos: y no se diga, como parece anunciarlo el autor de la Henriada, que lo malo de Virgilio es lo que imita (1). El mismo confiesa que entre el estiercol de Enio hallaba el oro: cuando tomaba de Vario, segun la idea que de este poeta nos dan Horacio y Quintiliano, no tendria ni aun el trabajo acaso de abrillantar: su Dido debe algunas de sus gracias á la Ariana de Cátulo, y á la Medea de Apolonio de Rodas: y segun Macrobio (2), su segundo libro de la Eneida debe á Pisandro, insigne poeta griego, y autor de un poema que llamó la Heracleida (3), el sublime trozo de la destruccion de Troya. En cuanto al mérito absoluto, la primera perfeccion de un poema épico está en la acertada eleccion del héroe, y en el modo de caracterizarle. Nos guardaremos bien de comparar á Eneas con el fundador de un órden monástico como lo hace St.-Evremond, pero no tiene duda que el sabio, el pio, el religioso Eneas no es un carácter tan verdaderamente épico, como el ardiente é impetuoso Aquiles.

La Epopeya exige grandes pasiones. La virtud perfecta corrige todo movimiento irregular. Asi es que todo el que Virgilio dá á su héroe, siempre grande, pero siempre moderado y perfecto, no alcanza á producir en su favor mas que una admiracion fria; mientras que el violento hijo de Tétis, retirado en su tienda, nos llena de entusiasmo, y si no se engrandece, pierde lo menos que puede en su propia ociosidad. Si el hijo de Ulises hubiera sido constantemente un autómata movido por el reglado

(1) *Quand Virgile est grand, il est lui-même; s'il bronche quequefois, c'est lorsqu'il se plie á suivre la marche d'un autre.*

(2) *Eversionem Trojæ cum Sinone pene ad verbum transcripserit.* Lib. 5, cap. 2, Saturnalium.

(3) Pausanias, 8, cap. 22.

impulso de Minerva, el Telémaco no habria merecido nunca mas nombre que el de un cuento moral. Ni olvidemos que el interes va siempre decreciendo en los seis libros posteriores de la Eneida, mientras en Homero crece á cada momento el interes de la accion. He aquí porque Virgilio no quiso leer á Augusto mas que el primero, segundo, cuarto y sesto libro; y he aquí sin duda porque en su testamento mandaba quemar la Eneida, creyendo por su escesiva modestia, que en este defecto venian á perderse todas las bellezas de su obra inmortal. Augusto, aun á pesar de Horacio, acaso no habria conseguido hacer olvidar á la posteridad sus primeros crímenes, si la hubiera privado de las grandes lecciones de este sublime maestro; mas afortunadamente, lejos de hacerlo así, cometió la revision de la Eneida á Tucca y Vario, que, nuevos Aristarcos, nos han trasmitido este precioso depósito, descargado de los pasajes defectuosos, pero sin ninguna añadidura, conforme á la órden de Augusto; y he aqui porque se encuentran en Virgilio muchas fracciones de verso.

Despues de Ciceron y Virgilio, no le faltaba á Roma mas que quien disputase la palma lírica á Anacreonte y á Píndaro. Esta época destinada á presentar los ingenios mas sublimes, produjo en Horacio, no solo el rival sino acaso el vencedor de entrambos. Nacido en Venusia, hijo de un liberto, que aunque de una mediana fortuna, le dió una educacion escelente, despues de haber estudiado en Roma las buenas letras, pasó á Atenas á formarse en la filosofía. Por este tiempo Bruto y Casio, despues de la muerte de César, se retiraron, y se sostenian en la Grecia contra Antonio y Octavio. Horacio, por un movimiento inesplicable, pareció querer forzar su verdadera y legítima vocacion. Arrojóse en el partido republicano: hallóse en la batalla de Filipes, y el primer ensayo bastó á convencerle de la bastardia de su llamamiento, haciéndole ver sin duda que habia confundido la exaltacion poética con el valor en los combates, y que

no era lo mismo pasearse, por ejemplo, en la Iliada con los mas intrépidos guerreros, que tener serenidad en un dia de batalla. Desengañado, pues, abandonó el sangriento Marte por el amable comercio de las Musas, se vino á Roma, y ganó por sus talentos la amistad de Virgilio y Vario, que le recomendaron á Mecenas y Augusto, de quien vino á ser en lo sucesivo uno de los primeros favoritos. Profesando los principios que ha cantado en sus versos, hizo consistir su felicidad en lo que verdaderamente consiste, es decir, en la sobriedad de los deseos. Lejos de toda ambicion, sin querer nunca desmentir su *procul negotiis*, contento con la amistad de Augusto, no quiso participar de las glorias y cuidados del emperador, y se negó á admitir uno de los destinos mas envidiables ó envidiados de su córte. Sensible á la amistad, la muerte de Mecenas pudo contribuir á apresurar la suya, pues murió pocas semanas despues de aquel á los cincuenta y siete años de edad. Sobresalir en todos los géneros á que se dedicó, parece haber sido el signo feliz de este poeta admirable. Como lírico, igual unas veces por la elevacion á Píndaro, sus cuadros son mas acabados, y se diria que á él solo fué dado falsificar su propio pronóstico (1): en otras reune á todas las amables gracias del voluptuoso Anacreonte un pincel mas delicado, y asombra verle pasar, con un éxito igualmente feliz, desde un rasgo pindárico á una oda moral, y desde aqui al gabinete de Pirra. Como satírico, es cierto que no tiene la rabia de Arquíloco (2), ni la bilis de Juvenal; pero por eso mismo es el mejor modelo de la única especie de sátira que, en nuestra opinion, puede hacer mas útil la censura del vicio y las lecciones de la virtud. Finalmente, en su arte poética nos ha

(1) Lib. 4, Oda 1.
Pindarum quisquis studet æmulari,
Jule, ceratis ope Dædaleâ
Nititur pennis, vitreo daturus
Nomina ponto.

(2) *Archilocum propio rabies armavit jambo.* Ars. poet.

dejado, como dice Laharpe, el código eterno del buen gusto. Su nombre goza de la inmortalidad que el mismo profetizó (1) á sus versos. Nada se conserva de otros líricos latinos, pérdida poco sensible, pues segun Quintiliano, casi no merecian la pena de leerse (2); no obstante parece querer hacer alguna escepcion en favor de Cesio.

En el género elegiaco y erótico, es mayor el número de los buenos modelos que pertenecen á esta época. Cátulo, Tibulo, Propercio, y Ovidio son los principales.

Cátulo, nacido en Verona, gozó de la estimacion de los hombres grandes de su siglo: César, perdonando al autor de algunos malos epígramas contra él, hacia sentar en su mesa al insigne poeta que habia compuesto el epitalamio de Tétis y Peleo, y al ingenio feliz que con tan sentidas lágrimas habia sabido llorar el pajarito de Lesbia. Su imaginacion es amena: su estilo es siempre elegante, su versificacion fluida; algunas veces, por demasiadamente libre, toca ya en obsceno, y si bien es puro en el lenguaje, no se puede siempre decir de él otro tanto con relacion á la moral y á las costumbres.

Tibulo natural de Roma, siguió á Mesala Corvino en la guerra de la isla de Corcyra; mas retiróse bien pronto del ruidoso estrépito de las armas por la misma razon que Horacio. Aun es mas dificil de esplicar como el alma delicada de Tíbulo pudo parecer una sola vez sobre el campo de batalla. Horacio supo tomar algunas veces el tono de elevacion que podia convenir á la trompeta guerrera; pero el tierno cantor de Delia, parece

(1) En la oda 24 del libro 3.° hablando de sus versos:
Exegi monumentum ære perenniùs,
Regalique situ pyramidum altiùs;
Quod non imber edax, non Aquilo impotens
Possit diruere, aut innumerabilis
Annorum series, et fuga temporum.
Non omnis moriar: multaque pars mei
Vitabit Libitinam.

(2) *At lyricorum idem Horatius ferè solus legi dignus.* Lib. 1.° c. 1.°

que no debió salir nunca de las risueñas soledades que pintaba, ni hacer otra cosa que sentir y gozar de las delicias de un amor tranquilo. La ternura del sentimiento, la suavidad de su purísimo estilo, son las calidades que distinguen sus elegías.

Propercio era hijo de un caballero romano proscrito por Augusto; vino á Roma, y su reputacion le facilitó la amistad de Virgilio y Mecenas, y la proteccion del César. Bajo el nombre de Cintia, celebró á una dama romana, llamada Hostilia. Sus elegías contienen la historia de sus amores, con todas las alternativas que puede ofrecer la pasion entre una muger altiva, caprichosa, y que siente el imperio que ejerce sobre una alma de fuego; pero á quien una fatalidad irresistible parece haber condenado á amarla esclusivamente. Su pincel no tiene la blandura de Tíbulo; pero en cambio tiene mas fuerza y energía, ó ya pinte el delicioso éstasis de un momento de embriaguez, ó toda la cólera de un rompimiento.

El desgraciado Ovidio educado en Roma y en Atenas, destinado al foro por su padre, pero arrastrado á la poesía (1) por la fuerza irresistible de aquel númen que arrebata y enciende el alma de los favoritos de Apolo, empezó por ser, con todos los demás hombres de su siglo, uno de los ornamentos de la corte de Augusto. Una causa enteramente desconocida le hizo perder la gracia del César, quien, por colmo de su infortunio, le desterró al Ponto á los cincuenta años. Ni la muerte de Augusto bastó á poner término á sus desgracias; Tiberio fué tambien sordo á sus lamentos, y acabó sus dias en el destierro el año diez y siete de la era cristiana. Sus obras son sus Fastos, de que no tenemos sino seis libros, que son la mitad de los que escribió. La pérdida de los otros seis es sensible, ya por el mérito poético, ya por su importancia histórica Su poema mitológico de los Metamorfóseos es su obra maestra. La naturaleza del asunto le favorecia en ella mas que en la anterior, en toda

(1) Ovid. Elegia 10 del lib. 4.° de los Tristes.

la diferencia que hay desde el prestigio de la fábula á la (poéticamente hablando) repugnante sequedad de la historia. Así es que en esta obra es donde ha desplegado toda la fuerza de su imaginacion, toda la riqueza inagotable de su númen. Es un nuevo triunfo sobre la literatura griega. La Teogonía de Hesiodo no puede sostener el paralelo con los Metamorfóseos de Ovidio. En sus obras amatorias hay mucha gracia y verdad; pero algunas veces esta última está demasiado desnuda, y no estaria de sobra que se la cubriese un tanto con el velo del pudor. Sus Heroídas, sus Tristes, sus Elegías tienen suavidad, sentimiento, pasion: sobre todo entre las últimas, la que escribió á la muerte de Tíbulo, es en su línea, segun la opinion de un gran maestro, un modelo sin igual. Su Ibis es una imitacion del de Calímaco. Aun tenemos algunos fragmentos de su Medea, tragedia que, segun Quintiliano (1), manifiesta hasta qué punto hubiera podido sobresalir este hombre, si hubiese querido ser menos indulgente con su propio ingenio. Sobre todo lo que admira en este fenómeno estraordinario, es una facilidad, una abundancia, una especie de flujo irrestañable de versos. Los demás poetas tienen que hacerlos; él se los encuentra hechos: los demás tienen que pensarlos; él tendria que pensar para dejar de hacerlos. Sin embargo es necesario confesar que esta misma facilidad es el orígen de todos sus defectos, y semejante á Demetrio Faléreo entre los griegos, en medio de un mérito eminente, empiezan ya á observarse en él aquellos descuidos que anuncian y preparan la época de la decadencia del siglo de oro de la latinidad. A imitacion de Horacio, se predijo á sí mismo la celebridad de que efectivamente goza. (2)

(1) Lib. 10, cap. 1.°

(2) *Parte tamen meliore mei super alta perennis*
Astra ferar nomenque erit indelebile nostrum;
Quâque patet domitis romana potentia terris;
Ore legar populi: perque omnia sæcula famâ,
Si quid habent veri vatum præsagia, vivam. Metam. lib. 15.

El número de los poetas dramáticos perteneciente á esta época no es considerable. Sin embargo, aun en este género compitió este siglo con el de Perícles. El Tiestes de Vario, que por desgracia no ha llegado á nuestros dias, era, segun Quintiliano (1), comparable á la mejor tragedia del teatro griego. Tambien sabemos que César compuso un Edipo; pero el silencio de Quintiliano puede hacernos creer que César, poeta trágico, no tenia el mérito eminente de César orador, de quien dice que si se hubiese dedicado esclusivamente al foro, habria sido el único de los oradores de Roma, que hubiera podido sostener el paralelo con Ciceron (2).

El poema filosófico de Lucrecio, discípulo de Zenon y de Fedro en Atenas, y de Epicuro en su obra, si por una parte puede probar los errores á que nos llevan observaciones inexactas en la física, y raciocinios viciosos en la moral, puede tambien servir para hacernos sentir que su autor no hubiese elegido un asunto, que prestándose con mas docilidad á los encantos de la poesía, nos hubiera dado la ocasion de admirar mas veces su pincel atrevido y valiente.

Todo en este siglo es grande y sublime. Si los oradores y poetas romanos disputan á la Grecia sus laureles, en nuestro dictámen sus historiadores triunfan sin contradiccion. Tito Livio es superior á Herodoto, y Salustio á Tucídides,

De Tito Livio apenas sabemos sino qne nació en Pádua: que vivió en Nápoles y en Roma: que tuvo un hijo: que Augusto le apreció: y que falleció en Pádua en el mismo año, y aun dicen que en el mismo dia que Ovidio. Es muy estraño que sean tan ignorados los pormenores de la vida de un hombre tan célebre, cuya reputacion estaba tan estendida como parece probarlo la estraña resolucion de aquel compatriota nuestro, que, leidas sus obras, sale de Cádiz, viene á Roma solo para

(1) Lib. 1.°, cap. 1.°
(2) *Non alius ex nostris contra Ciceronem nominaretur.* Ib. idem.

tener el gusto de conocerle y tratarle, y regresa á su patria sin querer ver ninguna otra de las maravillas de Roma. La Historia Romana de Tito Livio que empieza en la fundacion de Roma, estaba dividida en ciento cuarenta libros, de que no tenemos mas que treinta y cinco. Las calidades eminentes que le distinguen son la claridad, y aquella prodigiosa facilidad con que varía sus cuadros y recorre todos los estilos. Sencillo en la narracion, elegante en las descripciones, vehemente en los discursos, puro en la moral, solo puede imputársele cierto exceso de credulidad, y un poco de orgullo romano: en cuanto al *Patavinismo ó Paduanismo* que se le atribuye, nada podemos decir, pues ni aun se sabe en qué consistia este defecto provincial.

El inmoral Salustio es uno de aquellos fenómenos que han venido al mundo, como para probar que el hombre es el ente mas contradictorio de la naturaleza. Respirando en sus obras la moral mas austera, fué en su conducta uno de los hombres mas depravados de su siglo. Arrojado del Senado con ignominia, buscó en el partido de César lo que en todas las convulsiones políticas suele buscar en un partido un pequeño número de hombres, es decir, la impunidad de los crímenes que cometieron en el otro. Restablecido en el Senado por César, elevado á la censura, fué nombrado para el gobierno de Numidia, á expensas de la cual se enriqueció escandalosamente.

Olvidemos al hombre y hablemos del escritor, que en el capítulo 2 de *Bello Catilinario*, parece pedir perdon de sus extravios y reclamar la indulgencia de la posteridad. No tenemos de él sino la historia de la conjuracion de Catilina, y la de la guerra contra Jugurta. En una y otra descubre sus grandes calidades y sus defectos. El temple de su pluma es el de Tucídides: no tiene la armoniosa abundancia de Tito Livio; pero en cambio, es de una concision, rapidez y energía superior á la de su modelo, y atrevido en el uso de las metáforas, no lo es menos en el de las palabras, unas veces incidiendo en el vicio de

arcaismo, y otras en el de neologismo. Del primer vicio le reprenden César y Polion en Suetonio: y del segundo Aulo Gelio en las Noches Aticas. Sus admiradores le presentan como el primer historiador romano; mas aun los que han querido deprimirle, no han podido menos de confesarle un mérito eminente. Quintiliano considera á Salustio y Livio como iguales (1)

A este mismo siglo en que comprendemos el reinado de Tiberio, pertenecen varios historiadores de segundo órden y biógrafos: un Cornelio Nepote, amigo de Ciceron y de Atico, á quien dedica su obra *Excelentium Imperatorum Vitæ*, que es la única que ha llegado á nuestros dias de las diferentes que compuso, y en la que se vé la acendrada pureza del siglo á que pertenece, y que en vano quiso atribuir al suyo el plagiario Emilio Probo, que las publicó en su nombre en los tiempos de Teodosio: un Trogo Pompeyo de que hablarémos despues, citando á su compendiador Justino: y un Veleyo Patérculo, amigo del célebre favorito Seyano, y de un mérito distinguido por su concision y rapidez, y de cuyo compendio de Historia Griega y Romana no tenemos sino una parte. Para completar el cuadro de este siglo, añadiremos el arquitecto Vitruvio, y el erudito geográfo Estrabon, uno y otro elegantes y puros: el fabulista Fedro, liberto de Augusto, y no muy amigo de Seyano: y Dionisio el paisano de Herodoto, y autor de las *Antigüedades Romanas*, de quien no poseemos sino poco mas de la mitad de la obra, y en quien se reconoce siempre el siglo á que pertenecia.

Hemos comprendido en esta época los tiempos de Tiberio, no porque confundamos al protector de las letras con el asesino de Cremucio y de Labieno, ni al amigo de Virgilio y Horacio con el imitador y admirador de Euforion, Riano y Partenio (2), sino porque consideramos que aun todavia duraba el impulso de Ciceron y de Virgilio, si bien habiendo empezado

(1) *Pares eos magis quám similes.*
(2) Suet. in Tiber, cap. 70.

ya a retrogradar, aun desde el tiempo mismo de Augusto.

Hasta el siglo séptimo de Roma no empiezan á refluir sus luces sobre el resto del Occidente. Mientras que Cartago no sucumbió del todo á los talentos de Escipion Emiliano, la España no dejó de ser un momento el teatro de la guerra con su afortunada rival; aun despues de la sumision de aquella, sostuvo largo tiempo contra las pretensiones de esta una lucha espantosa, cuyo éxito llegó á ser muy dudoso, y que no se terminó sino repitiéndose en Numancia la desastrosa escena de Sagunto. Sabido es que las tímidas musas, bien halladas tal vez en la fastuosa córte de un monarca ó de un pueblo triunfante, huyen siempre de los lugares teñidos por la planta sangrienta del guerrero. Hasta los tiempos de Sertorio, lo que de la cultura romana pudo refluir en España debió ser bien poco; mas despues que este hombre eminente vió á Mario vencido en Italia, y á Sila triunfando en Roma sin contradiccion, formó el proyecto de oponerse á los designios bárbaros y ambiciosos de este último con los recursos que la España podia ofrecerle. Quiso hacer de España una segunda Roma; nombró un senado, estableció escuelas, fomentó las luces, inspiró el gusto de las letras griegas y romanas, y ofreció en ella un asilo á cuantos podian sustraerse á las venganzas del dictador Este impulso dado por Sertorio, cualquiera que fuese el resultado de sus miras en todo lo demas, no podia perderse, como no se pierden nunca, á despecho de los hombres que viven de la ignorancia y del error, cuantos son de la misma naturaleza. Asi es que encontramos en la historia hechos que prueban que en España habia ya en este siglo justos apreciadores, y aun admiradores entusiastas de las buenas letras. No era nuevo en ellas el que encantado de la facundia y sublimes pasages de Tito Livio, hizo el viage de Cádiz á Roma: ni pasaron por hombres vulgares en este tiempo un Porcio Latro, un Higinio, liberto de Augusto y amigo de Ovidio, autor de una obra de mitología que intituló

Fábulas, de varios comentarios sobre Virgilio, de una obra de vidas de hombres ilustres, y de otras que no poseemos.

Desde los tiempos del mónstruo Calígula, hasta la division del imperio entre Arcadio y Honorio, la historia de la literatura romana presenta todavia un número muy considerable de hombres célebres, entre los cuales nos ocuparemos particularmente de los mas eminentes, con tanto mas gusto, cuanto que entre ellos hallaremos muchos españoles, empezando por un Columela, y un Pomponio Mela. El primero, natural de Cádiz, nos ha dejado la mejor obra de agricultura de la antigüedad, muy superior á la del célebre y erudito Varron, no solo por los conocimientos y observaciones agrónomas, sino por su pureza, correccion y elegancia. De Pomponio Mela que vivia bajo el imperio de Claudio tenemos un tratado de geografía, cuyo título es *De Situ Orbis*, apreciable no solo por la materia que trata, sino tambien por su buen lenguage y estilo.

La familia Anea, cordobesa, trasladada por su desgracia á Roma, produjo los tres escritores mas eminentes de los malhadados tiempos de Calígula, Claudio y Neron.

Lucio Aneo Séneca el padre, parece en Roma en un tiempo en que todavía existian los que habian oido á César, Craso y Ciceron, y sin embargo se hace distinguir, y adquiere una reputacion por sus talentos en la oratoria. No queremos decir que igualase en mérito á tan célebres oradores, mas nos creemos autorizados á pensar que quien logró interesar la atencion de los que los habian oido, no podia menos de tener un mérito singular. Su hijo llamado Séneca el filósofo, nació tambien en Córdoba; tuvo por preceptor de elocuencia á su propio padre, y cultivó la filosofía al lado de los mas célebres maestros. Sus primeros trabajos en el foro bastaron á darle una celebridad tal, que se vió precisado á renunciar á este, si quiso evitar la baja envidia y la infame venganza del detestable Calígula (1), que

(1) Bibliot. vet. de Nicol. Ant., lib. 1, cap. 7.

aspiraba á la gloria de orador, al mismo tiempo que meditaba el modo de exterminar la memoria de Homero, Virgilio y Livio, por hombres de poco ingenio y de mal gusto (1). Precisado Séneca á variar de plan, se dió á la carrera de la magistratura, y cuando Agripina, madre de Neron, muerta Mesalina, se casó con el emperador Claudio, le confió la educacion de su hijo, que destinaba ya al imperio. Neron, cuyos primeros años fueron como los últimos de Augusto, pareció en ellos reconocer el ascendiente de su maestro, y respetar en él este carácter; mas el alma infernal de Neron, destinada á no reconocer ni respetar nada, no podia hacer una excepcion en favor de su maestro. El nombre de Séneca pronunciado por uno de los comprendidos en la conjuracion de Pison, bastó para que aquel malvado decretase su muerte. ¿Y quién sabe si la indicacion misma no seria obra suya? Hacía ya tiempo que Neron detestaba á Séneca, y cuando se proponia un fin, no era hombre que reparaba en la naturaleza de los medios. Séneca recibió la órden de su muerte, y la muerte misma con la serenidad y grandeza de un Sócrates y un Focion; sin embargo hasta la virtud de Séneca ha sido un problema, y todo en él un motivo de discusion y de discordia entre los hombres de letras. No hace mucho tiempo, que con demasiado calor se reprodujo la cuestion en Francia. Uno de sus hombres célebres (2) tomó la defensa de Séneca. No podemos aprobar ni todos sus medios, ni su encendimiento. Otro literato (3), no menos respetable, y que ha escrito posteriormente, parecia proponerse discutirla con la sangre fria de la imparcialidad y de la crítica; mas á decir verdad, nos parece que en el calor de la discusion, la trató de una manera que pudiera hacer sospechar que él mismo la miraba con aquel ca-

(1) Suet. in Calig., cap. 34.
(2) Diderot.
(3) Laharpe

rácter de personalidad que atribuye á sus primeros mantenedores, y que no creemos ni en estos ni en él.

En el proceso de Séneca, el objeto de estas pocas páginas nos reduce á examinarle, y muy rápidamente, solo como escritor, y á juzgar de la justicia é injusticia con que algunos críticos le han atribuido con los demas españoles que, ó vivieron con él, ó se distinguieron posteriormente, la decadencia de las Buenas Letras, y corrupcion del buen gusto. Sin embargo, pues que en un curso de literatura no se ha creido fuera de propósito hacer el exámen y la censura de la virtud ó hipocresía de Séneca, séanos permitido decir, que Séneca muriendo, respondió á todas las imputaciones injustas de su siglo, á todos los textos de Tácito en el sentido mas desventajoso, á la ligereza imperdonable de Dion, al juicio equivocado de sus censores de buena ó mala fé: y en fin que, ó el vicio no tiene un freno sobre la tierra, ni la virtud un motivo; ó es imposible que un hombre muera como Sócrates, despues de haber dividido con Neron por cualquiera especie de complicidad, los crímenes mas horrendos, el asesinato, el parricidio; y antes de privar á la moral de esta basa, y de dejar á la virtud en la tierra sin indemnizacion y sin consuelo, estamos decididos, no solo á negar la verdad de lo que se entienda en Tácito, ó este haya dicho efectivamente, sino, si es preciso, á negar hasta la existencia de Tácito.

Punto menos injustas nos parecen las imputaciones hechas á los Sénecas, á Lucano, á Marcial como escritores, cuando se les ha atribuido la decadencia de la buena latinidad, y la corrupcion del buen gusto. Estamos bien distantes de comparar á Séneca con Ciceron, como lo hacen sus exagerados panegiristas; mas al mismo tiempo, lejos de acusarle porque tuviese la desgracia de no haber venido al mundo en el siglo de aquel, admirarémos y elogiarémos en él, como en los demas españoles que le sucedieron, lo bueno que tuvieron, á pesar de la cor-

rupcion de los siglos á que pertenecieron. Porque se distinguieron entre todos en medio de la infeccion general, ¿ha debido deducirse que esta es obra suya? Mas natural sería decir «no se distinguieron, sino porque se preservaron de ella mas «que los otros escritores sus contemporáneos;» y mirados así, el tiempo perdido en imputaciones y acriminaciones que no merecen, se habria empleado en estudiarlos. y agradecerles lo bueno que les debemos, La literatura romana corrió, como no podia menos, la suerte de la literatura griega. En cuanto á la Oratoria, hija de la libertad, debia necesariamente sepultarse con ella. En cuanto á la poesía, aunque de mas flexibilidad para acomodarse á toda especie de situaciones y gobiernos, no está enteramente exenta de la influencia de las costumbres; pero sobre todo parece depender muy particularmente del carácter y luces de la cabeza del gobierno, y sin embargo se necesitó todo el gusto delicado y la sana crítica de Augusto para impedir que no cundiese en su siglo una cierta afeminacion en el estilo, de que Mecenas mismo, segun Macrobio (1), empezó á dar el mal ejemplo, y que solia servir de materia á las finas ironias de este emperador. Así es que no puede dudarse que la corrupcion y decadencia de la latinidad, empezó ya en el siglo mismo de Augusto, es decir, en un siglo sobre que los españoles no tuvieron una influencia que les pueda dar ninguna especie de responsabilidad. ¿Y qué, no acabaria de corromper', y á pasos agigantados, la sucesion desgraciada, no menos para la humanidad y la moral que para las buenas letras, de un Tiberio, un Calígula, un Claudio, un Neron, Oton, Galba y Vitelio? Sin que Vespasiano y Tito hubiesen tenido tiempo de reparar los males de sus predecesores, ocupó el imperio un Domiciano, que renovando el antiguo decreto del consulado de Marco Valerio Mesala, ordenó la espulsion, no solo de Roma,

(1) Macrob, lib. 2, Saturn., cap. 4.

sino de la Italia entera, de todos los filósofos, en cuyo número, entre otros, se vió comprendido el virtuoso Epitecto (1).

Bajo de tales mónstruos ¿cuál podia ser la suerte de las letras y de la razon humana en general? ¿á quien sino á ellos deberá atribuirse toda especie de depravacion? Ese Tácito, ese inmortal Tácito, empleado para denigrar á Séneca, podria ser mas oportunamente interpelado para decidir esta cuestion. Rogamos á nuestros lectores que lean ó recuerden el segundo y tercer párrafo de la vida de Agrícola: en ellos hallarán designadas por Tácito las causas de la corrupccion de las letras: verán que lo que es verdaderamente obra de un español, modelo de soberanos, y honor de la especie humana, es su restauracion: y que Tácito mismo es, por decirlo así, y por su propia confesion, obra de Trajano. Pongamos un término á esta discusion, de la que no podiamos prescindir, y hemos creido deber tratar de preferencia en el artículo de Séneca (2).

Lo que acabamos de decir acerca de los españoles no es para disimular los defectos, ni de Séneca, ni de los demas de quien hablaremos en lo sucesivo. Creemos que cuando se habla de la corrupcion de la latinidad, es una injusticia designarlos por sus autores, ó bien se hable de la falta de pureza en el lenguage, ó de los vicios del estilo. No convenimos en que *dieron* defectos al siglo en que vivieron, pero hablarémos con imparcialidad de los defectos que de él *tomaron*.

Así pues, tratando de Séneca, dirémos que á las veces tiene, como filósofo, toda la arrogancia y las paradojas de un estoico, y que, como escritor, no carece de aquellos *dulces vicios* que Quintiliano le atribuye; pero particularmente el de

(1) Tácito in vitá Agric., part. 2, y Aul. Gel., Noct. Attic. lib. 1, cap. 11.

(2) No es de omitirse en este lugar lo que dice el mismo Séneca en el prefacio del lib. 1 de sus Controversias; *Quidquid Romana facundia habet quod insolenti Græciæ opponat aut præferat, circa Ciceronem effloruit. Omnia ingenia quæ lucem nostris studiis attulerunt tunc nata sunt; in deteriùs quotidiè data res est.*

cierta verbosidad y lujo en sus amplificaciones, una cierta prodigalidad de sentencias, y algo de aquella sutileza, en que tiene mas parte el ingenio que el talento, y en que se sacrifica la solidez á la agudeza y la gracia. Mas estos lunares no son capaces de afear el admirable conjunto que presentan sus obras. Una erudicion vastísima, un ingenio ameno, fácil y universal, ideas grandes y nobles, un lenguage bastante puro y correcto: conciso y profundo en las sentencias, elegante y florido en los discursos, vehemente, y muchas veces sublime en la declamacion; tales son, en nuestra opinion, sus calidades sobresalientes, las mismas que en la mayor parte le confiesan Tácito, y aun Quintiliano, cuyo juicio, sobre todo en cuanto á Séneca, no puede ser notado de parcialidad. Sus obras filosóficas son sus tratados de la Cólera, de la Tranquilidad del alma, de los Consuelos, de la Providencia, el de la Clemencia, dirigido á Neron, de la Constancia, los Ocios del Sábio, Brevedad de la vida, de la Vida feliz, de los Beneficios, y sus cartas á Lucilio. Diez son las tragedias que llevan generalmente el nombre de Séneca; mas por la diferencia de su mérito respectivo, se conoce que no son todas del mismo autor; así que, de ellas solo se le atribuyen las cuatro siguientes: el Edipo, el Hipólito, la Medea y las Troyanas. Las otras son indudablemente de este tiempo: al menos sabemos por Suetonio, que Neron representaba, entre otras, el Hércules furioso. Para hacer el elogio de Séneca como poeta trágico, bastará decir que, mas de una vez, ha servido de modelo á un Corneille y á un Racine. La Medea del primero, y la Fedra del segundo le deben algunos de sus rasgos. Ha habido escritores que han creido que Séneca el *filósofo* no era Séneca el *trágico*: entre estos, es bien terminante la opinion de Sidonio Apolinar; mas no se vé la autoridad en que han podido fundarse. Los autores que pudieran formarla, tales como Tácito, Quintiliano y Suetonio, no hablan sino de Séneca el *filósofo*, á quien los dos primeros atribuyen el talen-

to de la poesía, del que la historia no nos conserva ni indicacion ni memoria sino en este género.

El poeta Lucano, sobrino de Séneca, como hijo de su hermano Aneo Mela, nació tambien en Córdoba en el año 39, bajo el imperio de Calígula. Desde muy tierna edad se anunciaron sus agitadas disposiciones. Protegido al principio por Neron, no podia evitar el fallo pronunciado por este malvado contra cuantos se le acercaban; pero habiendo tenido la osadia de disputar con él el premio de la poesia, y la desgracia de obtenerle, ¿cómo habria podido sustraerse á su venganza? Comprendido tambien en la conjuracion de Pison, corrió la misma suerte que su tio, y digno imitador de su heroismo, murió recitando un pasage de la Farsalia, que tenia analogía con su situacion. Tácito (1) mancha la memoria de Lucano atribuyéndole un crímen tan horrendo, que para determinarnos á creerle, apenas bastaria la autoridad unánime de muchos historiadores coetáneos, unida á indicaciones anteriores, que descubriendo en Lucano el alma de un perverso, nos ayudasen á vencer la natural repugnancia que lleva consigo la atrocidad de un crímen tal, que confundiria á Lucano con Neron mismo. Con efecto, ¿cuál podria ser la diferencia entre el matador de Agripina y el delator de Acilia? Siempre que la historia nos presente casos semejantes, no dudaremos nunca fundar nuestra crítica sobre este principio, tan cierto como honroso á la humanidad: es mas facil suponer la equivocacion, ó la credulidad de un historiador, aunque sea Tácito, que la existencia de un parricidio; y se necesitan grandes pruebas para que se haga verisímil un crimen, que tan sabiamente calificó como de imposible el estudiado silencio de Solon. Al paso que vemos con mucha complacencia des-

(1) Lib. 15. Annal. par. 56. *Post promissâ impunitate corrupti quo tarditatem excusarent, Lucanus Aciliam matrem suam, Quintilianus Glicium Gallum, Senecio Annium Pollionem, amicorum præcipuos, nominabere.*

echada esta especie por escritores de primera nota, y que sin embargo habian leido el pasage de Tácito, nos admira verla admitida y repetida por otros. ¿Cómo, por miedo á la muerte, podia mostrar la infame bajeza del último de los cobardes, el mismo que supo arrostrarla con la intrépida serenidad del primero de los valientes? ¿Es posible que muera el malvado con la imperturbabilidad del justo? El desprecio de la muerte puede no significar nada en aquellos hombres, á quienes parece reducir á la insensibilidad una bárbara estupidez; pero ¿eran Séneca ni Lucano de esta especie? No podemos concebir la existencia del crímen sin remordimientos, ni acertamos á conciliar entre sí la cobardia y el valor, el heroismo y la bajeza. ¿No será menos violento presumir que Tácito, cuyo único lunar es el de cierta propension á creer lo peor, adoptó en esta ocasion un rumor falso, y esparcido con estudio en su tiempo? ¿Ignoraria Neron el artificio conocido de todos los Nerones, que es el de tirar á hacer despreciables sus víctimas? Ademas ¿cuál fué el resultado de la delacion de Lucano contra Acilia su madre? ¿Viene el éxito á comprobar la existencia de la delacion? ¿Cuál fué su castigo? «*Acilia, mater Annœi Lucani, sine absolutione, sine suplicio dissimulata* (1)» ¿Mientras que en la conjuracion de Pison, Nonio Prisco es desterrado solo por amigo de Séneca (2), y Pompeyo, Cornelio Marcial, Flavio Nepote, y Estacio Domicio son despojados de la dignidad de tribunos, *quasi principem, non quidem odissent, sed tamen existimarentur* (3), Acilia delatada por su hijo como cómplice en la conjuracion permanece en Roma é impune? ¿Seria sin duda por el horror que debia inspirar en el alma de Neron la naturaleza del delator? Cualquiera que reflexione sobre esto, verá que para dar crédito á Tácito en este pasage, ni aun basta hacer de Lucano un Ne-

(1) Tacit. Annal. Lib. 15, par. 71.
(2) Tacit. Annal. Lib. 35, parr. 71.
(3) Id., idem.

ron; es necesario multiplicar las violencias; es necesario atribuir á Neron las virtudes de Tito y de Trajano. ¿Es posible que Tácito haya creido tan horrenda perfidia del único hombre que en el siglo de Neron, se atrevió á pronunciar el nombre de libertad, y á tronar contra la tirania? Al ver á Tácito separarse tanto de su crítica ordinaria, y al observar el modo que tiene de presentar á Séneca en otro pasage (1) en que (si bien refiriéndose á la fama pública, y sin pronunciar opinion propia) se le despoja del honroso título de víctima inocente de Neron, y se le hace, no solo conjurado y el primer interesado en la conjuracion, sino hombre poco escrupuloso, y á quien no detiene la perfidia del medio, como se consiga el fin; hemos creido traslucir en Tácito una cierta prevencion contra los Sénecas. Acaso Tácito contaba entre los amigos de aquel tiempo, de quienes recogió los hechos, algun antiguo resentido de esta familia, que por su influencia política debió tener muchos, y tuvo, como nos sucede á todos, un poco de facilidad en ceder á las impresiones de la amistad.

Reclamamos la indulgencia de nuestros lectores en favor de esta especie de digresion, en que ciertamente no se trata del mérito de la Farsalia, pero sí del honor de su autor, cuya defensa, á parte lo de español, de que tampoco queremos prescindir, no puede mirarse como absolutamente estraña á nuestro objeto, porque en verdad seria lástima, y á todo el mundo se le resistiria, encontrar nada bueno en el delator de su madre.

Quintiliano ha dicho, que debe contarse á Lucano mas entre los oradores que entre los poetas. Es sabido que los primeros talentos que se anunciaron en él, y su primera celebridad fué la de orador desde muy temprana edad; mas ¿cómo despo-

(1) Id. par. 55. *Fama fuit, Sabrium Flavium cum centurionibus oculto consilio*, neque tamen ignorante Séneca, *destinavisse, ut post occisum operâ Pisonis, Neronem, Piso quoque interficeretur, traderetur-que imperium Senecæ, quasi insonte claritudine virtutum ad sumun fastigium delecto.*

jar del título de poeta al autor de la Farsalia? Por la idea que nos dá de sí mismo, la profusion poética debió ser en todas sus obras su defecto dominante, y lejos de adoptar el modo de esplicarse de Quintiliano, estariamos mucho mas dispuestos á creerle, si nos hubiera dicho que habia mucha poesia en la acusacion contra el asesino de Poncia. El mismo le llama *ardens* et *concitatus*, y estos defectos pueden servir mejor para acercar al orador al entusiasmo y exaltacion preternatural del poeta, que para reducir á este á los términos siempre naturales del orador. No digamos con Estacio *Bætim Mantua provocare nolit*: dígase en buen hora que la Farsalia no es ni la Iliada, ni la Eneida; tambien es necesario convenir en que su asunto no se prestaba tan docilmente como el de aquellas á los encantos de la poesia: histórico y reciente, no podia admitir ni la intervencion de los dioses, ni las ilusiones de la fábula, de que Homero y Virgilio podian sacar, y sacaron efectivamente tanto partido; mas al través de la ingrata naturaleza de su argumento, de los defectos de su estilo (que era muy dificil desnudar enteramente de la aridez histórica) unas veces prolijo, hinchado otras, tiene bellezas propias, y que no se encuentran en la Iliada ni en la Eneida, como ha dicho un gran maestro en el arte (1). ¡Qué sublimidad en los pensamientos, qué riqueza de imaginacion no se descubre en su autor! ¡Y murió á los veinte y siete años, sin haber tenido tiempo de corregir su trabajo! Ni fué esta la sola obra que compuso; mas ni sus discursos oratorios, ni sus Saturnales, ni su poema de la bajada de Orfeo á los infiernos, que le valió el ódio de su indigno rival, ni otros muchos han llegado á nuestros dias.

Siguen á Lucano en el órden cronológico, y en el mismo género de composicion, pero sin tener su mérito, Silio Itálico, tambien de orígen español, y el napolitano Estacio. El pri-

(1) Essai sur la poésie épique.

mero, cónsul en el año de la muerte de Neron, alcanzó todavia los tiempos de Trajano. Su admiracion por Virgilio, á quien miraba como á una divinidad, prueba su gusto, al mismo tiempo que su poema de la segunda guerra Púnica, pruebacuan distante estaba de su ingenio: así es que solo son dignas de elogio en su obra aquellas calidades que deben su orígen al primero, pureza, correccion y verdad; y de muy poco las que son patrimonio del segundo, tales como invencion, imágenes, númen poético. Es, mas bien que un poema épico, un poema histórico, en que se refieren con la escrupulosidad y exactitud de la historia todos los sucesos, desde el sitio de Sagunto hasta la derrota de Anibal, y triunfo completo de Roma.

De Estacio, que pertenece á los tiempos de Domiciano, tenemos la Aquileida no concluida, y la Tebaida en doce cantos. Uno y otro poema están bien distantes de suponer en su autor aquel mérito que seria necesario para justificar la admiracion que le prodigó su siglo. No obstante aunque inferior á Silio Itálico, la diferencia no es tanta, que pudiese autorizar á Marcial á prodigar al uno la sátira, y al otro grandes elogios. Fué tambien poeta dramático; pero no podemos saber si fué mas feliz en el drama que en la epopeya, porque sus obras dramáticas no han llegado á nuestros dias.

A los tiempos de Domiciano pertenece igualmente el aragonés Marcial, eminente en el género epigramático. Protegido por Tito y Domiciano, gozó en Roma de mucha consideracion; pero Trajano, que ni debia gustar del genio de Marcial, ni podria fácilmente disculpar en él sus elogios á Domiciano, le trató sin duda con tal indiferencia, que su amor propio resentido le hizo insoportable la residencia en la capital, y se retiró de ella. Fue amigo de Juvenal y Plinio. El mismo ha pronunciado sobre sus epígramas el juicio que la posteridad ha confirmado; dice hablando de ellos: que muchos son malos, algu-

nos medianos, y otros buenos. Si hubiera reducido á un pequeño número su prodigiosa multitud, y respetado un poco mas la decencia y las costumbres, su celebridad, siempre justa, hubiera sido mayor.

Los dos satíricos Persio y Juvenal pertenecen tambien á esta época. Persio, de una familia distinguida, fué discípulo de Cornuto el Estoico, cuyo íntimo amigo fué despues, á quien dejó por heredero, y á quien debemos la publicacion de sus obras que se reducen á seis sátiras. Quintiliano elogia mucho su mérito (1). En este género de composiciones, aunque sin privarnos nunca del derecho de ejercer nuestra crítica, debemos deferir mucho al juicio de los antiguos, quienes harian aplicaciones particulares de una porcion de rasgos, para nosotros insignificantes ó insípidos. Uno de los defectos de Persio se dice que es, por ejemplo, su oscuridad. Este defecto no lo seria, ó seria mucho menor para los hombres de su siglo, que con conocimiento del lugar de la escena, de los personages, de los usos ó costumbres censuradas, estaban en estado de entender sus reticencias, y de llenar el vacío de sus construcciones elípticas, ó de sus medias frases. Persio murió en los tiempos de Neron á la edad de veinte y ocho años, y sin la prudencia de Cornuto, acaso aun antes hubiera sido víctima de este malvado, á quien satirizaba bajo el nombre de *Midas*.

Juvenal es el Arquíloco latino; no porque imitase á este poeta griego, porque en la sátira, como dice Quintiliano (2), los romanos no imitaron á nadie, sino por la escesiva acrimonia con que se esplicaba su destemplada musa. El mismo ha dicho *fecit indignatio versum*; y efectivamente, sus sátiras prueban su genio cáustico y mordaz. La sátira de Horacio es

(1) *Multum et veræ gloriæ, quamvis uno libro, Persius meruit.* Quint. lib. 10.

(2) Esta parece que es la inteligencia que debe dársele cuando dice: *Satira tota nostra est.*

una lluvia menuda que no deja de mojar, aunque insensiblemente; la de Persio, un aguacero ú chubasco, que incomoda no poco; pero Juvenal es una nube que dispara rayos y centellas. Tiene sin embargo un mérito eminente y grandes protectores, que le han creido rival, y aun superior á Horacio. Uno de sus traductores ha dicho que Juvenal seria el primer satírico, si la virtud fuese la primera necesidad de los hombres (1); pero nosotros nos atrevemos á decir, que el género de Juvenal, cuando así fuera, seria el colmo de la imprudencia y el delirio: que si es disculpable, es porque, entre sus fenómenos raros, la naturaleza produce algunos hombres á quienes es necesario hendir ó desollar para hacerles sentir, y porque le cupo en suerte el siglo de un Domiciano; pero repetimos que en general, para restablecer ó conservar el imperio de la virtud, el género de Horacio es mil veces preferible. No pensamos por esto disminuir en nada los justos elogios que se deben á Juvenal. ¿Cómo podríamos desconocer su pureza, su concision, y su nobleza en las sentencias, la valentia de su pincel, y la viveza de sus tintas? Poseemos de él diez y seis sátiras. En la séptima satiriza á un actor de teatro, que tuvo bastante influencia en la corte de Domiciano para hacerlo desterrar. Volvió de nuevo á Roma despues de la muerte de este, publicó en tiempo de Trajano la mayor parte de sus sátiras, y murió en los tiempos de Adriano.

Es tambien de esta época el autor del poema de los Argonautas dedicado á Vespasiano. A pesar de sus elogiadores que le han colocado despues de Virgilio, creemos que si su *Argonauticon* se hubiese perdido, la posteridad se hubiera consolado fácilmente de esta pérdida, poseyendo la Eneida. No sin razon le aconsejaba su amigo Marcial, que renunciase á la poesia.

(1) Dussaulx.

La memoria de Quintiliano no podia menos de ser siempre grata en los anales de la literatura; pero dos cosas contribuyen á disminuirnos la complacencia de hablar de él: la necesidad de atribuirle á los tiempos de Domiciano, y la dificultad de conservar á nuestra patria un título de gloria, de cuya posesion no está todavia enteramente despojada, pero que en verdad sufre impugnaciones terribles. San Gerónimo, el bordeles Ausonio y Casiodoro, hacen á Quintiliano español, y natural de Calahorra. El tercero que es del siglo sesto, probablemente no hizo mas que repetir á los dos primeros, que aunque escritores antiguos y respetables, al fin pertenecen al siglo cuarto, y escribieron mas de dos siglos despues de Quintiliano. Sin embargo, su testimonio bastaria á mantenernos en este estado de posesion, si San Gerónimo, que es de los dos el mas antiguo, no hubiese añadido que Quintiliano fué traido á Roma por Galba en el año 69, siendo así que segun Tácito, diez años antes habia muerto el orador Domicio Afer, de quien Quintiliano dice: *eorum quos viderim, Domitius Afer et Julius Africanus longè præstantissimi.* Añádase á esto, no como quiera el silencio de Marcial, que siendo en caso su paisano y contemporáneo, apenas parece creible que hubiera dejado de comprenderle en el número de los españoles célebres á quienes alaba en uno de sus epígramas, sino su asercion positiva designándole como romano:

Quintiliane, vagæ moderator summe juventæ,
Gloria romanæ, Quintiliane, togæ.

No tiene duda que Quintiliano habla siempre de Roma como de su casa, y del resto del mundo como de la agena. En fin, si Quintiliano era español, dice su traductor francés el abate Gédoyn, habia sin duda olvidado su lengua, pues que hablando de las palabras estrangeras que habian pasado á la lengua latina dice de *gurdus*, *haber oido decir que era española.* Con

efecto, así se explica en el lib. 10, cap. 5.° *Et gurdus, quos pro stolidis accipit vulgus, ex Hispaniâ duxisse originem audivi.* Convidamos á nuestros hombres versados en la historia á hacerse cargo de estas objeciones, y ¡ojalá puedan responder á ellas victoriosamente, aun cuando nos veamos precisados á pasar por la triste confesion de no haber sabido hacer otro tanto! En cuanto á su mérito, su nombre es su elogio, y asi nos contentarémos con decir, que si nada se hubiese sabido sobre los tiempos en que existió, nadie habria vacilado un momento en colocarle al lado de los primeros escritores del siglo de Ciceron. Fué maestro de Juvenal y Plinio el Jóven, y maestro de cuantos hombre grandes han existido despues de él. ¡Quién no debe algo á Quintiliano! De todas las obras que se le atribuyen, solo sus Instrucciones Oratorias son verdaderamente suyas, y no las diez y nueve Declamaciones, ni las Controversias. Despues de haber estado perdidas é ignoradas muchos siglos, el florentino Poggio Bracciolini descubrió en el décimo quinto un ejemplar de las primeras en una torre del monasterio de S. Galo: ejemplar que envió á Leonardo Aretino su amigo; pero que sin duda no era único, pues que este le cotejó con otro que él tenia en su biblioteca, y estos son los que han servido á su impresion.

El siglo del emperador Trajano, uno de los hijos mas ilustres de que la España puede gloriarse, es célebre en la historia de la literatura por los nombres de Floro, Suetonio, Plinio el Jóven, el griego Plutarco, Quinto Curcio y Tácito.

No se nos oculta que este último nació bajo el imperio de Neron, que debió su primera proteccion á Vespasiano y sus ascensos á Tito y al hipócrita Domiciano (1), quien creyó sin duda, que para parecerse al ilustre amigo de Virgilio y Horacio, y engañar á la posteridad, bastaria proteger á Quintilia-

(1) *Dignitatem nostram á Vespasiano inchoatam, á Tito auctam, á Domiciano longius provectam non abnuerim.* Tacit., lib. 1.° Hist.

no y Tácito. Sin embargo atribuyendo á Trajano la gloria de este escritor, no creemos hacer otra cosa que entender bien lo que él quiso decirnos por aquellas palabras memorables, que ¡ojalá hubieran podido tener una aplicacion mas frecuente en la historia de los príncipes, que han sucedido á Trajano! *Rarâ temporum felicitate ubi sentire quæ velis, et quæ sentias dicere licet* (1). A las virtudes de Trajano debe la posteridad el pincel valiente, la libertad filosófica del primero de los historiadores, y con ella, la mejor leccion sobre el verdadero modo de escribir la historia. Sus obras son el tratado de *situ, moribus, et populis Germaniæ*. Esta obra tan estimable por todas las calidades que distinguen á Tácito, y por su importancia histórica, adolece de un poco de exageracion en las alabanzas que prodiga á aquellos bárbaros. Pintando las costumbres puras de un pueblo casi salvage, quiso dar lecciones á sus conciudadanos corrompidos (2). Sus Anales contenian los sucesos correspondientes á los tiempos de Tiberio, Calígula, Claudio y Neron; pero á pesar de los medios exquisitos que empleó el emperador Tácito, que se gloriaba de descender del historiador, para conservar y transmitir á la posteridad tan precioso depósito, nada tenemos de lo relativo á los tiempos de Calígula, y casi nada de Claudio; del libro quinto no hay sino un pequeñísimo fragmento, y faltan todos los demas desde el sexto el onceno. La vida de su suegro Agrícola es, dice Laharpe, la obra maestra de Tácito, que no supo hacer sino obras maestras. Lo que él dijo de Agrícola pudiera, aplicándose á su obra, pasar por una profecía: *Nam multos veterum; velut inglorios et ignobiles oblivio obruet; Agricola posteritati narratus et traditus, superstes erit.* De su *Breviarium Historiæ*, que debia comprender desde Galba hasta Nerva, es decir, desde el año 69 hasta el 96, no tenemos sino cinco libros, y esos incompletos, que comprenden lo relativo

(1) Tacit., lib, 1,°. Hist.
(2) Tal es la opinion del autor de *l' Essai sur les mœurs.*

á Oton y Vitelio, y muy poco de Vespasiano, es decir, un espacio de dos años. No hay nada que pueda consolarnos de esta pérdida, pues que no hay otro Tácito. Su carácter distintivo es la concision y la fuerza; pero sin dejar de poseer todas las demas calidades de un historiador, cuyo estilo tiene que variar con las situaciones. Es un Ticiano en la imitacion, un Corregio en los coloridos, y un Rafael en la sublimidad de sus rasgos y en la grandeza de la composicion.

El nombre de Plinio el Jóven es casi inseparable del de Tácito, y sino tuviera una celebridad propia é independiente, bastaria á dársela, en los anales de la literatura, la amistad de este grande hombre. Su memoria debe ser igualmente grata á la humanidad por sus virtudes. El alma de Plinio era un templo de todas ellas. Los que han creido ver en él una debilidad en sus alabanzas á Trajano, y en este otra en escucharlas, teman no adolecer de aquella que debe su orígen á una predisposicion siniestra, que nos arrastra á esplicar las acciones de los demas del peor modo posible. Trajano no oyó de la boca de Plinio, sino un pequeño discurso en que le daba gracias por su nombramiento al consulado, no el panegírico que poseemos, y que Plinio compuso despues; y en cuanto á este, ¿podia exagerar hablando de Trajano? ¿Exageró efectivamente? No. ¿Obró por un principio de adulacion? Esta pasion baja é indecente es el patrimonio de los hombres sin carácter, y el de Plinio era muy noble. Los que lo duden, que recuerden el que manifestó cuando sus amigos, temiendo por él, le aconsejaban que abandonase una acusacion intentada contra un favorito de Domiciano: y el que anteriormente habia manifestado protegiendo y ocultando en su casa, con tanto riesgo suyo, las víctimas de este malvado. Comparando estos rasgos entre sí, hallarán que la verdadera esplicacion está en que los hombres del temple de Plinio, si oponen á la injusticia y la tiranía una alma de bronce, al aspecto de la virtud se abandonan sin reserva á

todas las efusiones de su corazon. No tenemos de este hombre estimable, y de este insigne literato mas que el panegírico de Trajano, y sus cartas; ninguna de sus oraciones, ni una historia que escribió de su tiempo. Estas pérdidas son tanto mas sensibles, cuanto que el mérito de su panegírico, y la interesante lectura de sus cartas nos presentan á Plinio como un amigo digno de Tácito: en el primero, su estilo es puro, elegante y noble; y en las segundas tiene aquella soltura y gracias propias del género; pero en estas y aquel, se le descubre un poco de propension á los pensamientos alambicados.

De Quinto Curcio nada se sabe, sino lo que basta á su celebridad, es decir, que es autor de la Historia de Alejandro el Magno, y se cree que floreció por los tiempos de Vespasiano ó Trajano. Su obra nos ha llegado incompleta. Su estilo es ameno, elegante y florido. Un literato halla en su historia mucho que elogiar; pero á un político y á un filósofo les deja mucho que desear. A pesar del mérito eminente de Curcio, es necesario convenir en que, en la historia de Alejandro, no habria estado de sobra la pluma filosófica de un Tácito.

El célebre Plutarco, amigo y maestro de Trajano, y elevado por este á la dignidad proconsular, nació en Queronea, pequeña ciudad de la Beocia, á donde se retiró despues de la muerte de este emperador, y donde escribió las obras que le han hecho memorable. En todas ellas se descubre aquel vasto caudal de conocimientos y erudicion, que le habian dado su laboriosidad y sus viages, unido á aquel sentido recto, á aquella sana razon, que distingue á Plutarco; pero en sus vidas de hombres ilustres, manifestó que estas calidades no estaban en él reñidas con las gracias de la elocuencia, y que sabiendo raciocinar como Euclídes, no le era absolutamente estraño el talento de Demóstenes. Su estilo en general no es ameno, ni florido, y aun uno de sus traductores (1) parece censurarle de

(1) Dacier.

algun tanto desaliñado; pero en cambio es vehemente, enérgico, sublime en la moral, y á cada paso se encuentran en él aquellos rasgos que caracterizan los grandes maestros. Era tal su pasion por la tierra natal, que despues de la muerte de Trajano, jamás quiso salir de Queronea, y nunca perdió su moderacion, sino cuando se propuso vengar á la Beocia de las injurias que suponia haber recibido en lo que no merecia sino el nombre de equivocaciones de Herodoto. Tenia de sí mismo una opinion justa, y previó que su nombre haria célebre su patria.

El español Aneo Floro, y Suetonio, que tocan ya en los tiempos de Adriano, de quien el primero fué rival en la poesia, y el segundo secretario, siendo ya emperador, terminan el siglo de Trajano. El primero fué tan florido, como árido el segundo. En el compendio de la historia romana de aquel, hay algunas veces mas imaginacion que crítica, mas poesía que historia. En las vidas de los Césares de este, los hechos están demasiado desnudos: su obra es mas bien un cronicon, que una historia; y mientras Livio nos embelesa, y Salustio y Tácito nos arrastran, Suetonio no hace mas que interesar nuestra curiosidad, y á lo sumo, agradarnos por su correccion.

Aunque el trono de los Césares, despues de la muerte de Trajano, estuvo ocupado por hombres grandes, la decadencia de la literatura caminó á pasos de gigante, sin que bastasen á detener su precipitada ruina la influencia de un Adriano, un Antonino, un Marco Aurelio. No obstante, aun pueden citarse de esta época nombres dignos de una mencion honrosa: un Pausanias, un Luciano Samostaense, Aulio Gelio, el compendiador de Pompeyo Trogo, y Ateneo.

El viage de Pausanias á la Grecia, ademas de su importancia histórica, tiene el mérito de una obra bien escrita: la narracion en general es bastante feliz, y en algunos trozos se eleva á toda la magestad de la historia.

El satírico Luciano tiene aun prendas mucho mas apreciadas como escritor. Hijo de un padre pobre, que quiso, como el de Sócrates, dedicarle á la escultura, supo por la fuerza de sus talentos fijar la atencion de sus contemporáneos, y la del emperador Marco Aurelio, que apreció y honró su mérito. En sus obras numerosas, al través de los defectos de difuso algunas veces, puerilmente chocarrero otras, no siempre justo ni consiguiente, se hallan todavia bellezas apreciables: mucha pureza de lenguaje, aquella gracia y soltura de estilo propia del género á que se dedicó, mucha imaginacion, y la sal ática derramada hasta con profusion. Sin el crítico Longino, Luciano seria el último suspiro digno de la Grecia moribunda.

Aulo Gelio, y Ateneo merecen ser citados, no como modelos en su género, sino por su importancia histórica, y porque en sus obras nos han conservado algunos fragmentos de mejores tiempos. No sucede lo mismo con el compendiador de Trogo Pompeyo, en quien se encuentra pureza, correccion, cuadros bastante animados y trozos elocuentes. El mérito de esta obra no debe referirse al compendiador Justino, sino al francés Trogo que perteneció al siglo de Augusto. Justino, segun todas las apariencias, no fué sino un servil copista, á quien no debemos acaso otro favor, que el de habernos privado de una obra buena por un compendio que tal vez habria podido ser mejor.

Sin el historiador Herodiano, y el crítico Longino, ya el siglo tercero no tendria derecho de pertenecer á los anales de la literatura. El primero, natural de Alejandria, y que florecia á mediados del siglo, nos ha dejado en su historia de los emperadores posteriores á Marco Aurelio, una obra superior por las gracias de su estilo á lo que podia esperarse de estos tiempos; mas el segundo es en ellos un verdadero fenómeno. En un siglo en que Atenas y Roma estaban reducidas á insípidos versistas en la poesía, y á sofistas y ridículos declama-

dores en la elocuencia, la aparicion de un crítico como Longino es ciertamente una cosa digna de admiracion. ¿Cómo se preservó del contagio universal? ¿Quién le inspiró el gusto de la hermosa antiguedad? ¿Dónde adquirió aquel fino discernimiento que le hace ser un oráculo, que consulta todavia con admiracion un siglo tan analítico y lógico? Convengamos en que Longino es uno de aquellos talentos privilegiados, que, superiores á cuanto los rodea, parecen crearse á sí mismos, y á quienes no puede desnaturalizar la fuerza del ejemplo, ni corromper ninguna especie de infeccion. Longino era natural de Atenas: fué maestro de la gran Zenobia, reina de Palmira, y fué tal la estimacion que la inspiraron sus grandes calidades, que vino á ser su ministro, y aun, segun parece, el hombre de su absoluta confianza, aun en los casos mas apurados. Cuando Aureliano la tenia sitiada dentro de Palmira, Longino fué quien le aconsejó la resistencia, y sobre quien, despues de entregada al fin la ciudad, recayó la venganza del cruel Aureliano. Habia escrito una coleccion de observaciones críticas sobre los autores antiguos, mas ni esta ni otras varias obras suyas han llegado á nuestros dias: solo poseemos de él su tratado del Sublime, en el que con mucha frecuencia nos presenta el ejemplo al lado del precepto, y nos dá lecciones de sublimidad y elocuencia, siendo al mismo tiempo elocuente y sublime.

De aqui adelante, nuevos sucesos van á cambiar ya de un modo ostensible el aspecto del universo entero, y á dar una nueva direccion al espiritu humano. Sobre las ruinas del politeismo; en medio de la contradiccion que oponen siempre á verdades nuevas errores envejecidos, la religion de Jesucristo, abandonada á sí sola, y triunfando por la pureza de su doctrina y la sublimidad de sus máximas, se habia formado y estendido prodigiosamente en los tres primeros siglos de la iglesia. La idea de un solo Dios, padre comun de los hombres, de un solo culto, de una religion universal, de un sistema, en fin, de fra-

ternidad y de amor, que venia á reemplazar el lugar antes ocupado por oráculos desmentidos, y á llenar con ventajas el vacio que dejaban fábulas que los progresos de la razon habian hecho ridículas, no podia menos de hallar discípulos y protectores, sobre todo fomentada y estimulada por la persecucion, y acreditada por el martirio. En la lucha de las pasiones, al traves de grandes obstáculos, esta idea absorvió todas las demas, este interes vino á reemplazar los que habian agitado el mundo en los tiempos de Mario y Sila, de César y Pompeyo, y abrió un nuevo campo á los talentos. Mas como se trataba de sustituir la verdad á la ficcion, la razon á la imaginacion, el arte de Homero y de Virgilio quedó como llorando en el silencio tan sensible pérdida, y sola la elocuencia pudo tomar parte en la discusion, cubriendo unas veces con sus gracias la deformidad del error, y viniendo otras á hermosear y apresurar el triunfo de la razon. El del Evangelio, en el estado de su primitiva pureza, era ciertamente un asunto de mas grandeza y sublimidad, que los que habian resonado en la tribuna de Ciceron y de Demóstenes; pero en general, el modo de tratarle no podia menos de resentirse del gusto corrompido de su siglo. Sin embargo, ya á fines del segundo, Tertuliano, aunque al traves de alguna dureza y oscuridad en su Apología, y Minucio Felix en su *Octavius*, habian hecho defensas elocuentes del Cristianismo: y á fines del tercero, Lactancio, llamado el Ciceron Cristiano, habia efectivamente, en sus *Instituciones divinas*, empleado un lenguaje tan puro, tan elegante y noble, que justifica hasta cierto punto el nombre que se le ha dado; sin que el partido que resistia hubiese dejado de tener en el siglo segundo un Celso, y en el tercero un Porfirio, discípulo de Longino, y uno de los hombres mas elocuentes de su tiempo.

En el siglo cuarto, los sucesos parecen agolparse. Cada dia se iban haciendo mas sérias las invasiones de los bárbaros: trasládase á Bizancio la silla del Imperio: divídese este en los hijos

de Teodosio: la religion de Jesucristo, declarada ya dominante desde Constantino, excita en su triunfo pasiones encarnizadas: no están demas para defenderla contra el orador Simaco y otros muchos, las elocuentes plumas de un S. Basilio, un S. Gregorio Nazianceno, un S. Juan Crisóstomo y un S. Agustin, dignos de ocupar, como oradores y escritores, un lugar distinguido entre los mas señalados de la antigüedad, y casi los únicos que en este siglo merecen el honor de pertenecer á la historia de la literatura.

El horizonte se oscurece mas y mas en el siglo V. Todo anuncia la presencia de la tempestad, que por tantos siglos va á estinguir el genio, á reducir la razon al silencio, y la especie humana á la estupidez. El Norte inagotable lanza sus legiones, y en ellas el rayo esterminador, que consume en un momento cuanto han producido siglos incontables de civilizacion y de progresos. El Imperio Romano, débil por dividido, y débil por corrupcion, no puede resistir, y al desplomarse, reproduce en su ruina la imágen del caos. El Occidente sucumbe primero, y si el Oriente, mas desgraciado todavia, resiste, es para llorar despues la sensible pérdida de haber trocado la diadema por el turbante, el código por la espada, y el Evangelio por el Alcoran.

Por otra parte, como si la densidad de las sombras que formaron esta noche tenebrosa no consintiese ninguna especie de resplandor, la religion de Jesucristo, una vez dominante, comenzó á mirarse como un elemento del poder, á pertenecer por un abuso bien contrario al espíritu de su autor, á las intrigas de la política, y á verse afeada por la mezcla estraña de todas las pasiones. La ambicion tomó la máscara de la religion, y los ambiciosos se dividieron y crearon sistemas nuevos para hacerse la guerra: suscitáronse millares de cuestiones: dividiéronse los sectarios: el furor se apoderó de todas las cabezas: formóse un mundo disputador y escolástico: tocaron á rebato las fac-

ciones todas unas contra otras, y el genio de la discordia y el fanatismo vinieron á consolidar el trono sanguinario de una feroz ignorancia. Gritar y perseguirse, tal fué la divisa de este largo intérvalo, que no pertenece ni á la historia de la literatura ni de la razon, sino por sus tristes recuerdos, y cuyo desenlace fué, por la influencia de todas estas causas, el de resultar la especie humana dividida en vencedores y vencidos, en señores y esclavos, en fanáticos é imbéciles.

En el occidente sobre todo, ¿cómo salir del enmarañado laberinto, á que le habia reducido una disolucion completa de todos los elementos del órden, haciendo de él un vasto circo, en que no se veian sino fieras y víctimas? ¿Cómo apaciguar la griteria de los disputadores, y el furor de toda especie de combatientes? ¿Cómo, en medio de aquella anárquica feudalidad, poner un término á la devastacion causada por guerras no interrumpidas de señor á señor, de estos al soberano, y de todos á los pueblos, dando asi el tiempo de respirar á la pobre razon? Necesitábase una idea estraordinaria, que arrebatase el espíritu del siglo, y le diese un nuevo impulso moral. Las cruzadas produjeron este efecto, no previsto ciertamente por sus autores. La naturaleza, al condenarnos á una alternativa de bienes y de males, ordenó de tal suerte las causas y los efectos, que del esceso mismo del mal hace nacer el remedio. En el dia un escritor muy recomendable, ejercitando su fina crítica sobre la influencia y consecuencias de esta empresa, al parecer tan funesta á la Europa, nos ha hecho ver los bienes incalculables que de ella resultaron. Entre otros muchos que no tienen con nuestro objeto una relacion directa, uno de ellos fué el de abrir nuevas comunicaciones con el Oriente, centro siempre de aquella cultura que habia podido salvarse de las irrupciones de los bárbaros: y otro, el de haber dado al espíritu caballeresco un grado de entusiasmo, que exaltó las ideas del pundonor, inspiró mil pasiones nobles, dió al amor un carácter

de moralidad, de delicadeza y de elevacion: el heroismo de esta pasion despertó de su letargo á las Musas adormecidas, y la mágia de la poesía empezó á hacer nacer el gusto de la literatura, y á mostrar á los hombres un nuevo camino de gloria, que no fuese el de la mortandad y el estrago del guerrero.

Renacimiento de las buenas letras, y principio de la literatura moderna.

Las trovas de los provenzales, y las canciones de los sicilianos, dice nuestro Luzan, dieron nueva vida y ser á la ya muerta y olvidada poesía. (1) Con efecto, tales fueron sus primeros y débiles vagidos. El amor ha sido su cuna; pero el amor convertido en pasion por las ideas de la caballeria: aquel amor que hoy llama *romanesco* un siglo corrompido, despues de haberlo despojado de las ilusiones que formaron los héroes y los poetas, para reducirlo á un puro apetito, incapaz de producir otra cosa que frivolidad y licencia. ¿Quién inspiró sus versos al Dante y al Petrarca? ¿Y quien, sino el Petrarca y el Dante, anunció á la tierra desolada la época de una restauracion, el oriente de una nueva luz, que debia ahuyentar la tenebrosa noche de los siglos que forman la edad media? Estos dos hombres célebres, que adjudican á la Italia el honroso título de Restauradora de las Buenas letras, produjeron en el siglo XIV la revolucion feliz, á que la literatura moderna empieza á deber las primeras semillas del buen gusto.

El primero, hijo de Florencia, y á quien su imaginacion fogosa arrojó en las facciones que dividian su agitada patria, no gozó, por Gibelino, de la recompensa debida á sus talentos; pero el segundo, cuya alma tierna y sensible habia nacido para

(1) Lib. 1.°, cap. 8 de su Poética.

amar á Laura, y no para el furor de los combates y de las facciones, pareció olvidar las injusticias de su patria, que habia desterrado á su familia, y gozó en su siglo de una consideracion sin igual. El triunfo del Petrarca en Roma, es como el recibimiento que hace el siglo XIV á las musas, que por tanto tiempo habia ahuyentado el grito horrísono del fanatismo y la barbárie. Dante y Petrarca son ciertamente dos hombres prodigiosos: al traves de sus defectos, apenas se concibe como pudieron ser tan grandes. El primero tiene mas invencion, mas fuego: el segundo mas gusto, mas sensibilidad: pero uno y otro son muy superiores al siglo á que pertenecieron. Del Dante tenemos diferentes obras, y un número mas considerable del Petrarca; pero las que les han dado la consideracion de que gozan son: á este, sus sonetos y canciones, y á aquel su poema del Infierno, Purgatorio y Paraiso. Ni los escritos políticos del primero; ni los tratados morales, ni las poesías latinas del segundo habrian merecido, aunque no desnudas de todo mérito, los elogios que por aquellas les tributa una posteridad reconocida; sin dejar por eso de medir su mérito con la vara de la razon y de la crítica, y reprender en Dante el desarreglo monstruoso de su imaginacion, y sin aprobar en el Petrarca la puerilidad del retruécano, y el esfuerzo de sutilizar donde no convendria sino sentir.

Bocacio, discípulo del Petrarca, no pudo nunca aprender de él á hacer buenos versos; pero en cambio, su genio le inspiró una prosa muy superior á la de su maestro, y contribuyó así al renacimiento de las letras de una manera tan eficaz, que merece ser asociado á los dos anteriores, y partir con ellos la gloria de su restauracion. Tambien compuso una multitud de obras en que manifiesta su vasta erudicion; pero la mas conocida por su mérito distinguido es su *Decameron*, que es una coleccion de novelas, en que unió la sencillez, soltura y agradable variedad, propia de este género, á una pureza, una ele-

gancia, que, como dice un crítico célebre, *no envejece*, á pesar del imperio que ejerce el tiempo sobre el lenguaje y los escritores. Esta obra, algo libre, se resiente de la juventud y costumbres de su autor, que por esta razon, en sus últimos años en que sus ideas cambiaron enteramente, quemó su manuscrito original, sin que alcanzase á impedirlo toda la influencia del Petrarca. Afortunadamente habia ya esparcido algunas copias, que son las que han servido para su impresion.

Uno de los hombres que pertenecen á esta época, y tiene derecho á que su nombre sea contado entre los restauradores de las Buenas Letras es Roberto de Anjou, rey de Nápoles, hijo de Cárlos el Cojo, y llamado el Salomon de su tiempo. Despues que el Petrarca le reconcilió con las Musas, les dedicó algunos momentos, y estendió á estas la proteccion que hasta entónces no habia dispensado sino á las ciencias.

Algunos de nuestros autores, y entre ellos el célebre Saavedra en su República Literaria, haciendo hablar á Hernando de Herrera, han asegurado que el valenciano *Ausias Marcus*, (1), fué antes que el Petrarca, y que de él tomó el poeta italiano. Nuestro Luzan dice, que consta evidentemente que Ausias fué muy posterior al Petrarca: y Don Nicolás Antonio, en su prólogo á la biblioteca de escritores posteriores al siglo XV habla de él como de un poeta de mucho mérito y anterior á Juan de Mena, de quien dice en el mismo lugar que imitó al Dante y al Petrarca. ¿Si este hubiera tenido á Ausias por modelo, se habria olvidado de decirlo Nicolás Antonio? Y en un lugar en que precisamente se propone celebrar nuestras glorias literarias ¿se habria olvidado de esta, que sin disputa seria la primera de todas?

En el siglo XV, dos grandes sucesos vinieron á protejer, estender y consolidar en el occidente el impulso dado en general á la razon y en particular á las buenas letras por el Dante,

(1) Así le llama Nicolás Antonio.

el Petrarca y Bocacio: la imprenta, y la ruina completa del imperio de oriente y ocupacion de Constantinopla por Mahomet II. La coincidencia de estos dos grandes acontecimientos de una naturaleza tan opuesta, parece como estudiada para dulcificarnos la idea del mal por la esperanza del remedio. Si el error en la última acaso de sus grandes reacciones, arma el brazo de un fanático, y amenaza estenderse por el oriente, la verdad en el occidente, ocupando el trono inaccesible en que al fin la coloca el Genio de la imprenta, anuncia á los hombres la eternidad de su imperio, sobre las ruinas del fanatismo y la tiranía.

A la caida del imperio griego, mandaba en Florencia el célebre Cosme de Médicis, sucedido despues por Lorenzo el grande su nieto, llamado tambien el padre del pueblo. En medio de las ridículas disputas que ocupaban á los griegos sobre la naturaleza creada é increada de la luz que los apóstoles vieron sobre el Tabor, no puede menos de confesarse que Constantinopla era todavía como el centro y depósito de las luces. La córte de los ilustrados Médicis ofreció un asilo á cuantos hombres grandes abrigaba aquella en su seno: el occidente pagó al oriente una deuda antigua, y la funesta desgracia de este, apresuró en aquel el progreso de las luces, y contribuyó así eficacísimamente á formar un siglo, que con sobrada razon lleva el nombre de sus ilustres protectores. El infatigable Cosme fundó la universidad de Pisa, estableció imprentas, formó bibliotecas, recogió manuscritos, y erigió cátedras en que se formaba el gusto de la juventud por la lectura, inteligencia y esplicaciones que se hacian del Dante y del Petrarca. Su nieto Lorenzo, que no ambicionaba menos el título de protector de las luces, reunió en su brillante córte los sabios y literatos de su tiempo, recompensó con generosidad los talentos, aumentó considerablemente, y á toda costa, las bibliotecas y manuscritos, y él mismo fué uno de los poetas de su tiempo. Uno de sus dos hijos, que ocupó mas adelante la silla de Roma

con el nombre de Leon X, mantuvo por decirlo así, el mismo espíritu de familia, sin que ni la santidad de la tiara, ni los asombrosos sucesos de su tiempo, pudiesen nunca hacerle romper su comercio con las Musas, á quienes debe sin duda la mejor página de su historia. A estos ilustres protectores debe la literatura el impulso estraordinario que le dieron en los siglos XV y XVI el griego Juan Láscarias, gran filólogo y autor epigramático, y el mismo que habiendo pasado á Constantinopla por órden de Lorenzo de Médicis, recogió y trajo una infinidad de preciosos manuscritos: un Angelo Policiano, maestro de Leon X, traductor de Herodiano, autor epigramático, y de mucho mérito en varios otros géneros: un Sanázaro, autor de diferentes elegias, églogas y del poema de *Partu Virginis*, al que debe su mayor celebridad, y de otro que intituló la Arcadia: el satírico Erasmo, panegirista de la locura, é imitador de Luciano: el erudito cardenal Bembo, escritor y poeta muy apreciable á pesar de su Cicero-mania: el universal y elegante Sadoleto, autor del *Curtius* y Laocoon: y un Fracastor, á quien Sanázaro confiesa la superioridad, autor de un poema épico que tituló *José*, y de que no tenemos sino dos cantos, y de otro poema en el género didáctico, en que imitó bastante dignamente á Virgilio, tratando una materia mas difícil de manejar, que la que forma el objeto de las geórgicas.

Mateo Boyardo, el Ariosto, el Trisino, Maquiavelo, Guicciardini, Guarino y Tasso, reclaman de justicia artículos separados, por la influencia particularísima que estos grandes modelos tuvieron sobre la literatura de las demas naciones.

El conde de Escandiano, Mateo Boyardo, autor de una traduccion de Herodoto y de Apuleyo, y de muchas poesías de diferentes géneros, lo fué tambien del *Orlando enamorado*, obra en que, al través de una imaginacion en delirio, se vé una riqueza de invencion asombrosa, una variedad inagotable, caractéres exagerados ciertamente, pero bien diseñados, y que

se corresponden en su misma exageracion. Nuestro Cervantes hacía de él un aprecio tan singular, que queria reducir la pena de Reinaldos de Montalban, *á puro destierro perpétuo,* dice, *siquiera porque tiene parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tegió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto*; especie que habia dicho ya anteriormente Garrido de Villena, poeta nuestro del siglo XVI, y natural de Baeza, traductor del *Orlando enamorado*, y autor de un poema de la batalla de Roncesvalles. Boyardo no pudo acabar el suyo, que ha sido continuado por Nicolás Agostini, poeta muy frio para ser el continuador de Boyardo.

Luis Ariosto, natural de Regio, amigo del cardenal Bembo, es uno de aquellos ingenios prodigiosos y universales, nacidos para sobresalir en un género, y capaces de distinguirse en todos. Asi es que, ademas de haber compuesto sátiras, comedias de bastante mérito, sonetos, canciones y poesias latinas, es el autor del *Orlando furioso*, título que de tal manera le asocia á la suerte de los hombres mas grandes en el alto género de la poesía, que entre sus conciudadanos ha disputado al Taso la gloria de la preferencia, al Taso que se la disputa á los priros modelos de la antiguedad. El autor de la Enriada, que parece resistirse á darle el título de poeta épico, reconoce sin embargo en él un mérito muy sobresaliente. (1) El crítico Laharpe no conoce entre todos los poetas modernos, uno mas enérgico que el Ariosto, ni dos cuadros mas dignos de ser comparados con los de Homero, que los de la tempestad, y el ataque de las puertas de Paris por el rey de Argel en el *Orlando furioso*. (2) En cuanto á nosotros ¿qué podrémos añadir al juicio de Cervantes? *Al cual si aquí le hallo* dice del *Orlando* de Ariosto, *y habla otra lengua gue la suya, no le guardaré respeto alguno*;

(1) *Si on lit Homère par une espèce de devoir, on lit et on relit l' Arioste pour son plaisir.* Essai sur la poésie épique, chap. 7.
(2) Cour de Littérat., tom. 1.

pero si habla en su idioma le pondré sobre mi cabeza. El cardenal Bembo quiso hacer á su lengua, y en general á la literatura moderna, un daño que no hubiera quedado recompensado por todo su mérito personal. Escitó al Ariosto á dedicarse á componer en latin. Este justo apreciador de Virgilio quiso mas ser, como César, *el primer poeta entre los italianos, que el segundo de los latinos*; y así se lo respondió. Sin la existencia del Taso, su respuesta no hubiera sufrido, ni aun la mas ligera contradiccion, y en competencia de cualquier otro, la posteridad habria pensado como los académicos de la Crusca. Ariosto vivió muy estimado en la córte de los duques de Ferrara, que le honraron con diferentes comisiones y empleos, y murió en 1533.

El Trisino, autor de la Italia libertada por Belisario del yugo de los godos, tuvo en este poema la regularidad que faltaba al de Ariosto; pero en cambio de esto, tambien carece de la energía, pompa y riqueza de imaginacion que caracterizan á este. El Trisino es puro, elegante, florido, correctísimo: nada de agudezas, antítesis, ni retruécanos, y es lástima que habiendo sabido evitar tantos defectos, haya carecido de ciertas gracias, ó por mejor decir, de una sola, pero la mas esencial, que es aquella inspiracion divina, aquel fuego, que á pesar de todo conserva á Homero la primacia épica. Aun sin este poema, el Trisino ocuparia siempre un lugar señalado en los anales de la literatura como autor de la Sofonisba, primera tragedia escrita en lengua vulgar. La poesía italiana le debe tambien los versos sueltos, invencion acaso dificilmente aplicable á ciertas lenguas, y que es como un privilegio de las que, siendo muy armoniosas por sí mismas, pueden dispensarse de la rima: tales, entre las vivas de Europa, como la italiana y castellana. El Trisino hizo un papel muy digno en Roma en tiempo de Leon X y Clemente VII, que en diferentes ocasiones le confiaron embajadas de la mas alta importancia, y despues de haber hecho una carrera gloriosa, murió á mediados del siglo XVI.

Cualesquiera que sean las ideas que escite el nombre de Maquiavelo, no es posible dejar de comprenderle como escritor en la historia de la literatura; no precisamente por su *Asno de oro*, imitacion del de Apuleyo, ni por sus poemas históricos ó morales, y aun mucho menos por el que lleva el nombre de la sucia divinidad de los moabitas (1); sino como poeta dramático, y el primero, dice Laharpe, que dió una idea de la intriga y diálogo cómico. Su Clicia no es mas que una imitacion de Plauto; pero su Mandrágora, de mas mérito que la anterior, es enteramente original. Para juzgar de su mérito, no se debe perder de vista la época á que pertenece; pero ni en esta ni en ninguna puede ser un mérito faltar al respeto que se debe á las costumbres, sobre todo en el teatro. Sus obras históricas son muy apreciables, y ellas bastarian á hacerle acreedor á un cierto nombre en la república de las letras; pero por autor del tratado *del Príncipe*, cualquiera que sea el espíritu y las miras que le hayan atribuido Bacon, Rousseau, Amelot de la Houssaye, y las esplicaciones que se esfuerza en dar su traductor Guiraudet: y aun cuando no sea mas que por el abuso funesto que se ha podido hacer, y por desgracia se ha hecho de sus doctrinas, si nos fuera permitido hacer una mocion, propondriamos á todos los escritores amantes de la humanidad, que su nombre, el de César Borgia su héroe, y el de todos los mónstruos sanguinarios que se parezcan á este ó por su despotismo, ó por su perfidia, ó por su fria imperturbabilidad en el crímen, una vez juzgados por el tribunal incorruptible de la posteridad, para eterna execracion, se escribiesen siempre al reves, como hacian los persas con el nombre de *Arimanes*, ó mal principio.

Desde Herodiano hasta Maquiavelo y Guicciardini, no tenemos con el nombre de historia sino cronicones indigestos. Este último con especialidad, fué el primero que á la época de la res-

(1) Beelfegor ó Baalfegor.

tauracion, dió á la historia el tono y magestad que le conviene, en la que escribió de los principales sucesos desde 1434 hasta 1532. Aunque prolijo y difuso, está bien distante de merecer las recargadas sátiras de Bocalini, que serian mas justas aplicadas al autor de los *discursos políticos sobre Tácito*. Guicciardini que era de una familia distinguida de Florencia, á su primera aparicion en el foro, adquirió una grande celebridad. Leon X le honró con los gobiernos de Módena y Regio: Clemente VII le continuó su proteccion, y le confió el de Bolonia, del que le retiró Paulo III; y acaso á esta injusticia debemos su apreciable historia.

Juan Bautista Guarini fué contemporáneo y rival del Taso en la pastoral dramática, y este solo rasgo contiene su elogio. El pastor Fido del primero, disputa con el Aminta del segundo el mérito de la preferencia, y uno y otro son los modelos que han consultado los que con posterioridad se han dedicado á este género; defendiéndose mas ó menos de las sutilezas, antítesis y retruécanos comunes á entrambos, y aun á casi todos los poetas italianos. Por las rimas y madrigales de Guarino, que no carecen de mérito, se ve que fué hombre de córte, y de relaciones estendidas con las personas mas distinguidas de su tiempo.

Admirar al Taso se ha considerado como un deber tal en todo hombre de gusto, que el haberse creido que Boileau ha faltado á él, ha sido á los ojos de los demas un capítulo de acusacion, de que es mas difícil defenderle, que de su injusta severidad contra Quinault. Era necesario estar bien poseido del demonio de la sátira, para presentar al Taso al lado de Virgilio, tan desairado como puede estarlo el poeta Teófilo al lado de Racan, ó de Malherbe (1). No decimos por esto que el Taso no

(1) *Tous les jours à la Cour un sot de qualité*
Peut juger de travers avec impunité:
A Malherbe, à Racan préferer Théophile,
Et le clinquant du Tasse á tout l'or de Virgile.
Boileau, Sat. IX.

tenga algo del defecto que se le imputa; pero sostenemos que es insufrible que se hable de él de esta manera, como lo seria que se tomase é Boileau por *verbi graciâ* de los malos poetas, porque sea inferior á Horacio: ó por mal crítico, porque su crítica no sea siempre justa. Su insistencia en este punto, cuando en sus últimos años se le consultó sobre su arrepentimiento, no es mas que haber añadido á un yerro muy malas razones para sostenerle, y á un pecado grave la impenitencia final. Aun suponiendo que no haya nada de exagerado en los defectos que atribuye al Taso, no es lo mismo criticar que satirizar: la crítica no perdona los defectos de los grandes autores; y por el contrario, los busca en ellos con preferencia, para hacer mas útiles sus lecciones; pero no se debe satirizar sino á los malos: y en fin, del *clinquant* del Taso se debia hablar como se habia hablado del *sueño* de Homero, y en el mismo lugar y no en otro. Esta reflexion la debemos á lo que Boileau mismo nos ha enseñado. ¿Quién como él ha definido el objeto de la sátira moral y literaria? (1) Sin embargo, es necesario convenir en que en este lugar se olvidó de sus propios principios.

El mérito del Taso es de tal manera sobresaliente, que se ha necesitado que él haya venido al mundo, para que podamos decir con un gran maestro, que es posible igualar y aun esce-

(1) Asi se esplica hablando de la sátira y definiéndola en su objeto.

Venger l'humble vertu de la richesse altièrè
Et l'honnête homme à pied du faquin en litière....
On ne fut plus ni fat ni sot impunément,
Et malheur à tout nom qui, propre à la censure,
Put entrer dans un vers sans rompre la mesure.

Art. poétiq. chant. 2.

Si con tantas bellezas como tiene el Taso es posible tener todavia *un nom propre à la censure*, y si Boileau piensa que bastaban á dárselo algunos defectos, su maldicion alcanza, empezando por Sócrates y Homero, á todo el mundo; y en tal caso, este pensamiento profundo y feliz, entendido de otra manera, se convierte, por lo menos, en una frialdad y un ruido sin significacion, que bastaria y aun sobraria para dar á cualquiera escritor un nombre *propre à la censure*.

der á Homero en las calidades mas importantes de un épico. (1) El infeliz Taso, cuya vida es una cadena de infortunios, ademas de la Jerusalen y el Aminta, de que ya hemos hablado, compuso otras varias obras, que en verdad no pueden servir para añadir nada al mérito del autor de aquellos dos poemas. La desgracia le persiguió con tal encarnizamiento, que murió en 1595, el dia mismo en que sus contemporáneos se preparaban á reparar veinte años de injusticia y de persecucion, y repetir en él la escena del Petrarca, coronando en el Capitolio al Homero de la literatura moderna.

Desde el Taso en adelante, dejamos de considerar la literatura italiana como estímulo, maestra y modelo, que haciendo despertar el génio, forma y estiende el gusto de las buenas letras, y dá el impulso á la literatura moderna de las demas naciones. De aqui adelante cada una tiene la suya, aprovechándose mas ó menos de aquel ejemplo, y se ocupa de ella esclusivamente. Nosotros, pues, vamos á ocuparnos de la nuestra, tomándola desde su orígen: y nos prometemos que de este exámen, aunque muy rápido, resultará probado el segundo estremo de la proposicion que sentamos al principio; y se verá que nuestra nacion está muy distante de hacer en la moderna literatura europea el papel desairado que generalmente se cree: y tal vez el que empiece la lectura de nuestra obrilla proponiéndonos la resolucion de este problema: «¿cómo es que los españoles poseedores de la lengua mas rica y armoniosa de la Europa, dotados de aquella energía moral, de aquella exaltacion que hace al orador y al poeta, no ocupan en ella el primer lugar?» si conoce nuestra historia en todo lo demas, acabará por admirarse y decirse á sí propio: «¡cómo la influencia física de las causas que producen en los españoles la energía moral y el ingenio, ha conservado su preponderancia, sin que haya bastado á neutralizarla la influencia de causas morales capaces de estinguirla!»

(1) Essai sur la poésie épique.

Formacion de la lengua castellana, é infancia de nuestra literatura desde el siglo XII hasta el XV.

Al tratar de la formacion de la lengua castellana, los estrechos límites que nos hemos propuesto no nos permiten empeñarnos en profundas investigaciones, ni subir á una época muy remota y buscar sus primeros elementos hasta en sus raices célticas y fenicias. Aunque esta investigacion no pueda nunca mirarse como un tiempo absolutamente perdido, creemos sin embargo que seria de mucho mas trabajo que utilidad. Los que sobre este punto deseen mayor ilustracion, podrán hacerlo, leyendo la apreciable obra de Aldrete: *Orígeny principio de la lengua castellana,* y el *Tesoro de la lengua* de Covarrubias. Entre tanto, y á pesar del respeto que se debe á la autoridad del erudito Pellicer, permítasenos considerar nuestro romance, sobre la autoridad de Sículo (1), Mariana (2) y Aldrete (3), ó sin ninguna autoridad y por solo lo que resulta del estudio comparativo de las dos lenguas, como una degeneracion de la latina; á no ser que Pellicer (4) quiera que consideremos á la latina como una degeneracion de la que él supone ser nuestra lengua primitiva, y nada menos que una de las setenta y dos de la Torre de Babel, que por espacio de mas de dos mil ochocientos años, se conservó en el estado de su pureza babilónica, para servir á la primera version de las leyes del Fuero antiguo de los godos, el cual no se sabe á punto fijo de qué tiempo es, no

(1) De rebus Hisp. lib. 5. *Sermo vero quo nunc utuntur Hispani latinus est, quem à Romanis acceperunt; ideòque romancium vocant, qui, propter adventum barbarorum, aliquantùlum degeneravit à linguâ latinâ.*

(2) Mariana, lib. 3, cap. 1.°, dice hablando de la lengua castellana: *ex latinæ degenerantis corruptione conflatam.*

(3) Aldrete, lib. 1.° cap. 3.°

(4) Pellicer: Primitiva poblacion y lengua de España.

obstante ser un acontecimiento tan reciente, que aunsuponiéndole, como no es posible, toda la antigüedad que quiere Pellicer, no subiremos nunca mas allá del siglo VII. De los tiempos á que Pellicer se refiere, no tenemos mas historia que la que está consignada en la Biblia, en la que nada se dice del idioma que hablaba cuando vino á España su primer poblador, ora sea Tubal, como dice el mayor número: ora Tarsis, como dicen otros: ora ni uno ni otro, como es mas probable. Lo que de la historia parece mas cierto es, que en los tiempos en que Roma fué señora del mundo, sucedia casi lo mismo que antes de la torre de Babel: es decir, que en todo el universo conocido y civilizado se hablaba una misma lengua, aunque probablemente no con el mismo acento y con la pureza con que hablaba Ciceron en el Senado: y que en la invasion de los bárbaros del siglo V, para que la semejanza entre Roma y Babilonia fuese perfecta, la ruina del Capitolio produjo los mismos efectos que la de aquella torre prodigiosa. Estos conquistadores, al salir de sus bosques, no podian de repente renunciar á la aspereza de sus sonidos y al *fractum murmur* de que hablaba Tácito, para acomodarse al lenguage dulce y armonioso de cuantos habian sido romanos, ó lo que es lo mismo, de cuantos no habian sido salvages: y si por una parte es muy natural que la cultura de los conquistados triunfase con el tiempo de la rudeza de los conquistadores, no es menos natural pensar que esta especie de transacion entre las luces y la barbárie, no podia menos de hacerse muy á costa de aquellas, y que la lengua debia necesariamente ser el primer artículo de la capitulacion, y el interés mas ofendido. Así que, tengamos por cierto que el fondo de nuestra lengua es enteramente latino, y no busquemos en la Torre de Babel nuevas confusiones. La hija lleva de tal modo consigo los rasgos de familia, que no hay mas que verla al lado de la madre, para designar su relacion. Los elementos heterogéneos que se vió precisada á admitir, ó que posteriormente se

le han agregado son tantos, como son los pueblos que la han dominado, y ejercido sobre ella una influencia de larga duracion. Asi pues, en la estructura de muchas de sus voces, deben hallarse raices, por ejemplo, céltico-fenicias, unidas á terminaciones latinas, y raices latinas unidas á terminaciones gótico-arábigas: muchas de ellas alteradas por el tiempo, que ejerce sobre las lenguas un imperio tan poderoso, y que es como una especie de filtro en que, al través de los siglos y de las generaciones, van depurándose y perdiendo su inarmónico y primitivo carácter de ahullidos, graznidos ó gritos de pasion, que en general tendrian probablemente en aquel primer estado en que salieron de la Torre de Babel.

No conocemos en prosa monumento mas antiguo del uso del romance, que la version del Fuero Juzgo, impresa por Villa Diego, que lejos de haber sido hecha, como quiere Pellicer, en el concilio IV de Toledo, especie inadmisible, pues que contiene leyes hasta de Egica, parece no puede referirse á otros tiempos que á los del santo rey don Fernando III; el cual *luego que ganó á Córdoba,* dice el erudito P. Burriel (1) *en el privilegio del Fuero breve que dió á aquella ciudad, de que yo tengo copia, mandó traducir del latin al castellano este mismo Fuero Juzgo, titulándole fuero para Córdoba.* El rey don Fernando se habria sin duda evitado el trabajo de traducirle si lo hubiera estado de tan remota antigüedad como Pellicer supone. Este hecho nos prueba al mismo tiempo que el Santo rey fué el que, hallando ya sin duda el romance en cierto estado de perfeccion y de riqueza, que alcanzaba á cubrir toda la esfera de las luces de su siglo, quiso elevarle á ser el lenguage del gobierno y de las leyes, desde cuyo momento su perfeccion debia caminar á pasos agigantados, preparando asi la revolucion feliz que hizo en el reinado siguiente su digno hijo don Alfonso X.

(1) En su carta á don Juan de Amaya, de 30 de setiembre de 1751, pág. 37

Cualquiera que sea el estado de imperfeccion en que se hallase el antiguo romance en el siglo XI, la aparicion de un héroe como el Cid no podia menos de escitar la admiracion de sus contemporáneos, que sin duda consagrarian á su elogio algunas canciones populares perdidas para la posteridad como sucede siempre con estas composiciones fugitivas; pero que bastarian para transmitir á la generacion inmediata toda la exaltacion que les habia inspirado sus hazañas. Esto nos hace mirar como verosimil que el poema del Cid, el mas antiguo entre los nuestros, sea efectivamente de mediados del siglo XII, como quiere don Tomas Antonio Sanchez (1). No necesitamos decir á nuestros lectores que el poema del Cid no es un poema épico. Si una obra de esta época hubiera podido llegar á merecer este nombre, diferente seria su nombradía, y la Italia habria perdido el mas precioso de sus títulos. No es mas qne una narracion histórica de las hazañas de Rodrigo de Vivar, que algunas veces es bastante animada, y que otras presenta situaciones en que se vé tal cual arranque de imaginacion: por lo demas, no hay que buscar en él ni invencion ni riqueza, y en general el estilo se resiente de la dureza del siglo. Muchos de sus versos no tienen medida conocida, y careciendo de aquella especie de sonsonete en que consiste su rima, vienen á quedar reducidos á una mala prosa. No obstante, tal cual es, y atendido el tiempo á que pertenece, puede mirarse como un esfuerzo prodigioso, y la posteridad celebraria conocer el nombre de su autor.

Siguiéronse á este en el siglo XIII las poesias de Gonzalo de Berceo, y el poema de *Alejandro* de Juan Lorenzo. En aquellas y en este se vé que la lengua iba perdiendo su dureza, que el oido se iba castigando, y que el verso se iba sometiendo á una cierta medida. Hablaremos de ellas mas detenidamente al tratar de la poesia. En el mismo poema de *Alejandro* hay dos

(1) Sanchez: Coleccion de poesias castellanas anteriores al siglo XV.

cartas en prosa que tienen bastante mérito para su tiempo, pues que hay en ellas propiedad, imágenes felices y número.

A mediados del siglo XIII, sucedió al santo rey Fernando su hijo Alfonso el Sábio, cuyo justo renombre anuncia ya su mérito sobresaliente. Con efecto, este rey desgraciado, á quien cupo en suerte un hijo ingrato, y algunos vasallos rebeldes, es un fenómeno estraordinario de su tiempo. Matemático, astrónomo, historiador y poeta, en todos estos ramos manifiesta un mérito muy distinguido; pero el que le hace mas acreedor al reconocimiento eterno de la posteridad, es el inmortal código de las Partidas, que aun bajo de este respeto, hubiera sido un monumento mucho mas asombroso, si aquel á quien se debe, que es indudablemente don Alonso el Sabio, á pesar de la autoridad de Salazar de Mendoza, Garibay, Ortiz de Zúñiga y Mariana, no hubiese tenido que transigir con el espíritu de su siglo. Díganlo algunas leyes sabias del Fuero Real, que anunciaban grandes reformas y miras profundas, reemplazadas en las de Partidas por algunos capítulos del Decreto de Graciano. Mas las siete Partidas no son solo un monumento venerable en la historia de la legislacion, sino en la de la lengua. «En este «precioso código, dice Capmany, debemos buscar el tesoro «del primitivo romance castellano, cuando se habia ya forma«do la índole característica del idioma, y el estilo que iba ad«quiriendo ciertas formas y aire mas suelto y corriente. A pe«sar de la antiguedad de esta obra, y de la tosquedad en que «se debe suponer el lenguaje vulgar en aquella época, reluce «en ella cierto género de facilidad en el estilo, de cultura en la «diccion y de magestad en los pensamientos, que en aquel siglo «en ninguna lengua viva de Europa habia llegado á alcanzar, «y tardó mucho aun la italiana en igualarla.» Todavia tardó en escribirse el *Decameron* cerca de un siglo.

Ademas de debérsele el Fuero Real y las Partidas, de que ya hemos hablado, se le atribuyen las *Tablas Alfonsinas*, el li-

bro de las Armellas, ó tratado de la Esfera, una paráfrasis de la historia bíblica y sagrada, una crónica general de España, la *Conquista de ultramar*, sacada en parte de la historia de Guillermo de Tiro, escritor del siglo XII, una version castellana del Cuadripartito de Ptolomeo, la vida de S. Fernando su padre, el *Septenario,* y algunas otras, de las cuales varias aun no corren impresas. Ademas de estas obras en prosa le pertenecen como poeta, las *Cantigas*, el poema de las *Querellas*, y el libro *del Tesoro*, de que hablaremos en su lugar.

El turbulento don Juan Manuel, nieto de S. Fernando, que en los reinados de don Fernando IV y Alfonso XI, habia tantas veces escitado la rebelion y la discordia; pero que en su edad madura reparó por grandes acciones los estravíos de una juventud ambiciosa y emprendedora, es el ingenio sobresaliente, que en el siglo XIV sacó mas partido del estado de la lengua, el que con mas utilidad la cultivó y trabajó, y el que mas contribuyó por su ejemplo y su influencia, á enriquecerla y mejorarla. Sus obras son un testimonio de los progresos que la lengua habia hecho desde don Alonso el Sabio, cuyo impulso habia sido protegido particularmente por don Alfonso XI, que quiso unir el aprecio de las letras al renombre de un insigne guerrero. De todas sus obras, solo la que tituló *Conde de Lucanor* ha visto la luz pública. Es una especie de obra moral en forma de diálogo, que á la profunda filosofía de las máximas que contiene, al exacto conocimiento del corazon humano, junta las gracias de un estilo fluido, sencillo, y muy agradable por la interesante variedad de cuentos con que responde Patronio al conde de Lucanor á quien instruye. Argote de Molina, á quien se debe la publicacion de esta obra, nos ha hecho conocer las demas que compuso, tales como la *Crónica de España*, el libro de los *Sabios*, el del *Escudero*, el del *Infante*, y otros muchos. El ingenio de este hombre célebre se estendió tambien á la poesia, y como poeta, hablaremos de él en su lugar.

Pertenece tambien á este siglo el Arcipreste de Hita, cuyas obras poéticas debieron contribuir á despertar el ingenio, pero no tanto á la perfeccion de la lengua, por su desaliño y dureza.

Muchas causas concurrieron á limar y depurar la lengua en este siglo, llevándola al estado de perfeccion en que se presenta muy á principios del inmediato, bajo el reinado de don Juan el Segundo, y aun á fines del mismo siglo XIV.

La agitacion y efervescencia de los ánimos en los reinados tempestuosos de Alfonso XI, don Pedro el Justiciero y don Enrique Segundo; aquella mezcla de exaltacion caballeresca y religiosa, resultado de las continuas guerras con los moros, de quienes al mismo tiempo recibiamos cultura y luces, costumbres y lengua; las acciones brillantes sobre el campo de batalla, el amor, la galantería, los desafios, las justas, los torneos: toda esta multitud de pasiones, que ejercen sobre la imaginacion un imperio despótico, necesitaban una lengua que tuviese los caracteres de las pasiones sentidas, y bastase á su espresion, es decir, que fuese enérgica y armoniosa; y cualquiera que hubiera sido la dureza de sus primeras raices, todo debia al fin ceder á la constancia de los esfuerzos. Al encanto, al prestigio de estas pasiones se debió en esta época la multitud de romances, que aun poseemos, el infinito número de los perdidos, y las obras de caballeria, cuyo gusto empezó á estenderse en este siglo y cuyo primero, y no bien imitado modelo, dió Vasco de Lobeira en su *Amadis de Gaula*, dogmatizador, segun Cervantes, de la secta, pero tambien el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y como único en su arte, salvado de las llamas en el escrutinio de la libreria de don Quijote.

Bien se echa de ver la influencia de todas estas causas en la asombrosa perfeccion á que se elevó la lengua en poquísimo tiempo, como se nota por las Partidas, y por aquella en que á fines de este mismo siglo XIV, se presenta bajo la pluma del cé-

lebre escritor don Pedro Lopez de Ayala, autor de las crónicas de don Pedro el Justiciero, don Enrique Segundo, don Juan I y don Enrique III, de un tratado de cetreria, y de otra obra en verso en que trata del ceremonial de Palacio: y á quien se debe, entre otras varias traducciones, la primera de Tito Livio. Aunque en general el estilo de este autor sea duro y desaliñado, en sus trozos escogidos se vé que la lengua iba cada dia siendo un instrumento mas dócil: que adquiria gracia, magestad y armonia, saliendo ya de una infancia tosca, para entrar en la florida pubertad, en que vamos á verla bajo el reinado de don Juan el Segundo.

Literatura española desde el siglo XV en adelante limitada á los escritores prosáicos.

Por la muerte de don Enrique III, ocupó el trono de Castilla, á principios del siglo XV, don Juan el Segundo, príncipe cuya memoria será siempre grata á los amantes de las buenas letras, cualquiera que sea por otra parte el juicio que pronuncie acerca de él la crítica menos indulgente del político. Protector decidido de las Musas, y aun por sí mismo algo dado á su galanteo, inspiró á su córte el gusto de la poesía, y la pasion de versificar vino á ser una especie de enfermedad epidémica, ó sea delirio esclusivo de cuantos aspiraban ó gozaban de su favor. Al observar que en la historia de todas las naciones, la poesía va á perderse en la infancia de las lenguas, parece que estamos autorizados á pensar que estas se lo deben todo, escepto aquellos primeros y broncos gritos de pasion que debió arrancar la necesidad. Con efecto el martilleo de la rima, la medida cadenciosa del verso, la intrépida libertad, la osadía creadora de los poetas, han producido sobre las lenguas el mismo efecto que produce

el martillo sobre el hierro: alisa, adelgaza y estiende su superficie.

No se necesitaba menos para que nuestra lengua llegase en el siglo posterior, á aquel estado de robusta virilidad, de armonía y riqueza en que la vemos. Así que, podemos decir que el siglo poético de don Juan el Segundo era necesario para preparar en el siguiente, la magestuosa elocuencia, la brillantez y elegancia de los Avilas, los Granadas, los Mendozas y otros muchos.

No quiere decir esto que el siglo XV carezca absolutamente de escritores prosáicos muy recomendables. Un Fernan Gomez de Cibdareal, un Alfonso de la Torre, un Fernan Perez de Guzman, un Hernando del Pulgar, un Mosen Diego de Valera, no son hombres para olvidados en la historia de la literatura.

De Fernan ó Hernan Gomez de Cibdareal, médico de don Juan el Segundo, muy estimado de este y muy considerado en la córte, segun parece de sus estendidas relaciones con los primeros señores y literatos de ella, no tenemos mas que el *Centon Epistolario*. Esta obra, ademas de picar la curiosidad por los hechos que contiene, es apreciable por las calidades del estilo. Ingenio, gracejo, claridad, pureza y soltura, pueden hacer olvidar algunos descuidos en la armonía y ornato de la frase.

La *Vision deleitable* del bachiller Alfonso de la Torre justificó las ideas que de él se tenian, cuando se le encomendó la composicion de una obra, que debia servir á la instruccion del heredero de la corona de Navarra. La moral y la política cubrieron en ella su ingrata desnudez bajo el velo de la alegoria, y las gracias del estilo vinieron á hermosear la sublimidad de las máximas. *Florido sin afeminacion, conciso sin oscuridad, y aliñado sin languidez, puede ser citado como uno de los monumentos de la culta prosa castellana del siglo XV*, dice Capmany.

Fernan Perez de Guzman, despues de haberse hallado en

la famosa batalla de la Higuera, tan fatal á los moros de Granada, como gloriosa para el rey don Juan el Segundo, y defendido á su patria con la espada, la ilustró tambien con su pluma La crónica de este rey, y su libro de *Generaciones y semblanzas*, son dos obras estimables; pero en este último se reconoce un mérito mas sobresaliente. Sus retratos son de una semejanza y verdad asombrosa. Con un estilo cortado y enérgico, trazaba en pocas líneas como los grandes maestros y con su misma facilidad, los rasgos de cada fisonomía, y sombreaba el cuadro con observaciones y profundas máximas morales y políticas. No es nuestra intencion compararle á Labruyere; pero es en algunas ocasiones un remedo suyo: no debemos olvidar que este último vino al mundo casi dos siglos y medio despues y que sus retratos podian tener toda la libertad que les daba el carácter de ideales.

La España en el siglo XV produjo un Plutarco, de quien pudiéramos repetir una gran parte de lo que de este dijimos en su lugar; y en verdad no conocemos el rival que por este tiempo puedan oponerle las otras naciones de Europa, con inclusion de la Italia. Con efecto, Fernando del Pulgar, cronista de los reyes católicos, en sus *Claros varones*, manifiesta aquel juicio recto, aquella sana razon que caracteriza á Plutarco; y si no tiene ni la vasta erudicion, ni la vehemencia de este, tiene en cambio mucha correccion y elegancia, y su pincel es acaso mas dulce, sin dejar de ser conciso y enérgico: uniendo á todas estas calidades la de aquella noble sencillez, que dá tanto realce á las demas gracias del estilo, y que echa de menos uno de nuestros críticos, en general con bastante razon, en los escritores anteriores al reinado de Cárlos V. En su coleccion de cartas, puede y debe consultársele como á un modelo del estilo epistolar: ora empleando en los negocios de poca importancia un estilo festivo, familiar y sencillo, ora imitando á Ciceron y á Plinio, y elevándose cuando lo exige la dignidad

de la materia. Escribió, ademas de una Historia de los reyes católicos, que segun Nicolás Antonio, es la que despues publicó en latin y con su nombre Antonio de Nebrija, una crónica de don Enrique IV, y una Historia de los reyes moros de Granada. Se le atribuye una glosa á las coplas de Mingo Rebulgo, y se dice que tambien es suya una historia del Gran Capitan.

Diego de Valera, cronista tambien de los reyes católicos, á quien nadie aventaja en las virtudes de un hombre público, como escritor cede á muchos la preferencia, escepto cuando su acendrado patriotismo dirige su pluma y anima su estilo. Es autor de una crónica abreviada de España, dedicada á la reina doña Isabel, y de un tratado de *Providencia contra Fortuna* dirigido al marqués de Villena. No hubiera pertenecido á la historia de la literatura, sino hubiera comprendido en la primera dos esposiciones valientes, que en forma de cartas dirigió á don Juan el Segundo, haciendo la misma profesion de principios pacíficos, y reproduciendo las mismas ideas que habia sostenido en las córtes de Tordesillas. En su tratado de *Providencia*, la multiplicidad de sus citas perjudica ya mucho á la soltura del estilo, que por otra parte ni es, ni puede ser tan animado como el de aquellas.

El siglo XV, tan fecundo en sucesos asombrosos, de los cuales algunos sirven de época á la historia del mundo, y que mudaron, por decirlo así, el aspecto del universo entero, no podia menos de decidir de todo en la nacion misma autora de tales prodigios. Nuestra existencia política, nuestra literatura y la suerte de la razon entre nosotros, no podian menos de resentirse al fin de la naturaleza bien definida del principio de nuestra fuerza y del sello que, al asentarse esta vasta monarquía, supiesen imprimirla los hombres que tuviesen el talento ó la astucia de dirigir sus opiniones. Cualquiera que medite sobre la verdad y consecuencias de esta idea, no hallará en nuestra historia posterior sino motivos de adoptarla, y oca-

siones frecuentes de aplicarla. Asi es que, al paso que podemos referirá este siglo nuestra efímera prosperidad, en él encontraremos tambien los elementos que debian reducirnos á la decadencia posterior; y si no es dificil demostrar como dejamos de ser, no solo tan grandes como fuimos, sino como debiamos ser, tampoco es dificil hacer ver porqué nuestra ilustracion no ha correspondido á lo que parecian prometer sus precoces y rápidos progresos. Mientras que al esterior nuestro poder se estendía fuera de todo límite, el de nuestra libertad política, el de nuestras ideas se circunscribia á términos muy precisos. En cuanto ha cabido dentro de ellos, hemos rivalizado, cuando no escedido á las demas naciones; mas no nos era dado, sin traspasarlos, elevarnos á la crítica filosófica de un Tácito, á la elocuencia libre de un Demóstenes, ni al atrevido vuelo de un Corneille y de un Racine.

Sin embargo, el impulso dado con anterioridad no podia detenerse enteramente: el genio podia ser dirigido, pero no estinguido, y la importancia de los nuevos sucesos era tal, que el siglo XVI no podia menos de ser el de nuestra preponderancia política, nuestra vasta dominacion y nuestro saber; como los posteriores no podian menos de ser los de nuestro despojo, nuestra decadencia y nuestro atraso. ¿Qué efecto no debia producir, á pesar de todo, sobre el alma eléctrica de un español, la idea de su superioridad militar, la ilusion de la victoria, el triunfo absoluto de su independencia, arrancado al traves de una resistencia de ochocientos años, el descubrimiento, en fin, de nuevos é indeslindables mundos? ¿Cómo podia dejar de ser esta la época de sus poetas y de sus escritores? Con efecto, el siglo XVI es nuestro siglo de oro, y el número de escritores que se distinguieron en él es de tal manera considerable, que aun dejando á un lado los inmortales Luis Vives, uno de los que formaban el conocido triunvirato de este siglo, Nebrija, el Brocense, Cano y tantos otros: y reducidos á los mas célebres en

el manejo de nuestra lengua, nos vemos forzados á pasar rápidamente por cada uno de ellos.

El célebre jurisconsulto Juan Lopez de Palacios Rubios, en su tratado del *Esfuerzo bélico Heróico*, nos dejó un modelo de correccion, claridad y noble sencillez; mientras el Mtro. Fernan Perez de Oliva en su *Diálogo de la Dignidad del hombre*, nos presentaba la obra superior que hasta entonces habia producido la lengua por su correccion, elegancia y noble magestad, y de la cual dice el célebre Ambrosio de Morales su sobrino, que ningun hombre grande ha dejado de leerla con indecible complacencia y admiracion. Este hombre eminente, tan enamorado de su lengua, que decia de ella *parùm aut nihil à sermone latino dissentit*, y uno de los que mas han contribuido á hermosearla, ademas de algunas obras latinas en que manifestó su gusto en la buena latinidad, de un tratado de las potencias del alma y de varias poesías, que están lejos de tener el mérito de su prosa, trató de inspirarnos el gusto de la comedia y de la tragedia, ejercitándose sobre la *Venganza de Agamemnon* de Sófocles, la *Hécuba triste* de Eurípides y el *Anfitrion* de Plauto.

El alaves don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, si hubiera sabido poner un término á aquella espléndida verbosidad, parto de la riqueza inagotable de su imaginacion, puede dudarse, dice uno de nuestros críticos del mismo siglo, (1) si habria podido igualarle en su género de elocuencia ninguno de sus contemporáneos; pero este defecto oscureció en él muchas bellezas, y hubiera podido aplicársele mejor que á Séneca, lo que de este decia Quintiliano: *Velles eum suo ingenio dixisse, alieno judicio.* Ademas de su *Relox de Príncipes*, y del *Menosprecio de la Corte y alabanza de la Aldea*, en donde mas brillan

(1) Alfonso Garcia Matamoros, de Academiis et doctis viris Hispaniæ: *qui si illam extra ripas effluentem verborum copiam artificio dicendi recepisset, et graviorum artium instrumento locupletasset, dubito quidem an parem in eo eloquentiæ genere in Hispaniâ esset inventurus.*

las calidades de su estilo fácil y florido, compuso una coleccion de cartas familiares, el *Aviso de Privados*, una década de las vidas de los diez Césares desde Trajano hasta Alejandro Severo, y otras varias.

Luis Mejia, autor del *Apólogo de la Ociosidad* y *el Trabajo*, obra publicada por Cervantes de Salazar, y del género de la *Vision deleitable* del Br. Alfonso la Torre, puede ser citado y escogido por modelo de un lenguaje puro, correcto y elegante; pero *faltóle el arte del diálogo,* dice uno de nuestros críticos. Con efecto, se echa de menos aquella viveza animada y picante, que ha sido el escollo en que han tocado cuantos han elegido este género engañoso, el cual bajo la apariencia de una sencillez, que parece prescindir de toda especie de ornato, es de los mas difíciles: semejante en esto al bello sexo, cuyo adorno mas delicado no es acaso el brillante atavío del paseo ó del estrado, sino el tragecito simple de la mañana.

Las tres cartas á Guevara del Br. Pedro de la Rua, profesor de Humanidades, primero en Avila, y despues en Soria su patria (1), son un modelo de maestria en el manejo de la lengua dentro de este género. A la soltura propia de él, á la correccion, á la elegancia, se unen mucha gracia, mucha discrecion, mucho arte, y bien disimulado.

Al Mtro. Alejo Venegas, aunque no se le deban como escritor los desmedidos elogios, que, propios y de referencia á otros, le prodiga Nicolás Antonio; y que por el contrario, merezca la nota de árido y duro en la mas exacta aplicacion de estas palabras al estilo, no obstante, de sus dos obras, *Diferencia de los libros que hay en el universo*, y *Agonia del tránsito de la muerte*, se pueden entresacar algunos pasages menos desaliñados por modelo

(1) Capmany dice que solo se le conoce como profesor de letras humanas en la ciudad de Soria; pero Nicolás Antonio le llama Soriano, y dice que desde Avila pasó á enseñar las letras humanas á su *patria*.

de un lenguaje castizo, y de un estilo llano, no siempre desprovisto de viveza y fuerza.

Discípulo del docto Venegas fué don Francisco Cervantes Salazar, continuador del diálogo de la *Dignidad del hombre,* empezado por el Mtro. Perez de Oliva, de quien ya hemos hablado. Salazar tiene mas riqueza en los pensamientos, y se le parece en todo lo demas, dice un autor estrangero que ha escrito la historia de nuestra literatura: permítasenos añadir bajo la autoridad de Capmany, que no tiene tanta correccion y precision: y por opinion propia, que tiene menos armonia y magestad, sin rebajar nada en todo lo demas de su distinguido mérito. Ademas de esta obra, tradujo la que Luis Vives intituló *Introductio ad sapientiam*, y á él le debemos la publicacion del *Apólogo de la Ociosidad y el Trabajo* del Protonotario Luis Mejia.

El doctor Villalobos, médico de Carlos V y Felipe II, en sus *Problemas*, y otros diálogos de medicina y familiares, manifestó, no solo el aprecio que hacia, sino el conocimiento que tenia de su lengua, no menos pura y castiza bajo de su pluma, que amena y florida en su graciosa sencillez.

Don Luis de Avila y Zúñiga, embajador de Carlos V, fué encargado por él mismo para activar la continuacion de las sesiones del Concilio de Trento, y acompañó al emperador en 46 y 47, en las dos campañas de Alemania contra la liga de Escamalda, sostenida por muchos príncipes, y particularmente por el elector de Sajonia, y el landgrave de Hesse. Testigo de los sucesos, escribió los *Comentarios de la guerra del Emperador Carlos V contra los Protestantes de Alemania*: obra recibida en su siglo con grande aceptacion, no solo por la picante curiosidad de los sucesos, sino por las calidades de su estilo, como lo prueban las repetidas ediciones y traducciones que de ella se hicieron; entre estas, una en latin por Guillermo Malineo, y no Molineo, como le llaman Nicolás Antonio y Capmany. Carlos V tenia tan alta idea de la obra de Zúñiga,

que en su paralelo con Alejandro Magno, solo le negaba á este la ventaja del historiador. Capmany, que entiende de literatura mas que Carlos V, le compara á César. Con efecto, las calidades de su estilo conciso y rápido pueden acercarle á este modelo, mas no á Quinto Curcio, ameno, elegante y florido. Es sensible que no poseamos otros *Comentarios* de la guerra que hizo en Africa el mismo Emperador; no puede dudarse que los escribió, pues Gines de Sepúlveda, en una de sus cartas á Zúñiga, le dice haberlos recibido de Garcilaso, por cuya mano se los habia remitido, y que los habia leido con mucha complacencia.

La reputacion literaria de Pedro Mejía, objeto de desmedidos elogios entre los críticos antiguos, se ha reducido á sus justos límites por el juicio bastante fundado de Capmany; sin embargo, no dudaremos decir, que aunque adolezca por lo comun de todos los defectos que este le imputa, nos parece descubrir en sus trozos escogidos algo de aquella elegancia que se le niega, y de que Capmany forma un capítulo de injusta acusacion contra Nicolás Antonio, que en el artículo de Mejía, nada dijo de opinion propia, no haciendo mas que referirse al dictámen de los críticos que cita. Lo que Nicolás Antonio de opinion propia llama elegante, y con justicia, es el juicio crítitico de Matamoros, que no es de los que le prodigan los dictados de elegante y elocuentísimo, y que se contenta con decir: *Fidelis est et valdè circumspectus in historiâ, et quodammodò, ut Quintilianus de Messala dixit, præ se ferens in dicendo nobilitatem suam.* Por estas palabras se ve que Capmany, á quien en obras posteriores (1) se ha atribuido esclusivamente la crítica de Pedro Mejia, tiene que dividirla con un autor del siglo XVI. Las obras mas estimables de Mejía son la *Silva de varia leccion* y su *Historia de los Césares*: escribió ademas unos

(1) Dictionnaire universel, historique, critique et bibliographique: art. *Pedro Mejia.*

coloquios ó diálogos, el *Laus Asini* imitando á Luciano y Apuleyo, la *Parenesis* de Isócrates, y dejó sin concluir una historia de Carlos V, que acaba en su partida al viage de Bolonia.

La *Crónica general de España* de Florian de Ocampo, digno discípulo de Nebrija, y predecesor en el cargo de Cronista, de Morales su continuador, es una de las obras mas estimables de nuestra lengua. «Campea en ella tal magestad y armonia en la «oracion, tal grandeza en las imágenes, y tal fuerza y gravedad «sonora en las palabras, dice Capmany, que casi se puede «asegurar que en estas calidades escedió á todos sus contem«poráneos». Poco mas ó menos otro tanto decia ya en el siglo XVI el crítico arriba citado (1). No hemos podido menos de estrañar que en una obra estrangera (2) en que se cita con frecuencia el juicio de Capmany, hablando de Florian de Ocampo, no se haya tomado de este sino lo malo que dice, y se haya reducido á solo el interes histórico el mérito de este escritor, que elevó la lengua á aquel grado de armoniosa perfeccion, que debia prepararla á recibir la dulzura, la tierna sensibilidad, la uncion que supo trasmitirla el V. Juan de Avila, llamado en su tiempo el Apostol de Andalucía, el último y mas sobresaliente escritor del reinado de Carlos V. Entre sus diferentes obras, aquellas en que relucen mas las calidades distinguidas de su animado estilo, son el tratado, (de oro le llamó Nicolás Antonio) sobre las palabras del salmo 44 *Audi Filia*, y las *Cartas espirituales*.

Bajo el reinado del sombrio Felipe II, tocó en su último punto la exaltacion religiosa, irritada por la contradiccion de la reforma; y como las pasiones fuertes producen en unos el deli-

(1) De doct. viris Hisp. despues de haber hablado de Pedro Mejía y Gines de Sepúlveda dice: *Postremus est Florianus, qui mihi vir unus et veterem majestatem imperii repressentat, et quâdam cum gravitate eloquentiæ et puritate sermonis hispani ad scribendam historiam se maxime applicat, clarissimum historici nomem transmissurus ad posteros.*

(2) Mismo *Dictionnaire historique* arriba citado.

rio y la rabia, y en otros aquella dulce melancolía, carácter de las almas tiernas y profundamente sensibles, el mismo principio que daba á unos un pecho de bronce en el campo de batalla, y á otros la imperturbabilidad necesaria en torno del suplicio ó la hoguera, producia sobre el alma celeste de un Granada, aquel lenguaje divino, aquella elocuencia angélica, que puso el sello á la perfeccion de nuestra lengua, y que pareció acabar de realizar el uso que le habia asignado Carlos V. De los nueve principales escritores prosáicos que pertenecen á este reinado, á escepcion de Hurtado de Mendoza y Antonio Perez, los demas son todos ascéticos y místicos. La direccion que se habia dado al ingenio, le redujo á un pequeño número de desahogos; y estas materias, que hoy llamaria tal vez tiempo perdido la descontentadiza condicion del siglo XIX, eran sin embargo, acaso las únicas en que podian ventajosamente ejercitarse los ingenios del XVI. Estos asuntos, de suyo, y bien tratados, son de la mayor dignidad. Unas veces la grandeza de los atributos de Dios, el lenguaje ora patético, ora increpador y enérgico de la virtud, ofrecen cuadros en que no estaria de mas el pincel ó mas dulce, ó mas valiente de Grecia ó Roma. Otras, los éxtasis y arrobamientos de un alma que conversa con su Dios, las visiones inefables, los tiernos deliquios de un corazon que se abrasa en su amor, presentan situaciones en que la lengua mas trabajada y armoniosa alcanzaria apenas á la espresion de tanto diluvio de sensaciones. ¿Y quién en este género ha competido con un Granada, un Leon, un Estella, un Malon de Chaide, Santa Teresa de Jesus, y S. Juan de la Cruz? Y los ingenios que sobresalieron en un género tan dificil, ¡qué no hubieran hecho si les hubiese sido dado estenderse por todo el vasto y ameno campo de la elocuencia!

Don Diego Hurtado de Mendoza es uno de aquellos hombres estraordinarios, que á la manera de los cometas luminosos, parecen y alumbran la tierra de tarde en tarde. Protector deci-

dido de las ciencias, tan incansable y laborioso en el estudio, como valiente é intrépido en el campo de batalla, versado en las lenguas griega, latina y arábiga: profundo en las ciencias morales, grande en la política, de una erudicion vastísima en la geografía y la historia, es á un tiempo el Mecenas de su siglo, el primer diplomático, uno de sus primeros poetas, y el primero de sus historiadores. La existencia de este hombre prodigioso forma época en la historia de la literatura española. Ademas de su *Oracion al concilio de Trento,* su *Paráfrasis á Aristóteles*, su traduccion de la *Mecánica* del mismo, sus *Comentarios políticos*, una descripcion de la *Conquista de Tunez*, la de la *Batalla naval*, y sus obras poéticas de que hablarémos en su lugar, compuso el *Lazarillo de Tormes* (1) en su juventud, y en su avanzada edad la *Historia de la guerra contra los moriscos de Granada.* Estas dos obras retratan las edades en que se compusieron. En la primera hay travesura y gracejo: en la segunda todo es juicio, y la imaginacion ejerce un imperio limitado. Rápido, conciso y enérgico, Tucídides y Salustio fueron sin duda sus modelos, tan bien imitados, que con no pequeña razon la posteridad le ha dado el nombre de el *Salustio español.* No carece enteramente de los lunares consiguientes al género elegido: la concision degenera en oscuridad, y la rapidez en desaliño.

Decir que ha llegado el caso de que hablemos de Fr. Luis de Granada, vale tanto como anunciar á nuestros lectores que hemos recorrido toda la escala de progresion, desde la infancia mas tosca de la lengua, hasta el último escalon de su elegancia, grandiosidad y armonía. Con efecto, este elocuente escritor es, por decirlo así, la obra de cuatro siglos de ímprobos trabajos. Cuantos le precedieron no han hecho sino prepararle el camino: y el mérito de cuantos le han sucedido, no ha pasado de acer-

(1) Sin embargo no falta quien se le atribuya á un monge gerónimo, llamado Juan de Ortega. V. Nic. Ant.

cársele mas ó menos: y feliz aquel, que ha podido forzarle á dividir un tanto con él la palma de la elocuencia. El número de sus obras en latin y castellano es inmenso; pero aquellas en que principalmente resplandecen las inimitables gracias de su variado estilo, son: su *Guia de Pecadores*, sus *Meditaciones,* la *Introduccion al Símbolo de la fé*, y varios de sus *Sermones*. Capmany, cuyo juicio crítico de Granada, nos ha parecido merecer por las bellezas del estilo un lugar en nuestra coleccion, le compara á Bosuet, y esta misma idea ha sido despues adoptada y repetida por autores estrangeros: creemos que la comparacion con Masillon habria sido mas exacta. Aunque Granada sea á las veces vehemente y enérgico, su estilo, ó sea su manera, no es la de aquella rapidez y fuerza que caracterizan al impetuoso Bosuet. *Nadie como él*, se ha dicho hablando de Masillon, *ha sabido herir la cuerda de la sensibilidad*, *y llenar el alma de aquella emocion viva y saludable gue hace amar la virtud: sus ideas son brillantes*, *sus espresiones escogidas y armoniosas*, *sus imágenes vivas y naturales, su estilo claro, lleno, numeroso*. Este es exactamente el retrato de Granada. Una de las observaciones que pueden caracterizar mejor la manera y semejanza entre dos escritores, es la conveniencia en sus defectos, pues que no es posible que deje de haberlos, sin que haya mérito que alcance á preservarnos de pagar á la naturaleza este tributo de fragilidad. Tucídides no podia tener los de Herodoto, ni Salustio los de Tito Livio. Mientras que el estilo de Bosuet degenera en duro, el de Granada y Masillon no podia menos de degenerar en redundante y difuso. No hay arte que alcance en ningun escritor á contradecir ó desmentir el temple de su alma. Si Fr. Luis de Granada hubiera tenido que lidiar con un Bosuet, se habria defendido como un Fenelon; el atleta que provocase la cólera de Bosuet, debia decidirse antes á morir sobre el campo de batalla. Almas vaciadas sobre moldes tan diferentes, no podian sentir ni hablar de la misma manera, y podia haber

entre ellas poca mas conveniencia, que la que hay en general entre los buenos escritores.

Si fuera permitido comparar las pasiones mundanas con los amores del cielo, los arrobamientos de la gracia con las delicias de un amor profano, y la poesía del Empireo con la de este pobre planeta en que habitamos, no dudariamos escandalizar al siglo en que vivimos, comparando el tierno y encendido estilo de Santa Teresa de Jesus, con todo el fuego que atribuye Horacio á los versos de la apasionada Safo: y á San Juan de la Cruz, con el poeta que en la antiguedad haya pintado mejor los éstasis deliciosos de un alma abrasada; sin que nuestro poeta en prosa, cuando describe las grandezas de Dios, deje de elevarse algunas veces al tono de los primeros maestros. No carecía de imaginacion y de entusiasmo el que, pintando la blandura de la mano del Señor con sus siervos decia ¡*O mano blanda tanto mas blanda, cuanto si la sentáras algo pesada, hundiera todo el mundo, pues de solo tu mirar, la tierra se estremece, los montes se desmenuzan*! Las obras mas estimables de estos dos escritores son: de Santa Teresa, las *Moradas*, el *Camino de la perfeccion*, los *Conceptos de amor de Dios*, y una coleccion de *Cartas*: y de san Juan de la Cruz, la *Subida al monte Carmelo, Noche oscura del alma, Cántico espiritual, Llama de amor viva*, varias *Cartas*; y otras diferentes, todas del mismo género.

El ascético Fr. Diego de Estella es un modelo de claridad y precision, dice nuestro traductor del Blair, *y lo seria de noble sencillez, si para inculcar un pensamiento no hubiera agotado la tinta, y para contrastar los periodos no se derramára á veces en lugares comunes*. Este crítico en lo general, es poco indulgente; así que se puede deferir á su opinion en el elogio, y no creemos que se arriesgará nada en templar algun tanto la acrimonia de su censura. Las obras mas estimables del P. Estella son la *Vanidad del mundo*, y las *Meditaciones del amor de Dios*.

¡De qué benignas influencias no debe participar el feliz

clima de la dichosa Granada! Ella sola produjo los dos Luises: y ciudad avara de sus glorias, con ninguna quiso dividir la palma de la elocuencia sagrada, y aun aspira á disputar con todas la de la poesía. Fr. Luis de Leon, el segundo de sus Luises, sostiene estas últimas pretensiones, y es tambien el único que hubiera podido sostener aquella competencia. Sus *Nombres de Cristo*, *la Perfecta casada*, su *Esposicion del libro de Job*, hacen bien sensible la perdida del *Perfecto predicador*, que se sabe escribió, y cuyo paradero se ignora absolutamente. Su juicio crítico, y su paralelo con Fr. Luis de Granada formado por Capmany, é inserto en nuestra coleccion, evita á nuestros lectores el riesgo de oir otro, en que necesariamente perderia mucho, por ser nuestro. Bajo de todos respetos nos parece perfectamente desempeñado; le adoptamos como juicio crítico, y aun no dudamos proponerle por modelo en su línea, á pesar de los galicismos de que le acusa Munarriz, que supone no entender á Capmany en este lugar; añadiendo solo, que nosotros no hemos podido entender á Munarriz, lo cual no quiere decir que acaso no se haya esplicado bien claramente.

El P. Malon de Chaide, F. Fernando de Zárate, y el desgraciado Antonio Perez, son los tres escritores que terminan el reinado de Felipe II. El primero, de una imaginacion espléndida, es en su *Magdalena pecadora*, *penitente y santificada*, florido, brillante, grande en las imágenes; y como raras veces el rico de ingenio deja de ser pródigo, á este defecto deben su orígen todos los vicios de su estilo. En los trozos escogidos en que carece de ellos, es muy difícil sobrepujarle. En su descripcion de la celestial Jerusalen, hay mas de un rasgo que prueba su comercio con Horacio; pero en mil otras ocasiones parece no haberle leido; sobre todo, se olvida muchas veces del *professus grandia turget*. Mientras que por el contrario, el docto Zárate en sus *Discursos*, rico en noticias, pero no tan favorecido de imaginacion, vá á tropezar frecuentemente con el *serpit humi*;

si bien en los pasages escogidos no carece de cierta dignidad y elevacion.

Del famoso Antonio Perez, tan fatal á Lanuza, tenemos ademas de varias otras obras publicadas con nombre ageno ó con el suyo, y que refiere Nicolás Antonio, su coleccion de *Cartas* á diferentes personas, en las que este hombre grande manifiesta su originalidad y fuerza de carácter. Nacido para romper toda especie de prisiones, se manifiesta en ellas tan atrevido y libre en el arte de escribir como en todo lo demas; y decidido á sacudir toda especie de yugo, se creó un género propio en lo general, lleno de imágenes, energia y concision, pero mas á propósito para admirado en él, que para imitado por otro.

El religioso Felipe III, demas piedad que talento, y de mas flojedad que la que hubiera convenido al estado en que por sus malhadadas empresas dejó á la España su ceñudo padre, presenta en su reinado, como para dulcificar el cuadro de no pocas indiscreciones, los Espinolas, los marqueses de Santa Cruz, los Fajardos, Riberas y Pimenteles en la crónica de nuestros triunfos; y los Sigüenzas, los Marianas, los Argensolas, y lo que vale por todo, el inmortal Cervantes, en los anales de nuestra literatura prosáica.

El P. Fr. José de Sigüenza, monge de la órden de San Gerónimo, discípulo del célebre Arias Montano, escribió una vida de su santo fundador, y una historia de su órden, que bien que uno y otro asunto sean muy edificantes y piadosos, hacen sentir que esta direccion del ingenio á las cosas divinas, haya sido en nuestra nacion tan esclusiva y tan á costa de todas las cosas humanas, que en verdad no son un objeto tan indiferente, como se cree, à la honra y gloria de Dios. Bueno es que tengamos una historia de la órden de San Gerónimo; pero si la pluma feliz de Sigüenza se hubiera consagrado á escribir una historia imparcial, por ejemplo, de los reinados de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II, el interés de este monumento habria sido

mas general, y tendriamos con mucha gloria de nuestra literatura, un historiador mas que poder oponer á los mejores de la historia moderna, y aun de la antigüedad; mientras que este género de vidas de santos y crónicas de órdenes, generalmente tan mal manejado como indica Melchor Cano, cuando dice que las vidas de muchos filósofos están escritas con mas juicio que las de muchos santos, es por desgracia un género poco acreditado, y no muy á propósito para hacer fortuna, supuesta la tibieza del siglo XIX.

No se nos oculta que esta reflexion ha podido hallar ya antes muchas aplicaciones en este nuestro discurso; mas sea de todo lo que quiera, la verdad es que el erudito, el variado, elegante y magestuoso Sigüenza, que segun Capmany, imitó perfectamente á Tácito en las introducciones ó centurias, á Tito Livio en las relaciones, á Plinio en las descripciones, y á Salustio en sus pinturas y retratos, no escribió sino la *Historia de la órden de San Gerónimo.*

Don Antonio Fuen Mayor, en su *Vida de Pio V*, el P. Fr. Juan Marqués en su *Espiritual Jerusalen* y el *Gobernador cristiano*, Fr. Diego de Yepes en su *Vida de Santa Teresa*, y el P. Martin de Roa en la que escribió de *Doña Sancha Carrillo*, son todos ellos autores muy recomendables de este reinado; si bien en este último empieza ya á precipitarse, por decirlo asi, aquel mal gusto, que en los reinados de Felipe IV y Cárlos II, degeneró en una especie de infeccion.

El P. Juan de Mariana es uno de aquellos sábios del siglo XVI que salieron de España para enseñar en Roma y en Paris, en donde fué muy conocido por su tratado de *Rege*, libro tan famoso como raro, y condenado á las llamas por el Parlamento. Este hombre prodigioso, instruido en las lenguas latina, griega y hebrea, era de una erudicion vastísima y de un talento universal, como se vé por el número considerable de sus obras. Ademas de la ya citada, de varios tratados teológicos, y

de otra especie en las materias eclesiásticas, escribió las de *ponderibus et mensuris, de adventu B. Jacobi Apostoli in Hispaniam, de Monetæ mutatione, de Die et anno mortis Christi, de Annis Arabum cum nostris comparatis*, y la *Historia de España*, que es su obra maestra, y aquella por que reclama uno de los lugares mas distinguidos en la historia de la literatura, cualquiera que sea la verdad ó falsedad de las pesadas advertencias de Pedro Mantuano á quien, mal que les pese á sus aduladores Juan Bautista Saco y Enrique Puteano (1), las musas trataron con tanto despego como esmero pusieron en el verdadero Mantuano. Capmany hace de este escritor un exámen crítico por tan acertado término en el fondo de las ideas y gracias del estilo, que nos dispensa de todo trabajo, habiendo creido deber insertarle en nuestra coleccion.

El severo Munarriz, hablando de Bartolomé Leonardo de Argensola, reduce todo el mérito de este escritor á la pureza y propiedad de la diccion: dice que no tuvo ni imaginacion ni juicio, que se le debe considerar como escritor de estilo vicioso, y que será siempre cierto que no supo escribir ni en verso ni en prosa, pues que apenas hacia versos que no fuesen prosáicos, ni escribia prosa que no tuviese visos de poesia. Del primer artículo de acusacion, nos ocuparemos cuando consideremos á este Argensola como poeta; en cuanto al segundo no podemos menos de decir en este lugar, que nos parece escesivamente duro el juicio de este concinista rígido en las materias del buen gusto. Nada puede hacer tolerables versos que parecen prosa; pero con esta puede hermanarse muy bien aquella poesia, que no consiste en la medida estudiada y cantante de los periodos, sino en la riqueza de imágenes oportunamente empleadas; y aunque la exuberancia de estas sea siempre un

(1) *Admirandas ingenii tui dotes nisi æstimen*, dice este último, *peccasse profecto in omnes musas, gracias que videar*. Es cierto que el sucesor de Justo Lipsio, segun se esplica, podia andar algo atrasado en sus negocios.

defecto contra el juicio, no por eso supone su estincion absoluta. Harto desgraciado hubiera sido Bartolomé de Argensola, si como quiere Munarriz, la naturaleza no le hubiese dado sino lengua para desatinar, y ocasion á sus censores para denostarle. La crítica de Munarriz en esta ocasion es contradictoria. La pureza y propiedad de la diccion suponen ya mucho juicio, y el escesivo atavío y ornato de la *Historia de las Molucas*, no poca imaginacion. Sin embargo, es muy posible que en Argensola, como en tantos otros escritores, haya sido algunas veces su juicio avaro, y otras, pródiga su imaginacion; á pesar de todo, no puede negarse que la *Historia las Molucas* es una obra apreciable, no solo por la pureza del lenguage y propio uso de las palabras, sino por el mérito de su narracion y animadas descripciones.

Las *Tragedias de Amor* de Solórzano, y el *Guzman de Alfarache* de Mateo Aleman manifiestan bastante ingenio en estos dos escritores, aunque por bien diferentes estilos. El primero, á fuerza de querer pintar las cosas como no pueden ser, degenera aun en sus pasages escogidos, en gigantesco, con ciertos visos de acicalado; mientras que el segundo, queriendo pintarlas peor de lo que son, se hace familiar y bajo, y trueca la fina ironía y el gracejo por la chocarrería y bufonada. No obstante, este segundo escritor es muy recomendable por la utilidad moral de la obra, y en general por las gracias de su estilo natural y correcto, y muy superior á su imitador Lopez de Ubeda, cuya *Pícara Justina* es tan despreciable como la presenta Cervantes.

La posteridad ha comparado y opuesto Virgilio á Homero, Ciceron á Demóstenes, Horacio á Píndaro, el Taso al Ariosto, Racine á Corneille; estaba reservado al inmortal autor del *Quijote* la gloria de no tener rival. Cualquiera que sea el encanto de la Iliada y de la Eneida, creemos que se le puede perdonar á St. Evremont el haber hablado del *Quijote* como de la única obra que no se habria cansado jamás de leer, aun cuando hu-

biera empleado toda su vida en repetir su lectura. Esta obra original y asombrosa tiene caractéres propios, y que son una consecuencia de su misma singularidad. Aun no hay que desesperar de aquellos que, no habiendo nacido para remontarse á la esfera de Homero y de Virgilio, oigan con frialdad su lectura; pero el que oiga con absoluta indiferencia la del *Quijote* de Cervantes, puede desde aquel dia, si ya no es que por grau señor se escusa de esta triste necesidad, buscar un abrigo en alguno de aquellos establecimientos en que la beneficencia pública repara las injusticias de la naturaleza, ofreciendo un asilo á los estúpidos. Con efecto, esta proposicion es de tal manera cierta, que el grado de admiracion respectiva que produzca su lectura, podrá ser mirado como un termómetro del temple de alma, ó sea de las disposiciones del lector ó del oyente, sobre todo en materias de gusto. El análisis del *Quijote* ha sido hecho muchas veces, el juicio crítico de las gracias y lunares de su estilo muchas mas, y su elogio anda dos siglos ha en boca de todos; asi que, si quisiéramos hablar de esto, nada podriamos hacer sino fatigar á nuestros lectores con cansadas repeticiones. No quiere decir esto que en todo lo demas hayamos sido originales, sino que hay cosas mas sabidas unas que otras. Pero puesto que es necesario pagar algun tributo de admiracion al génio divino de Cervantes, diremos: que á la originalidad de la idea, al bien tramado artificio de la fábula, al mérito de los caractéres, al de su conveniente narracion, al de la belleza y oportunidad de sus episodios, á las inimitables gracias de su variado estilo, y á toda la utilidad moral del poema, tan felizmente presentada y desenvuelta bajo diferentes aspectos por el autor del sábio análisis de la Academia, podia añadirse la que en nuestro modo de ver constituye su utilidad directa y general: en fin, la que puede decirse característica y esencial. Se ha dicho, por ejemplo, que la leccion importante que resulta de la Iliada, es la de que los pueblos son siempre víctimas de las

divisiones de aquellos que los gobiernan: y de la Odisea, que la prudencia unida al valor, mas pronto ó mas tarde, triunfa al cabo de los mayores obstáculos. A semejanza de lo que se ha dicho de estos dos poemas, diremos nosotros del de Cervantes, que creemos ver en *Don Quijote* personificada la especie humana, y anunciada álos hombres esta importante leccion: «á parte un pequeño número de malvados que pertenecerán al primer poema que se componga para doctrinar á los tigres, los demas todos tenemos una manía dominante, y muchas calidades estimables: todos discurrimos con acierto, hasta que se toca en la tecla falsa de nuestro delirio.» El que crea que esta leccion no es tan importante como la de aquellos dos poemas, reflexione que la consecuencia directa de ella será esta sublime máxima: «pues que tal es esta obra contradictoria del hombre, y pues que así salimos todos de las manos dela naturaleza, *perdonémonos y amémonos recíprocamente.*»

Las demas obras prosáicas de Cervantes, aunque no despreciables, muy poco podrian añadir á su gloria, cuando algo pudiera añadirse á la del autor del *Don Quijote.* Sin embargo, no se crea que su *Galatea*, sus *Novelas*, y aun su *Pérsiles y Sigismunda* carecen de todo mérito. Cualquiera de ellas habria bastado para dar á un hombre una decente reputacion en la república de las letras. En todas ellas se vé siempre, mas ó menos, el grande ingenio de Cervantes y la maestria con que manejaba su lengua.

El reinado de Felipe IV, tan señalado por desastres políticos, no lo fué menos tampoco por nuestra decadencia literaria: si bien es justo decir en favor de este monarca, que aquellos y esta no eran tanto obra suya como resultados necesarios, ya del impulso dado en los reinados anteriores, ya de la mala suerte de su tiempo. Menos sombrío y sério que su padre y abuelo, protegió los talentos, y aun tuvo algun comercio con las musas; pero apenas un hombre mucho mas grande que él habria bas-

tado á detener el torrente, ni de las desgracias políticas, ni del mal gusto de su siglo. Seamos indulgentes, y acordémonos de que toda la influencia de los mas grandes emperadores que tuvo Roma, no bastó, ni aun á sostener por algun tiempo mas, el esplendor del siglo de Ciceron y de Virgilio. El siglo de oro de todas las naciones, sin que hasta aqui haya habido fuerza humana que lo evite, ha sido constantemente seguido por el siglo de los preceptistas, sucediendo asi la insoportable é insípida pedantería al genio, algunas veces regular como por instinto, y sobre todo, siempre grande aun en sus estravíos. En general, tal ha sido tambien la suerte de las ciencias, y no podia menos de ser asi por el modo con que se formaban los preceptos de todas. Apenas se habia recogido un corto número de hechos, se empezaba por forjar un sistema; para dar razon de ellos, cada uno creaba el suyo, y en la gritería de la disputa, queriendo todos sostener el que habian forjado, se perdian la razon y el ingenio. Y como era necesario buscar á los grandes efectos causas recónditas, se despreciaron las ideas mas simples, rompióse el hilo de las observaciones, y cada uno creyó estar mas cerca de la verdad, á medida que se entendia menos á sí mismo. En fin, el espíritu humano no habia pasado todavia por el yunque de Bacon, Loke, Condillac, Cabanis, y Destut-Tracy, que nos han dicho como se aprende y como se enseña, dicién-onos como se piensa.

No obstante, todavia honraron el reinado de Felipe IV diferentes escritores muy estimables, á pesar de las influencias del siglo.

En la *Espedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* de don Francisco de Moncada, se conservan todavia las calidades que distinguen el siglo XVI, y sus defectos no son los de aquel en que vivia.

De don Luis Velez de Guevara, autor del *Diablo Cojuelo*, tendremos mas ocasion de hablar en la parte poética. En esta

obra prosáica, al través de ideas desarregladas, y de metáforas desatinadas y violentas, se ven muchos rasgos de ingenio y de una sátira original, con un estilo fácil y agradable, donde no degenera en bajo y truhanesco. Los escritores franceses le llaman el *Escarron español.*

Si don Francisco de Quevedo y Villegas hubiese venido al mundo dos siglos despues, ó no hubiera respirado en una atmósfera de preocupaciones y mal gusto, tan cargada como lo estaba la de España en tiempo de Felipe IV, la historia de todas las demas naciones no presentaria sino un solo hombre que pudiera competirle en la fuerza del ingenio, y en la universalidad de sus talentos. Versado en las lenguas latina, griega, hebrea, árabe é italiana, á la edad de veinte y tres años era ya el asombro de Justo Lipsio y otros célebres humanistas y sábios de su siglo; mas no contento con esta vasta erudicion, se hizo teólogo, jurista, canonista, matemático, astrónomo, médico: y fué, como escritor, político, moralista, ascético y poeta. Ademas de una traduccion de Anacreonte, y de otra del *Rómulo* del marqués Virgilio de Malvezzi que tanto se le asemejaba, sobre todo en lo malo, el catálogo de sus obras originales es tan variado como sus talentos. El juicio crítico de este hombre estraordinario se reduce á estas palabras: «puede decirse de él todo el bien y todo el mal posible, y se presta igualmente á la crítica ó al elogio.» Austero y libre, sublime y bajo, fino y truhanesco, en la misma página en que asombra, provoca la náusea. El mismo hombre en otras ocasiones tan obscuro, metafísico y ridículo, es el escritor elocuente que en la vida de Marco Bruto (aparte siempre un poco de estudio en el uso de los periodos cortados, no muy del génio de nuestra lengua) decia: *ciudadanos de Roma: las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos; y esta mano, de vasallos os vuelve á compañeros. La libertad que os dió Junio Bruto contra Tarquino, os dá Marco Bruto contra Julio César..... Pompeyo dió la muerte á mi padre, y abor-*

reciéndole como á homicida suyo, luego que contra Julio en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejércitos y en Farsalia me perdí con él..... Llamóme con suma benignidad César, prefiriéndome en las honras y en los beneficios á todos. He querido traeros estos dos sucesos á la memoria, para que veais que ni en Pompego me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me granjearon contra vosotros las caricias y los favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha: vivió César por vuestra ruina: matéle yo por vuestra libertad..... Si os provocan á compasion las heridas de César, recorred todas vuestras parentelas, y vereis como por él habeis degollado vuestros linages, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de los padres, habeis manchado las campañas y calentado los puñales..... Para presentar el contraste de este hombre raro, no podemos menos de ceder al deseo de copiar el siguiente pasage, en que habla del estilo y la diccion del Mtro. Fr. Luis de Leon, es decir, de un asunto en que no se trataba sino de ser claro. *Su diccion es grande, propia y hermosa con facilidad, de tal casta, que ni se desautoriza con lo vulgar, ni se hace peregrina con lo impropio. Todo su estilo con magestad estudiada es decente á lo magnífico de la sentencia, que ni ambiciosa se descubre fuera del cuerpo de la oracion, ni tenebrosa se esconde, mejor diré que se pierde en la confusion afectada de figuras, y en la inundacion de palabras forasteras. La locucion esclarecida hace tratables los retiramientos de las ideas y dá luz á lo escondido y ciego de los conceptos.* Si nos dijeran hoy que asi se habia esplicado un hombre en el delirio de una fiebre, lo creeriamos sin violencia. Pues este hombre es Quevedo en sano juicio; y á pesar de esto Quevedo es un grande hombre. ¡Qué de caprichos no ostenta la naturaleza en sus mejores obras!

En medio de la corrupcion general, sostenida por ejemplos de tanta autoridad, consiguieron todavia distinguirse por un lenguage castizo, y por muchas gracias en el estilo, los céle-

bres escritores don Cárlos Coloma, traductor de los Anales de Tácito, y autor de las *Guerras de los Estados Bajos* desde 1588 hasta 1599: el P. Nicremberg, autor de una multitud considerable de obras latinas y castellanas: el conde de Cervellon, autor de la vida de Alfonso VIII: y el Illmo. Palafox en varias de sus muchas obras espirituales; sin embargo, en ninguno de estos deja de verse siempre el sello de su siglo: antítesis, retruécanos y remilgamientos. Mas ¿qué puede estrañarnos ver á estos escritores ceder á la fuerza de una opinion establecida, y suscribir, por malo que fuese, al único camino acaso de obtener la aprobacion y aplauso de sus contemporáneos, cuando vemos á todo un Saavedra, es decir, á uno de los ingenios mas sobresalientes que ha producido nuestra literatura, y á uno de los sábios de mas sólido juicio que presenta la historia, dejarse tambien contagiar un poco, dar en aquel estilo compasado y clausuloso, invencion de los cultos y conceptistas, y que caracteriza tan malhadados tiempos? No obstante, la justicia exige que digamos de Saavedra que merece mucho mas nuestra admiracion y elogio por los vicios que evitó, que nuestra censura por aquellos en que incidió, y que supo disimular en grado tal, que si por su precision ha sido comparado á Tácito, pudiera haberlo sido tambien por haberse preservado tanto de la corrupcion de su siglo. Los que no quieran ser indulgentes que reflexionen cuanta fuerza de alma no se necesita para desnudarse de toda idea de amor propio, y luchar á brazo partido con la opinion de todos los hombres con quienes vivimos. Saavedra es indudablemente el hombre grande del reinado de Felipe IV; pues aunque Quevedo tuviese la ventaja del ingenio, no puede comparársele por la solidez del juicio. Ademas de su vasta erudicion, profunda filosofía, sana moral, exacto conocimiento del corazon humano y fina ironía, en cuanto á las gracias del estilo es siempre puro, correcto y claro, y *merece*, dice Capmany, *por la destreza, propiedad y gala con que maneja la lengua castellana*,

ser respetado y consultado como maestro y modelo de la grave, urbana y agraciada locucion. Sus obras son: las *Empresas políticas*, la *República literaria* y la *Corona Gótica*, *Castellana* y *Austriaca*, que no concluyó, y que ha sido mal continuada despues por Nuñez de Castro.

Bien lejos estuvo de imitar el ejemplo de Saavedra, y de preservarse de la epidemia altisonante y culta, el supuesto Lorenzo, y verdadero Baltasar Gracian; antes bien podemos considerarle como dogmatizador de la secta de los Malvezzis y Paravicinos, *por haber acreditado para con los españoles*, dice Luzan *tan depravado estilo*, *en su Agudeza y Arte de Ingenio*, que compara al *Canoochiale Aristotélico* del italiano Emmanuel Tesauro. A pesar de esto, ¡qué de elogios no se deben al autor del *Criticon*! En medio de las antítesis, paronomasias y toda la metralla culta, es una de las obras mas recomendables de nuestra literatura por la felicidad de la invencion, la inagotable riqueza de imaginacion y de sales, por la viveza de sus pinturas, y por la gracia, soltura y naturalidad del estilo.

Impotencia y degradacion en todo, matizadas con uno que otro acto de atroz ignorancia, son los distintivos del reinado de Carlos II. Entre los autores prosáicos, sin la existencia de un Solis y de un Nicolás Antonio, podria dudarse, no si hubo plumas en España, pues que hartas fueron las que se emplearon en escribir necedades, sino si se habia perdido enteramente el ingenio y el gusto que un tiempo las habian dirigido. Don Nicolás Antonio mucho mas recomendable por su incansable laboriosidad y la inmensa riqueza histórica que nos ha dejado en su *Biblioteca antigua y nueva*, lo es tambien no poco por las calidades del estilo, en sus cartas publicadas por Mayans, donde se esplica con un lenguaje puro y castizo, y en un estilo grave y claro, aunque algo duro y desaliñado. En cuanto á Solis, fué, por decirlo así, el astro brillante de su siglo, y de un mérito tal, que no hubiera sido posible oscu-

recerle, aun cuando hubiese pertenecido al XVI. Su *Historia de la conquista de Méjico* es un monumento capaz de hacer honor á la literatura de la nacion mas orgullosa de la suya, y puede ser comparada á algunas de las mejores de la antiguedad. La dificultad de imitar á Tito Livio, que *para confusion suya*, confiesa el modesto Solis, *haberse propuesto vencer* no era para él tan invencible, que en varias de sus oraciones no haya sabido aproximarse bastante á este modelo: ni la comparacion que de él hace con Quinto Curcio el erudito Mayans, es tan fuera de término, que no le iguale muchas veces en lo ameno, elegante y florido. Asi es que su obra oscureció las que le habian precedido, con inclusion de la de Lopez de Gomara, que no carece enteramente de mérito, si bien no pocas veces su demasiada sencillez degenera en trivialidad, y aun algunas hasta en sandez. No obstante, en obsequio de la verdad que exige de nosotros la imparcialidad de la crítica diremos de Solis: 1.° Que con frecuencia se echa de ver en su estilo aquella regularidad simétrica, aquella medida compasada de sus frases que toca en estudiada afectacion, sin que falten tampoco algunos pensamientos demasiado alambicados, resabios todos del acicalado estilo de los cultos y conceptistas: 2.° Que aunque sea, por lo respectivo al gusto, muy superior á los hombres de su siglo, en todo lo demás sale muy poco ó nada de la esfera de las ideas de aquel á que pertenecía. Así es que, ni se le vé dar á los hechos, ni en general al asunto grandioso de su historia, aquel aspecto filosófico que parecia exigir la importancia política de un suceso, que envolvia en sí mismo la revolucion mas grande que presenta hasta aquí la historia de la especie humana, y que habria presentado bajo la pluma de un Hume ó de un Roberston. Buenas pruebas de aquella verdad son la escesiva buena fé con que el crédulo Solis dá al diablo, á sus apariciones (1) y oráculos una influencia casi decisiva en la con-

(1) Entre las diferentes apariciones y oráculos diabólicos, el que mas asom-

quista de Méjico: aquella aprobacion tan poco escrupulosa y tan agena de la imparcialidad de un historiador, con que en general mira cuanto tiene á Cortés por autor: aquella indulgencia, (que aun en un panegirista tiene sus limites) con que se esplica sobre las injusticias á que arrastró á Cortés su indiscreto celo, y su demasiada prisa en derribar ídolos. No quiere decir esto que no sea muy laudable el celo que los derriba: si el mundo no está tan bien como debiera, es porque no ha acabado de derribar todos los que adora; pero el toque de derribar ídolos está en saberlo hacer por la mano misma de los que los adoraban sin tener que pasar por encima de cadáveres para llegar hasta ellos, y de manera que queden derribados para no volverse á levantar jamás; lo cual no se consigue sino demostrando á los hombres su falsedad, es decir, con el arma de la razon y la persuasion, de esta obstinada razon, que á pesar de cuanto se ha hecho por reducirla, se ha empeñado, aqui como en Méjico, ahora como en tiempo de Cortés, en no admitir por medios de convencimiento ni el palo, ni el sable, ni la hoguera. Tenemos tambien de Solis una coleccion de diez y nueve cartas, publicadas por Mayans, que ofrecen buenos modelos en el género epistolar de la correspondencia familiar y privada, ademas de sus obras poéticas, de que se hablará en el lugar correspondiente.

A la muerte de Cárlos II siguió la guerra de sucesion, durante la cual y todo el agitado reinado de Felipe V, el mal gusto de la literatura no pudo hacer mas que conservarse ó empeorarse. Mas, despues que por la paz de Utrec, empezó la España á gozar de las ventajas del sosiego, y á tener con la Francia comunicaciones no interrumpidas, no pudieron menos

bro y terror causó á Motezuma, es el que refiere el P. Acosta, y otros autores segun Solis, muy fidedignos, de un diablo que se apareció á los Nigrománticos, y entre otras cosas, les dijo: «Decid á Motezuma que por sus crueldades y tiranías tiene decretada el cielo su ruina.» Un príncipe que, como Motezuma, tenia á su devocion un diablo tan amigo de decir verdades, solo hizo mal en no haberle consultado mas temprano.

de refluir en aquella, como en todo el resto de Europa, las luces del ilustrado siglo de Luis XIV, empezando ya á ser nuestros maestros los que hasta aquí habian sido nuestros discípulos; en lo cual, puede muy bien ser que la imaginacion haya perdido parte de su libertad, y la lengua algo de su magestad augusta y venerable, pero el juicio ha ganado. El lenguaje no es acaso tan cantante, armonioso y redondo; pero es mas fluido, mas claro, y sobre todo, mas lógico; y en verdad que, en nuestro dictámen, no se pierde nada en este cambio, digan lo que quieran los entusiastas del siglo XVI, que hasta cierto punto respetamos como el que mas, y en cuyo elogio hemos empleado algunas páginas; pero que no trocariamos por este en que vivimos, tal cual es, y aun á pesar de habernos tratado con un poco de displicencia.

Uno de los sábios que antes de mediados del siglo XVIII contribuyeron mas á sacudir un poco nuestra ignorancia perezosa, á combatir las preocupaciones, y á dispertar el ingenio nacional, fué el Illmo. Mtro. Feijóo. Este sabio benedictino, tan recomendable por su vastísima erudicion, como por su intrepidez y valentía, declaró la guerra á los abusos de la credulidad y de la razon en general; y á fuerza de servirse de la suya, hizo ver que la naturaleza no nos la ha dado para que, sepultada en un ócio vergonzoso, sea siempre esclava de una autoridad agena: probó que habia entre nosotros mucha supersticion y falsos milagros, hizo dudosa la infalibilidad de Aristóteles, y la existencia de los vampiros y brucólacos, y nos puso en el caso de abrir los ojos sobre toda especie de brujeria. El Mtro Feijóo, ademas de este mérito, á ninguno otro comparable, tiene el de haber escrito su lengua con bastante pureza, correccion y soltura; manifestando, en varios casos, que sabia ser elegante, y que era muy capaz de elevarse y mover. Sus principales obras son el *Teatro crítico universal* y las *Cartas eruditas*; estas se escribieron, en la mayor parte, con el designio de continuar aquel.

No se hizo menos recomendable por su laboriosidad, sus talentos y celo en restablecer el buen gusto, y en promover el estudio de su lengua, el erudito don Gregorio Mayans y Síscar; á quién prodigaron los mayores elogios hombres como Heinecio, Roberston, y algun otro no de menor monta. Su oracion sobre la elocuencia española, es al mismo tiempo un ejemplo de la verdad que trata de persuadir á sus contemporáneos, á quienes excita á abandonar la risible algarabía de su metafísica y cultismo,

Ultimamente el P. Isla, célebre jesuita, tal vez demasiado pródigo de sátira y de sales, pero que manejó nuestra lengua con mucha soltura y gracia, contribuyó por una leccion fuerte y necesaria, á desterrar, particularmente de la elocuencia sagrada, la indecente gerigonza que habia venido á profanar el lugar que ilustraron un tiempo un Avila y un Granada. Publicó su *Fr. Gerundio de Campazas*, y fué necesario que los predicadores pensasen en hacerse entender en el púlpito, y en dejar de ser insensatos, para no parecer ridículos.

El impulso dado por estos escritores, y otros que forman á mediados del siglo pasado una especie de época de restauracion, ha sido posteriormente seguido y mejorado por otros ya de nuestros dias, cuyo mérito reconocemos comprendiéndolos en nuestra coleccion; pero cuyo juicio crítico dejamos á la posteridad, en quien se supone una imparcialidad que se niega á los contemporáneos, sospechados siempre de adulacion ó de envidia (1).

(1) No obstante, en la parte poética nos veremos precisados á hacer una que otra escepcion á esta regla, porque así lo exija alguna razon particularísima. Por ejemplo ¿cómo dejar de deshacer cuanto ántes la inconcebible equivocacion de un autor estrangero, por otra parte muy estimable, que presenta á Comella como un émulo de D. Leandro Fernandez de Moratin, y confunde á D. Eleuterio con el autor del *Café*? Al través de cualquiera violencia nos apresuramos por esta indicacion á dar este testimonio á la verdad, y este desahogo á la amistad ofendida; sin tener reparo alguno en usar de esta última palabra, que por esta vez no puede ser indicio de parcialidad. La distancia de Comella á Moratin es tal, que no

Utilidad de la Poesía: su influencia moral sobre la civilizacion y las costumbres.

Pitágoras condena á Homero á los horrores y suplicios del Tártaro, Platon escluye á los poetas de su *República*, Montesquieu define la poesia: *arte de encadenar y sofocar la sana razon*; y tales autoridades nos preparan á ver sin admiracion en la lista de sus despreciadores, los nombres, por otra parte respetables, de Lamotte, Fontenelle, Duclos y Buffon. ¿Por qué especie de contradiccion han tenido siempre ilustres adversarios las verdades al parecer menos sujetas á discusion? ¿Será esta una de las debilidades del amor propio, sobre quien tanto puede el deseo de singularizarse? Lo es con efecto. Pero, ¿no podriamos convertir esta observacion en una leccion útil? ¿no podría ser tambien este uno de aquellos medios con que la naturaleza, que se esplica siempre por hechos, ha querido sancionar la importante máxima de la modesta desconfianza de sí mismo? ¡Cuán circunspectos y desconfiados no debemos ser nosotros, si á hombres como Pitágoras, Platon y Montesquieu, no solo no les ha sido dado el privilegio de acertar en todo, sino que se han equivocado sobre verdades que podemos llamar de puro sentimiento, y que no parecen pedir sino la existencia de los órganos comunes! Sin embargo, guardémonos de caer por un abuso de este raciocinio, en una timidez que nos conduzca á un pirronismo funesto y ridículo: abstengámonos no menos de pensar que el respeto debido á las opiniones de aquellos hombres célebres nos pone en la necesidad de hacer violencia á las nuestras, y adoptar sus errores; y ni aun se crea que cumpliriamos

hay entre los dos ni amistad que pueda excederse, ni enemistad que alcance a confundirlos, equipararlos, ni aun nombrarlos juntos, como no sea por via de contraste.

con la verdad, prestándole el asenso frio de un ánimo dudoso y tributándole un culto tibio y vacilante.

Cualquiera que sea la veneracion que se deba á tan sublimes ingenios, á estas brillantes antorchas de la razon y la filosofía, no dejaremos por eso de calificar su opinion acerca de la poesía, no como quiera de un error, sino de un error inconcebible. Cuando Táles de Mileto decia que el agua era el único elemento de todas las cosas, se equivocaba hasta en darla tal nombre; pero cuando Zenon de Elea se empeñaba en sostener que no habia movimiento, contradiciendo el sentimiento de todos los hombres y el testimonio de sus propios sentidos, hacia de su razon un uso monstruoso é imperdonable. Otro tanto nos vemos precisados á decir de cuantos han pretendido proscribir la poesía como perjudicial ó inútil, ó han querido afectar, y esforzádose á desconocer su importancia y sus encantos. Si nos fuera dado poseer el don divino que reparte Apolo con mano tan escasa, un himno en loor de la divinidad ofendida seria el medio mejor de hacer sentir su imperio, y de someter al yugo comun la altiva frente de ese pequeño número de espíritus rebeldes y disidentes; mas por esta vez las agraviadas musas habrán de contentarse *con nuestra vil prosa* (1).

Hemos dicho ya en nuestro discurso, y volvemos á repeti : «que al observar que en la historia de todas las naciones la poe-«sía vá á perderse en la infancia de las lenguas, parece que «estamos autorizados á pensar que estas se lo deben todo, es-«cepto aquellos primeros y broncos gritos de pasion que debió «arrancar la necesidad.» Si esta proposicion es cierta, la civilizacion entera es en cierto modo obra de la poesía. Para convencernos de los motivos poderosos que pueden determinarnos á

(1) Dándole este dictado, nos proponemos recordar á nuestros lectores aquel dicho de Voltaire á uno de sus amigos que creia interrumpirle: *entrez, entrez, je ne fais que de la vile prose*, en desquite y aludiendo al *c' est beau comme de la prose*, de Duclos, Trublet, etc. En todo caso la nuestra, sin agravio de nadie, podrá ser vil, no por prosa, sino por nuestra.

mirarla como tal, empecemos por descubrir filosóficamente su utilidad esencial y directa, oyendo al efecto, no á un orador que nos deslumbre, ó á un poeta que nos arrebate, sino á un fisiólogo profundo que nos enseñe sin exaltacion: al célebre Cabanis, cuya aparicion ha sido ciertamente una verdadera revolucion en la historia de las ciencias. En su *Memoria tercera*, continuacion de la historia fisiológica de las sensaciones, despues de haber establecido por principio que á la vista y al oido debemos la mayor parte de nuestros conocimientos, y que la memoria de estos dos sentidos es la mas durable y la mas precisa, se esplica de este modo: «otra circunstancia, dice, que se de-«riva mas inmediatamente de las leyes directas de la naturale-«za, parece influir mucho sobre las calidades del oido. Esta «circunstancia es el carácter ritmico y medido que pueden te-«ner sus impresiones, y que tienen en efecto frecuentemente. «La naturaleza se complace en las repeticiones periódicas, y «gusta de hallar y sentir analogía y regularidad, no solo entre «las impresiones, sino entre los diferentes intérvalos que las se-«paran; y los acentos armónicos de todos los géneros fijan su «atencion, facilitan su analísis, y dejan en ella vestigios mas «durables.» Y mas abajo: «la rima de la poesía no es mas que «una imitacion de la música. Como rima, las impresiones que «causa son menos vivas y menos fuertes; pero por imágenes «mas circunstanciadas y mas bien circunscritas, ó por senti-«mientos desenvueltos con mas órden y de un modo que sigue «mas de cerca sus diferentes movimientos y variedades, obtie-«ne la poesía resultados igualmente grandes, y aun por lo ge-«neral estos efectos son mas durables, porque acabando y de-«terminando mejor los objetos que pinta, estos suministran mas «alimento á la reflexion. Ultimamente, la rima del canto y la «del verso, sea que esta última dependa de la medida de las sí-«labas, sea que no esté fundada sino sobre su número, ó bien «consista en la repeticion periódica de los mismos sonidos ar-

«ticulados, hace en uno y otro mas distintas las percepciones «del oido, y mas fácil su recuerdo.» No es posible determinar mejor la primera y mas directa utilidad de la poesía. *Fijar nuestra atencion, facilitar nuestro analísis, producir en nosotros impresiones durables, hacer mas distintas nuestras percepciones, y mas fácil el recuerdo de ellas.* He aqui sus importantísimos efectos; he aqui resuelto el problema de su asombrosa antigüedad, y he aqui descubierta y probada su influencia casi decisiva y absoluta sobre el primer estado de la civilizacion. Tal es el resultado del estudio de la naturaleza y del descubrimiento de un principio luminoso. Fija Newton las leyes de la atraccion, y el mundo físico deja de ser un misterio; estudia Cabanis la organizacion del hombre, y la historia de la sociedad, los fenómenos del mundo moral, se esplican por sí mismos.

La poesía que en el mayor estado de civilizacion conserva y conservará eternamente muchos é indisputables títulos al aprecio y respeto de los hombres, debió ser en las primeras edades del mundo un instrumento absolutamente necesario. Las bestias feroces, renunciando á sus bosques arrastradas por los dulces acentos de la lira de Orfeo, Anfion que al son de la suya edifica á Tebas, no son sino el emblema de esta verdad, y la alegoría con que la antigüedad reconocida ha transmitido á las generaciones futuras la memoria del imperio sobrenatural que ejerció sobre los demas hombres, el primero que encadenándolos por el prestigio de los sentidos, los obligó á acercar sus cabañas á la suya, y dictó las primeras leyes de la sociedad.

Familiarizados con el estado de perfeccion social á que nos ha tocado pertenecer, creemos que la especie humana ha sido siempre lo que es en el dia. El hombre calculador del siglo XIX puede ser conducido por frios raciocinios; pero el hombre de las selvas, el hombre de los primeros tiempos de la sociedad no tenia mas que sentidos: para mandarle, era preciso dominarle, y para dominarle, extasiarle. Un poeta y un músi-

co serian los peores legisladores que pudieran darse á los hombres de la edad presente; pero solo un músico ó un poeta podian ser los legisladores de la sociedad naciente. El hombre desconfiaria hoy de quien empezase por seducirle; no podia entónces ceder sino á quien le sedujese.

En todo tiempo ha sido y será siempre cierto lo que dice Quintiliano (1): no puede entrar en el corazon lo que tropieza en el oido: pero *para fijar la atencion* de los hombres en este estado de grosera rudeza, *para producir impresiones durables* sobre órganos de tal rigidez é inflexibilidad, se necesitaba interesarlos agradablemente, conmoverlos de un modo fuerte, emplear en fin toda la mágia de la armonía (1); mientras que por la medida se hacian al mismo tiempo *mas distintas las percepciones, y se facilitaba su análisis.* En el dia, acostumbrados á trabajar de un modo tan fino sobre los signos de nuestras ideas, las reticencias, las espresiones elípticas, la velocidad del órgano de la palabra, las supresiones de sílabas enteras, nada es un obstáculo, nada detiene la rapidez incalculable de nuestro entendimiento, acostumbrado á abrazar en un monosílabo una serie infinita de percepciones, y aun de juicios; mas la emision de los primeros signos entre los primeros hombres tuvo que ser necesariamente muy pausada y distinta, y no podia menos de tomar un carácter rítmico y cantante. Asi es que, en cierto modo, podemos decir, que en la invencion de la poesía y de la música, el oido no ha hecho mas que juzgar de lo que la necesidad dictó.

(1) *Nihil potest intrare in affectum, quod in aure, velut quodam vestibulo, statim offendit.* QUINT.

(1) No se crea que pensamos por esto que los primeros músicos y poetas fuesen ya un prodigio del arte. Suponemos la música y la poesía en el mismo estado de imperfeccion, y sometidas á la misma progresion que todo lo demas; mas suponiéndolas en este estado, los efectos producidos no serian menos asombrosos. Un pedazo de vidrio es un objeto de admiracion para el salvage; cuantas preciosidades encierra el palacio del primer soberano de Europa, son á nuestra vista objetos casi indiferentes.

Pero donde mas sobresale y reluce la influencia de la poesía sobre la civilizacion, es en la última calidad que Cabanis le asigna, es decir, como medio de retener las impresiones, y trasmitir su memoria. Todo el saber humano se reduce á la ciencia de los hechos, y la civilizacion no es mas que el producto de la tradicion. Abandonado el hombre á la esperiencia aislada del individuo, su civilizacion habria escedido en bien poco el instinto del urangutango y el castor. Reflexionemos, pues, que la poesía era entonces el único medio de tradicion, y que en el largo intérvalo de la infancia de la sociedad, ella ha sido el único órgano de la moral, de la legislacion y de la historia. ¿Cuál es la nacion, cuál es el pueblo que no deba á la poesía sus primeras nociones de virtud y de justicia, y la memoria de los primeros ejemplos? Recorramos rápidamente una parte de la historia de los primeros legisladores, y de los primeros libros. Bajo el artificio de un verso hicieron recibir á los cretenses y espartanos sus preceptos y sus leyes Radamanto y Minos, Táles y Licurgo su discípulo. (1) En verso estaban las tablas que contenian las leyes de Solon, y los fragmentos (2) que han llegado á nosotros de este poeta legislador, prueban hasta la evidencia el uso que hacia de la poesía para formar las costumbres de los atenienses, consolidar su gobierno y dirijir su politica. Los bardos de los germanos, los druidas de los galos y bretones, entre los cuales habia una clase con el nombre de *vates*, los escaldros de los escitas no dejan una duda de la influencia de la poesía sobre la civilizacion de estos pueblos bárbaros; y y en cuanto á nosotros, los antiguos túrdulos tenian, por testimonio de Estrabon (3), sus leyes todas en verso, y poemas de una antiguedad prodigiosa. Si dejando la Europa, consultamos

(1) Estrabon lib. 10.
(2) Philon, lib. 1 de opificio mundi. Clement Alejand., lib. 6 Stromatum. Collectio vetustissimorum autorum, ex editione Joannis Crispini.
(3) Estrabon, lib. 3.

los pueblos del Asia, el *Zenda Vesta* de los persas, todos los libros sagrados que conocemos de los bracmanes de la India, el *Mahabharat*, el *Bhaguat Geeta*, todos los *Sharters* y *Puranones* (1), no son sino otros tantos poemas que contienen la religion, la moral, las leyes y cuanto forma la civilizacion de estos pueblos célebres; y hasta el Dios del Sinaí y del Oreb empleó la mágia de la poesía para conducir y gobernar su pueblo. Dióle un poeta por legislador (2), y continuó hablándole siempre por la boca de los profetas, ó para enseñarle á cantar sus glorias y adorarle, ó para dictarle los consejos de la sabiduria, ó para inspirarle terrores saludables.

Mas no se crea que si insistimos tanto sobre la influencia de la poesía en los primeros tiempos de la civilizacion, es porque desconfiamos de probar su posterior utilidad é importancia. Una vez descubierto el buen camino, no hay mas que seguirle. Cualesquiera que sean los progresos de la razon, nunca podrán perder su importancia y utilidad los medios que *fijan nuestra atencion*, *facilitan nuestro análisis*, *producen en nosotros impresiones durables, hacen mas distintas nuestras percepciones*, *y mas fácil el recuerdo de ellas.* La poesía es semejante al hierro: las artes que le deben su nacimiento no podrán nunca emanciparse de él; siguiendo el curso de su perfeccion, y envolviéndose con ellas, multiplicará sus usos y conservará su imperio. El que la poesía ejerce sobre la civilizacion y las costumbres, está fundado sobre nuestra organizacion: hija de la perfeccion de nuestros sentidos y de la debilidad de nuestro espíritu, no puede perder su utilidad, mientras no dejemos de ser lo que somos, es decir, un conjunto inesplicable de miseria y de grandeza. Mientras que nuestro oido descontentadizo rechaza con disgusto todo sonido inarmónico, nuestra débil vista no puede resistir el aspecto hermoso, pero sobrehumano y celeste

(1) Discurso preliminar de la traduccion del *Bhaguat-Geeta* por Wilkinn.
(2) El famoso cántico al paso del mar Rojo es una prueba de esta verdad.

de la verdad desnuda, y forzada á mendigar de la poesía su atavío y su prestigio, cubierta unas veces con un velo modesto y sencillo, encierra en una fábula los preceptos y máximas de la vida comun, derrama en el alma tierna del niño las primeras semillas de la virtud; armada otras con la punzante flecha de la ironía y de la sátira, hiere nuestro amor propio, censura las costumbres; ó calzando el zueco, ridiculiza nuestros defectos, arranca al vicio su máscara, y nos presenta en toda su deformidad la fria insensibilidad del avaro, ó la ratera bajeza del cortesano, ó la infame perfidia del hipócrita. Ya festiva y ligera transigiendo al parecer con nuestra flaqueza, toma parte en nuestros placeres, y con el vaso en la mano, cantando las escelencias del licor precioso de Escío y Lesbos, de Másico y Falerno, nos enseña á despreciar la fortuna, á ser superiores á los males de la vida, y proclama asi la independencia de la virtud. Ya patética y sentimental, fecundiza el gérmen de nuestras pasiones benéficas, refina nuestra sensibilidad, abre nuestro corazon á las dulces afecciones del amor, de esta pasion, que si algo tiene de malo y de grosero, no es ciertamente lo que tiene de poética. Ya elevándose magestuosamente, ó canta en el éstasis de una inspiracion la inmensidad de un Dios y la perfeccion de sus obras, ó llena del entusiasmo de la virtud, honra y trasmite á la posteridad el nombre glorioso de sus héroes, sirviendo á un tiempo de leccion y de estímulo; ó calzando en fin el coturno, nos amedrenta con el aspecto horrible del crímen, truena en presencia de los tiranos, y de los impostores, y vengadora de la virtud ultrajada, á la faz misma de los mónstruos que combate, arma contra ellos el brazo de la opinion, y proclama con voz impávida las verdades que roen su alma y causan su suplicio.

¡Atéos del Parnaso! ¡Impugnadores injustos de su culto! El espíritu de paradoja ha estraviado vuestra razon hasta el punto de haceros ingratos! Si Témis y Minerva gozan de un culto

sobre la tierra, sus altares han sido erigidos por mano de las musas; suya es en gran parte vuestra digna celebridad, y no siendo vosotros sino los representantes, el producto, por decirlo asi, de la civilizacion de los siglos á que perteneceis, y esta en general un triunfo de aquella, como obra suya puede considerarse hasta vuestra existencia misma.

Ni se diga que el poeta, prostituyendo sus talentos abusó muchas veces de su arte para entronizar el crímen ó predicar la inmoralidad y la licencia. Esta objeccion, comun á la poesía y á la prosa, no prueba mas que lo que prueba en todo el abuso contra el uso; y este argumento seria poco digno de los hombres á quienes impugnamos. Si contentándose con satisfacer al sonsonete de la rima, á fuerza de despropósitos y á espensas de la razon, delira en verso la multitud de coplistas de quienes se apodera un falso Apolo, esto probará contra el mérito eminente del que dió esta dificultad vencida, y del que sublimó la razon con la mágia de la poesía, lo que puede probar un mamarracho de almagre contra los primores de un pincel delicado: los borrones informes del pintor de Ubeda, contra los acabados rasgos del Ticiano; ó la deformidad de un mascaron ridículo, contra el Júpiter de Fidias ó la Venus de Praxiteles

Perdon amables musas! Perdon en favor de aquellos á quienes ha podido alucinar la autoridad de un Pitágoras, un Platon y un Montesquieu. En cuanto á estos, deben quedar esentos de lanecesidad de pedirle. Si ha sido necesario que como hombres paguen por algunos errores el tributo debido á nuestra fragilidad, por las conquistas brillantes que han dado á la razon, se han asociado á vuestro imperio. ¿Qué honor, qué distincion podrá negarse al descubridor del cuadro de la hipotenusa, al que trasladó á la Italia y á la Grecia las luces del Egipto y del Asia (1), ni al que por su elocuencia sublime, por un len-

(1) Pitágoras.

guage, que parecia mas inspiracion de un dios que parto de la humana razon en espresion de Quintiliano (1), hizo triunfar sobre la tierra la moral divina de Sócrates (2), ni en fin, al que en estos últimos tiempos, despues de tantos siglos de polvo y de olvido, descubrió en el pasado los perdidos y primitivos títulos del género humano, y ha dicho á los hombres y á los gobiernos: *he ahí vuestros derechos: he ahí vuestros deberes?* (3)

Indole primitiva y carácter original de nuestra poesía: su primer artificio métrico.

Con relacion al asunto de que vamos á ocuparnos en este capítulo, y sin perjuicio de las posteriores subdivisiones que pueda exijir el cuadro histórico de los progresos de nuestra poesía, podemos por ahora dividirla en dos épocas. Designaremos con el nombre de *Poesía antigua* la primera, que comprende todo el espacio corrido desde su infancia mas remota hasta los tiempos de Boscan, Garcilaso y Mendoza; y con el nombre de *Poesía moderna*, todo el discurrido desde estos hasta nuestros dias.

En la primera época, nuestra poesía es enteramente primitiva, original, ya por el fondo de sus cuadros, ya por su colorido, y ya en fin por su artificio métrico.

En cuanto al fondo de los cuadros, se ocupa de nuestras cosas, se lamenta de nuestras desgracias, celebra nuestros triunfos, es enteramente popular, pinta nuestras costumbres, nuestras ideas dominantes, no mendiga sus divinidades del Olimpo de los griegos, ni sus héroes de la Iliada ó de la Eneida. Ni aun necesita atravesar el Oriente, ni recorrer los cam-

(1) *Ut mihi non hominis ingenio, sed quodam delphico videatur oraculo instinctus.* Lib. 10, cap. 1.
(2) Platon.
(3) Montesquieu.

pos de Palestina, para respirar aquel carácter romanesco de la caballería, aquel fanatismo místico del amor, que caracteriza los siglos á que pertenece, y sin salir de casa, halla en su seno los Reinaldos, los Tancredos y los Coucis.

Su colorido es al principio poco animado y vivo. El estilo es puramente narrativo y sencillo: degenera las mas veces en trivial y humilde: pinta el estado de la lengua, y esta el de la razon: hácese despues mas levantado y grave, y solo al fin adquiere aquella pompa y magestad, aquel carácter de orientalismo, que no podia menos de venir á darle la comunicacion con los hijos del desierto, unida á la exaltacion de la victoria y al triunfo de nuestra independencia. Ni debe estrañarnos la humildad y pobreza con que aparece el génio entre nosotros en sus primeros esfuerzos. Esta pobreza era la de la lengua, y no olvidemos que la nuestra se formó por degeneracion, por corrupcion de otra mejor, por una reaccion de la ignorancia contra las luces. Tiene por consecuencia en el principio toda la regularidad de una lengua formada, sin que tenga nada de aquel hermoso abandono, aquella energía y fausto de una lengua que primitivamente se forma en el seno de la libertad, de la licencia de un pueblo nómade, que recorre por sí mismo la escala de la civilizacion. Mas no se crea por esto que carece de toda gracia la amable sencillez de nuestros primeros poetas; sus bien sentidas razones tienen no pocas veces mas encantos que el estudiado ornato de los posteriores.

Aun tenemos mas derecho á decirnos originales en competencia de las demas naciones de Europa si consultamos el artificio poético. Empezando por la rima, que es el distintivo de la poesía moderna, si no nos es permitido atribuirnos la invencion, con no débiles fundamentos podemos apropiarnos la primera imitacion, ó aplicacion de ella á las lenguas modernas. Antiquísima entre los árabes, á ellos se la debemos, como tantas otras cosas. Introducida en los corrompidos dialectos que se forma-

ron sobre las ruinas de la hermosa lengua de los señores del mundo, y acomodándose á la imperfeccion y génio de las nacientes, vino á ocupar el lugar del verso puramente métrico, único que conocieron las delicadas musas del Iliso y del Tíber.

Nuestro Luzan (1), al esplicar con relacion á esto el orígen de nuestra poesía, si bien reconociendo alguna influencia por parte de los árabes, parece atribuirla el de los ritmos latinos, que la barbárie, dice, de aquellos tiempos sustituyó á los versos usados por los buenos poetas. Sin embargo, nosotros no estamos muy lejos de mirar como mas verosímil, que los ritmos latinos fuesen una novedad introducida en esta lengua á imitacion de la rima de los árabes, aunque no podamos ni citar el primer ejemplo, ni aun asignar la época de esta novedad.

Mas feliz nos parece en el modo de esplicar el orígen de la rima imperfecta ó del asonante, que empezó sin duda por error en el consonante, erigióse despues en licencia poética, y cultivado y trabajado al fin de propósito, acabó por elevarse á un género de versificacion propio y esclusivo de nuestra lengua. Con efecto, si consultamos los primeros monumentos de nuestra poesía, aun alcanzamos á traslucir cierta tendencia al monorrimo, ó rima única de los árabes, que seria acaso por donde empezasen nuestros primeros ensayos; pero no pudiendo este monorrimo sostenerse, ó porque desde el principio su cadencia pareciese monotona y cansada, ó tal vez, y no es lo menos probable, por la pobreza misma de la lengua, esto dió lugar á que se deslizasen é introdujesen en la composicion algunas rimas imperfectas. Aun tenemos algunos romances antiguos, y varios trozos del poema del Cid, en que por largo tiempo se halla una rima casi única (2), pero alternada con tal cual verso, en que

(1) Cap. 3, lib. 1.°

(2) En la despedida de Rodrigo y Jimena en San Pedro de Cardeña, dice esta dirigiéndose á Dios:

«A tí adoro é creo de toda voluntad,
E ruego á San Pedro que me ayude á rogar

el asonante viene á reemplazar el consonante. Varió esto despues, viniendo á reducirse aquella rima dominante á una misma rima de cuatro en cuatro versos. Asi escribieron el Mtro. Gonzalo de Berceo, el arcipreste de Hita; y el autor del poema de Alejandro Magno nos hace ver que esta era la gala de su tiempo, y como el *máximun* del talento poético.

Fablar curso rimado per la cuaderna via
Per silabas cantadas, ca es grant maestría.

El delicado artificio de la rima imperfecta, de tanta utilidad en nuestra poesía, pero apenas sensible al oido poco ejercitado de un estrangero (1), ha escitado la crítica de estos. Quien ha dicho que este género de versificacion es desapacible: quien, que no hay en él ninguna especie de armonía. Hay ciertas leyes contra las cuales la naturaleza no ha querido hacer ni una sola

Por mio Cid el Campeador, que Dios le curie de mal
Cuando hoy nos partimos en vida nos faz yuntar.
La oracion fecha, la misa acabada la han:
Salieron de la iglesia, ya quieren cavalgar.
El Cid á doña Jimena íbala á abrazar,
Doña Jimena al Cid la mano l' va á besar,
Llorando de los ojos que non sabe que se far,
E él á las niñas tornólas á catar
A Dios vos encomiendo, fijas,
E á la mugier é al padre espiritual.
Agora nos partimos, Dios sabe el ayuntar.

Se vé una rima única en *ar*, suplida algunas veces por los asonantes *voluntad*, *mal*, *espiritual*. *etc.*

(1) Bourgoing, plenipotenciario de la república francesa cerca de la córte de Madrid, y autor del *Tableau de l' Espagne moderne*, dice:

«Un étranger pourrait assister pendant dix ans au spectacle espagnol sans «se douter de l' existence de ces *assonantes* et de l' asservissement qui en ré«sulte. Et après avoir été mis sur la voie de les reconnaître, il a encore beaucoup «de peine à en retrouver la trace, lorsqu'il les entend débiter sur la scène; mais «ce qui lui est si difficile de saisir n' échappe pas un instant á un espagnol, quel«que illetré qu'il soit. Dès le second vers d' une longue tirade d' *assonantes*, «celui-ci a découvert qu'elle es la suite de voyelles finales dont le règne commence «il attend aux endroits marqués leur retour périodique, et un acteur ne tromperait «pas impunément son attente; rare facílité, qui tient á l'organisation délicate des «peuples du midi, etc. etc.»

escepcion. Tal es aquella que condena á delirio perpétuo é irremisible á todo individuo de la especie humana que habla de lo que no entiende. ¿Y cómo entender aquello de que no se tiene sensacion? El asonante, al mismo tiempo que prueba la eslencia de nuestra lengua, es para nosotros una adquisicion preciosa para el romance narrativo, el género anacreónticoy otros; pero particularmente para el diálogo cómico. La rima, cualquiera que sea en la versificacion la felicidad del poeta cómico, aunque entre en la cuenta aquel de quien con tanta justicia se ha dicho:

A peine as-tu parlé qu' elle-même s' y place (1),

es siempre preternatural y violenta, no es posible desnaturalizarla: el poeta se descubre, el mecanismo aparece, y nada de esto puede suceder sino á espensas de la imitacion y de la ilusion cómica. Léanse casi todos los trozos de nuestros poetas cómicos, elegidos en nuestra coleccion: la soltura, la facilidad, la fluidez de su versificacion es tal, que lejos de asomar ni la sombra siquiera de esfuerzo ni de estudio, no hay amor propio que no seduzcan, ni espectador que no crea que, puesto en las mismas circunstancias, ni aun le seria dado usar de otras palabras, ni de otra coordinacion. Si esta proposicion es cierta (y acerca de su verdad apelamos, naturales ó estrangeros, al testimonio de cuantos estén en estado de juzgar) este artificio es el primor de la imitacion, y el triunfo de la ilusion poética.

En cuanto á la estructura de los versos por la medida de sus sílabas, son de esta primera época los de cinco, seis, siete y ocho sílabas, los versos de arte mayor y los alejandrinos. Estos últimos nos pertenecen como el autor del poema á que deben su nombre: y los alejandrinos y los de arte mayor divididos en dos, produgeron los primeros, segun la opinion mas comun; si ya no es que por el contrario, la reunion de aquellos fué la que

(1) Boileau, sat. 2 á Molière.

produjo estos, sobre lo cual nosotros nada nos atreveremos á pronunciar, porque uno y otro estremo pueden tener en su favor congeturas muy fuertes. Es cierto que el alejandrino parece una imitacion del exámetro latino, y asi es que el P. Sarmiento en sus *Memorias para la poesía*, piensa que el verso de ocho sílabas usado en el romance y en la redondilla, no es mas que el exámetro partido en dos (1); pero tambien lo es que este género de versificacion de artificio mas sencillo, de suyo mas popular y cantante, ha podido tener por tipo la versificacion árabe, con la cual tenemos por otra parte en la época de que vamos hablando, tantas conveniencias por la rima, por el uso del monorrimo, y hasta por el tono é índole de la composicion, pues que suya es aquella galantería caballeresca, aquella dulce melancolía que hace del amor un objeto de compasion, y que caracteriza nuestros primeros versificadores, semejantes en esto al *Troubadour* francés, y al *Minnessœnger* de los alemanes, conveniencia qne pudiera muy bien tener el mismo orígen.

Séanos lícito con este motivo hacer una observacion, que puede tener en la historia de todas nuestras cosas una aplicacion útil y frecuente, determinándola, por ahora, á solo nuestras cosas, porque de ellas únicamente hablamos; mas no porque seamos los únicos que en la Europa hayamos adolecido de esta enfermedad. Nuestra aversion á los sectadores del islamismo no nos ha permitido ser justos, cuando se ha tratado de determinar la influencia que los árabes ejercieron sobre nosotros; asi es que nuestros historiadores y nuestros críticos, ó no

(1) Un autor aleman, impugnando la opinion del P. Sarmiento, cree que los versos de ocho silabas ó de redondilla mayor, no pueden referirse al exámetro latino; pero estraña que los literatos españoles no hayan observado su conveniencia con las antiguas canciones militares de los romanos, y cita una de las que refiere Suetonio, y cantaban á César sus soldados despues de haber sometido las Galias. Ni la desconfianza de nuestras fuerzas, ni la estrechez de un discurso nos permiten ocuparnos detenidamente en estas cuestiones; pero creemos satisfacer al objeto de este, provocando por estas indicaciones el estudio de los profesores y las investigaciones de los literatos.

hablan absolutamente de ellos sino para contar sus derrotas, ó lo hacen de un modo, que no puede servir sino para justificar aquella prevencion; y en todo caso, puestos en la necesidad de designar el autor de un descubrimiento útil, ó de una verdad importante en las ciencias ó en las artes, con la mas pequeña sombra de motivo, todo se ha referido á los romanos; pero si esto no era posible, no se ha dudado en preferir, aun á costa de toda verosimilitud, el campamento guerrero de un godo á la ilustrada córte de un Califa: la pobre Oviedo á la Atenas del siglo IX y X, á la brillante Córdoba: un Fruela brutal, al justo é ilustrado Alhaca. Si los árabes españoles hubiesen renunciado al alcoran y adoptado el cristianismo, ellos por su parte habrian ganado mucho en el cambio; aun serian probablemente los soberanos de España, los Almanzores y Abderramenes, Zegríes y Abencerrages ocuparian en nuestra heráldica un lugar distinguido, su descendencia seria para nosotros un título de gloria, y nos habrian evitado algunas injusticias.

Carácter y artificio de la poesía moderna.

En la segunda época, nuestra poesía cambia enteramente de aspecto. Las musas castellanas, como siguiendo la marcha de nuestra situacion política, despues de haber triunfado de cuantos dialectos quisieron un tiempo disputarles el terreno, no contentas con haber reducido al silencio todos sus enemigos domésticos, arrastradas por la grandeza misma de los medios que les habia dado la victoria, empezaron á hacer invasiones en terreno estrangero, y á enriquecerse y engalanarse con los despojos de brillantes usurpaciones. Si nuestra poesía perdió en esta mudanza algo de aquella originalidad primitiva; de aquella amable sencillez que la caracteriza en su infancia, ó

de la docta gravedad de su adolescencia, ¡cuánto no ganó estendiendo por la imitacion la esfera de las ideas, y dando por nuevos artificios nobleza y sublimidad á la composicion! En vano Castillejo y otros tomaron la defensa de la antigua poesía, y alzaron el grito contra los novadores. El nombre de *Petrarquistas* con que se les distinguió, no podia servir sino para honrar la secta naciente, y merced á Boscan, Garcilaso, Mendoza, y don Luis de Haro (1), nuestra poesía lírica recorrió en poco tiempo todos los géneros, la lengua ostentó toda su magestad, el génio toda su grandeza; y nuestro Parnaso no tardó en contar en su seno los Teócritos y Virgilios, los Horacios y los Píndaros, los Petrarcas y los Fracastores y Sanázaros, en los Garcilasos, los Leones, los Torres, los Herreras, los Riojas, los Figueroas y otros muchos.

Así pues, aunque nuestra poesía en este segundo periodo, empezó á ser como servil y de pura imitacion, y que tal sea efectivamente su verdadero carácter, no por eso perdió nada. Podia haber mas mérito en imitar bien á los antiguos, que en ser triste y mezquinamente original.

En cuanto al artificio métrico, pertenecen á esta época el endecasílabo y el verso suelto, bien preferibles á la desapacible

(1) Asi lo dice el mismo Castillejo en aquel soneto del lib. 2.° con que termina su invectiva *contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos.*

« Musas italianas y latinas,
Gentes en estas partes tan estraña,
Decid ¿cómo venistes á la España
Tan nuevas y hermosas clavellinas?
¿O quien os ha traido á ser vecinas
Del Tajo y de sus montes y campaña,
O quien es el que os guia y acompaña
De tierras tan agenas peregrinas?
Don Diego de Mendoza y Garcilaso
Vos trajeron, Boscan y Luis de Haro
Por órden y favor del dios Apolo.
Los dos llevó la muerte paso á paso,
El otro Soliman, y por amparo
Solo queda Don Diego y basta solo. »

é inarmónica pesadez del alejandrino, y á la saltante y monotona cadencia de los de arte mayor; y en cuanto á la disposicion de la rima, son tambien de esta segunda época todas las diferentes especies de versificacion italiana: «la octava numerosa y rotunda, como dice Quintana, el terceto exacto y laborioso, el artificioso soneto, la impertinente sextina, y la cancion en sus infinitas combinaciones.»

No se nos oculta sin embargo, que en el *Conde de Lucanor* se encuentra ya uno que otro endecasílabo, y en las poesías del marqués de Santillana algun soneto (1); mas no se crea por esto despojar á la Italia de sus justos títulos á nuestro reconocimiento, como original y modelo de tan útiles invenciones.

Nada tiene de inverosímil que don Juan Manuel, el primer hombre de su siglo y contemporáneo del Petrarca, cuyo nombre resonaba en la Europa entera, y que en el año 1341 habia sido ya coronado en la brillante ceremonia de su triunfo, tuviese conocimiento de las producciones que le daban la celebridad; pero aun cuando los endecasílabos del *Conde de Lucanor* pudieran atribuirle á su autor para él solo el mérito de la originalidad entre nosotros, siempre seria cierto que su ejemplo fué un impulso perdido, y que no de su obra, desconocida hasta que Argote de Molina la publicó en 1575, sino de los autores italianos,

(1) Sirva de prueba el siguiente.

« Lejos de vos é cerca de cuidado
Pobre de gozo, é rico de tristeza,
Fallido de reposo y abastado
De mortal pena, congoja é gravezas:
Desnudo de esperanza é abrigado
De inmensa cuita é visto de aspereza,
La mi vida me huye mal mi grado,
La muerte me persigue sin pereza.
Ni son bastantes á satisfacer
La sed ardiente de mi gran deseo
Tajo al presente, ni me socorrer
La enferma Guadiana, ni lo creo;
Solo Guadalquivir tiene poder
De me sanar, é solo aquel deseo.»

tomaron é imitaron el endecasílabo los nuestros del siglo XVI. En cuanto al soneto, aun es mas fácil la esplicacion. Sabido es que el marques de Santillana, aun mucho mas erudito que poeta, conocia y aun habia hecho de la literatura italiana un estudio particular. Gran Dantista, le llama Mosen Jaime Ferret de Blanes, autor catalan, en una obra escrita en tiempo de los reyes Católicos en lengua lemosina. y que intituló: *Sentencias católicas del divino poeta Dante.* El mismo Santillana en su canto fúnebre á la muerte del marques de Villena, no quiso que se dudase de sus vastos conocimientos en la literatura latina é italiana.

Tambien debemos á la Italia los versos sueltos, enteramente desconocidos de nuestros antiguos poetas, invencion del Trisino, que tan pronto y tan felizmente trasladaron y acreditaron en el siglo XVI por la perfeccion con que le manejaron, entre otros, un Figueroa y un Gregorio Hernandez de Velasco, á quien con injusticia, en nuestra opinion, despoja de toda gloria en este punto, don Manuel Quintana en su *Coleccion de poesias selectas*, asegurando que la égloga de *Tirsi* por Figueroa, y el *Aminta* de Jáuregui son las únicas composiciones en que el verso suelto no habia sido *pésimamente manejado*; crítica ciertamente demasiado severa, y contra la cual pudiera reclamar mas de un interesado.

El verso suelto acabó de probar la escelencia de nuestra lengua, que parece apropiarse por él, cuando está bien manejado, toda la gloria de su ilustre descendencia, disputar al exámetro latino su sonora magestad, como ninguna otra de sus hermanas, y elevarse, sacudiendo el yugo de la rima servil, cuando no servida, á una region superior exenta de aquella mancha, á que como á una especie de pecado original, condena á todas las lenguas modernas el célebre poeta que ha dicho:

La rime est nécessaire à nos jargons nouveaux,
Enfans demi-polis des Normands et de Goths

Esta invencion feliz es de tal manera acomodada á nuestra lengua, que con harta razon se lamenta Luzan de que este género de versificacion no haya sido mas cultivado por nuestros poetas, quienes seducidos por la rima, la consideraron como una belleza indispensable; mientras que, bien examinada, no es acaso mas que un atavio brillante, bajo el cual se ocultan muchas veces no pequeñas imperfecciones. En vano los rimistas han censurado como prosáica esta versificacion. Sin dejar de tener por la medida lo que la conviene para ser poética, no pudiendo consistir en la poesia de palabras, por decirlo así, tiene que sostenerse por la poesia de imágenes. Los contados y escogidos géneros á que principal y casi esclusivamente se acomoda el verso suelto, son suficiente prueba de su perfeccion y grandeza. Como desdeñando las festivas gracias de las musas jugueto-nas, parece que no sirve con gusto sino á la lira de Píndaro, á Caliope y Melpomene.

Infancia de nuestra poesía hasta los tiempos de don Juan el Segundo.

El Aquiles castellano, semejante en esto y en el valor al de Homero (ya que no en la gloria del cantor) absorvió, segun parece, el reconocimiento de sus contemporáneos, eclipsó por sus hazañas prodigiosas la gloria de los héroes que le habian precedido, y el *Poema del Cid* es el primer monumento de la poesía castellana, y la única composicion que sobrevive y se salva de la injuria del tiempo, tal vez á espensas de muchas otras que la precederian. Con efecto, no es verosímil que las sensibles, aunque rudas musas, del siglo IX y X dejasen de lamentarse ó congratularse de tantos, tan variados y tan poéticos sucesos como presenta nuestra historia en los tiempos verdaderamente herói-

cos del principio de la reconquista. ¿Pudieron verse con indiferencia teñidas en la sangre de tantos y tan nobles godos las ninfas del Guadalete? ¿Dejarian las del Tajo de maldecir por largo tiempo las crueldades de Witiza, la traicion de don Julian, y de increpar á Rodrigo sus funestas pasiones, mientras que las del Miño y el Duero cantaban la gloria de sus Alfonsos y Ramiros? ¿Olvidaria la piedad religiosa de nuestros mayores los milagrosos triunfos de Cobadonga y de Clavijo? ¿Veríanse sin admiracion las proezas de un Bernardo? ¿No habria quien derramase una sola lágrima sobre la tumba de la infanta Jimena, ó sobre la fria losa del infeliz conde de Saldaña, víctimas desgraciadas de una pasion encendida y de la inflexible virtud de don Alonso el Casto? Ni se diga que es harto dudosa, ó que está positivamente desmentida la verdad de muchos de estos hechos. No sin designio hemos citado los que son de esta naturaleza, pues que si la crítica histórica, ó los hace dudosos ó los acredita de falsos, quiere decir que no son sino ficciones poéticas, y entonces, con relacion á nuestro intento, probarian por sí mismos y de un modo directo, lo que en aquel estado probarán solo por induccion y conjetura.

El *Poema del Cid* cuya publicacion fué hecha en 1779 por don Tomás Sanchez, es una narracion histórica de la vida del Cid, que empieza en su destierro por don Alonso el Casto, de resultas de su espedicion contra los moros de Toledo, y que desagradó al rey por haberse hecho sin su permiso (1). Pinta su

(1) A este destierro se refieren las bien sentidas quejas de aquel romance que dice:

«Obedezco la sentencia
Magüer que non soy culpado
Y que es justo mande el rey
Y que obedezca el vasallo;
Y plegue á nuesa Señora
Que vos faga aventurado,
Tal que non echedes menos
La mi espada ni el mi brazo.

salida de Bivar, su entrada en Burgos, sus victorias posteriores y su reconciliacion con el rey en 1088 ú 89. Nada tiene de épico, como ya hemos indicado, y aun casi pudiera disputársele el título de poema. *Historia rimada*, la ha llamado con bastante razon uno de nuestros críticos; sin embargo, se descubre en su autor el designio de dar á su narracion el colorido de la poesía, y el deseo de reducir sus pensamientos á medida y rima, aunque no siempre sea igualmente feliz en conseguirlo

Bien cuido que non vos mueve
Servos yo desaguisado;
Si, que envidiosos á veces
Manchan los pechos fidalgos;
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.
Esos bravos infanzones
Que comen á vueso lado,
Consejeros mentirosos
Lidiadores en palacio,
¿Cómo non vos acorrieron
Cuando preso vos llevaron,
Y cuando yo vos quité
Solo á trece yo en el campo?
Sinon que á rienda suelta
Fuyeron los amenguados,
Donde mostraron tener
Lengua asaz y pocas manos:
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.
Membrados rey Don Alonso
De lo que agora vos fablo,
Vos con saña, yo sesudo,
Vos vengado y yo agraviado:
Que yo fago pleitesía
A San Pedro y á San Pablo
De mezclar, Dios en ayuso,
Mi hueste con los paganos,
Y si finco vencedor,
Poner á vuestro mandado
Los castillos y fronteras,
Pueblos, hazeres, vasallos;
Mas al fin el tiempo vos será testigo
Que ellos mugeres son, y yo Rodrigo.»

Sirvan para prueba de todo, ademas de la despedida de Jimena ya citada, los trozos siguientes:

Oracion que hizo el Cid.

«Ya sennor glorioso, Padre que en el cielo estás
Fecist' cielo é tierra, el tercero la mar.
Fecist' estrelas, la luna, é el sol para escalentar.
Presist' encarnacion en Santa Madre,
En Belleem, aparecist' como fué tu voluntat.
Pastores te glorificaron, ovieron de alaudar:
Tres Reyes de Arabia te vinieron adorar
Melchor, é Gaspar, et Baltasar: oro, thus é mirra
Te ofrecieron como fué en tu voluntat.»

Descripcion de una batalla.

«Moros le reciben por la senna ganar
Danle grandes golpes mas no l' pueden falsar.
. . . . . .
Yo so Rui Diaz el Cid, campeador de Bivar.
Todos fieren en el haz do está Pero Bermudez:
Tercientas lanzas son, todas tienen pendones,
Sennos moros mataron todos de sennos golpes.
A la tornada que facen otros tantos son,
Viéredes tantas lanzas premer é alzar,
Tanta adarga á foradar é pasar,
Tanta loriga falsa desmanchar,
Tantos pendones blancos salir vermeios en sangre,
Tantos buenos caballos sen sus duennos andar.
Grado á Dios, aquel que está en alto,
Cuando tal batalla habemos arrancado.»

El autor de este poema es desconocido. Munarriz (1) le cita

(1) En su traduccion del *Blair*. Leccion 42 edic. de Garcia de 1801.

como si fuera del Mtro. Berceo; es sin duda una equivocacion.

Siguen al *Poema del Cid* las poesias de Gonzalo de Berceo, natural del pueblo de este mismo nombre, y que floreció, segun se colije del lenguaje, en los primeros años del reinado de San Fernando. Todas sus composiciones fueron muy propias de su estado, que era, segun se cree, el de monge benedictino en el monasterio de San Millan. Los *Signos del Juicio*, los *Milagros de nuestra Señora*, el *Duelo de la Virgen*, y la *Vida de Santo Domingo de Silos* fueron los asuntos sobre que se ejercitó su religiosa piedad: virtud que ciertamente reluce en sus obras, mas que su númen poético. No obstante, aunque su versificacion es muchas veces arrastrada y defectuosa, y su estilo sencillo hasta el punto de trivial, sobre todo para nosotros que vemos la lengua en un estado de que entonces estaba muy distante, el Apolo de principios ó mediados del siglo XIII no podia desechar como indigna la ofrenda de los pasages siguientes, entre otros:

En los *Signos* del *Juicio*, describiéndolos, dice:

«En el dia septeno verná priesa mortal,
Habrán todas las piedras entre sí lit campal:
Lidiarán como homes que se quieren fer mal,
Todas se farán piezas menudas como sal.
Los homes con la cuita é con esta presura,
Con estos tales signos de tan fiera figura
Buscarán do se metan en alguna angostura;
Dirán, montes cubritnos, ca somos en ardura.

. . . . . .

En el noveno dia vernan otros porteros:
Aplanarse han las sierras é todos los oteros,
Serán de los collados los valles companneros,
Todos irán iguales carreras é senderos.
Non será el doceno quien lo ose catar,

Car verán por el cielo grandes flamas volar,
Verán á las estrellas caer de su lugar
Como caen las fojas, cuant caen del figar.»

El siguiente pasage es de los *Milagros de nuestra Señora*.

«Yo maestro Gonzalvo de Berceo nomado,
Yendo en romería caecí en un prado
Verde é bien sencido, de flores bien poblado:
Logar cobdiciaduero para home cansado.
Daban olor sabeio las flores bien olientes,
Refrescaban en home las caras é las mientes:
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frias, en invierno calientes.
La verdura del prado: la olor de las flores,
Las sombras de los árboles de temprados sabores
Refrescáronme todo é perdí los sudores:
Podrié vevir el home en aquellos olores.
Nuncua trové en sieglo logar tan deleitoso
Ni sombra tam temprada, ni olor tan sabroso.
Descargué mi ropiella por yacer mas vicioso,
Poséme á la sombra de arbor fermoso.
Yaciendo á la sombra, perdí todos cuidados,
Odí sonos de aves dulces é modulados.
Nuncua udieron homes órganos mas temprados,
Nin que formar pudiesen sonos mas acordados.
. . . . . .
Los homes é las aves cuantas acaecien
Levaban de las flores cuantas levar quierien,
Mas mengua en el prado ninguna non facien;
Por una que levaban, tres ó cuatro nacien».

Hubiéramos deseado haber podido proporcionarnos el *Poema*

del Alejandro, empezado, segun se dice, por Lamberto Lecourt, poeta francés del siglo XIII, y concluido por el bearnes Alejandro de Bernay, llamado tambien Alejandro de Paris, para compararle con el de nuestro Juan Lorenzo, ver las afinidades que podian tener entre sí, y deducir de aquí si este último tiene toda la originalidad que nosotros le damos. En cuanto al de Lamberto de Lecourt, no se puede dudar que fué una traduccion, pues que él mismo lo dice en los tres versos siguientes que hemos visto citados :

La vérité de l'histoir' si com li roi la fit
Un clerc de Chataudun, Lambert Licors l'écrit
Qui de latin la trert, et en romans la mit.

En cuanto á nosotros mantendremos nuestro estado de posesion , mientras que nuevas investigaciones no nos fuercen á renunciar á él, pues aunque el *Poema de Alejandro* esté tan distante de tener un mérito sobresaliente , siempre le recomienda su venerable antigüedad; y aunque en general afeado por muchos defectos, todavia le queda el mérito de algunas descripciones felices en que no deja de brillar la imaginacion, y algunos trozos no enteramente desprovistos de dignidad y elevacion, en favor de los cuales hubiera podido templar un poco su severa crítica un autor estrangero, que sin decir de él nada bueno, le caracteriza de una mezcla grotesca de invenciones insípidas, y de ridículos disfraces. No es enteramente despreciable para su tiempo la siguiente descripcion de Babilonia.

Descripcion de Babilonia.

«Yaz en logar sano comarcha muy temprada :
Ni la cueta verano, nen faz la envernada ,
De todas las bondades era sobreabondada :
De los bienes del sieglo allí non mengua nada.

Los que en ella moran dolor no los retienta:
Allí son las especias, el puro garengal:
En ella ha gengibre, claveles é cetoal,
Girofre, é nuez muscada, el nardo que mas val
De sí mismos los árboles dan tan buena olor
Que non habrie ante ellos forcia nulla dolor:
Ende son los hombres de muy buena color,
Bien á una jornada sienten el buen odor.
Son per la villa dentro muchas de las fontanas
Que son de dia frias, tibias á las mannanas:
Nunca crian en ellas gusanos nen ranas,
Ca son perennales, sabrosas é muy claras.

. . . . . .

El logar era plano, ricamente asentado,
Abonda de caza se quier é de venado.
Las montanas bien cerca do pacie el ganado:
Verano é invierno era bien temprado.
Furon los palacios de bon mestre asentados
Furon maestriamentre á cuadra compasados.
En penna viva fueron los cimientos echados,
Per aqua nen per fuego non serien desatados.
Las portas eran todas de marfil natural,
Blancas é relucientes como fino cristal:
Los entaios sotiles, bien alto el rëal,
Casa era de Rey, mas bien era rëal.
Cuatrocientas columnas habie en esas casas,
Todas d'oro fino capiteles é basas:
Non serien mas lucientes se fuesen vivas brasas,
Ca eran bien brunidas, bien claras é bien rasas
Alli era la música cantada per razon,
Los dobles que refieren coitas al corazon,
Las dolces de las bailas, el plorant semiton;
Bien podian toller precio á cuantos no mundo son

Non es en el mundo home tan sabedor
Que decir podiese cual era el dolzor :
Mientre home viviere en aquella sabor
Non habrie sede, nen fame , nen dolor.»

Arrieta (1), por otra equivocacion semejante á la de Munarriz sobre el *Poema del Cid*, atribuye el del *Alejandro* al rey don Alonso el Sabio. Sin mas que comparar entre sí cuatro versos de estas diferentes producciones, se vé qne el *Alejandro* y las *Querellas* no han podido tener un mismo autor.

Acerca de la influencia de nuestro don Alonso el Sabio sobre la perfeccion del romance castellano, y en general del progreso de las luces , hemos dicho ya cuanto pueden permitirnos los estrechos límites de un discurso. La que ejerció sobre la poesia fué sin duda bien notable. Sobre la conjetura de lo que en este punto puede siempre el ejemplo de un soberano poeta, tenemos la prueba en sus mismas composiciones. Asi se esplica en su libro de los *Querellas* :

«A tí Diego Perez Sarmiento lëal
Cormano é amigo é firme vasallo,
Lo que á mios homes por cuita les callo,
Entiendo decir plañendo mi mal :
A tí que quitaste la tierra é cabdal
Por las mias faciendas en Roma é allende,
Mi pénola vuela; escúchala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.
¡Cómo yaz solo el rey de Castilla ,
Emperador de Alemaña que foé ,
Aquel que los reyes besaban el pie,
E reinas pedian limosna é mancilla!
El que de hueste mantuvo en Sevilla

(1) En su traduccion del *Batteux*: tomo 4.° pág. 455. Don José Vargas y Ponce, en las notas á su *Elogio de don Alonso el Sabio*, cita tambien el *Alejandro* como obra de este.

Diez mil de á caballo é tres dobles peones,
El que acatado en lejanas naciones
Foé por sus tablas é por su cochilla!»

«Parece (dice con razon Quintana citando este pasage, y comparándolo con la versificacion del *Alejandro* y de las poesias de Berceo) parece que hay la diferencia de un siglo entre versos y versos, entre lengua y lengua. Preséntase esta ya en las poesias de don Alonso tan determinada, tan suelta y armoniosa, que podria perdonarse á ciertos críticos que han querido despojarle de la gloria de ser el autor de las *Querellas* y el *Tesoro*, si no viniese á rechazar todo ataque y á sostenerle en su merecida posesion, el hermoso lenguaje de las *Partidas*, en que el autor prosáico no es en su línea menos grande que el poeta. Compuso don Alonso las *Querellas* lamentándose de sus propias desgracias, para dar este desahogo á su afligido corazon. El *Tesoro* es una especie de poema didáctico, y el asunto la piedra filosofal. Como obra de química, no aconsejariamos á nadie su lectura. Escribió, en dialecto gallego, las *Cantigas* en alabanza de Nuestra Señora.

Desde los tiempos de don Alonso X hasta los de don Juan II, es reducidísimo el número de los poetas que se conocen; si bien se cuentan como pertenecientes á esta época el beneficiado de Ubeda, que escribió una vida de san Ildefonso, el judío don Santo, Pedro Lopez de Ayala, Pedro Gomez y Alonso Gonzalez de Castro, y algun otro; y entre ellos solo pueden merecer una mencion particular el Arcipreste de Hita y don Juan Manuel.

El Arcipreste de Hita, no siempre feliz en la versificacion, no deja de manifestar ingenio, viveza y gracia en los pensamientos. Sus amores son el asunto de sus poesias; mas envuelve con ellos alegorias, apólogos y sátiras, y se ve cuan olvidado estaba en sus dias el *simplex dumtaxat et unum.*

Don Juan Manuel, con quien ninguno de su tiempo puede compararse, ni por la solidez de su juicio, ni por su vasta erudicion, uniendo á todas estas prendas el peso, la consideracion que no podian menos de darle su nacimiento y sus riquezas, debió ejercer una influencia muy sensible sobre la poesia. Creemos que á su impulso y ejemplo deben referirse en gran parte el tono de elevacion, de sentenciosa gravedad, y el ornato de erudicion con que se distinguen ya los poetas y escritores del siglo de don Juan II; ornato prodigado en buen hora algunas veces, y acaso no necesario mientras que en la infancia de la literatura, semejante en esto á la del hombre, podian bastar á sostener la ilusion las gracias candorosas de los primeros años; pero cuya falta absoluta empezaba ya á degenerar con la edad en una ingrata desnudez y en una pobreza lastimosa. Ademas de las poesias que en variados metros nos dejó en su *Conde de Lucanor*, tenemos varios romances que llevan su nombre, pero que sin duda han sido retocados en algunas palabras por un copista de época posterior. Sirvan de muestra los fragmentos del siguiente, en el que se vé al mismo tiempo, que bajo la pluma de don Juan Manuel se hermanaban la docta severidad de Patronio, y la fina y romanesca sensibilidad de un caballero enamorado.

«Gritando va el caballero
Publicando su grad mal,
Vestidas ropas de luto
Aforradas en sayal
Por los montes sin camino
Con dolor y sospirar,
Llorando, á pie descalzo,
Jurando de no tornar
Adonde viese mugeres,
Por nunca se consolar

Con otro nuevo cuidado,
Que le hiciese olvidar
La memoria de su amiga
Que murió sin le gozar.
Va buscar las tierras solas,
Para en ellas habitar
En una montaña espesa
No cercana de lugar.
Hizo casa de tristura,
Qu'es dolor de la nombrar,
D'una madera amarilla
Que llaman desesperar,
Paredes de canto negro
Y tambien negra la cal.

. . . . . .

Y sembró por cima el suelo
Secas ojas de parral,
Ca do no se esperan bienes
Esperanza no ha d'estar.

. . . . . .

Lo que llora es lo que bebe,
Aquello torna á llorar,
No mas d'una vez al dia
Por mas se debilitar.
Del color de la madera
Mandó una pared pintar,
Un dosel de blanca seia
En ella mandó parar,
Y de muy blanco alabastro
Hizo labrar un altar
Con cánfora betumado,
De raso blanco el frontal;
Puso el bulto de su amiga

En él para le adorar,

. . . . . .

Murió de veinte y dos annos
Por más lástima dejar.
La su gentil hermosura
¡ Quien que la sepa loar ,
Qu'es mayor que la tristura
Del que la mandó pintar !
En lo qu'el pasa su vida
Es en la siempre mirar.
Cerró la puerta al placer ,
Abrió la puerta al pesar;
Abrióla para quedarse ,
Pero no para tornar.

De nuestra poesía desde el reinado de don Juan el Segundo hasta los tiempos de Boscan y Garcilaso.

Al ocuparse el Bouterwek de esta época de nuestra historia literaria, hace una observacion importante y exacta, que cede en gloria de la literatura en general, y que nosotros nos creemos obligados á repetir, ya por esta razon, y ya tambien para multiplicar asi los medios de su propagacion. Si la leccion que contiene hace entre los príncipes una sola vez un solo prosélito, no será inútil haberla repetido cien mil, y si á nuestro pobre discurso le tocase la buena suerte de servir de medio de comunicacion, su utilidad accidental sobrepujaria en mucho á la esencial y directa. Desde Pisistrato y Perícles hasta Leon X y Luis XIV la proteccion de las letras, derramando algunas flores sobre la carrera política de los príncipes, les ha valido la indulgencia, no solo de la posteridad, que olvidada de los males que causaron,

ha mirado como una reparacion las luces que dejaron, sino de la generacion misma á quien mandaron y que tal vez oprimieron; pero en don Juan II los efectos de esta proteccion son de una singularidad notable en la historia. Si este príncipe débil se mantuvo sobre un trono que combatian á un tiempo la guerra y la discordia, lo debió indudablemente á la proteccion que dispensó á las letras. Esta sola prenda le hizo respetar de sus enemigos, le dió amigos poderosos, y le conservó en tiempos tan revueltos el amor de sus vasallos; de manera que podemos decir que se defendió con las musas el que no habria podido sostenerse con las armas. La razon de este fenómeno político es bien obvia. Los gobiernos se sostienen por la fuerza moral de la opinion, que no puede tener otra basa que la de la confianza. Facilmente nos la inspira y la conserva el que nos ilustra, el que nos abre los ojos; ¿cuál es la que puede inspirarnos el que no piensa sino en arrancarlos ó inutilizarlos con una venda? Enseñar, dirijir, instruir son las ocupaciones que hacen amar á un padre y á un maestro, como golpear, estigmatizar y degollar son las que hacen detestar á un cómitre ó á un verdugo. Hay ciertamente hombres bien estraños en el mundo. Se obstinan en ser amados sin pensar nunca en ser amables; y siendo las luces el único camino de la confianza y del amor, gritan contra ellas, é insensibles á todo lo demas, semejantes en esto á la estátua de Tebas de que habla Estrabon, cual esta resonaba herida por los rayos del sol, ellos se agitan y se enfurecen cuando los de la verdad vienen á iluminar su frente tenebrosa.

No se contentó don Juan II con proteger las luces honrando á los hombres eminentes en las letras, formando de ellos su córte, y *acogiendo asaz de grado* sus producciones, como dice Fernan Gomez de Cibdad Real, hablando de una de las de Juan de Mena; sino que para estimular por el ejemplo, el mismo *se recreaba en metrificar*, y debe por consecuencia ser contado entre los poetas de su tiempo.

El número de los que pertenecen á su reinado, ó hijos de su impulso llenan todo el periodo del siglo XV, es verdaderamente prodigioso. En vano se buscaria en los tiempos romanescos de Cárlos VII, ni en los reinados posteriores de Luis XI y Cárlos XIII, ni en los anales de la casa de Lancaster desde Enrique V hasta Enrique VII, ni en la córte de Alberto II, Federico III y Maximiliano I, nada que oponernos. Vencidos en el siglo de Luis XIV, hasta esta época solo la Italia tiene derechos á nuestro respeto. Nuestros vencedores son nuestros discípulos (1), y aunque esto mismo sea para ellos mayor motivo de gloria, no sin ingratitud podrán negarse á la consideracion que nos deben por maestros. Sin mas que consultar el cancionero de Hernando del Castillo, pasan de ciento y cuarenta los poetas líricos del siglo XV. Asi que, contentándonos con citar un duque de Arjona, el marqués de Astorga, Fernan Perez de Guzman, Rodriguez del Padron, amigo del célebre y desgraciado poeta Macías, Sanchez Talavera, Gomez Manrique el tio, Ruy Paez de Ribera, Alfonso de Baeza, autor tambien de un cancionero de los tiempos de don Juan II, el arzobispo de Burgos, don Alonso de Cartagena, Alvarez de Illescas ó Villasandino, Garci-Sanchez de Badajoz, Juan Tallante, Lopez de Haro, don Pedro Velez de Guevara, Fernan Perez Portocarrero, Juan Gayoso, Alfonso de Moravan, Fernan Manuel Lando; nos ocuparemos únicamente, aunque siempre con mucha rapidez, de aquellos que su mérito particular distinguió entre todos los demas. Tales son un don Enrique de Villena, el marqués de Santillana, Juan de Mena, Rodrigo Cota, Jorje Manrique y Juan de la Encina.

Don Enrique de Villena, marqués de este mismo nombre, y uno de los primeros señores del reino, aunque pertenece á la

(1) *Les espagnols ont été nos maïtres en littérature; nous les avons passés depuis, mais il ne faut pas oublier qu'ils nous guidèrent*, dice Florian.

época de don Juan II, como que murió en 1434, no puede ser considerado como obra del impulso dado por este. Legatario, por decirlo asi, de los talentos y espíritu de don Juan Manuel, debe ser considerado como el órgano de transmision, habiendo sido uno de los que mas contribuyeron á inspirar el gusto de las buenas letras y de los principales agentes de su propagacion. No falta quien le atribuya la introduccion en Castilla de los Juegos Floreales de Tolosa, ya introducidos en Aragon desde don Juan el Primero, si bien otros suponen que sus esfuerzos para conseguirlo quedaron inutilizados. Independientemente de esto, y por su influencia personal, hace en la historia de nuestra literatura un papel muy distinguido. Dícesele autor de una comedia alegórica, ó mas bien de una alegoría en diálogo, y que se supone representada en Zaragoza; atribúyesele una traduccion del Dante, y los *Trabajos de Hércules*, obra que Nicolás Antonio creyó con equivocacion escrita en verso; y ademas de su comentario á los tres primeros libros de la Eneida, tenemos de este insigne poeta y literato la *Gaya ciencia*, *ó arte de trobar*, primer embrion de poética, escrito para instruccion del marqués de Santillana. Era el marqués de Villena tan superior á sus contemporáneos, que murió en opinion de encantador y nigromántico, y ni la calidad de tio del rey, ni la ilustracion de este bastó á ponerle al abrigo de aquella opinion estúpida; de manera, que no pudiendo sin duda resistir al torrente de ella, don Juan II se vió precisado á poner la biblioteca de este sábio escritor á discrecion del P. Lope Barrientos, obispo que fué de Avila y de Cuenca, quien, segun Gomez de Cibda-Real, (1) *hizo quemar mas de cien libros, que no los vió él mas que el rey de Marroecos, ni mas los entiende, que el dean de Cida Rodrigo.*

Discípulo del anterior fué don Iñigo Lopez de Mendoza, primer marqués de Santillana, uno de los hombres mas respe-

(1) En la epístola 66 escrita á Juan de Mena.

tables, y de los que tuvieron una influencia mas eficaz y directa en todos los sucesos de su tiempo. Grande por su pericia militar, y grande por sus talentos, era tan temido en el campo de batalla, como respetado en el consejo. Continuando el impulso empezado en don Juan Manuel, y seguido por su maestro Villena, se esforzó en dar en la poesía el tono de gravedad, aquella tendencia moral qne se manifiesta en sus *Proverbios* y en su *Diálogo entre Bias y la Fortuna*. Guiado por este espíritu, estendió y fomentó con su ejemplo el gusto de la alegoría; y aun en su célebre carta al condestable de Portugal, pareció considerar la poesía como esencialmente alegórica, y la engalanó, como ninguno de sus predecesores, con todo el atavío de una vasta erudicion, que, por tan prodigado, disminuye á las veces el mérito de mas de una de sus composiciones por otra parte felices (1).

(1) Sirva de ejemplo la siguiente.

«Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto,
E será piadoso Aleto
E pavoroso Metelo,
Que yo jamás olvidase
Tu virtud,
Vida mia y mi salud,
Nin te dejase.
El César afortunado
Cesará de combatir,
E hicieran desdecir
Al Priámides armado,
Antes que yo te dejara,
Idola mia,
Ni la tu filosomía
Olvidára.
Sinon se tornára mudo
EÁrsides virtuoso,
Sardanápalo animoso,
Torpe Salomon é rudo,
En aquel tiempo que yo,
Gentil criatura,
Olvidase tu figura
Cuyo so.
Etiopia tornára
Húmeda, fria é moosa

El ingenio mas sobresaliente de la poética córte de don Juan II fué sin disputa el célebre Juan de Mena, tan conocido por su *Laberinto*, del que se hallarán algunos trozos en nuestra coleccion. Aunque dotado de mas imaginacion que sus contemporáneos, no hizo sino sobresalir siguiendo el impulso de su siglo, y dentro de la esfera de sus luces. Viajó por la Italia, pero no introdujo en nuestra poesía la mas pequeña novedad, ni hizo acaso otra cosa que fortificarse en el gusto de la alegoría con la lectura del Dante, á quien parece haberse propuesto imitar algunas veces. Ademas del *Laberinto*, compuso el poema de la *Coronacion*, y varias poesías amatorias, dejando por concluir un poema alegórico sobre los vicios y las virtudes, y las sesenta y cinco estancias que debia añadir á su *Laberinto*, para completar, como se lo mandó don Juan II, el número de trescientas sesenta y cinco, que correspondia al de los dias del año.

El mérito sobresaliente de don Jorge Manrique se ve en sus coplas á la muerte de su padre el maestre don Rodrigo. Son

Ardiente Scitia é fogosa
E Scila reposára;
Antes que el ánimo mio
Se partiese
Del tu mando é señorío,
Nen pudiese.
Las fieras tigres harán
Antes paz con todo armento,
Harán las arenas cuento
Los mares se agotarán,
Que me haga la fortuna
Si non tuyo,
Nin me pueda llamar suyo
Otra alguna.
Ca tu eres caramida
E yo so fierro, señora,
E me tiras toda hora
Con voluntad no fingida.
Pero non es maravilla,
Ca tú eres
Espejo de las mugeres
De Castilla.»

indudablemente, cual dice Quintana, *el trozo de poesia mas regular y puramente escrito de su tiempo*, y son tambien un ejemplo que prueba que todo cede á la superioridad del genio. ¿Quién podia creer que aquella versificacion de suyo tan poco grave, podria acomodarse al tono melancólico y sentencioso de una elegía moral?

Rodrigo Cota el tio, natural de Toledo, es el autor de un diálogo entre el amor y un caballero, y si damos fé al erudito Tamayo de Vargas, y á la edicion de este diálogo de 1569, (1) lo es tambien de las *Coplas de Mingo Rebulgo*, y del primer acto de la tragicomedia de Calisto y Melibea, ó la *Celestina*. Las coplas de *Mingo Rebulgo* son una sátira dialogada de su tiempo, que se ha llamado égloga sin mas que por habérsele antojado á su autor, acaso no muy felizmente, ponerla en boca de pastores. Para el intento, sus interlocutores habrian estado mejor en el centro de la capital atisbando y escudriñando vidas agenas, que pastoreando ganados en el campo. La *Celestina*, aunque llamada tragicomedia (sin que alcancemos por que razon) no es mas que una especie de novela, ó cuento animado por el artificio del diálogo, dividido en capítulos que se llamaron actos. Su objeto moral parece ser el de presentar las consecuencias funestas de una pasion indiscreta, que no consulta ni las razones de conveniencia, ni la autoridad paterna; y como los amores clandestinos de Calisto y Melibea necesitan de un cómplice, el autor introduce el hediondo personage de Celestina, y pinta todo el horror de su abominable profesion. Esta obra compuesta primitivamente en prosa, fué puesta en verso por Juan Sedeño, militar distinguido por su valor y por sus

(1) Segun Nicolás Antonio, dice asi: «Diálogo entre el amor y un caballero, hecho por el famoso autor Rodrigo Cota el tio, natural de Toledo, el cual compuso la égloga que dicen de *Mingo Rebulgo* y el primer auto de *Celestina*, que algunos falsamente atribuyen á Juan de Mena.» Mariana y otros atribuyen las coplas de Mingo Rebulgo á Fernando del Pulgar, de quien es una glosa á dichas coplas, fundados en que, segun su oscuridad primitiva, solo su autor mismo podia darles la claridad que tienen comentadas.

luces, y á quien debemos tambien una traduccion de la *Jerusalen* del Taso. De los veinte y un actos de que se compone, solo el primero se atribuye á Rodrigo Cota; los demas son indudablemente de Fernando de Rojas de Montalban. Aunque rebajemos mucho de los elogios ciertamente desmedidos (1), que hace de la *Celestina* el célebre Gaspar Barth, tan conocido por la precocidad de sus talentos, y que la tradujo en lengua latina, le queda siempre á esta composicion el mérito necesario para ser contada entre las producciones singulares de su siglo, estando muy distante el primer acto que es el que pertenece á Cota, de ceder en nada á ninguno de los otros ni por la facilidad del diálogo, ni por la viveza animada de sus cuadros y caractéres, y teniendo por el contrario muy fundados títulos á la superioridad.

Juan de la Encina, que es ya del tiempo de los reyes católicos, cierra el cuadro de los poetas del siglo XV. Escribió en coplas de arte mayor la *Tribagia ó via sacra de Jerusalen*, haciendo relacion de su viage á Palestina en compañia de don Fadrique Henriquez de Ribera, adelantado mayor de Andalucia y primer marqués de Tarifa. Hay ademas una coleccion de todas sus poesías con el título de *Cancionero de Juan de la Encina* (2). En este poeta empieza, por decirlo así, la historia de nuestro teatro, á que nosotros consagraremos solo una ó

(1) Despues de llamarla obra *divina*, y decir que *par aliquid nulla ferè lingua habet*, dice en otro lugar, sin duda para impedir que tuviéramos el buen sentido de restrinjir esta proposicion á solo las lenguas vivas y á las producciones de aquel tiempo, lo siguiente: « *Táceo nunc peculiarem quemdam genium affingendis personis quibuslibet moribus, et ex his sermonibus huic scriptori datum, á quo certé longe abest quidquid græcorum aut latinorum monumentorum ad nos pervenit.* Y sin embargo Gaspar Barth habia escrito á los diez y seis años una disertacion sobre el modo de leer los autores latinos desde Enio hasta los críticos de su tiempo. Los traductores son como los enamorados; el objeto de su pasion es siempre la mas bella.

(2) En la biblioteca de Wolfenbuttel se conserva como una preciosidad literaria un ejemplar de este cancionero, de una edicion hecha en Sevilla en caractéres góticos en 1501.

dos páginas en el artículo de Lope de Vega, mientras que una pluma harto mas feliz, conocida y rica que la nuestra, y que segun noticias nos prepara una obra de este género, muestra en su ejecucion la escelencia que la distingue en todas, y aumenta mas y mas la celebridad del que la maneja, que con ser mucha aquella de que goza, aun no es acaso toda la que con justicia se le debe (1).

Desde Boscan y Garcilaso hasta Góngora.

Llegó en fin la época de que resonasen en nuestro suelo los dulces ecos de la lira del Petrarca. La fuente de Vaucluse, nueva Castalia ó Aganipe del Parnaso moderno, produjo en nuestros poetas sus sabidos y mágicos efectos; y la célebre Laura, ó desdeñosa ó muerta, halló bien pronto dignas rivales en la inconstante Galatea, y en la malograda Elisa.

A poco de la memorable jornada de Pavía, cuando Marte nos prodigaba á manos llenas sus laureles, pareció Apolo quererle competir en generosidad, y por dicha de la poesía castellana, vino á España en calidad de embajador de la república de Venecia el insigne Navajero, uno de los primeros hombres de la Italia, no solo por su vasta erudicion y como diplomático, sino tambien como orador y poeta. La conveniencia de gustos y de talentos produjo su amistad con nuestro Boscan, y al amable comercio de estos dos ingenios debemos la revolucion feliz, que al mismo tiempo que nos hizo adoptar el artificio métrico de los italianos, nos inoculó, por decirlo así, el gusto de los Policianos, los Sadoletos y los Bembos, es decir, el gusto de la

(1) Vease la *Revue encyclopédique* 2me. volume, 6me. livraison, en el artículo de *literatura española*. Segun su anuncio, se ocupa de esta obra el señor don Leandro Fernandez de Moratin.

hermosa antigüedad, *que necesita imitar el poeta que no quiera condenarse á no ser imitado de nadie*, segun habia dicho nuestro Brozense muchos años antes que lo dijese Boileau. El primer libro de las poesías de Boscan contiene las que habia compuesto con anterioridad al uso del endecasílabo; en los otros dos usó ya de este verso en canciones, sonetos, tercetos, octavas y versos sueltos. Aunque sea cierto que la poesia castellana debe mas al celo que al ejemplo de Boscan, casi siempre duro y desaliñado en la versificacion, la gratitud y la justicia exige que templemos la severidad de la crítica, repitiendo con él: *que en todas las artes los primeros hacen harto en empezar, y los otros que despues vienen quedan obligados á mejorarse* (1).

No hubieran sido tan rápidos en esta nueva carrera los adelantamientos de nuestra poesía, si no hubiera existido por esta época un Garcilaso, es decir, uno de aquellos talentos privilegiados, venidos al mundo como para servir de escepcion á todas las reglas, y como para probar que la naturaleza se divierte algunas veces en sustraerse á nuestros cálculos ordinarios. Dividiendo con Boscan la gloria de haber introducido, no solo un nuevo género de versificacion, sino por decirlo así, un nuevo género de poesía, le deja muy atrás en el partido que sacó de tan feliz invencion. Asombra á todo el que no sea el inexorable crítico Munarriz, dominado casi siempre de una especie de esplin literario, asombra deciamos, ver en boca de Garcilaso rivalizados y aun escedidos tal vez los modelos, á los primero pasos de tan dificil imitacion. Hay hombres cuya parsimonia en el elogio solo puede compararse con su facilidad en prodigar censuras amargas. No podia el citado crítico desconocer absolutamente el mérito de Garcilaso: asi es que, ya que no le creyese digno de su admiracion, *no estraña que lograse la de su siglo*, aunque sin atreverse á asegurar que la mereciese;

(1) En su dedicatoria á la duquesa de Soma. *Lib.* 2.°

mas despues de haberse humanado hasta convenir en que *son muy dignas de apreciar la novedad y delicadeza de ciertas espresiones*, *la gentileza y gracia de muchos versos*, y *la amenidad de las imágenes*, esgrime su vara censoria, irrítase contra sus defectos, y si bien se templa hasta convenir en que *merece indulgencia por haber sido el primero que en castellano hizo sonar unos versos tan bellos*, (1) como son una docena que cita, acaba diciendo: *el que acierta á escribir tan bien*, *es* (2) *muy vergonzoso que se duerma y caiga tan miserablemente*. En nuestro entender no es asi como se debe manejar la crítica, no es asi como se debe hablar de un Garcilaso. Las voces *vergonzoso y miserablemente* pudieran convenir á las producciones sin mérito de un poeta ó de un pedante ridículo. *Habria sido de desear* que Garcilaso hubiese puesto en relacion á los dos pastores de la primera égloga: *es en buenhora sensible* que mezclase en la segunda con los amores del pastor Albano, las alabanzas del terrible duque de Alba, y que descuidase algunas veces la armonía de la versificacion; pero Garcilaso murió á los treinta y seis años sin haber tenido tiempo de limar sus poesías: no es estraño que las musas no le distinguiesen con un privilegio que negaron aun al divino Homero; y en fin, *Salicio y Nemoroso* es la primera égloga del Parnaso español, y despues del *trascurso de dos siglos y medio*, que ciertamente han enseñado tantas cosas, y aun á pesar de sus lunares, podria cualquiera preciarse de ser su autor; el que lo fuese, aun seria colocado por nuestro voto en el número de los primeros ingenios, y aunque no se nos oculta que la admiracion es tenida entre ciertas gentes por el patrimonio de las almas débiles, podria seguramente contar con la de cuantos en la materia no tenemos pretensiones al renombre de *espíritus fuertes*.

(1) Todos necesitamos de indulgencia.....

(2) Y de indulgencia repetida..... Y desde traducir una obra y añadir algugunas observaciones hasta la égloga de *Salicio y Nemoroso*, hay una distancia inmensa.

Don Diego de Mendoza y don Luis de Haro se asocian, segun Castillejo, á Boscan y Garcilaso para dividir con ellos la gloria de introductores de las musas italianas. Del segundo nada conocemos; y el primero, que como escritor prosáico apenas en su género cede á otro la preferencia, como poeta ha sido bien juzgado por un gran maestro en la materia. «Tuvo, segun Herrera, en todo lo que escribió, erudicion, espíritu y abundancia de sentimientos; pero ni se cuidó mucho de la pureza y elegancia de la lengua, ni trató de dar á sus versos el conveniente número y suavidad.»

A esta misma epoca pertenecen Hernando de Acuña y Gutierrez de Cetina, no desabridos como Mendoza, sino dulces y floridos; pero en general débiles y desmayados. Sin embargo, la égloga que insertamos del primero hace ver que Garcilaso era, asi como su amigo, su modelo, y basta para adjudicarle el honroso título de uno de sus mejores imitadores. Tiene su misma sensibilidad, su suavidad, su armonía; pero ni diremos con el italiano Conti que es «por la dulzura y la gracia *quizá* no inferior á Garcilaso,» ni le numeraremos con Quintana entre otros de quienes dice: *que son todos muy desiguales á este.*

Contemporáneo de todos estos, y por nuestra opinion, si se esceptúa á Garcilaso, superior á todos los nombrados, fué el Br. Francisco de la Torre, de quien Boscan dice, en el libro III, hablando de la *virtud del amor*:

Y al bachiller que llaman de la Torre
Esta esforzó la fuerza de su estilo
Tanto, que dél la fama tira y corre
Del Istro al Tajo y del Tajo al Nilo.

Vése por esta autoridad, que jamás ha podido dudarse, ni la época en que existió el Br. Torre, ni la alta reputacion de que gozaba entre los primeros hombres de su tiempo. Quevedo pu-

blicó en el siglo siguiente sus poesías atribuyéndolas á su verdadero autor, y sin embargo un escritor moderno, al publicar las de Quevedo, se empeña en atribuirlas á este, fundado en que Lope de Vega publicó algunas de sus composiciones bajo el nombre de *Tomé de Burguillos*. Cualquiera que sea por otra parte la erudicion y el mérito de este autor, es necesario convenir en que su lógica es de una originalidad estraña y poco para imitada. Lope de Vega tomó un nombre cualquiera y fingido para publicar la *Gatomaquia* y otras obras del género festivo, á que parece contribuir la máscara del autor; pero aun asi y todo se habria guardado, si queria que se supiese un dia que eran suyas, de poner al frente de ellas un nombre conocido, á quien pudieran con verosimilitud y sobrado fundamento atribuirse. ¿Y se ha podido creer nunca que Quevedo incidiese en tal insensatez? Por otra parte ¿qué razon podia tener Quevedo para negar la cara á las escelentes églogas, á la hermosa poesía lírica que en tal caso publicaba con el nombre del Br. Torre? ¿Por qué despojarse como poeta de tantos títulos de gloria, y tales, que con dificultad encontraria medios de reparar esta pérdida con todos los que le quedaban? Ultimamente, se vé á Lope de Vega en *Tomé de Burguillos*; no acertamos á concebir como Luzan, (1) que incidió tambien en la misma equivocacion, pudo confundir la fisonomía del Br. Torre con la de Quevedo.

¿Qué podian ni Gregorio Silvestre, ni Castillejo, mantenedores de la antigua poesia, contra tales ingenios, reforzados y sostenidos nada menos que por todo un Fr. Luis de Leon y un Herrera? Vióse el primero de aquellos obligado á abjurar sus errores, y á reconciliarse con las musas italianas; y si el segundo se mantuvo en la impenitencia final, tuvo acaso en ello mas parte el amor propio que el convencimiento. Quiso mas bien, como tantos otros, ser el primero al frente de una opinion equi-

(1) Lib. 2.° cap. 2.° de su *Poética*.

vocada, que ocupar un lugar subalterno entre los que ceden á la fuerza de la verdad; idea funesta á que en todas líneas debe el error sus apóstoles furibundos. En todo caso, Castillejo no habia nacido para sostener contra tales hombres la lucha en que se empeñó. Escribia con pureza, y versificaba con facilidad y gracejo; pero en general, pobre de imágenes y frio en los sentimientos, le faltaban las calidades á que en poesia está vinculada la reputacion y la gloria, y aun por escelencia el nombre de poeta. Sentimos no podernos conformar por esta vez con el voto de Luzan, que le prodiga el título nada menos que de *príncipe de los poetas anacreónticos.*

Interminable seria el empeño de recorrer uno por uno el número de poetas insignes que produjo esta época gloriosa de nuestra literatura. Reducidos á bien poco por nuestro plan, y aun á menos por nuestras fuerzas, nos vemos obligados á contentarnos con citar un Luis Barahona de Soto, uno de los primeros imitadores de Garcilaso, y autor de las *Lágrimas de Angélica*, que hacen tan buen papel en el escrutinio de la libreria de Don Quijote; (1) el sevillano Juan de Mallara, llamado el Menandro de la Bética, célebre humanista; el catalan Felipe Mey, que tradujo la mayor parte de los metamorfóseos de Ovidio; un Pedro Padilla, no tan pobre de imaginacion en sus églogas como dice Quintana, y en general de grata versificacion; un Juan de Morales, uno de los mas eminentes en el género bucólico; el Pinciano Cristóbal Suarez de Figueroa, autor de la *Constante Amarilis*, y traductor del *Pastor Fido* de Guarini, un Juan Arguijo, tan feliz en el soneto, imitador de Herrera y superior algunas veces á su modelo, y á quien Lope de Vega dedicó algunas de sus obras; un Cristóbal Mesa, autor lírico y

(1) «Lloráralas yo, dijo el cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio. *Quijote tom.* 1.° *cap.* 6. Mayans ha querido, pero con conocida equivocacion, atribuir este poema y el elogio á don Francisco de Aldana.

trágico, aunque de bien poco mérito en este segundo género, amigo del Taso, y traductor de las églogas de Virgilio, de sus Geórgicas, de la Eneida y de la Iliada; y Bartolomé Cairasco, autor estimable, pero que no debió el renombre de divino sino al objeto de sus poesías; y tantos otros de mérito distinguido. Mas á pesar de la priesa que nos dá el deseo de no abusar de la paciencia de nuestros lectores, ¿cómo dejar de detenernos sobre aquellos que, ó por originales en algun sentido, ó por eminentes en el género á que se han dedicado, ocupan un lugar señalado en la escala de progresion, y sirven como de eslabones para formar la cadena que une entre sí las diferentes épocas literarias de la division que hemos adoptado?

«Con dificultad podria comprenderse, dice un autor aleman, por qué se ha dado á Herrera el nombre de *Divino*, sino se supiera que dos partidos opuestos se reunieron para ponderarle á porfia, obligándose recíprocamente á declarar por sublime, lo que á ninguno de los dos podia parecer natural.» Desconocemos en esta ocasion la crítica, el juicio ordinario del autor citado, estimable sin duda, pero que mas dispuesto á deprimir nuestras cosas que á exajerarlas, acaba mas de una vez por negarnos lo que de justicia se nos debe. En todas partes, sin esceptuar la Alemania, el amor nacional ha hecho prodigar un poco á los hombres grande los epítetos honrosos, y los españoles no estamos ciertamente exentos de esta enfermedad; pero en verdad no era el artículo de Herrera el mas á propósito para condenar este abuso. Herrera, sublime por los pensamientos, feliz por las imágenes, magestuoso por la elocucion, lleno del verdadero entusiasmo de la musa de Píndaro, puede, cuando es verdaderamente grande, disputar á cualquiera la celebridad y el renombre, y merecer sin escándalo el título de divino, es decir, de hombre estraordinario. En lugar de decir con el crítico aleman lo que no se entiende, seria mas fundado y mas inteligible decir: que su mérito es tan sobresaliente, que nada

ha podido contra él el espíritu de partido; y tanto, que los mas opuestos entre sí, los mas decididos á disputar sobre todo, *no han podido menos de estar de acuerdo en reconocer y declarar en Herrera sublime y divino, lo que á todos ellos debia efectivamente parecerles grandioso y preternatural.* Hasta ahora la reunion de los partidos en confesar una cosa ha sido una prueba, y nada equívoca de la verdad y justicia de lo confesado; hacer de este hecho un uso contrario, es haber encontrado el arte funesto de convertir en veneno la triaca. «Herrera, continúa el mismo autor, era sin contradiccion un poeta de un gran talento, de aquel talento varonil y atrevido, que sabe abrirse nuevos senderos, y caminar por ellos con pié firme, pero las innovaciones que *quiso hacer* (1) en la poesía española, eran el resultado de un sistema, de una combinacion, y no el fruto espontáneo de la inspiracion poética.» Dicho sea con el respeto debido al autor que impugnamos, pero en todo esto no vemos sino contradiccion y raciocinios viciosos. Cuanto en la poesia es el resultado de un sistema, y de combinaciones; cuanto es parto en fin del estudio y del trabajo sin el génio y sin la inspiracion, puede servir cuando mas, para formar nuestro gusto, para hacernos evitar muchos defectos, para conducirnos á lo sumo, medianamente bien por los caminos conocidos y trillados; mientras que solo al génio y á la inspiracion está reservado el abrir nuevas sendas y caminar por ellas con paso firme y seguro. Dígase en buen hora de Herrera lo que se puede decir de todos los poetas, y particularmente de los de su género: los momentos de feliz y verdadera inspiracion no se pueden contar por el número de sus composiciones. El primer poeta, como el último de los demas hombres, es víctima y juguete de todos los fenómenos de la naturaleza, y un buen verso ó una mala prosa, como tantas otras cosas de

(1) Por la cuenta no las hizo, y en este caso ¿qué quiere decir aquello de *abrir nuevas sendas*? ¿ó cómo, si ninguna abrió, pues nada innovó, se sabe que tenia el talento de abrirlas?

mas importancia, pueden depender de una buena ó mala digestion.

No todos los estrangeros se han esplicado del mismo modo acerca de Herrera. El italiano Conti, que en el conocimiento de nuestra literatura y de nuestra lengua puede por tantos títulos obtener la preferencia sobre cualquiera otro estrangero, despues de hacerle en todo lo demas la justicia que se le debe, hablando de su himno ó cancion á la batalla de Lepanto, imitacion de la poesía hebrea, dice: *no haber llegado á su noticia composicion de igual mérito en lengua toscana, por estos tiempos.* Nuestro Herrera, anterior á Malherbe y al célebre Gabriel Chiabrera, llamado tambien el Píndaro de Italia, y muy semejante á este por sus brillantes calidades y por sus defectos, es *entre los modernos el primer poeta clásico en la oda*: (1) y aunque por primero se entendiese el mejor, no seria grande el número de los que pudieran quejarse por la preferencia. Fué tambien el primero, al menos entre nosotros, en la imitacion de la poesía sagrada; y la poesía, y la lengua poética y la lengua en general, le deben mucha riqueza, mucha novedad, mucha magestad y nobleza. En sus elegías y sonetos es tambien varias veces harto feliz. ¡Con qué tierna sensibilidad, ó se lamenta de sus penas amorosas, ó llora sobre la tumba de su Eliodora! (2) Ademas de sus obras poéticas, de que no tenemos sino las que pudo recoger y trasmitirnos Francisco Pacheco, pintor célebre y amigo de Herrera, tenemos su *Relacion de la guerra de Chipre, y sucesos del combate naval de Lepanto*, sus *anotaciones al Garcilaso*, y su *Vida y muerte de Tomás Moro*; habiéndose perdido varias otras obras en prosa y verso, tales como la *Historia general de España* hasta Cárlos V, el *Rapto de Proserpina,* la *Ba-*

(1) El citado autor aleman tiene mucho cuidado de advertir por una nota que la palabra *primero* debe entenderse de la prioridad de tiempo, y no de la superioridad y perfeccion, y á esto respondemos.

(2) Es la condesa de Gelves, de quien Herrera estuvo enamorado.

talla de los Gigantes, los *Amores de Lausino* y *Corona*, y diferentes églogas.

Nos admiraria leer el mezquino artículo consagrado en el *Diccionario universal*, *histórico*, *crítico y bibliográfico* (1) á la memoria del Mtro. Fr. Luis de Leon, es decir, de uno de los primeros y mas felices imitadores de Horacio entre todos los poetas modernos, si no estuviéramos tan familiarizados con este injusto olvido é ingrata indiferencia, con que hace largo tiempo se trata nuestra literatura. Apenas se habla de él como poeta, y suponiendo que su mayor mérito está en sus obras teológicas, y como si todo lo demás que escribió fuese de una obscura medianía, se cita solo su *Esplanacion* al cántico de los cánticos, y un tratado de *utriusque agni tipici et veri inmolationis legitimo tempore*, que se dice ser la primera de sus obras. Sin embargo, no es por eso menos cierto que los poetas semejantes al Mtro. Leon andan tan escasos en la literatura estrangera como en la nuestra. Si ya no es que el amor nacional abusa de nuestra razon, y aun de nuestro ardiente deseo de ser imparciales, no conocemos ninguna imitacion tan feliz de Horacio, como su *Profecia del Tajo* (2), ni seria ciertamente muy voluminoso el libro que contuviese lo que en el género lírico moral merezca rivalizar con las composiciones que de este insigne poeta insertamos en nuestra coleccion. El crítico aleman que acabamos de citar, tan dificil de contentar como hemos visto en el artículo de Herrera, y que reparte con mucha economía sus favores, dice de Fr. Luis de Leon, comparándole con Horacio, lo siguiente: «es dificil decidir cual de los dos es superior al otro como poeta, en la acepcion mas lata de esta palabra, pues que uno y otro formaron su talento por un género de imitacion que podemos llamar

(1) Edicion de 1810.

(2) Es una imitacion de la oda XIII del libro 1.° *Pastor cum traheret per freta navibus, etc.* El Tajo predice á Rodrigo, forzador de Florinda ó la Caba, lo que el hijo de Tetis y el Oceano predijo á Paris, robador de Elena.

libre, y ninguno de ellos salió nunca de una cierta esfera de filosofía práctica. Hay mas arte en las odas de Horacio, y la conveniencia ingeniosa entre los pensamientos y las imágenes que los hacen sensibles, las dan un atractivo que no tienen las del Mtro. Leon; pero en recompensa, en las de este abunda mas aquella poesía natural, aquel libre abandono de una alma pura, que arrebatada por un sentimiento fuerte, se eleva á las regiones mas sublimes del mundo moral.» El tratado que no conocemos de *utriusque agni tipici et veri inmolationis legítimo tempore*, no le habria nunca valido al Mtro. Leon un elogio tan poco sospechoso ni tan magnífico, á no ser que resucitásemos las para siempre olvidadas disputas sobre la celebracion de la pascua. Este poeta ilustre ejerció sobre nuestra literatura una influencia poderosa, no solo por sus composiciones originales en que hay invencion poética, imágenes, elevacion, unidas á un gusto correcto y á una diccion pura y armoniosa, sino por sus traducciones de Píndaro, de Virgilio, de Horacio y de los poetas sagrados; trabajos que contribuyeron mucho á escitar el gusto de la hermosa antiguedad, como que «ningun poeta ha conocido mejor que Fr. Luis de Leon el verdadero modo de imitar á los antiguos en la poesía moderna.»

La égloga, ó sea idilio, del *Tirsi* de Francisco Figueroa, que floreció á mediados del siglo XVI, basta para justificar todos los elogios con que le honraron sus contemporáneos, y los que hace de él Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*. Es un modelo de los mas acabados del género bucólico, añadiendo á todas las demas calidades que la distinguen, la escelencia con que está manejado el verso suelto, por primera vez empleado en este género, si no nos miente nuestra memoria ó nuestras escasas noticias.

Pertenece á este tiempo Jorje de Montemayor, autor de la *Diana*, que continuó poco despues el valenciano Gil Polo, añadiendo cinco libros á los siete que escribió el primero. Sin

que la continuacion nos parezca digna de tener por autor al *mesmo Apolo*, pero haciendo por otra parte á Montemayor la justicia que como poeta no pareció estar muy dispuesto á hacerle Cervantes, diremos que las composiciones de uno y otro insertas en nuestra coleccion son de un mérito sobresaliente; que la cancion de Jorje de Montemayor, *El Tardío Arrepentimiento*, llena de ternura y sensibilidad, habria debido bastar para que Francisco Pacheco el tio hubiese templado la cáustica mordacidad con que se esplicó acerca de su *Diana* en una sátira contra la mala poesía; (1) y que la frescura, la gracia, la ingeniosa delicadeza en los pensamientos, la fluida y armoniosa versificacion de varias de las canciones pastoriles de Gil Polo, bastan para señalarle en el Parnaso un lugar distinguido, y merecer en gran parte los elogios que hace de él como poeta el ya citado Gaspar Barth, tan aficionado á nuestras cosas, que tradujo al latin la primera parte de Montemayor y la segunda de Polo. De Jorge de Montemayor tenemos ademas su *Cancionero*, y una traduccion de las obras de Ausias Marc. Como autor prosáico contribuyó tambien á la perfeccion de la lengua; por eso Cervantes en el escrutinio le dejaba toda la prosa, y Lope de Vega dijo en su laurel:

Cuando Montemayor con su Diana
Ennobleció la lengua castellana.

En los últimos 25 años del siglo XVI florecieron don Alfonso de Ercilla, Juan Rufo y Cristóbal de Virues, y algo despues Juan de la Cueva y Bernardo de Balbuena, autores de la *Araucana*, la *Austriada*, el *Monserrate*, la *Conquista de la Bética* y el *Bernardo*, que con la *Jerusalen conquistada* de Lope de Vega, componen la coleccion de cuanto entre nosotros es, ó pretende

(1) Y espántanse que el cielo landres llueve,
Que *Abidas*, *Caroleas y Dianas*
Y otros mónstruos la tierra estéril lleve.

ser con algun título, poema épico. Aunque sea á costa de anticipar (por lo respectivo á estos tres últimos) lo que segun el sistema adoptado hubiera debido dejarse para despues, como la diferencia es de muy pocos años, nos ha parecido conveniente reunirlo en un solo artículo, para hablar de una vez de nuestro patrimonio épico, en que á decir verdad, estamos muy distantes de aquella inagotable riqueza de que podemos hacer ostentacion en el lírico. Si para ser ricos en esta materia bastase referir un largo catálogo de tentativas desgraciadas en la epopeya, no seríamos nosotros ciertamente los mas pobres. Bien á la mano estaban para sacarnos de todo apuro, el *Cárlos famoso* de Zapata, el *Cárlos victorioso* de Urrea, la *Carolea* de Samper, el *Patron de España*, las *Navas de Tolosa* y la *Restauracion de España*, de Mesa, la *Invencion de la cruz* de Zárate, el *Pelayo* de Lopez Pinciano, la *Numantina* de Mosquera, la *Cristiada* de Ojeda, la *Nápoles restaurada* del príncipe de Esquilache, la *Mejicana* de Laso de la Vega, y tantas otras de menor monta. En los males inevitables es preferible una ilusion agradable á un desengaño inútil; pero en aquellos de que el enfermo puede sacudirse por propios esfuerzos, es una compasion mal entendida dejarle ignorar el mal de que adolece; debe conocerle, y en toda su estension. Digámoslo, mal que nos pese: ninguno de los poemas citados merece el nombre de poema épico, resultando por consecuencia que no tenemos ninguno. No adoptamos en la materia las leyes minuciosas á que se ha querido reducir al genio por la exagerada manía de imitar servilmente á Homero y á Virgilio; pero no podemos dispensár á nadie de la observancia de aquellas que constituyen esencialmente el poema épico. Nada mas pedimos que unidad de accion, dignidad conveniente en el asunto, y una sostenida elevacion en el estilo; mas por desgracia, en ninguno de ellos encontraremos estas tres calidades reunidas. En *la conquista de la Bética*, el asunto es digno, pero el estilo no lo es,

y la versificacion es dura y arrastrada. El argumento del *Monserrate* no es épico. La *Austriada* peca contra la unidad de accion, y el estilo es generalmente poco elevado. La *Araucana* censurada en su tiempo de un poema acéfalo, merece efectivamente esta crítica: su estilo mal sostenido y desigual pierde muchas veces la dignidad épica. El *Bernardo de Balbuena* obtendria el nombre de poema épico, porque el asunto es bien escogido, la versificacion escelente, y en el fondo, se vé que hay unidad de accion, cual se lo propuso y manifiesta en su prólogo el mismo Balbuena; pero está tantas veces cortada y perdida en el embrollado laberinto de sus episodios, que nos vemos tambien forzados á negárselo por esta razon. Ultimamente, la *Jerusalen conquistada* de Lope desmerece aun mas el nombre de poema épico que la *Araucana* y el *Bernardo*. Parece que Lope, dice con justicia y oportunidad Munarriz, quiso poner en estilo la irregularidad de los poemas heróicos, como lo intentó y logró con las comedias. Hasta en el título parece que se propuso delirar; llamóla la *Jerusalen conquistada*, y la dejó por conquistar. Sin embargo, no quiere decir esto que estos poemas sean enteramente despreciables. Sin que ninguno de ellos merezca el nombre de poema épico, en todos ellos se hallan diseminados, á mayores ó menores intérvalos, trozos y rasgos verdaderamente épicos, que prueban que no eran las calidades verdaderamente poéticas las que faltaban á sus autores, sino aquellas de que en general depende nuestra escasez en los géneros, cuya esfera de sublimidad es el resultado de la influencia benéfica de ciertas causas que indicaremos en su lugar. Ultimamente, debemos advertir que los poemas citados no merecen una calificacion igual. *La conquista de la Bética* y la *Austriada*, son inferiores á la *Araucana* y al *Monserrate*; á la primera en todo, y al segundo en la elocucion. Por esta vez no podemos conformarnos con Cervantes, que hablando de los tres últimos, sin hacer ninguna diferencia en favor de Ercilla y Vi-

rues, los declara *los libros mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de la Italia.* Los manes ofendidos del Taso, y del Ariosto vendrian á reclamar contra nosotros tamaña injustícia. Cervantes no pudo hablar de *Bernardo* de Balbuena, que cuadraba mejor con el gusto de su héroe que ninguno otro, ni de la *Jerusalen conquistada*, porque no existian todavia cuando en 1605 publicó la primera parte del *Quijote*. El *Bernardo*, por la abundancia y riqueza de las imágenes y las bellezas todas de la poesia de estilo, es en nuestra opinion superior á todos, y es lástima que Voltaire que conoció la *Araucana*, y la juzgó no muy justamente, (1) desconociese el *Bernardo*, en que hay ciertamente trozos dignos de los primeros maestros. Juan Rufo compuso ademas sus setenta *Apotegmas*. De Virues y Cueba tendremos ocasion de hablar cuando digamos alguna cosa sobre nuestro teatro; entretanto diremos que el primero fué tambien poeta lírico, y que el génio de Cueba se estendió á todo, escribió varias poesías líricas, y compuso en el género didáctico el poema de los *Inventores de las cosas* y la *Poética*, que aunque a muchas leguas de distancia de la de Boileau, contiene algunos preceptos justos y sensatos, en el tono y espresion propia del didáctico, como se ven en algunas muestras insertas en nuestra coleccion. Por lo respectivo al asombroso Lope, hablaremos de todo en su lugar; y en cuanto á Balbuena, añadiremos que, grande en todo, nos dejó ademas en su *siglo de oro* modelos escelentes y de lo mas acabado en el género pastoril. Escribió tambien en prosa y verso la *Grandeza mejicana*.

Los fragmentos que insertamos del poema de la *Pintura* de

(1) *Il est vrai*, dice, *que si Ercilla est dans un seul endroit supérieur à Homère, il est dans tout le reste au-dessous du moindre des poètes... Ce poème est plus sauvage que les nations qui en sont le sujet.* Nuestra coleccion es la mejor respuesta á tan amarga é irritante crítica. ¡Cuántas veces los hombres se hacen injustos por el empeño de ser chistosos!

Pablo de Céspedes, no dejarán duda alguna á nuestros lectores de que conocia el estilo y las calidades propias del género didáctico, y de que, capaz de elevarse y de manejar la trompa heróica, sabia por sublimes descripciones y pinturas diseminadas con oportunidad, amenizar y hermosear el tono seco y doctrinal del género á que se dedicó. Su elogio de la tinta, y su pintura del caballo son escelentes. Esta última es una imitacion de la que hizo Virgilio en el libro 3.° de sus Geórgicas, como la de esta en algunos rasgos parece serlo de la que hace Job en el cap. 39. En todas tres hay ideas comunes é ideas propias; pero la de Céspedes, mas desmenuzada, mas exacta, seria en nuestro dictámen un modelo mejor, y produciria un efecto asombroso bajo el pincel del célebre Vernet. Nada tiene de particular en cuanto á Virgilio; no era, como Céspedes, sevillano, y la musa de Job no permitia menudencias.

A medida que dejamos el siglo XVI y entramos en los reinados de Felipe III y Felipe IV, vamos, mal que nos pese, añadiendo nuevas injusticias á las ya cometidas. Asi es que saludando desde lejos, pero respetuosamente, á un Vicente Espinel, traductor de la poética de Horacio, y á quien se debe el artificio de la décima que se llamó por esto *espinela*; al elegante Agustin Tejada; á un Pedro Soto, á un Pedro Espinosa, de quien es la hermosa *Fábula del Jenil*, y á quien por su obra de *Flores de poetas ilustres*, debemos la conservacion de las de muchos otros dignos de tal nombre; á un don Luis Ulloa, Luis Martin, Andres de Perea, Baltasar Elisio de Medinilla, Baltasar de Alcázar, Jáuregui y tantos otros, nos ocuparemos, aunque rápidamente, de los Argensolas y Lope de Vega.

Ponderan nuestros críticos, y tomándolo de ellos algunos estrangeros, la influencia que tuvieron, el magisterio que se supone que egercieron como poetas los dos hermanos Argensolas sobre sus contemporáneos, fundados en los elogios con que acerca de ellos se esplicaron todos los hombres grandes de su

siglo. Parécenos que en esta asercion no hay toda la verdad que nosotros desearíamos, y que hubiera convenido para impedir ó retardar la decadencia de nuestra literatura. Cierto que los Argensolas gozaron en su tiempo de una consideracion particularísima; pero tambien es cierto, que es bien pequeño el número de los poetas que proponiéndoseles por modelos, imitasen su maestría clásica en el uso de la lengua, su correccion y gusto depurado, prendas eminentes que los distinguen de sus contemporáneos. Discípulos y adoradores de Horacio, no pudieron hacer prosélitos en un tiempo en que Lope de Vega encerraba todos los preceptos del arte con seis llaves; y Góngora, abandonado á todo el delirio de su imaginacion, á manera de un torrente impetuoso arrastraba en pos de sí aun á los que quisieron oponerle una resistencia mas tenaz, y podian disputarle las brillantes y seductoras calidades del ingenio. El respeto que se tuvo á los Argensolas, debido en parte á su situacion é influencia política, puede á lo sumo mirarse como una especie de pleito homenage hecho á la razon, aun en el momento mismo del delirio y de la estravagancia. Con efecto, modelos de regularidad y buen gusto, fueron apreciados, pero no seguidos. Su juicio era mas sólido, que brillante su imaginacion, y hasta cierto punto puede decirse con Quintana: *que su reputacion está mas afianzada en los vicios que les faltan, que en las virtudes que poseen*; mas no se crea que todo su mérito se reduce á esta especie de belleza negativa. Si no pintan con novedad y atrevimiento, describen con acertada propiedad é ingenio. Sus lábios no destilan la miel de Garcilaso: aman, pero con cordura: sus pasiones están siempre subordinadas á su razon, pero sienten; y en el género satírico, aunque algo difusos, son por todo lo demas muy dignos de ser admirados y consultados, no solo Lupercio, á quien Munarriz hace merced y gracia de una buena sátira, sino Bartolomé, en quien con demasiada injusticia parece que se empeña en no hallar nada bueno.

Al ocuparnos de Lope de Vega, no podemos menos de decir, aunque sea con peligro de escandalizar á los estrangeros que no han hecho en la literatura grandes estudios, que la España puede lisongearse de haber producido en él, el ingenio mas fecundo y mas universal que presenta la historia de la poesía antigua y moderna, el verdadero Hércules del Parnaso, por lo gigantesco de sus proporciones y la fecundidad de su númen. Cítanse con asombro las seiscientas comedias de Alejandro Hardy, poeta francés contemporáneo de Lope; á mil y ochocientas hace subir el número de las de este, su discípulo Perez de Montalban: y cuando pueda haber alguna exageracion en este número, lo que no tiene duda es que el año 1624 iban ya mil y setenta, pues que Lope mismo lo dice, y sobrevivió aun once años; y de este número de piezas,

....Mas de ciento en horas veinticuatro
Pasaron de las manos al teatro;

y Lope de Vega no es Alejandro Hardy, sino el poeta que han estudiado y admirado Corneille y Molière, Metastasio y Goldoni; y Lope de Vega escribió ademas un diluvio de versos ejercitándose en todos los géneros. Poemas heróicos, didácticos, narrativos, fábulas pastorales, églogas, novelas, poemas burlescos, composiciones sueltas sin número ni cuento en el género lírico, moral y sagrado, erótico y festivo, nada bastaba para desahogar la vena copiosa é inagotable de este ingenio prodigioso. Ademas de la *Jerusalen conquistada* de que ya hemos hablado, de la *Dragontea*, la *Circe*, la *Corona trágica*, la *Hermosura de Angélica*, el *San Isidro*, el *Laurel de Apolo*, el *Peregrino en su patria*, la *Arcadia*, la *Dorotea*, la *Gatomaquia*, escribió una infinidad de *Relaciones de Fiestas*, *Justas poéticas*, y otras obras cuya enumeracion seria larga y cansada. Dicho se está, que hombre que tanto escribió, nada podia perfeccionar. Si tu-

vo tiempo para leer, como efectivamente por sus obras se conoce que leyó mucho, no tuvo tiempo para estudiar: dos cosas entre las cuales hay la misma diferencia que entre estraer metales brutos ó acrisolarlos. De aqui es que su gusto no pudo formarse por aquella crítica reflexiva, que dirige el génio y corrige la fogosidad de la imaginacion, y que muy capaz por la suya de rivalizar ó esceder á los primeros ingenios, fué muy inferior á cuantos quiso imitar. En la *Jerusalen*, la *Hermosura de Angélica* y la *Arcadia*, está muy distante del Taso, del Ariosto y de Sanázaro. Solo en la *Gatomaquia* fué superior á su modelo, tan poco digno de sí mismo en la *Guerra entre los ratones y las ranas*; mas cual si su estrella fuese la de ser siempre vencido en toda especie de poemas, pocos años despues de su muerte salió á luz la *Mosquea* de Villaviciosa muy superior á la del supuesto Merlin Cocayo (1), y que en nuestra opinion tiene derechos fundadísimos á ser mirada como la Iliada épico-burlesca.

El primer renombre, la mayor gloria de Lope de Vega, sí bien en todas sus cosas se hace admirar por su fluidez y su inconcebible fecundidad, y aun en el momento mismo de su delirio, y cuando menos se piensa, por aquellos rasgos sublimes que distinguen á los grandes maestros, es la de haber sido el fundador de la comedia moderna, aunque su novedad estuviese ya indicada, á la manera que Corneille es llamado padre de la tragedia francesa, aunque la *Sofonisba* de Mairet y otras varias fuesen ya conocidas. Bajo de este título pertenece, no solo á la historia de la literatura española, sino á la historia general de la literatura europea. La prueba de esta proposicion resultará de lo que vamos á decir sobre la historía de nuestra dramática (2).

(1) Era un monge benedictino de Mántua, llamado Teófilo Folengo, mas conocido por autor de la *Macarronea*.

(2) Advertimos á nuestros lectores, que lo poco que vamos á decir sobre nuestra poesía dramática, es para completar en cierto modo este reducido cuadro

Dejando á un lado los juegos de escarnios de que hablan nuestras leyes de Partida, los diálogos satíricos y églogas dialogadas de Juan de la Encina, y otros que fueron sin duda la humilde cuna de nuestra poesía dramática, observaremos: que cuando á principios del siglo XVI empezó esta á tomar la elevacion conveniente y merecer tal nombre, pareció entre nosotros, como en Italia y Francia, con el carácter de imitadora de los antiguos. Asi es que, aunque con alguna posterioridad por parte de los franceses, puede decirse que mientras el Trisino componia la *Sofonisba*, Maquiabelo su *Clicia* y su *Mandrágora*, Lázaro Baif traducia la *Electra* de Sófocles, la *Hécuba* de Eurípides, Sibileto la *Ifigenia*, y Yodelle daba su *Dido y Cleópatra*, nuestro Villalobos traducia el *Anfitrion* de Plauto, el Mtro. Perez de Oliva se ocupaba de la *Venganza de Agamenon* y de la *Hécuba triste*, imitando en esta la de Eurípides, y en aquella la *Electra* de Sófocles; el portugues Vasconcelos imitaba á Plauto, y nuestro infatigable Pedro Simon de Abril nos traducia á Terencio, el *Pluto* de Aristófanes, y la *Medea* de Eurípides. Mas esta tendencia, consecuencia de la que, en general, tenia entonces nuestra poesia en todos los géneros, empezó á esperimentar la resistencia que era un resultado de la inmensa variedad de circunstancias. Nuestra religion no consentia el Olimpo de los griegos, ni el estado de sociedad podia permitir la licencia de Aristófanes, ni existia nada del antiguo mundo sino el suelo. La comedia antigua no podia ser pintura de la vida, que es en lo que consiste su utilidad y placer, para hombres que tenian un modo de ser y de vivir enteramente diferente. En general las bellezas de Píndaro y Homero son de todos los tiempos y de todos los hombres; una gran parte de las de Plauto

de nuestra literatura; por lo demas, en nuestra coleccion no nos era posible considerarla como un género. Ella sola en tal caso habria ocupado por lo menos dos volúmenes, si no queriamos dar una idea muy mezquina y muy indigna de los ingenios superiores que honran nuestro Parnaso dramático.

y Aristófanes, Terencio y Menandro, no podian convenir sino á la Atenas y Roma de los siglos en que escribieron sus autores. Aun entre hombres y épocas cuya conveniencia es bien diversa, el *Café* de nuestro Moratin por ejemplo, tan copioso en bellezas locales, no puede menos de perder muchas de sus gracias trasportado á Paris ó Viena, donde sin duda hay, como en todas partes, abundancia de poetas adocenados, pero que no tienen precisamente la fisonomía determinada y conocida de *Don Eleuterio*, y del *poeta Gallego*. Asi que, esta resistencia al drama erudito (1), como le llama Luzan para distinguirle del popular, no era toda, como se ha dicho, efecto de la ignorancia y rudeza del tiempo, sino que en mucha parte estaba fundada en una razon, acaso no bien definida, pero justa y solidísima. Sintióla, y empezó á separarse de la antigua imitacion, esforzándose à acomodar la nueva pintura á los nuevos hombres, Bartolomé Torres Naharro en las ocho comedias (2) que con otras varias poesías componen su *Propaladia*. Siguiéronle en el mismo espíritu de modernizar ó popularizar este género de espectáculo, Lope de Rueda, otro Naharro toledano, Alonso de Vega, y un poco despues Juan de la Cueba y Cristóbal de Virues. A esto alude el primero, cuando para justificar esta novedad dice:

Esta mudanza fué de hombres prudentes
Aplicando á las nuevas condiciones
Nuevas cosas que son las convenientes.

y Virues, cuando dijo que se proponia conciliar

..... las finezas
Del arte antiguo y del moderno uso.

(1) Libro 3.° cap. 1.° de su *Poética*.

(2) Nicolás Antonio se equivocó diciendo que no eran mas que siete, á no ser que lo hiciese por no considerar como tal la *Trofea*, que es una composicion ó loa en honor del rey don Manuel de Portugal, y de los descubrimiento de los portugueses en la India.

En este estado, durando la incertidumbre y la lucha, y cuando la poesía dramática no tenia todavia una fisonomía determinada, pareció sobre la escena el asombroso Lope, nacido, como todos los hombres estraordinarios, mas para dictar leyes que para recibirlas. Desde entonces la cuestion quedó resuelta en este sentido: acabó de generalizarse la opinion que proscribia todo género de imitacion, y se nacionalizó, por el ejemplo del irresistible Lope, una especie de drama cuyo mérito consistia principalmente en la complicacion de la fábula, en el interés siempre creciente de la intriga, en la vida, en el movimiento y multiplicados episodios de la accion, y en que ocupan un lugar subalterno aquellas otras calidades á que hubiera conducido la imitacion de los antiguos, tales por ejemplo como la propiedad y fuerza del diálogo, la verdad y feliz eleccion de los caractéres, la regularidad y la tendencia moral, sin la cual queda como reducido á la clase de un agradable pasatiempo. Era muy difícil que al fijarse el gusto nacional, en este tránsito de una servil imitacion á un nuevo órden de cosas, dejase de suceder á este la absoluta licencia. En el órden moral, el medio es la distancia mayor de cada uno de los estremos: tócanse estos inmediatamente, y del uno al otro el paso es muy resbaladizo. Así es como hemos visto tambien pasar á los hombres en un periodo bien corto desde el fanatismo á la impiedad, desde prácticas ridículas y austeras al desprecio absoluto de la virtud, y desde el despotismo á la anarquía; y solo despues de muchas y tristes lecciones que corrigen los escesos, empezamos ahora á clamar: *religion sin furor*; *virtud sin afectacion ni contorsiones*, *imperio sin arbitrariedad*; que es, si no nos engañamos, la divisa del siglo, el último producto del estado actual de civilizacion.

Siguieron el impulso dado por Lope, con mérito distinguido, sus contemporáneos el Dr. Ramon, el licenciado Miguel Sanchez, el doctor Mira de Mescua, el canónigo Tarrega, Guillen

de Castro, Velez de Guevara, don Antonio de Galarza, Gaspar de Avila, Perez de Montalban y varios otros; y como la novedad autorizada y estendida por Lope, y sostenida por tantos ingenios eminentes presentaba en el drama, aunque algo á espensas de las otras, la primera, la mas esencial de sus bellezas, aquella cuya falta ni aun los grandes maestros pueden suplir por todas las demás, es decir, la invencion, el interés de la accion; que en este punto habia tanto que admirar y estudiar en Lope y sus contemporáneos; que las demas naciones de Europa no podian oponernos, particularmente en la comedia, nada que pudiese sostener el paralelo con Lope; y que á todo esto se reunia la preponderancía política que ejerciamos sobre ella, aun la Italia misma, en posesion hasta entonces de dictar leyes, empezó á recibirlas de nosotros. Nuestra lengua tomó el ascendiente, nuestros autores fueron mirados como clásicos en la materia, y á nuestro ejemplo y á nuestra riqueza dramática deben la suya las demas naciones del continente. Continuó todavía largo tiempo nuestro imperio, y debió continuar mientras duró aquel diluvio de felices ingenios que produjo el reinado de Felipe IV: particularmente un Calderon, un Moreto, un Rojas, á quienes siguieron de cerca Tirso de Molina, don Juan de la Hoz, Mendoza, Belmonte, Coello, Enciso y tantos otros cuya lista sola ocuparia muchas páginas.

Muchos de los estrangeros han reconocido y confesado esta antigua deuda, y no pueden ser tachados ni de injusticia ni de ingratitud. «El teatro español tuvo por su fecundidad é invencion la gloria de servir de modelo á las demas naciones», dice un célebre crítico italiano. «Il faut avouer que nous devons á l'Espagne la première tragédie touchante, et la première comédie de caractère, qui aient illustré la France», dice el célebre comentador de Corneille, aludiendo al *Embustero* y al *Cid*.

No obstante, á consultar el modo que tienen de esplicarle

algunos otros escritores, el teatro francés nada nos debe sino lo malo, y cuando se trasladaba á él el *Amo Criado* y el *Venceslao* de Rojas, *No siempre lo peor es cierto*, de Calderon, el *Heraclio* del mismo, la *Nise lastimosa* de Bermudez, el *Amor al uso* de Solis, el *Palacio confuso*, la *Verdad sospechosa*, el *Cid*, el *Desden con el desden*, el *Convidado de piedra* y tantas otras, ni Rotrou, ni Corneille, ni Molière por ejemplo, debieron nada á Rojas, Moreto, ni Guillen de Castro. Si esta pequeña injusticia no estuviese sobradamente reparada por servicios de mayor importancia, y sino se tratase mas que de mortificar el amor propio de este pequeño número de ingratos, les diríamos con Iriarte:

.....Presumis en vano
De esas composiciones peregrinas;
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!

En Bánces Cándamo, Zamora y Cañizares pareció acabarse, bajo el reinado de Carlos II, en que se acabó todo, la semilla de los grandes ingenios que habian anteriormente ilustrado nuestro teatro. Duró este letargo hasta la segunda mitad del siglo pasado, desde cuyo tiempo algunos ingenios han manifestado que Racine y Molière pueden hallar entre nosotros dignos imitadores. Aparte algunos chanflones que han tenido el tino de tomar de todos lo peor, y la gracia de amalgamar la pobreza y frialdad de los preceptistas con los mayores absurdos y estravagancias de los antiguos, nuestra dramática, en esta resurreccion, se presenta esenta de aquellos defectos monstruosos, que pudieron acaso pasar por bellezas en siglos eminentemente poéticos, pero que se han hecho insoportables en este, cuya tendencia tiene mucho mas de filosófica que de otra cosa, en que el juicio estiende su imperio, y reduce el de la imaginacion á sus justos límites, y en que la crítica en materia de buen gusto hace, como en todas las otras, mas pro-

gresos que los que quisieran aquellos que se obstinan en reducir la razon y el universo entero á un estado de completa inmovilidad.

El silencio que nos hemos propuesto observar sobre todo lo que sea ó se acerque á nuestros dias, nos priva de la grata satisfaccion de citar varios ingenios estimables, que hacen honor á nuestra dramática, y los estrechos límites de nuestra obrilla no nos permiten hacerlos conocer dignamente. Esta regla no tendrá sino dos solas escepciones indispensables, porque están hechas en favor de hombres cuyo ejemplo forma una verdadera época de feliz revolucion en nuestra literatura, y harto justas y que no tienen contra sí los inconvenientes que motivan por regla general nuestro silencio, como que se trata de hombres acerca de los cuales no hay ni puede haber divergencia de opiniones. Por otra parte ¿cómo desnudarnos de toda idea de amor nacional? ¿Cómo renunciar á la dulce satisfaccion de decir que la despreciada España, en el certámen poético de la ilustrada Europa, comparece en el siglo XIX sosteniendo sus antiguas glorias, y presentando en la lid, entre lo que nosotros conocemos y de que podemos juzgar (1), el mejor poeta lírico, y el mejor poeta cómico? En su lugar hablaremos del primero, muerto en Francia en 1817, y en este citaremos como el segundo á don Leandro Fernandez de Moratin que se halla en la actualidad en Paris. Este hijo favorito de Talía ha sido ya honrado entre nosotros repetidas veces con el nombre del Molière español. ¡Con cuanta justicia! No es Molière, pero es indudablemente uno de sus mejores discípulos. ¡Qué caractéres tan bien diseñados! ¡Qué viveza y facilidad en el diálogo! ¡Qué abundancia de sales cómicas! ¡Y qué respeto á las costumbres! Poco

(1) Conocemos hasta qué punto este temperamento reduce el elogio; pero sin traspasar las leyes de una justa modestia, no nos podia ser permitido esplicarnos de otra manera. Quédese el dar toda la estension y generalidad que nosotros quisiéramos, á hombres á quienes por su vasta erudicion y una prévia y justa celebridad, pueda ser permitido ejercer en la materia una autoridad sin límites.

podrémos añadir á lo que hemos dicho en un solo rasgo: asi que, pongamos un término á su elogio, y mientras que uno que otro crítico severo, ocupando el alto trono de la censura, rodeándose de todo el aparato de su tediosa magestad, repartiendo con mano escasa sus favores, cual si la imparcialidad consistiese en la frialdad del elogio cuando es merecido, pasando muy rápidamente sobre las bellezas del *Viejo* y la *Niña*, del *Café*, y del *Si de las niñas*, se ocupa en hallar peros á *Don Pedro, Don Juan* y *Don Diego*, y hasta las señoritas instruidas le averiguan lo que en el acto 3.º de la primera tomó del *Británico* de Racine, de que ciertamente no se acordaba en tal momento; nosotros abandonándonos sin reserva á la admiracion que nos causa su mérito, confesaremos que el poeta cómico Moratin es para nosotros un objeto de culto, que si bien no pueda degenerar en una devocion estúpida, envuelto y asociado con otras afecciones, rayará tal vez en algo de idolatria. Ni se crea que es solo eminente en la comedia. Díganlo las composiciones suyas que de otros géneros insertamos en nuestra coleccion. Su *Granada rendida* tiene mucho mérito, sus *Trovas* mucha gracia, y su *Leccion poética* es en la sátira un modelo acabado. Cuando el público conozca todos sus trabajos, tendrá sin duda mucho mas que admirar. ¡Qué genio maligno, enemigo de la sana razon y del buen gusto le haria decir á Bouterwek, hablando de Moratin: «se cita como á uno de sus émulos á don Luciano Comella, poeta muy fecundo y que se acerca mas al gusto antiguo!» Sin duda que habló de oidas, y no vió por sí mismo ni una escena, ni dos solos versos de uno ni otro; pero aun asi no acabamos de volver de nuestra estrañeza. ¿Quién pudo darle una idea tan equivocada? Comella será el émulo de Moratin, cuando Escarron lo sea de Virgilio ó de Moliére; y en cuanto á acercarse al gusto antiguo, si por esto se entiende los antiguos defectos que Moratin ha evitado, estamos de acuerdo.

Algunos de nuestros lectores habrán sin duda observado

que no hemos hablado de Cervantes ni como poeta cómico, ni como poeta lírico. El gran Cervantes, aunque una que otra vez no haya sido enteramente desgraciado, en general no puede ser citado cuando se trate de poesía, sino como la prueba mas convincente de que en materia de gracia poética, el pelagianismo y semipelagianismo son en el Parnaso (1) no menos heregías que en la iglesia de Dios. Cervantes hizo lo que pudo *viribus naturæ*; pero Apolo, sin mas razon que la alteza insondable de sus designios, *Cervantes odio habuit, Herrera autem elegit.*

De nuestra poesía desde Góngora en adelante.

En los reducidos límites de un discurso no nos era dado adoptar la division por géneros que pedia descender á menudas subdivisiones y por consecuencia mas latitud; y hemos tenido que contentarnos con designar solo aquellas épocas que por serlo de la historia de la lengua poética, son de impulso general, se estienden á todos los géneros, haciéndose notables por la perfeccion ó el vicio en el manejo de esta.

Este último orígen tiene por desgracia la época de que vamos á ocuparnos, y que reconoce á Góngora por dogmatizador y corifeo. La academia de los anhelantes de Zaragoza, segun refiere Luzan, llamó al caballero Juan Bautista Marino el Góngora de Italia; y este rasgo mirado entonces como el mayor elogio, define exactamente á entrambos, y nos dá una idea del estrago que estos dos hombres, reforzados por los Malvezzis

(1) Entiéndase que hablamos del Parnaso y del Apolo de los versificadores; por lo demas y en su prosa, Cervantes es, como decia el estudiante de Esquivias, *el regocijo de las Musas*, y ocupa en el Parnaso, cual ya hemos indicado, un lugar sin competidor.

y Paravicinos, hicieron en el gusto y la literatura de las dos naciones.

No es posible ni concebir ni esplícar toda la estravagancia de Góngora. Despues de habernos dicho que es de una hinchazon sin igual, que usa de las metáforas mas violentas, de las mas exageradas hipérboles, que parece se propuso traer á la lengua en contínua tortura para darle una novedad ridícula, que perdido él mismo en las elevadas regiones á donde le arrebata su encrespado estilo, acaba por ser de una oscuridad inpenetrable, en fin completamente ininteligible, todavia para formar una idea cabal de lo que es efectivamente, es necesario leerle. Solo él se describe á sí mismo. Su *Polifemo*, sus *Soledades*, y en general todo lo que escribió en el género heróico, parece escrito en otros tantos accesos frenéticos. Sirvan de breve muestra los dos trozos siguientes, principio el uno de su cancion á la toma de Larache, y fin el otro de su *Polifemo*. Y no se crea que estos trozos son raros en él, no hacen sino parecerse á todos los demas de su género.

A la toma de Larache.

«En roscas de cristal serpiente breve,
Por la arena desnuda el Luceo yerra,
El Luceo que con lengua al fin vibrante,
Si no niega el tributo, intima guerra
Al mar, que el nombre con razon le bebe,
Y las faldas besarle hace de Atlante.
Desta pues siempre abierta, siempre tirante,
Y siempre armada boca,
(Cual dos colmillos de una y otra roca)
Africa (ó ya sean cuernos de la Luna,
O ya de su elefante sean colmillos)
Ofrece al gran Felipo los castillos,
(Caiga hasta que de hoy mas militar pompa)

Y del fiero animal hecha la trompa
Clarin ya de la fama, oye la cuna,
La tumba vé del sol, señas de España
Los muros coronar que el Luceo baña.
Las garras puas, las presas españolas
Del rey de fieras, no de nuevos mundos
Ostenta el rio, y gloriosamente
Arrojándose márgenes segundos,
En ver de escamas de cristal sus olas
Guedejas visten ya de oro luciente.
Brama y menospreciándolo serpiente
Leoniano pagano
Lo admira reverente el Occeano.
Brama, y cuantas la Libia engendra fieras
Que lo escuchaban elefante apenas,
Surcando ahora piélagos de arenas,
Lo distante interponen, lo escondido
Al imperio feroz de su bramido.»

Fin del Polifemo.

. . . . . .

«Su horrenda voz, no su dolor interno,
Cabras aquí le interrumpieron, cuantas
Vagas el pié, sacrílegas el cuerno,
A Baco se atrevieron en sus plantas;
Mas conculcado el pámpano mas tierno
Viendo el fiero pastor, voces él tantas
Y tantas despidió la honda piedras,
Que el muro penetraron de las yedras.
De los nudos con esto mas süaves
Los dulces dos amantes desatados,
Por duras quejas, por espinas graves
Solicitan el mar con pies atados.

Tal redimiendo de importunas aves,
Incauto Menseguero, sus sembrados
De liebres dirimió, copia así amiga
Que vario sexo unió y un surco abriga.
Viendo el fiero Jayan con paso mudo
Correr al mar la fugitiva nieve
(Que á tanta vista el Líbico desnudo
Registra el campo de su adarga breve)
Y al garzon viendo, cuantas mover pudo,
Zeloso trueno, antiguas hayas mueve;
Tal, antes que la opaca nube rompa,
Previene rayo fulminante trompa.
Con violencia desgajó infinita
La mayor punta de la escelsa roca,
Que al jóven sobre quien la precipita
Urna es mucha pirámide no poca.
Con lágrimas la ninfa solicita
Las deidades del mar que Acis invoca;
Concurren todas y el peñasco duro
La sangre que esprimió, cristal fué puro.
Sus miembros lastimosamente opresos
Del escollo fatal fueron apenas,
Que los pies de los árboles mas gruesos
Calzó el líquido aljófar de sus venas.
Corriente plata al fin sus blancos huesos
Lamiendo flores y argenteando arenas
A Doris llega, que con llanto pío
Yerno lo saludó, lo aclamó río.»

¿Quien podrá reconocer en esta especie de delirante al autor de algunos sonetos, canciones, romances y letrillas insertas en nuestra coleccion, y en que relucen una sensibilidad esquisita, solo conciliable con el gusto mas delicado, en las que brillan la

novedad mas graciosa en los pensamientos, feliz eleccion en las imágenes, el talento dificil de la descripcion, una dulzura y facilidad admirables en la versificacion? Tanto como fué feliz mientras que la naturaleza sencilla de su asunto le obligaba á renunciar á sus encumbramientos, tanto tuvo de disparatado é insoportable, cuando quiso hacer alarde del *os magna sonaturum*, que sin duda creyó que consistia en el ruidoso estrépito de palabras altisonantes.

Todos los hombres grandes de su tiempo, tales como Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y Jáuregui, alzaron el grito contra un uso tan descabellado de la lengua, y contra un abuso tan monstruoso de la sana razon; mas Góngora continuó delirando, y su siglo, aplaudiéndole, les hizo entender á todos ellos como queria que le hablasen, y que era lo que estaba mas dispuesto á admirar, reduciéndolos así á la necesidad de delirar tambien. Lope de Vega, Quevedo y Jáuregui particularmente, se aprovecharon de la leccion, y aun el segundo añadió á la hinchazon el afeite, intercalando los piropos de Góngora con los conceptos acicalados y sutiles, y con toda la metralla de antítesis, paronomasias y retruécanos, no queriendo desmentir como poeta lo que hemos dicho de él como autor prosáico.

Bien consultada la historia del mundo, nos parece que es necesario convenir en que el espíritu humano presenta en cada siglo un aspecto diferente, que es el resultado de causas generales que le dan mas bien una tendencia que otra, contra la cual pueden bien poco los que la contradicen, por grandes que sean, y en cuyo favor arrastran y precipitan á los demas los que se ponen al frente de ella y la protejen. No pretendemos por esto disculpar enteramente á Góngora ni á los que se le parecen. Siempre serán culpables los que han delirado con un siglo dispuesto á delirar; pero hemos querido disminuir hasta cierto punto su culpabilidad.

En medio de esta infeccion, y contagiados por ella, ademas de Góngora y Quevedo, brillaron todavía con mérito no poco distinguido, un Jáuregui, un Príncipe de Esquilache, Rioja y Villegas.

Distinguióse Jáuregui en el principio por su fácil y armoniosa versificacion, y por aquella correccion y gusto que le hizo escribir su *Discurso poético contra el hablar culto y oscuro*, satirizar á Quevedo y ser el antagonista mas intrépido de cultos y conceptistas. Mantuvo el honor de esta lucha en sus *Rimas* y en su justamente celebrada traduccion del *Aminta* del Taso; cedió al torrente de su siglo en su *Orfeo* y su traduccion de la Farsalia, afeando algunas veces las bellezas de aquel y de esta con los mismos vicios que tan gloriosamente habia hasta entonces combatido y evitado.

Fué el príncipe de Esquilache amigo de los Argensolas, y uno de los hombres mas sensatos de su siglo, no menos dotado de talento poético que de sólido juicio. Nogóle sus favores la intratable Caliope, y fué poco feliz en su *Nápoles recuperada*; pero en cambio, sus romances y otras composiciones hacen ver cuanto se esmeró en prodigarle sus gracias la jovial y ligera Erato. Enemigo constante y declarado de los cultos, aprovechó todas las ocasiones de clamar contra tal desórden. En el prólogo de aquel poema, manifestando que se propone huir de palabras ásperas y de ruido, « son espanto, dice, de los ignorantes, y risa de los cuerdos, pues con ellas se falta á la dulzura y al número, y mezcladas despues con oscuridad, hacen intolerable la locucion, y aborrecible la sentencia ». Mas á pesar de todo, no pudo escusarse de pagar á su siglo el tributo de algunas hipérboles desmedidas, y de algunos pensamientos alambicados.

Francisco de Rioja es sin duda el poeta que hace mas honor al reinado de Felipe IV, y el que mas se preservó del contagio de su siglo. Es bien estraño que Bouterwek le haya confun-

dido con Mello, el conde de Villamediana, y otros que dice « desprovistos de gusto, y que no hicieron mas que seguir el torrente de su siglo. » Si hubiera leido el número, por desgracia pequeño, de composiciones suyas que poseemos, habria visto que Rioja es uno de nuestros primeros versificadores, que por su talento descriptivo, por la grandeza de su imaginacion y la correccion de su gusto, ocupa un lugar al lado de Herrera y del Mtro Leon, y disputa con ellos la primacía lírica. Nicolás Antonio ni aun pareció conocerle como poeta; así es que, sin decir nada de sus poesías, solo habla de su *Aristarco*, su tratado de la *Concepcion de Nuestra Señora*, unos avisos á predicadores, y otros varios trabajos, que están bien distantes de poderle dar la reputacion, que tan de justicia se debe al autor de la cancion á las ruinas de Itálica, de algunas silvas, y de la epístola moral á Fabio.

Para conservar en el juicio crítico de Villegas la debida imparcialidad, es necesario olvidar su orgullo, su indiscreta jactancia y sobre todo, sus groseros insultos, nada menos que á un Cervantes; mas hecho esto, y depuesta así toda especie de prevencion, no es posible dejar de hacer justicia, no menos á la asombrosa precocidad de su talento, que al mérito eminente que le distingue donde no le arrastra la manía de su siglo, ó separándose de su verdadera vocacion, habla por su boca un falso Apolo. Es bien estraño que habiendo sido discípulo de Bartolomé Leonardo de Argensola, renunciase á tan buena escuela, y no se supiese preservar de la algarabía culta: nueva prueba de lo que anteriormente hemos indicado sobre la débil influencia que los Argensolas ejercieron sobre sus contemporáneos. Es Villegas el poeta del amor jugeton y festivo, y uno de los mas aventajados imitadores de Anacreonte. Sus composiciones de este género, abundantes en imágenes risueñas, tienen toda la soltura, la gracia, la ligereza de su voluptuoso modelo, y si no merece, como ha querido uno de nuestros críticos, *la palma de*

la poesía lírica, con harta mas justicia que á Castillejo hubiera podido dársele, en su tiempo, el renombre de príncipe de los poetas anacreónticos. Quiso Villegas introducir en nuestrapoesia novedades importantes; y sus tentativas fueron harto felices para que no hubiesen debido desmayar los ingenios que le han sucedido. Sus exámetros, y sus sáficos particularmente, prueban hasta que punto puede aproximarse nuestra lengua á la perfeccion de la latina, y nos hacen desear que no se abandone una empresa en que tanto ganarian la lengua y la poesía. Ademas de sus traducciones é imitaciones de Horacio y de Anacreonte, compusouna sátira, hizo la traduccion del *Hipólito* de Eurípides, otra del tratado de *Consolatione* de Boecio, y otras varias cosas de menos importancia. Alcanzó ya la minoridad de Carlos II, como que murió en 1669.

Nada tenemos que añadir á lo dicho en la primera parte de nuestro discurso para caracterizar esta época aciaga de nuestra historia. Bajo del reinado de este monarca pusilánime, á escepcion de Talía que, como ya hemos indicado, habló aun por la boca de Solís, Cándamo, Zamora y Cañizares, todas las musas quedaron reducidas al silencio, ó mas bien trasportadas de repente á las orillas del Sena: en las del Manzanares y el Guadalquivir no resonó por largo tiempo, sino el ingrato chillido de las metamorfoseadas hijas del Pierio.

Pasóse el reinado de Felipe V en guerras y agitaciones interiores, y no hizo poco este soberano estableciendo en medio de ellas la real biblioteca de Madrid, y fundando la Academia de la Historia y de la Lengua, á quienes se deben trabajos recomendables, y preparando la que mas adelante se llamó de San Fernando, destinada al fomento de las nobles artes.

Bajo el reinado del pacífico Fernando VI, empezaron á parecer de nuevo las ahuyentadas Musas, no ya con el talar ondeante y magestuoso, si bien algo embarazoso é irregular con que salieron de nuestro suelo, sino con los trages ajustados que

habian vestido en la córte victoriosa de Luis XIV. En el año 1749 se formó en Madrid una academia poética con el nombre del *Buen gusto*, presidida por la señora condesa de Lemos, entonces viuda, y posteriormente marquesa de Sarria, en donde se reunieron, entre otros ingenios, el conde de Torrepalma, don Agustin Montiano, don Ignacio Luzan, don José Porcel, y don Luis Velazquez, á quienes por la influencia del ejemplo y de las doctrinas debemos en gran parte esta época de nuestra restauracion. El conde de Torrepalma por su *Deucalion*, Montiano por su *Virginia* y su *Ataulfo*, Porcel por sus églogas, Velazquez por los vastos conocimientos y escogida erudicion y crítica que manifestó en sus *Orígenes de la poesía española*, y mas que todos aun, Luzan con su *Poética* y sus composiciones, formaron una especie de escuela en que la rigidez mas escrupulosa sucedió al desarreglo y descabellada licencia de los cultos y conceptistas: las tres unidades á la embrollada multiplicidad de acciones, tiempos y lugares: en fin, la escuela francesa con todos sus preceptos, á la abjuracion completa de toda regla y de toda razon. Entre estos dos estremos puede haber un justo medio. Si el génio, por libre y disparatado, degenera en estravagante y pueril, tambien enervado y sujeto, se hace apocado, desabrido, insustancial y tedioso.

Nuestra poesía en estos últimos tiempos empieza á presentar un aspecto que parece conciliarlo todo, y en que ni la imaginacion es frenética, ni el génio esclavo de una servil imitacion. Los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX no serán en verdad indiferentes en los anales de nuestra poesía. Grandes y señalados ingenios han preparado y distinguen en el dia esta época, de cuyo nuevo impulso y carácter, bellezas y defectos podrán ocuparse los que escriban pasado algun tiempo, cuando ya no se conozca de los autores mas que sus obras. Sin embargo, por la influencia que ha ejercido sobre sus contemporáneos, por la singularidad de su asombroso mé-

rito, y por tantas otras cosas, séanos permitido derramar algunas flores sobre la pobre losa que cubre los ilustres restos del cantor del Tormes, del Anacreonte y del Tíbulo del siglo XIX. ¡Dulcísimo Melendez! cuando ya no se oiga el lenguage rencoroso de encarnizadas pasiones, cuando la razon recobre su imperio, y la impasible Clio empiece á poner en la desquiciada Europa de nuestros dias á todos los hombres y todas las cosas en su verdadero lugar, el que tú ocupes será sin duda digno de tu celebridad y tus virtudes. Tus versos, cual tú mismo dijiste, aunque con diversa aplicacion, tus versos opuestos á la murmuracion y á la ignorancia para vindicarte y defenderte, responderán á todo. En ellos está pintada la tierna sensibilidad de tu alma candorosa, tu honrado pensar y tu encendido patriotismo, con un lenguage que en vano querria contrahacer quien le sintiese menos.

Al terminar este reducido y defectuoso cuadro, permítasenos manifestar, que no hemos pensado hablar ni dirigirnos á los verdaderos sábios, á los hombres instruidos para quienes esto es tan poco, y á cuyo lado no tenemos otra pretension que la de oir con docilidad y con gusto sus útiles lecciones: no á los necios que se lo saben todo, porque ya sabemos que en la medicina del entendimiento, el síntoma de la presuncion reduce la ignorancia á la clase de las enfermedades incurables, sino á los jóvenes que se proponen aprender lo que no saben ni creen saber, y á los estrangeros poco versados en nuestra literatura. Para esto hemos querido reunir en un punto, lo que diseminado en muchos volúmenes han escrito plumas mas felices, nuestros mejores ingenios, á quienes pedimos perdon, si contando con aquella indulgencia que caracteriza al sábio verdadero, nos hemos atrevido á censurar, contradecir sus opiniones, y á decir las nuestras con aquella franca libertad de hombres que desean hacer algun uso de su propia razon; pero que están persuadidos, que entre todos el mas noble que pueden hacer

de ella, es el de abjurar el error conocido, y oir con docilidad y respeto á los que quieran tener la bondad y tomarse el trabajo de corregirlos y enseñarlos.

Debemos añadir, consiguientes á las miras que en la publicacion de esta obra nos hemos propuesto, y que hemos indicado en el principio, que nuestra coleccion no podia reducirse á un apuradísimo estracto de quintas esencial y perfeccion. Se ha tratado en ella de dar una idea bastante estensa y cabal de nuestra literatura, para vindicarla de injustos desprecios, deseando al mismo tiempo que pueda servir de testo á una enseñanza, donde el maestro debe hallar ejemplos abundantes en todos los géneros para establecer entre los mismos modelos la debida graduacion, y enseñar á distinguir, no solo lo malo (que no necesita colecciones) de lo bueno, sino entre lo bueno lo mejor. Bien incompleta seria la idea que se formára de la literatura francesa, el que no leyese sino un pequeño volúmen donde estuviese recogido lo mas depurado y brillante de Lafontaine y de Boileau, de Molière y de Racine. Hay, pues, en nuestra coleccion trozos, que sin dejar de ser selectos pues que son de aquellos *ubi plura nitent*, llevan no obstante el sello de esta triste humanidad, y á los cuales hemos tenido que aplicar el

. . . . . *non ego paucis*
Offendar maculis, quas aut incuria fudit
Aut humana parum cavit natura.

Consultando el mismo espíritu, hemos tirado á que nuestro discurso preliminar presente un cuadro histórico de nuestra literatura, en que recorriendo las épocas mas notables, y hablando, aunque con mucha rapidez, de las obras y de los autores, resulten estos calificados por las bellezas mas generales que los distinguen; y como que se trata de presentar una coleccion selecta, de dar de nuestra literatura una idea, que sin dejar de

ser justa, sea ventajosa, todo en nuestro discurso tiene una tendencia acomodada á este objeto. Otro habria sido nuestro trabajo, diferente su division, si nos hubiéramos propuesto llenar el vacío de un curso de literatura de que carecemos, y sobre lo cual tal vez, si nuestra situacion venidera lo permite, aventuraremos alguna tentativa, aunque no sea mas que con la idea de provocar á mejores trabajos á los que se sientan con mayores fuerzas. Entonces será cuando, sin poner *à côté des décisions de la crítique l'échafaudage insipide employé pour les former*, como dice con mucha gracia Condorcet, hablaremos de los defectos con franqueza, y de las bellezas, sino con entusiasmo, con calor por lo menos; entonces analizaremos menudamente las producciones todas que forman el caudal de nuestra literatura, y entonces será la ocasion de describir su fisonomía particular, buscando en nuestra historia las causas morales y políticas que la han determinado, y que por la naturaleza de nuestro trabajo nos hemos visto precisados á trazar solamente por pinceladas muy rápidas. Un conjunto de observaciones, por curiosas que fuesen, un trabajo incompleto en esta línea, hubiera dejado mucho que desear, y el que medianamente haya de satisfacer á tanto objeto es obra de mas de un dia y pide mas de un volúmen. No obstante, rogamos á nuestros lectores que por via de escepcion, y apurando el caudal de su paciencia, lean, ademas del resúmen, las observaciones que contiene el capítulo siguiente y que *sibi constant*, pues que conspiran á dulcificar la escesiva hiel de amargas censuras, y á hacer ver que reducidos nuestros defectos á su verdadero tamaño, en medio de ellos somos mas dignos de la compasion que de la burla, de la admiracion que del desprecio. Con un viento contrario en los campos de Castilla el 23 de abril de 1521, cambia tal vez enteramente la suerte de la España. ¡Cuál nos prodiga la naturaleza sus lecciones de moderacion! En los individuos como en las naciones ¡de cuán poco dependen las dife-

rencias que nos distinguen! Si las examinamos en su orígen, no puede menos de quedar bien corrida nuestra ridícula vanidad.

Resúmen.

Consultando las tres épocas generales en que hemos dividido nuestra poesía, hallaremos en los caractéres que hemos asignado á cada una de ellas, sus bellezas y sus defectos propios. Es la infancia espresiva, natural y sencilla; pero ruda, pobre y trivial. Hácese despues grave, docta y sonora, hasta degenerar en afectada, pedantesca y enigmática. Es al fin grande, magestuosa y sublime, armoniosa y dulce, y acaba por hinchada, estrepitosa y sutil. Su última restauracion es el impulso existente, no bien fijado todavia, y cuyos caractéres por consecuencia no pueden ser determinados.

Primera observacion.

Los estrangeros nos acusan de hinchazon y desarreglo. No negamos que hasta cierto punto esta acusacion puede ser justa. Con efecto, de cualquiera manera que nos examinemos, parece que se descubre en nosotros una cierta disposicion á la exageracion y á la hipérbole, cierta tendencia á dar á los objetos proporciones gigantescas y colosales; y si en las producciones del espíritu nada nos gusta en su verdadero tamaño, en las empresas del ánimo nada nos tienta sino lo que es desmesurado é inconcebible. Así es como un puñado de hombres, tristes poseedores de un reducido rincon de áridas breñas y de escarpadas rocas, casi sin mas medios que su desesperacion y

sus manos, concibieron el proyecto de lanzar de nuestro suelo las invencibles legiones de Emeso y de Caleis, de Irak y de Siria, de Palestina y de Damasco, y dieron realizado este imposible por una lucha de ochocientos años. Asi es como en 1492 acogimos á un hombre arrojado de todas las córtes como un visionario, protegimos un proyecto reputado por un delirio, y descubrimos la segunda mitad del planeta que habitamos. Así fué como en seguida, sobre este nuevo hemisferio un pequeño número de hombres, que estaban con sus enemigos en la proporcion de uno á centenares de miles, derrocaron los vastos imperios de Motezuma y de los Incas, y parecieron sobre la cordillera de los Andes como para intimar al mundo atónito, que se preparase á respetar sus leyes; y se diria que si no se las hicimos reconocer despues, es porque una vez demostrada la posibilidad de hacerlo, el verificarlo entraba ya en la clase de los sucesos comunes. El dia que Cortés incendiando sus naves, privó á los hombres que le acompañaban de los recursos ordinarios en caso de resistencia ó adversa fortuna, y convirtió su empresa de atrevida en imposible y frenética, aquel dia dió resuelto el problema de la conquista de América. Solo reconociendo esta disposicion, pueden esplicarse en nuestra historia una porcion de fenómenos estraordinarios. Se nos ha visto sucumbir á males ó proyectos que para resistidos no pedian sino esfuerzos comunes, y levantarnos en seguida del seno de la nada, de la impotencia y de la degradacion misma, para asombrar al universo; y todo esto, abandonándonos á movimientos sin cálculo, sin ninguna razon de utilidad, acaso alguna vez para forjar nuestras propias cadenas y aumentar nuestras desgracias, y solo como seducidos por la grandeza y la imposibilidad de la obra; viniendo á suceder que la misma disposicion, el mismo principio que ha llevado la pluma de un poeta á una metáfora atrevida, á una desmedida hipérbole (de que tal vez habrá quien diga que se resiente tambien aun alguno

de los rasgos de esta página) es el que en las situaciones mas críticas, sobre nuestros intereses mas preciosos ha decidido de todo. Tan cierto es que existen en el hombre disposiciones primitivas y determinantes, ó efectos de las variedades de nuesra organizacion, ó resultados de la naturaleza de las impresiones constantes de los objetos que nos rodean: disposiciones que la influencia de los hábitos morales puede templar ó corregir, pero no estinguir, pues que las vemos parecer por intérvalos, y esplicar su preponderancía cuando menos lo esperábamos.

Mas despues de convenir en esta especie de disposicion, sobre cuya verdadera naturaleza no nos equivocamos tampoco, pues sabemos que puede conducir á lo mas bueno y lo mas malo, ¿hay en la acusacion toda la verdad que creen los que la intentan? En general ¿pueden ser los estrangeros justos apreciadores del punto en donde verdaderamente empieza esa decantada hinchazon y desarreglo? Reflexionemos.

La hinchazon en el estilo resulta de la desproporcion entre la grandeza de las palabras ó los pensamientos, y el verdadero tamaño de los objetos ó de las cosas. Tiene, pues, por medida la magnitud misma de las cosas ú objetos, que varía inmensamente en la naturaleza El Rin y el Danubio, el Ródano y el Sena, el Támesis y el Humber, que para nosotros son mares, podrian con dificultad merecer el nombre de rios á los ojos de un americano familiarizado con el espectáculo asombroso que presentan el San Lorenzo y el Missipí, el Marañon ó el Orinoco; y en general, cuando la América produzca oradores y poetas, sus descripciones, que no harán sino pintar la grandeza de los objetos que hieren sus sentidos, parecerán á los habitantes de la mezquina Europa abultadas hipérboles. ¿Podrán pintar con los mismos colores la refulgencia del astro del dia el escita ó el sármata, como el cordobes ó el granadino: los que con pie seguro conculcan las heladas márgenes del Oby, ó los que beben

las templadas aguas del Betis ó del Turia? Aun mas: la magnitud de los objetos para nosotros es la de su impresion, y sobre esta pueden influir, hasta diferenciarla notablemente, las variedades de nuestra organizacion, sobre todo en cuanto diga relacion con nuestros afectos, con nuestras pasiones. Dependientes estas de nuestra sensibilidad, ó no siendo por mejor decir sino las modificaciones de ella, deben presentar en el lenguage que sirve á su espresion la inmensa diferencia que hay desde el apuesto, ardiente é impetuoso africano, hasta el encogido é inerte lapon. Apenas hay metáfora que parezca atrevida, apenas pensamientos ni palabras que alcancen á espresar todo lo que siente el primero; las espresiones mas desmayadas y débiles sobran para pintar la apática indiferencia del segundo. La imaginacion de los habitantes de una atmósfera húmeda, de un sol dulce, de una inmensa y monótona llanura, cederá mas docilmente al imperio del juicio, se resentirá siempre de aquel estado de uniforme inalterabilidad á que la reduce su delicioso clima: será mas regular, pero menos variada y poética: no hablará de los objetos sino despues de haber medido con el compas sus contornos; mientras que el habitante de un suelo donde la naturaleza presenta un espectáculo alternado, que respira una atmósfera seca, y recibe la inquieta influencia de un sol encendido y ardiente, se abandona á toda la ilusion óptica de sus sentidos, y á la diferencia de los objetos viene á unirse la disposicion animada, ó si se quiere exaltada de sus órganos. Las diferencias que caracterizan el genio de las lenguas, no son sino el producto de estas variedades, reunidas á la influencia de mil otras causas físicas que se sustraen á nuestras observaciones, y de la combinacion de las causas morales que vienen á favorecer ó corregir su imperio, á variar su intensidad, su carácter de mil y mil maneras. Unase á esto que identificada nuestra facultad de pensar con el sistema de los signos, que sirven á la espresion del pensamiento hasta el punto

de que no nos es dado pensar sino por ellos, estos por una reaccion moral, vienen á ejercer una influencia casi despótica sobre nuestra facultad de sentir, á darle determinaciones casi esclusivas, que, sobre todo cuando las lenguas han llegado á fijarse, cegándonos por una parte sobre la estravagancia absurda de muchas de nuestras locuciones, de nuestras metáforas y de nuestras hipérboles, nos inspiran una prevencion fuerte contra todo lo que no es nuestro. ¿Cómo, pues, podrán tener una medida comun hombres á quienes la naturaleza se presenta bajo un aspecto diferente, en quienes ha variado la fuerza y la energía de sus órganos, y á quienes en la espresion de sus ideas diferencia un diverso sistema de signos? ¿Cuántas veces no se espondrá á declarar por hinchado lo que no hace sino presentar estas variedades, el crítico que esclavizado tal vez por una lengua de demasiada regularidad, y aun acaso hasta esencialmente anti-poética, se permita aventurar un juicio sobre las bellezas de otra lengua cuyo genio es enteramente opuesto? Españoles, no nos olvidemos en el interior de nuestra familia de la necesidad de corregir el defecto que nos vemos forzados á confesar. Estrangeros! cuando por el contacto que hemos tenido, la utilidad ó la necesidad del estudio comparativo de nuestra literatura os ponga en la precision de juzgarla, pesad en la balanza de la filosofía y la justicia la fuerza de estas reflexiones; tal vez se templará mucho la severidad de vuestra crítica, y por ser indulgentes con los otros no perderá nada la gloria de vuestros triunfos.

En cuanto al desarreglo, aunque los principios que deben consultarse en este punto dependen mas directamente del juicio, no nos olvidemos de que la imaginacion no puede nunca dejar de ejercer su imperio cuando se trata de buenas letras y bellas artes; y que por consiguiente aun en esta materia la regla cuya transgresion produce el desarreglo, mas ó menos, no puede dejar de estar siempre sometida á la influencia de aque-

llas variedades. No se crea que autorizamos por esto el desórden, ni que á título de diferencias locales queremos entronizar la confusion y el delirio; no nos proponemos sino escitar en los críticos que juzgan desde lejos, terrores saludables que los obliguen á ser circunspectos, y aun mas todavia provocar entre los de casa este género de investigaciones en que debemos necesariamente encontrar los verdaderos principios, las verdaderas reglas hasta aqui formadas por una imitacion, mas de una vez infundada y servil. Cierto es que, para pensar como Sócrates ó demostrar como Euclides, no nos queda á todos mas recurso que repetir sus raciocinios. Homero y Virgilio, Píndaro y Horacio son los modelos que debemos consultar para formar nuestro gusto ; mas no se crea que estos apuraron todos los modos de agradar , y que despues de ellos nos veamos tambien precisados á repetirlos. La verdad y la belleza están en la misma relacion que las dos líneas que las caracterizan, y que pudiéramos llamar la línea de la necesidad y la del placer ; es infinito el número de curbas que pueden tirarse entre dos puntos dados, donde no puede haber lugar sino á una sola recta. Convenimos desde luego en aquellos principios que establecen en toda composicion la unidad, ó de la idea ó de la accion, la distribucion conveniente de las partes, la relacion de ellas al todo; mas no nos olvidemos de este espectáculo asombroso que presenta la especie humana dividida en grupos, diferenciados por el genio de las lenguas, por una música, una pintura, una elocuencia y una poesía, cuyos caractéres particulares son el resultado de causas locales, que no nos permiten ni consienten que seamos enteramente griegos , romanos, italianos ni franceses. No nos esclavicemos por la imitacion, ni juzguemos del desarreglo de los otros por la multiplicidad de las reglas caprichosas de insulsos preceptistas, ó que tal vez pueden convenir á hombres determinados. Porque la accion de la Iliada no dure sino cincuenta dias y la de la Encida un año , no establezcamos por

principio que la duracion del poema épico no debe pasar de un año ni bajar de cincuenta dias. No quisiéramos que á fuerza de agarrotar el ingenio y de gritar con la verosimilitud y regularidad, el mundo hermoso é ideal de los poetas fuese sustituido por ese mundo melancólico de los filósofos. En el drama por ejemplo, ¿no pudiera darse mayor ensanche á esas decantadas unidades de lugar y de tiempo? Reflexionemos que no podemos nunca sustraerle á su verdadera naturaleza que es la de ser una ficcion, en la que partimos ya de una infinidad de supuestos bien inverosímiles. Hacemos por ejemplo de un edificio, tal vez mezquino, el universo entero, y de un cómico y una cómica las Lucrecias y los Catones. En buen hora que la accion no dure doscientos años como la de los *Siete Durmientes*, y que no veamos *salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado*, como dijo nuestro Cervantes (1) antes que Boileau; pero en la suposicion de no creerse que debemos limitarnos en el tiempo á solo el de la duracion del drama, ni en el lugar á aquel en que nos hallamos, ¿qué inconveniente habria en estender un poco el imperio de la ficcion, y dar á los poetas la facultad de variar el lugar de la escena desde el campo de Marte al Capitolio, y en lugar de veinte y cuatro horas, el ensanche necesario para que no puedan hacerse ridículamente chocantes ni la duracion ni las distancias, acomodando estas variedades á las divisiones ó actos que pueda exigir el asunto del drama? Independientemente del interes que tenemos en atenuar el rigor de las reglas ó reducir su número para disminuir el de las trasgresiones y debilitar la fuerza de la acusacion, sin aprobar el esceso de los antiguos, desearíamos que los modernos fuesen mas libres, no olvidando las diferencias indicadas que pueden hacer que, mientras que el poeta dramático de una nacion exacta y lógica por el genio de su len-

(1) Part. 1.ª, cap. 48 del *Quijote*.

gua, y al mismo tiempo naturalmente locuaz y decidora, puede estar seguro de agradar y sostenerse por la verdad de los caracteres y las bellezas solas del diálogo, una nacion poética por la lengua, grave y taciturna por carácter, y que no puede sufrir largos razonamientos, quiere ser entretenida, conmovida y arrastradaá fuerza de situaciones y de invencion. Lope de Vega y Shakespeare sintieron sin duda este principio, y no han hecho acaso sino abandonarse á él esclusivamente ó con esceso.

Observacion segunda.

Sobrepujamos á todos en la poesía lírica en riqueza, y á nadie cedemos en la perfeccion en ninguna de las diferentes especies en que aquella se subdivide. En la comedia hemos conservado nuestra antigua superioridad, en cuanto á la riqueza y fecundidad de la invencion; pero en todo lo demas estamos en general muy distantes de la perfeccion con que otras naciones han manejado este género. Rivalizamos con la primera de todas en el género burlesco, estamos bien distantes de hacer en el apólogo y la sátira un papel desairado al lado de ninguna, y tenemos en la prosa escritores distinguidos en todos los géneros; ¿cómo esplicar nuestra escasez de oradores y nuestra inferioridad en la epopeya y la tragedia? ¡Cómo....! ¿Los poseedores de la lengua mas espresiva y armoniosa, mas llena de magestad, hombres dotados al mismo tiempo de la imaginacion mas ardiente y de una alma toda fuego y pasion, pobres y deslucidos en aquellos géneros cuyo carácter es la elevacion, sublimidad y grandeza? ¿De donde proviene tan inesplicable contradiccion....? De donde proviene entre nosotros nuestro atraso, nuestra pobreza y nuestra inferioridad en todo. Ya lo hemos dicho: el ingenio se ha visto reducido á un pequeño número de

desahogos, porque *mientras que al esterior nuestro poder se estendia fuera de todo límite, el de nuestra libertad política, el de nuestras ideas se circunscribia á términos muy precisos.* (1) En vano algunos escritores, ó por aduladores ó por cortos de vista, han designado como causas las que no son sino efectos. En vano se ha dicho que el mal ha estado en la falta de reuniones que hayan podido servir de teatro y de estímulo al ingenio, en el atraso del arte crítica, y en la influencia del escolasticismo. Todas estas cosas no son sino efectos de una sola causa, variaciones de un mismo tema, y este tema ha sido la naturaleza dura de nuestras instituciones opresivas. Para mantenerlas fué necesario encadenar el pensamiento; y los talentos y el ingenio no solo quedaron sin proteccion y sin estímulo, sino que empezaron á ser un don funesto. Donde la actividad del espíritu humano no ha sido comprimida por esfuerzos tan estudiados y violentos, la razon y el genio, aunque luchando con algunos obstáculos, han podido estender la esfera de sus conocimientos, y continuar marchando en una progresion siempre creciente; mas donde la primera y el segundo se han visto circunscritos á una estension determinada, recorrida esta, como lo fué en poco tiempo la que á nosotros nos dejaron, acosados dentro de una barrera impenetrable, ¿qué podiamos hacer sino retrogradar y decaer, ó bregar y forcejar, convirtiendo la energía y la fuerza en hinchazon y violencia, los movimientos fáciles y nobles en ridículas contorsiones? ¿Cómo hemos podido sobresalir en aquellos géneros cuyo carácter es la elevacion, la sublimidad, mientras se sustraian al imperio de la razon y del ingenio casi todas las ideas á que por su dignidad y su importancia están vinculadas aquellas calidades? ¿Cómo podiamos ser grandes, mientras no nos ha sido dado tratar ni discutir sino intereses mezquinos? De aquí nuestra hinchazon. Dispuestos por la natura-

(1) Pág. 82.

leza á sentir con vehemencia, y luchando con la pequeñez de los objetos, abultamos sus estravagantes proporciones. No pudiendo andar adelante, no nos quedaba mas partido que el de trepar y encaramarnos. De aquí, que el escolasticismo, si bien obra de un impulso general, se perpetuase entre nosotros, estendiese su influencia, y aun conserve una gran parte de su imperio. Mientras no podamos ser verdaderamente grandes, corre mucho peligro que no dejemos de ser ridículamente sutiles.

Si nos han faltado aquellas reuniones que sirven de teatro á los talentos, ¿no ha nacido esto del mismo principio? No es el resultado de aquel carácter suspicaz y asombradizo, que nace en los agentes de la opresion del convencimiento interior de su propia violencia? ¿Qué tiene que temer un buen padre de la reunion de sus hijos? ¿Pueden acaso hacer otra cosa que hablar con entusiasmo de sus bondades, estrechar entre sí sus fraternales vínculos, y fortificarse mútuamente en las ideas de amor filial y de respeto? ¡Mas cuánto no tienen que temer los que oprimen de la reunion de los oprimidos, sobre todo si se reunen á perfeccionar su razon, y por consecuencia á pensar sobre su situacion y sus desgracias!

Si el arte crítica no ha hecho entre nosotros grandes progresos en ningun ramo, ¿cuál ha sido la causa? Hijo de la lógica, ó por mejor decir, no siendo mas que la aplicacion de esta á las diferentes materias que distinguen las ciencias, no ha podido hacer progresos parciales: forzado á representar el estado de estas, no podia elevarse á la perfeccion en la literatura, por ejemplo, mientras que apenas podia ejercitarse sobre la historia, la filosofia, la legislacion y la política. Las gentes interesadas en que nada se profundice, tuvieron que crear un mundo de autoridad y de rutina, y para conservarle, fué indispensable perseguir de muerte á los que manejasen esta arma desenterradora de verdades perdidas.

Con efecto, no es posible ya ni engañarse ni engañarnos

Soberanos ó súbditos, gobernadores ó gobernados hemos podido hasta aqui alucinarnos y equivocarnos de buena fé; pero en el dia está demostrado. Si con la lengua mas hermosa nuestra literatura no presenta los primeros épicos, trágicos y oradores de la Europa; si con la propiedad de Méjico y de Lima no somos la nacion mas floreciente y opulenta que ofrece la historia del mundo: en fin, si el trono de España no es el primero de los tronos, todo es una consecuencia del estado de inmovilidad á que quedó reducida la razon, cuando se organizó en medio de nosotros una fuerza opresiva del pensamiento, que casi paralizó enteramente su accion.

¿Porqué falso raciocinio, porqué equivocacion funesta, los príncipes que hubieran debido disputarse á porfia el glorioso título de protectores de las luces, han armado no pocas veces contra ellas su terrible brazo abandonándose á sistemas tan absurdos, tan contrarios á sus verdaderos intereses? Si, como se esfuerzan á persuadirles y á persuadirnos, la ilustracion es un mal, la verdad la enemiga de la virtud, ¿á que vendrán á reducirse entonces nuestras ideas de moral y de justicia? Señores de la tierra! reflexionad. Es cierto que las luces, al combatir los demas errores, no han respetado aquellos que hacian de vuestra omnipotencia un dogma, y que este abuso funesto ha sido reemplazado por la idea de la libertad política de las naciones; mas ¿no es preferible la franca adhesion, el amor respetuoso de hombres libres, á la humillacion indecente, á la pérfida disimulacion del esclavo?... Cierto es que facciones sanguinarias han manchado alguna vez el ara santa de una justa y moderada libertad; mas la verdadera ilustracion ha mirado siempre con horror tales violencias, y ha sido la primera en delatar la anarquia demagógica como la mayor calamidad de las naciones: sus proscripciones, sus venganzas y sus suplicios, como otros tantos ultrajes hechos á aquella deidad, toda órden, tutela y proteccion. Cierto es que el fanatismo de la libertad

ha derribado los altares; mas la ilustracion proclama hoy como nunca la necesidad de una religion dulce y tolerante, no menos distante de la impiedad y la licencia, que de la credulidad necia, de la virtud mentida del hipócrita y del turbulento y sanguinario celo del fanático. Si aun existen entre vosotros algunos á quienes aflija el ver estenderse y consolidarse cada dia el imperio de la verdad, que se consuelen reflexionando y calculando mejor sobre su propio interés. Si cerrando por un momento el oido á las sugestiones del orgullo, meditan en la calma de las pasiones, hallarán que lejos de estar escluidos de la conveniencia general, á ellos como á todos importan los progresos de la razon: que esas luces que tanto temen, son las únicas que pueden salvarlos; si ya no es que á fuerza de empeñarse en comprimirlas, vienen á ser víctimas de su detonacion: que no hay ninguna conveniencia entre el furor insensato del terrorismo, que no es mas que la infame bajeza de la esclavitud, esplicada en el momento de la licencia, y las verdades pacíficas de una filosofía sin exaltacion, que no respira sino fraternidad y concordia: y que en fin, solo al triunfo de esta será cuando, situados para siempre sobre un punto inaccesible, sin perder nada de su magestad, dejarán de luchar como hasta aquí entre un despotismo brutal y la feroz venganza de un genízaro, entre el veneno y el mando, entre el puñal y el trono. ¡Hombres falaces! No son las luces las que los han derrocado, sino el empeño de mantener la obscuridad y las tinieblas. No la virtud de Lucrecia ni el pundonor de Virginio, sino la lascivia del adúltero é incestuoso Sesto y la impudente procacidad de Apio Claudio, derribaron el trono de los Tarquinos y echaron por tierra la autoridad de los Decemviros. ¡Príncipes! cuando sobre este punto la lógica artera y sofística de vuestros aduladores ó cortesanos quiera haceros admitir una figura de retórica por una realidad, un paralogismo por un raciocinio, cerrad vuestros oidos á sus pérfidos consejos. Su

interés se los dicta, y el vuestro los contradice. La manía de repúblicas es una ilusion abandonada. Los pueblos quieren soberanos, y el sistema mas perfeccionado y cuya utilidad está ya comprobada por el ejemplo, os saca de la clase de simples mortales para elevaros á la de semidioses, y rodeándoos de una magestad augusta, os hace invulnerables; pero esta ventaja os es enteramente personal, y vuestros favoritos conocen todo lo que pierden. Su detestable ambicion, su vil codicia, so color de amor á vuestra persona y celo de vuestra autoridad, busca en vuestro despotismo el suyo, en vuestra inviolabilidad la impunidad de sus dilapidaciones, y en la obscuridad y las tinieblas, los medios de perpetuar tales horrores.

¡Quiera el cielo ¡oh cara patria! á tí entre todas preservarte por sabios consejos, por la prevision y la prudencia, de los horribles males con que otras han comprado tan á costa suya el conocimiento de estas verdades....! Tal es la ferviente súplica que te dirigen lejos de tí, y á pesar de tu desden, dos (1) de tus hijos, cuyo corazon no ha concebido nunca un deseo, cuyos labios no se han manchado, ni se mancharán jamás con otro voto que el de tu prosperidad y tu gloria.

(1) Escribia don Manuel Silvela este discurso en nombre suyo y de su colaborador en la *Biblioteca Selecta.*

NOTICIAS BIOGRAFICAS

DE VARIOS AUTORES.

PROSADORES.

Aleman (Mateo). Se tienen muy pocas noticias de este autor. Se sabe solo que era de Sevilla: que existió en tiempo de Felipe II por quien estuvo empleado: que renunció á sus pensiones públicas por disfrutar del reposo de una vida privada: que estuvo en Méjico: y que es autor, entre otras obras, del *Guzman de Alfarache.*

Antonio (don Nicolás). Sevilla tiene el honor de contar entre sus ilustres hijos á este laborioso sabio, y eruditísimo escritor. Nació en 1617. Su padre, que se llamaba tambien Nicolás, fué nombrado por Felipe IV almirante de la compañia naval, formada en Sevilla en 1626. Empezó en Sevilla sus primeros estudios: pasó despues á Salamanca, en donde fué discípulo, entre otros, del célebre Ramos del Manzano. Fué nombrado por Felipe IV en 1659, agente general de España en Roma, en cuyo destino permaneció diez y ocho años, á vuelta de los cuales, fué nombrado por Carlos II consejero en el Consejo de la Santa Cruzada. Regresó á Madrid á desempeñar este nuevo

encargo hasta 1684, en que murió, dejando por monumento eterno de sus vastos y estraordinarios conocimientos, su *Bibliotheca vetus*, publicada despues de su muerte por su íntimo amigo el cardenal de Aguirre, y su *Bibliotheca Hispana*, á la que debemos la mayor parte de las noticias que tenemos de nuestros escritores del siglo XV en adelante.

Argensola (Bartolomé de). Por hablar de él unidamente con su hermano, reservamos esta noticia histórica para el segundo índice, en que daremos las que corresponden á los poetas.

Avila (el V. Juan de). Nació en 1504, hijo de una familia honesta y bien acomodada de Almodovar del Campo, en el arzobispado de Toledo. Sus padres querian dedicarle á la carrera del foro, y al efecto le enviaron á Salamanca, mas desde los primeros años de su pubertad, se descubrió su vocacion al sacerdocio, su pasion al retiro, y aquella sensibilidad esquisita, aquella caridad ardiente que caracterizan al hombre verdaderamente evangélico. Sus padres, desistiendo de sus primeros proyectos, le enviaron á Alcalá á estudiar, donde tuvo por maestro al célebre Fr. Domingo Soto, uno de nuestros eminentes teólogos en el Concilio de Trento, enviado por Carlos V en 1545 con Fr. Bartolomé Carranza. Nicolás Antonio dice, que Soto fué su maestro de teología en Alcalá; mas se conoce que esto ha sido un descuido, ó mas bien acaso, un error de pluma. El mismo Nicolás Antonio dice en el artículo de *Soto*, que enseñó en Alcalá la filosofía, y la teología en Salamanca. Nuestro venerable tuvo primero el proyecto de pasar á las Indias occidentales, donde ciertamente su caridad no hubiera estado de sobra por aquellos tiempos; mas le retrajeron de este designio en Sevilla don Francisco Contreras, á quien consultó, y don Alfonso Manrique, obispo entonces de esta ciudad: los mismos que le determinaron á entregarse al ejercicio de la predica-

cion, en que fué tan eminente como manifiesta el renombre de *Apóstol de Andalucia*, con que le honró, ó por mejor decir, le hizo justicia su siglo. Ni su santidad ni sus virtudes le pusieron á cubierto de la envidia que halla en nuestra desgraciada patria tan anchos y fáciles desahogos. Acusado á la Inquisicion de Sevilla, consiguió que su inocencia fuese reconocida, que es el mayor triunfo á que se puede aspirar ante una autoridad que esgrime el acero contra el acusado, y parece reservarse el escudo para el calumniador. Su celo infatigable, unido sin duda á la austeridad de sus penitencias, quebrantaron su complexion, y muchos años antes de morir, estuvo constantemente mortificado por sus males. Al fin, murió, segun Nicolás Antonio en 1569 en Montilla, pueblo del señorío de los marqueses de Priego, cuyas conciencias dirigia.

Avila y Zúñiga (don Luis de), natural de Plasencia, provincia de Estremadura, segun parece colegirse de una carta del aragonés Juan Verzosa, autor coetáneo, y que acompañó á don Diego de Mendoza en sus comisiones á Trento, en sus embajadas de Roma y en su gobierno de Sena, teatros en que conoció, trató y se hizo amigo de nuestro Zúñiga. A la muerte de Paulo III y exaltacion de Julio III, fué Zúñiga enviado por Carlos V en el año 550, para felicitarle por su elevacion á la silla pontifical, y rogarle volviese á reorganizar el Concilio de Trento, suspendido y medio disuelto por la muerte de aquel: legacion que creemos sea la que Nicolás Antonio refiere, atribuyéndola equivocadamente á la exaltacion de Paulo IV, elegido por muerte del malogrado Marcelo II. Posteriormente, en el año 1563, bajo el pontificado de Pio IV, fué enviado por Felipe II con una comision de la mayor importancia, que no se limitaba solamente á los asuntos del Concilio, tales como su continuacion en Trento, la resolucion del *Proponentibus Legatis*, la resistencia al uso del cáliz y al matrimonio

de los clérigos, que eran los dos puntos del *interim* de las Dietas, y tan contrarios á la teología de su soberano, que habia prohibido hasta que se hablase de ellos, sino que se estendia, y aun parecia tener por fin primario, objetos puramente políticos: tales como la continuacion del subsidio por cinco años mas, el permiso de vender hasta cierta suma de bienes eclesiásticos, una dispensa matrimonial para casar al príncipe don Cárlos; y aun, segun dicen algunos, se estendia á pedir para su soberano el título de *Emperador de las Indias*, género de gracia que no fué nunca despachada por la Cancillería de San Pedro; pero en cuya posesion estaba Roma, desde que en el siglo VIII, recibió Cárlo Magno la de emperador de Occidente de las bondades de Leon III. Fué don Luis de Zúñiga comendador mayor de la orden de Alcántara, y tuvo diferentes señorios por su muger, hija única de don Federico Zúñiga y Sotomayor. Ya hemos dicho en nuestro discurso preliminar, que acompañó al emperador en la guerra de Alemania, cuya relacion es el asunto de su obra. Esta guerra se terminó en 1547 por la batalla de Elba, en que fueron derrotadas las fuerzas de la Liga, y quedó prisionero el duque de Sajonia.

Ayala (don Pedro Lopez de), señor de Salvatierra de Alava, descendiente de la casa de Haro, fué canciller mayor de Castilla. Alcanzó cuatro reinados: el de don Pedro el *Justiciero*, don Enrique II, don Juan el I, y don Enrique III. Todos ellos apreciaron sus talentos y valor. Con sus talentos, sirvió en la direccion y arreglo de varios negocios de Estado que aquellos cometieron á sus luces; y de su valor dió no pequeñas pruebas en las batallas de Nájera y Aljubarrota, en las que fué hecho prisionero. Murió en 1407 en Calahorra, á la edad de setenta y cinco años. Los apologistas del rey don Pedro redarguyen la crónica de Ayala de sospechosa y falsa; y á este de apasionado de don Enrique. Zurita y otros tratan de vindicarle,

y le consideran como un historiador lleno de sinceridad.

Cervantes Saavedra (Miguel de). La nota histórica de este escritor incomparable no será mas que un reducidísimo estracto de la que escribió don Vicente de los Rios, y corre al frente de la edicion de la Academia. Esquivias, Sevilla, Madrid, Lucena, y Alcázar de San Juan, que sobre la autoridad de don Tomas Tamayo, Nicolás Antonio, Lope de Vega y otros, disputaban á Alcalá de Henares el honor de haber producido el génio estraordinario de Cervantes, han tenido al fin que abandonar sus pretensiones y ceder á la fuerza de esta crítica desenterradora, que revolviendo archivos y combinando fechas, las ha privado hasta del consuelo de una duda gloriosa. No puede dudarse que nació en Alcalá de Henares el 9 de octubre de 1547. Fué discípulo en letras humanas del Mtro. Juan Lopez de Hoyos. Desde sus primeros años tuvo por la poesía, en que nunca pudo sobresalir, una inclinacion decidida, que inspirándole aversion á todas las profesiones lucrativas, le acarreó las plagas ordinarias de los hijos de Apolo: es decir, enemigos, vigilias y hambres. Reducido por su necesidad á tomar un partido cualquiera, pasó á Italia en el año de 1563, y se acomodó por camarero en casa del cardenal Aquaviva. En el año de 70, se alistó en las banderas de Marco Antonio Colona, duque de Paliano, nombrado por Pio V general de sus tropas y armada, y sirvió bajo sus órdenes en la malograda espedicion de Chipre; y en el de 71, se halló en la batalla de Lepanto, en donde perdió la mano izquierda. Alistóse despues en las tropas de Nápoles y sirvió hasta 1575, en que, pasando de esta ciudad á España, le hizo cautivo el famoso corsario berberisco Arnaute Mami. Dió en Argel pruebas de una firmeza estraordinaria, de un valor impertérrito y de una osadía inconcebible. Rescatado en 1580, regresó á España en 581. Volvió de nuevo á su antigua inclinacion á la poesía y letras humanas. Se casó en el año de 84 en Esquivias con doña Catalina

Palacios de Salazar. Las dificultades de su situacion se aumentaron con este enlace. Dióse al teatro, y compuso hasta treinta comedias. En el año de 1594, abandonó esta ocupacion, y luchando siempre con su necesidad hasta el fin de sus dias, ayudado de la liberalidad de un pequeño número de protectores, y auxiliándose con la publicacion de sus obras, para oprobio eterno de su siglo, pudo arrastrar apenas una existencia mísera en Sevilla, Valladolid y Madrid (donde principalmente residió) hasta el 23 de abril de 1616, en que falleció, dando en sus últimos momentos pruebas incontestables de su asombroso génio, y de su alentado corazon, en la carta que escribió al duque de Lemos dedicándole el *Pérsiles y Sigismunda.* La posteridad le ha indemnizado de la injusticia de su siglo, siendo tan pródiga en sus elogios, como avaros fueron sus contemporáneos; de manera, que conviene esactamente á su buena fama, lo que Virgilio dice de la malá en su hermosísima descripcion del lib. 4.

Parva metu primo, mox sese attollit in auras
Ingrediturque solo, et caput inter nubila condit.

Cibda Real (Fernan Gomez de). Segun su modo de esplicarse en una de sus cartas á don Pedro Estúñiga ó Zúñiga, conde de Ledesma, parece haber pertenecido á una familia dependiente de la casa de este. Por su nombre puede colegirse que era natural de Ciudad Real. Consta que nació en 1388: que se graduó de bachiller en medicina á la edad de veinte y cuatro años: que fué médico de don Juan el Segundo, con cuya confianza y aprecio se vió honrado hasta su muerte en 1454: y por su correspondencia se vé, que le habia sacado de pila el cronista don Pedro Lopez de Ayala: que le favoreció don Alvaro de Luna: que fué amigo del célebre Juan de Mena: y que la consideracion particularísima con que le distinguió el soberano, le puso en relaciones con los primeros señores de su córte; y aun pareció darle cierto ascendiente y peso en los nego-

cios políticos. Ignóranse todas las demas particularidades de su vida.

Coloma (don Cárlos), hijo de don Juan, conde de Elda, nació en Alicante en 1573. Desde los primeros años se dió á la milicia, é hizo en ella una brillante carrera, cual por esta vez convenia á la nobleza de su familia, ilustrada por sus talentos. Despues de haber sido gobernador del Cambresí, general de caballería en Milan, y capitan general de las armas en el Rosellon, fué nombrado embajador estraordinario en la córte de Lóndres. Debió un aprecio singular á Jacobo I protector decidido de las luces, y uno de los literatos de su época, y al desgraciado Carlos I su hijo: y el siglo de Shakespear y de Bacon parecieron hacer justicia al mérito nada comun de nuestro Coloma. Felipe IV, en recompensa de sus servicios, le dió las encomiendas de Montiel y Osa de la órden de Santiago; le nombró su mayordomo, consejero de Estado y de Guerra; y le condecoró con el título de marqués del Espinar. Murió en 1637.

Estella (Fr. Diego de), natural de Estella de Navarra, hijo de una familia ilustre de este reino, nació en 1524. Estudió en Salamanca, y tomó en ella el hábito de San Francisco. Fué confesor del cardenal Granvela, teólogo y consultor de Felipe II; y si hemos de creer á Andres Escoto, citado por Nicolás Antonio, fué obispo electo, si bien no dice de qué diócesis. Fué muy perseguido por sus hermanos de hábito, y estuvo largo tiempo preso; pero triunfó al fin de sus perseguidores. Murió en 1578. Su larga residencia en Lisboa, á donde fué con Rui Gomez de Silva, ha dado ocasion á que varios autores le creyesen equivocadamente portugués.

Feijoo y Montenegro (Fr. Benito Gerónimo). Nació en 8 de octubre de 1676 en Cardemiro, pequeña aldea del obispado de

Orense. A los catorce años recibió la cogulla de San Benito en el monasterio de San Julian de Samos. Fué catedrático de teología en la universidad de Oviedo, en que fué jubilado por el consejo. Obtuvo de su órden los honores de maestro general. Su reputacion se estendió por todas partes, y debió elogios singulares á todos los verdaderos sábios de su tiempo, entre otros á Benedicto XIV, al cardenal Querini, y otros varios estrangeros. Fernando VI le concedió honores del consejo, y por testimonio del aprecio que hacia de sus luces, el señor Carlos III le regaló las Antiguedades del Herculano. Desde el año 1726, en que empezó la publicacion de su *Teatro Crítico*, hasta el año de 64 en que falleció, su vida fué una série de triunfos sobre sus miserables émulos.

Fuenmayor (don Antonio). Nació en Agreda en Castilla la Vieja. Su padre fué consejero de Castilla. Fué educado con particular esmero, y desde el principio se anunció en él la preferencia que dió en sus estudios á la historia. Murió á los treinta años, siendo Arcediano de Campos en la catedral de Palencia.

Gracian (el P. Baltasar). A pesar de su distinguido mérito, y de pertenecer á la segunda mitad del siglo XVII, son muy escasas las noticias que de él se tienen. Solo se sabe que era aragones, natural de Calatayud: que abrazó el instituto de la compañía: que era rector del colegio de Tarragona, cuando su amigo y paisano don Vicente Juan de Lastanosa escribia sus *Diálogos de las medallas desconocidas españolas*, en que le tributa elogios merecidos: y que murió en Tarazona en 1658.

Granada (Fr. Luis de). Nació en esta ciudad en 1504 de padres poco favorecidos de la fortuna. Toda su celebridad es hija de sus virtudes eminentes, y de su gran talento, empezando por el primer paso, que fué la impresion generosa que, en su

tierna infancia, produjeron en el conde de Tendilla sus disposiciones estraordinarias. Este señor, alcaide entonces de la Alhambra, le recogió y le hizo educar al lado de sus hijos, en cuya compañía cursó sus primeros estudios. La descendencia real de esta ilustre casa no ennoblecia mas á su digno poseedor que el buen uso que supo hacer en esta ocasion de su riqueza y de su nombre. A los diez y nueve años de edad, tomó nuestro Fr. Luis el hábito del órden de Santo Domingo en el convento de Santa Cruz, que los reyes católicos acababan de fundar en Granada. En él estudió la filosofía. Pasó despues á Valladolid á continuar sus estudios en el colegio de San Gregorio, adonde solo se enviaba á los jóvenes que sobresalian entre los demas, y siguió despues la carrera de maestro, enseñando filosofia y teología en diferentes colegios. En seguida, fué nombrado prior del convento de *Scala Cœli* á las inmediaciones de Córdoba, adonde bajaba á predicar con frecuencia, y adonde su celebridad le proporcionó el conocimiento y amistad del V. Juan de Avila, cuyos consejos y preceptos contribuyeron á formarle en la elocuencia evangélica. Despues de haber fundado el convento de Badajoz, fué llamado á Portugal por el infante don Enrique, arzobispo de Evora, y distinguido y honrado por los reyes don Juan III y doña Catalina, la cual, durante su regencia, quiso nombrarle, primero, obispo de Viseu, y despues, arzobispo de Braga. Contento con el provincialato de su órden, no fué posible nunca hacerle admitir mayores dignidades. Su celebridad llegó hasta Roma. Gregorio XIII en el año de 1582, le escribió escitándole á continuar sus apostólicas tareas. Dícese tambien que Sixto V su sucesor, se proponia honrarle con el capelo, de cuyo propósito pudo retraerle el humilde Granada por medio del cardenal Bonelo su amigo. Murió este hombre virtuoso y elocuente en Lisboa el 31 de diciembre de 1588.

Guevara (Fr. Antonio de). Natural de la provincia de Alava,

hijo de don Beltran, y de doña Elvira de Noroña y Calderon, y nieto de otro don Beltran, señor de Escalante. Criado en la córte á donde le llevó su padre desde la edad de doce años, prefirió el cláustro á toda otra direccion, y tomó el habito de la religion franciscana, segun Nicolás Antonio, en Nápoles ó en Valladolid; mas por lo que resulta de su epitafio, obra del mismo Guevara, y que como tal refiere aquel escritor, parece no puede dudarse que fué en esta última ciudad. Dióse á la teología; pero sin abjurar por eso ni la erudicion sagrada ni la profana, y tuvo en una y otra conocimientos poco comunes, sobre todo en los hombres de su profesion. Despues de haber sido honrado con diferentes prelacías de su órden, Carlos V le nombró su predicador y cronista. Corrió, segun él mismo dice, una gran parte de la Europa con el emperador, el cual, por premio de su celo en el manejo de diferentes asuntos, que, suyos y del estado, cometió á sus talentos, le elevó á la dignidad episcopal, nombrándole primero para la silla de Guadix, y despues á la de Mondoñedo. Murió en Valladolid el 10 de abril de 1544.

Guzman (Fernan Perez de). Señor de Batres, hijo de Pedro Suarez de Guzman y doña Elvira Ayala, hermana del cronista. Se halló en la célebre batalla llamada de la Higuera, dada por el rey don Juan II contra el rey de Granada Mahomad el *Izquierdo*, que se resistió á rendir á Castilla las parias debidas por consecuencia de anteriores tratados. Cuando en el año siguiente de 1432 don Juan el Segundo regresado á Castilla, puso presos al conde de Haro y á don Gutierre de Toledo, obispo de Palencia y tio de Fernan Perez, por sospechosos de inteligencia con los reyes de Aragon y Navarra, nuestro escritor fué tambien puesto en prision. Sea lo que quiera de esta sospecha, que Fernan Gomez de Cibda Real mira como muy fundada, pues dice hablando de aquellos, carta 52 «acusaban al rey de Na-

varra é al de Aragon de entrar en Castilla, mientras el rey demoraba en la guerra de Granada» lo cierto es, que posteriormente fueron puestos en libertad, acaso porque asi lo exigiese la política como parece anunciarlo uno de nuestros historiadores, que asegura que no consiguieron su libertad, sino por resultas de las negociaciones de Malafaya, embajador de Portugal. Consecuencia tal vez de este suceso, fué el retirarse nuestro Perez de Guzman á su señorío de Batres, en donde vivió sin volver á tomar parte en ninguno de los grandes sucesos y convulsiones del reinado de don Juan el Segundo. De una composicion poética que hizo, llorando la muerte de don Alonso de Cartagena se colige, que en la direccion de sus estudios, debió mucho á las luces de este insigne obispo de Burgos.

Leon (el maestro Fr. Luis de). Dando á este insigne varon á Granada por patria, hemos seguido la opinion mas recibida, y que cuenta en su favor la autoridad de los escritores Bermudez de Pedraza, en las *Antiguedades y escelencia de Granada.* Luis Muñoz, en la *Vida de Fr. Luis de Granada*: el maestro Herrera, en su *Historia del convento de S. Agustin* de Salamanca: don Gregorio Mayans y Síscar, en la *Vida del maestro Leon*: y Capmany, en su *Teatro Histórico-crítico.* No obstante, aunque tal sea el estado de posesion que hemos seguido y respetado en nuestro discurso preliminar, no por eso dejaremos de decir, que Granada, en el juicio de propiedad, sufriria la contradiccion de dos grandes autoridades, sin tener por su parte ni hechos ni documentos decisivos que alegar, y cuales se necesitarian para adjudicarle esta gloria de un modo incontestable. El erudito don Tomás Tamayo le señala por patria á Belmonte en la Mancha; y Nicolás Antonio, á Belmonte ó Madrid, añadiendo este último, que en Granada no pudo ser, porque segun resulta del epitafio que se halla en los Agustinos de Salamanca, á donde desde Madrigal fueron trasladados los mortales

despojos del maestro Leon, nació este en 1527, y su padre don Lope de Leon no pasó á Granada á ejercer el cargo de la judicatura á que habia sido nombrado, hasta despues del año 1533, pues que en este año aun ejercia en Madrid la abogacía. Si Nicolás Antonio, en lugar de contentarse con decir, *cuyus rei, prespectis monumentis, fidem non habere minimé possumus*, hubiera citado y probado la autenticidad de los documentos que debian acreditar el hecho que sienta, y que determinaron su opinion, Granada se defenderia con dificultad de tan poderosa objecion. En el año 1543, tomó el hábito en el convento de San Agustin de Salamanca: en el de 61, gozando todavía los estudiantes del derecho de conferir las cátedras, obtuvo en la universidad de esta misma ciudad la de santo Tomas de Aquino compitiendo con siete opositores, cuatro de ellos ya catedráticos; eleccion que pudiera hacer dudar, si seria preferible esta antigua democracia literaria con todos sus muchos y grandes inconvenientes, á la oligarquia reinante: tanto mas que, en general, es necesario confesarlo, el mejor juez del maestro es el discípulo. Posteriormente ascendió el maestro Leon á la cátedra de escritura, y de ella se ocupaba, cuando en 1572, sus envidiosos empleando sus acreditadas armas contra los hombres cuyo mérito les ofende, es decir, la interpretacion maligna y la calumnia, consiguieron sepultarle en los calabozos de la inquisicion de donde no salió sino al cabo de cinco años de grandes penalidades y trabajos, sirviéndoles de pretesto una traduccion que habia hecho del Cántico de Salomon con ciertos comentarios, esplicando su sentido místico. A pesar de lo movedizo del terreno, obtuvo en cuanto á su opinion y dignidades un triunfo completo; pero la justicia se quedó siempre reclamando en vano el castigo del delator. La opinion del tiempo designó al maestro Leon de Castro, catedrático de retórica. Si asi es, este segundo Leon desmintió la decantada nobleza de su raza, y se manchó con la pérfida alevosia del tigre. Murió

este célebre escritor en 1591, en Madrigal, adonde, como vicario general de la provincia de Castilla concurrió á la celebracion del capítulo en que fué nombrado provincial, no habiendo sobrevivido mas que nueve dias á este nombramiento.

Malon de Chaide (Fr. Pedro). Natural de Cascante del obispado de Tarazona. Nació hácia el año 1530. Fué tambien, como el maestro Leon, agustiniano; y tomó, como aquel, el hábito en el convento de Salamanca Esplicó teología en Zaragoza y Huesca.

Manuel (don Juan). Hijo del infante don Manuel y nieto de San Fernando, habido del primer matrimonio de este con doña Beatriz, hija del duque de Suevia y rey de romanos. Desde su primera defeccion delante de Algeciras sitiada por don Fernando IV, llamado el *emplazado* en 1306, su vida es un tegido de turbulencia y rebelion. Reconcilióse con este en 1311: pero muerto don Fernando, despues de la rendicion de Alcaudete en el siguiente de 1312, escitó mil convulsiones durante la minoridad de don Alonso el onceno, hasta que al fin se hizo reconocer por uno de sus cinco tutores: tutoría tan aciaga para Castilla, y que duró no menos que hasta 325, en que habiendo llegado el rey á la edad de catorce años, se vieron precisados los tutores á resignar sus poderes en las córtes de Valladolid. Temiendo las consecuencias de lo hecho durante la tutoría, trató don Juan Manuel de hallar en la rebelion y las turbulencias la impunidad de sus escesos, ó una seguridad contra sus miedos, uniéndosele al efecto, don Juan el *Tuerto*. Don Alonso el onceno supo astutamente desunirlos, pactando con don Juan Manuel casarse con su hija Constanza, como efectivamente se verificó (1); mas posteriormente la re-

(1) El maestro Flores en las *Reinas católicas*, dice que se desposó, pero que el matrimonio no se efectuó.

pudió, y de un modo indigno de un rey, se deshizo por un asesinato de don Juan el *Tuerto*. Estos dos sucesos escusan hasta cierto punto la conducta posterior de don Juan Manuel. Alióse con los reyes de Aragon y Granada, contra el de Castilla, y unido á don Juan de Lara, trajo el reino en agitacion continuada. Tratóse de una conciliacion. Con efecto, pareció quedar concluida en el convite de Becerril, á que asistió el rey: mas escitáronse nuevas desconfianzas; y ni Lara ni don Juan Manuel quisieron parecer en el de Villaumbrales, en que el rey los esperaba. La memoria de don Juan el *Tuerto* venia casi siempre á romper todo tratado de conciliacion entre los dos, sin que bastase á inspirar confianza á don Juan Manuel la visita que el rey le hizo en Peñafiel, villa de su señorio; antes por el contrario, aumentó sus recelos, produjo nuevo rompimiento y nuevas agitaciones, en que obraban unidos tres Juanes, que no tenian nada de su nombre; don Juan Manuel, don Juan Nuñez de Lara, y don Juan Alonso de Haro. En 1335, se verificó una nueva conciliacion, seguida en el mismo año de nuevos disturbios. Consigue el activo é infatigable don Alonso por una hábil sorpresa, cercar á don Juan Manuel en Garci-Muñoz y á Lara en Lerma: el primero se escapa, pasa á Peñafiel, y de allí á Aragon; pero el segundo, cerrado en Lerma, tiene que entregarse. Su reconciliacion con el rey inspiró al fin bastante confianza á don Juan Manuel, que en 1336, se presentó á él en Cuenca, donde ajustaron sus diferencias; habiéndole servido, desde aquí en adelante, con lealtad y celo en las gloriosas espediciones de este ilustre guerrero, posteriores á aquella época; hasta que en 347, murió don Juan, dejando por sucesor á don Fernando Manuel, marqués de Villena.

Mariana (el P. Juan de), natural de Talavera, nació en 1536 de ilegítimo matrimonio. Su padre Juan Martinez de Mariana fué despues dean de la Colegial de Talavera. Hizo en Alcalá sus

primeros estudios, y fué discípulo del célebre monge cisterciense Fr. Cipriano de la Huerga, tan docto en las lenguas orientales, y á quien algunos llamaron en su tiempo el *Fenix de España*. Abrazó el instituto de la Compañia de Jesus en Simancas, desde donde volvió á Alcalá á formarse en las ciencias eclesiásticas. Apenas tenia la edad conveniente para el sacerdocio y ya fué elegido por el P. Leynez para esplicar la teología en Roma. Pasó á Sicilia con el mismo objeto, y despues de haber permanecido dos años en esta isla, pasó á Paris en cuya universidad esplicó á santo Tomás por espacio de cinco años. El clima de esta ciudad, poco conveniente á su salud, le obligó á regresar á España. Fijó su residencia en Toledo, donde permaneció casi siempre todo el resto de su larga vida, pues murió de ochenta y siete años. Su tratado de *Rege*, dedicado á Felipe III, el de *Monetæ mutatione*, y todas sus obras, prueban no solo su vasta erudicion y luces, sino el temple firme de su alma ; pero donde brilla esta calidad, y resplandece la incorruptible rectitud de sus principios, es en el juicio que pronunció y casi decidió la famosa causa de Arias Montano , acusado á la inquisicion de resultas de la reimpresion de la Políglota, hecha por su direccion, y enriquecida por sus luces. La causa escitada por la delacion del detestable Leon de Castro tenia á los Jesuitas por instigadores y mantenedores. Creyeron estos seguro su triunfo, cuando la vieron remitida á la censura del P. Mariana, que superior á todo miedo y á todo espíritu de cuerpo, burló por su juicio las esperanzas de sus cohermanos. No dejaron estos la burla sin venganza. No se contentaron con despreciarle y no conferirle ninguno de los honores de su instituto, sino que le promovieron causas y procesos por el gobierno, de que pudo escapar ileso, y por la inquisicion, que no tan manejable, le penitenció y condenó á un año de reclusion en San Francisco de Madrid.

Marquez (el P. Fr. Juan), nació en Madrid en 1564 de una

familia distinguida. En el convento de San Felipe el Real de Madrid tomó el hábito de los ermitaños de S. Agustin, de tan tierna edad, que dudándose por la insuficiencia de ella del valor de sus votos, tuvo que revalidarlos mas adelante. Fué catedrático de teologia en Salamanca, calificador del Santo Oficio, definidor de su órden, y predicador del rey. Gozó en la oratoria de la primera reputacion. A las calidades tan recomendables y poco comunes que vemos en el escritor, reunia todos los accidentes del orador: bella presencia, voz agradable, accion noble, y fisonomía animada. Murió en 1621, prior de su convento de Madrid.

Mayans y Síscar (don Gregorio), nació en 1697 en un pueblecito del reino de Valencia. Su mérito distinguido, la vasta estension de sus conocimientos y noticias, hizo que Felipe V le nombrase su bibliotecario en 1732. Fué doctor y catedrático de jurisprudencia en Valencia. Murió en 1781.

Mejía (Luis de). Nada se sabe de él, sino que se dá en su obra el nombre de *Protonotario*, y que Cervantes de Salazar es á quien debemos la publicacion de sus obras.

Mejía (don Pedro), natural de Sevilla, hijo de padres de una nobleza distinguida. La opinion que le adquirieron sus talentos y su vasta instruccion, le elevaron á la plaza de cronista, que le confirió el emperador Carlos V. Pudo fallecer hácia el año 1552, porque Alfonso Garcia Matamoros escribiendo en en este año, dice de Mejía: *nuper é vivis, non sine magnâ litterarum jacturâ, commigravit.*

Mendoza (don Diego Hurtado de), hijo de don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla y marques de Mondejar, y de doña Francisca Pacheco. Nació á principios del siglo XVI en Granada, y no en Toledo, segun parece creyó el erudito don

Tomas Tamayo de Vargas en sus elogios de los célebres escritores carpentanos. Hizo sus principales estudios en Salamanca, no solo en la jurisprudencia civil y canónica, sino en las lenguas y humanidades. Cuando tuvo para ello la edad competente pasó á Italia, y sirvió en sus ejércitos. Semejante á Escipion, dice Nicolás Antonio, refiriéndose á lo que de aquel insigne romano decia Patérculo, *inter arma atque studia versatus*, *aut corpus periculis aut animum disciplinis exercebat.* Durante los cuarteles de invierno, se retiraba á Roma ó á Padua á ocuparse de cultivar y enriquecer su razon. La superioridad de sus luces no podia menos de hacerse notar. Con efecto, el emperador Cárlos V le confirió la embajada de Venecia, desde donde pasó diferentes veces á Roma y á Trento, no solo á disputar preferencias de asiento, como parecen creer los que solo hablan de esto, sino encargado de las comisiones mas árduas y delicadas en aquellos tiempos. Los que miran el Concilio de Trento no mas que como una reunion de obispos y prelados, para decidir sobre la disciplina y el dogma, no conocen sino una pequeñísima parte de su historia; fué al mismo tiempo un congreso, en que se discutieron los intereses políticos, y en que por consiguiente, eran muy necesarios los hombres mas capaces de manejarlos. La primera vez que Mendoza pareció en Trento fué en el año 1542 en compañia de Nicolás Granvela y de su hijo, entonces obispo de Arras, y despues conocido con el nombre del cardenal Granvela. Su comision ostensible era la de instar y provocar la reunion del concilio. Granvela pasó desde Trento á la dieta de Nuremberg, y no habiéndose adelantado nada en esta, y creyéndose inútil en Trento la presencia de Mendoza, recibió órden de retirarse á fines del mismo año, y se volvió á su embajada de Venecia. Retiráronse despues los legados, y las cosas quedaron en tal estado. Dos años despues en marzo de 1545, en que se habia fijado la apertura del concilio, volvió Mendoza á Trento con las mismas instrucciones y reproduciendo las mismas

proposiciones hechas por él y por Granvela en el de 42; y si en el año 46 no se disolvió enteramente el concilio al aproximarse el ejército protestante al Tirol, debióse en gran parte á la firmeza de Mendoza, que con arreglo á las órdenes del emperador, se opuso á su disolucion con aquella fuerza, y aun si se quiere, con aquella impetuosidad que caracteriza la resolucion irrevocable de un español; mas no podemos creer que con aquella indecente grosería, que le atribuyeron algunos de los escritores de aquel tiempo (1). En el año 47, despues de la *escision* del concilio en Trento y Bolonia, volvió Mendoza desde su gobierno de Sena á Roma, para reemplazar y sostener las pretensiones, con que, acerca de este punto, habia sido enviado por el emperador el cardenal de Trento, qne se volvió á Ausburgo. Con esta ocasion pareció en el consistorio de cardenales; hizo sobre el particular una esposicion fuerte, y acabó diciendo: que tenia órden de protestar contra la reunion de Bolonia, protesta que hizo al cabo, despues de muchos incidentes, en el año de 48, en presencia de todos los cardenales y embajadores que se hallaban en Roma. Muerto Paulo III, continuó las mismas gestiones con su sucesor Julio III, que en el año 50 espidió efectivamente la bula que restableció el concilio en Trento. En el año 51, fué retirado de su embajada de Roma, y en el de 53, fué comisionado por el emperador para impedir la ida del cardenal Poole á Inglaterra, lo que verificó efectivamente, luego que éste entró en el Palatinado. No fué tan estimado de Felipe II, como lo habia sido de su padre: asi es, que despues de la renuncia de este, vivió Mendoza en la obscuridad, hasta que últimamente, por los años 65 ó 66, fué desterrado de la córte. Pasó á Granada, donde escribió la *Historia de la guerra contra los moriscos de Granada*, que fué la que se hizo desde el año de 68 hasta el de

(1) A ellos se refiere Sarpi, cuando dice que amenazó el Cardenal de Santa Cruz con echarle en el Adige, si se obstinaba en aconsejar la disolucion del Concilio.

70. Al fin, en el año de 74 en que obtuvo licencia para pasar á la córte, murió pocos dias despues de su llegada á la capital. La literatura debe á este insigne escritor un fomento particularísimo. No perdonó medio de arrancar y trasportar al occidente la riqueza del Oriente, inútil entre las bárbaras manos de sus nuevos señores, sirviéndose particularmente de las luces de Arnoldo Arlenio, y Nicolás Sofiano, doctísimos en la lengua y literatura griega.

Moncada (don Francisco de), conde de Osona, de la esclarecida familia catalana que ha dado soberanos á Francia en los vizcondes de Bearne, y á Sicilia en los duques de Montalto. Nació en Valencia en diciembre de 1586, de don Gaston de Moncada, marques de Aitona, virey de Cerdeña y de Aragon, y embajador en Roma; y de doña Catalina de Moncada, baronesa de Callora. Casó con doña Margarita de Castro y Aragon, baronesa de Llacuna, y vizcondesa de Illa. Aun mas por su mérito personal, que por su nobleza, fué honrado con los cargos de consejero de Estado, embajador de Viena cerca del emperador Fernando II, y de Roma cerca de Paulo V, gobernador de Cerdeña, Aragon y de los Paises Bajos. Despues de una vída señalada por tantas distinciones, murió en Gok, pueblo pequeño del ducado de Cleves en 1635.

Nieremberg (el P. Juan Eusebio), de origen aleman, nació en Madrid en 1595. Estudió en Salamanca, donde abrazó el instituto de la Compañia. Pasó la mayor parte de su vida en Madrid, edificando con su ejemplo, é ilustrando con sus luces. Sabia el griego y el hebreo y tenia grandes conocimientos, no solo en las ciencias sagradas, sino tambien en las naturales. Murió en 1658.

O Campo (Florian de), natural de Zamora, hijo de un don Lope, que tomó el apellido Do Campo de su madre doña Sancha

García, que era portuguesa. Estudió Florian en la universidad de Alcalá, y es uno de los varios discípulos que hacen honor al célebre Nebrija. Siendo ya canónigo de Zamora, Cárlos V le nombró su cronista, y era tal su reputacion, y tan sobresaliente el concepto que de él se tenia, dice Nicolás Antonio, que en las córtes de Castilla de 1555, por voto general de los procuradores, se rogó al emperador se le asignase una renta del erario, que le pusiese en el caso de poder prescindir de la de su canonicato, y de la necesidad de cualquiera otra agregacion ó servicio eclesiástico, para que se entregase única y esclusivamente al estudio de la historia, y á la continuacion de la que con el nombre de *Crónica general de España*, estaba ya publicada desde 1544, y comprendia cuatro de los cinco libros que componen la que, en 1578 publicó Ambrosio de Morales.

Oliva (el Maestro Fernan Perez de la), natural de Córdoba. Despues de haber hecho sus estudios en la universidad de Salamanca y Alcalá, pasó á París, en donde fué discípulo de matemáticas de Martin Siliceo. De París pasó en tiempo de Leon X á Roma, en donde esplicó la filosofía moral por espacio de tres años, habiendo hecho á su vuelta otro tanto en París por igual número de años. Muerto el virtuoso Adriano VI, que le habia señalado una pension, volvió á España y esplicó en Salamanca filosofía, matemáticas y teología. Fué nombrado rector de esta universidad; y en fin, elevado por su mérito eminente á la dignidad de maestro de Felipe II. Su temprana muerte á los cuarenta años de edad, privó al discípulo de sus útiles lecciones. Era hijo de otro Fernan Perez de la Oliva, que, con el nombre de *Imágen del mundo*, escribió una obra de geografía, que se cree perdida; y tio del célebre Ambrosio de Morales, á quien se debe la publicacion de sus obras.

Palacios Rubios (Juan Lopez de) ó de Bivero Palacios Rubios, de un orígen distinguido, nació en un lugarcito de la dió-

cesis de Salamanca, é hizo sus estudios en ella en el colegio de San Bartolomé. Se graduó de doctor en cánones, y enseñó en su universidad uno y otro derecho. En 1484, fué honrado con la toga, y obtuvo una plaza en la Chancillería de Valladolid, en la que tambien esplicó el derecho canónico. Posteriormente fué promovido al consejo; y en tiempo de don Fernando fué nombrado por este para trabajar en la formacion y compilacion de las leyes de Toro, promulgadas en las córtes, que para este y otros fines convocó en 1505 el rey Católico, despues de la muerte de su muger.

Palafox (el Illmo.), hijo de don Jaime de Palafox, marques de Áriza, nació en 1600. Estudió en la universidad de Salamanca, y sus talentos, unidos á lo esclarecido de su nacimiento, hicieron que desde su juventud se viese ya honrado con las primeras distinciones del estado; mas su vocacion decidida al estado eclesiástico le hizo renunciar á las primeras. En 1639, Felipe IV le nombró obispo de la Puebla de los Angeles en América, adonde pasó con poderes de otra especie que los de la pura investidura episcopal. Este fué el teatro de sus primeros encuentros con los jesuitas, cuyas contestaciones con él llegaron á ser tan sérias, que intervino en ellas Inocencio X. Vino Palafox á España á sostener su causa, y Felipe IV le promovió al obispado de Osma, en donde murió en 1659.

Perez (Antonio). Por las noticias y documentos que cita, y nos ha dado á conocer don Juan Antonio Llorente en su *Historia de la Inquisicion de España,* consta de un modo indudable, que Antonio Perez, nacido en Madrid en 1539, era hijo natural de Gonzalo Perez, secretario de Carlos V, y de Juana Escobar: que fué legitimado por un rescripto del emperador, espedido en Valladolid el 14 de abril de 1542; y que su familia, oriunda de Monreal, nada tenia que ver con los Perez

de Ariza, como quiso probarlo en su tiempo el fiscal de la inquisicion de Zaragoza. Siguiendo á su padre en sus viages, hizo parte de sus estudios en Lovaina y Venecia. Casó despues con doña Juana Coello, y por los servicios de su padre, y mas que todo por su singular talento, despues de haber sido secretario del cardenal Espinosa, introducido en palacio por Sebastian de Santoyo, se elevó bajo el reinado de Felipe II á la dignidad de secretario de estado, encargado de los negocios de Castilla; y no de los de Italia, como dicen los autores del *Dictionnaire critique universel et bibliographique.* Es cierto que, segun Luis Cabrera, historiador de Felipe II, á la muerte del comendador Diego de Vargas pidió Antonio Perez el despacho de los negocios de Italia, y que efectivamente le fué conferido; pero el mismo escritor añade, que habiéndosele puesto ciertas limitaciones en el manejo de ellos por consejo de don Diego Fernandez de Cabrera, conde de Chinchon, no le quiso, y se dió á Gabriel de Zayas, tambien secretario de estado. Que estuvo encargado de los negocios de Castilla, parece indudable, pues que, segun refiere el citado Llorente (1), este era uno de los medios que empleaba contra las reclamaciones de Felipe II, que queria que se le declarase desaforado por secretario suyo. Despues de haber gozado Antonio Perez de la mas alta influencia con este soberano, tanto, que dice Cabrera, que parecia el archisecretario, y que trataba con aire de superioridad á todos los demas compañeros suyos; se vió de repente preso el 28 de julio de 1579, mas de un año despues de la muerte de Escobedo, que se ha querido designar por algunos historiadores como causa de su caida y prision. Aun independientemente de las mayores ilustraciones que sobre este punto nos ha dado Llorente, nunca pudo dudarse que la muerte de Escobedo se hizo por órden del rey, y no pudo

(1) Tom. 3, pág. 320.

ser por consecuencia la verdadera causa de la desgracia del favorito, sin mas que consultar la relacion del parcialísimo Cabrera, á cuyos ojos Felipe II era un modelo de reyes; y por poco que se ejercitára la crítica sobre lo que él dice, no debió nunca dudarse que asi fuese. Este historiador, que se esplica con destemplanza contra Antonio Perez, que manifiesta contra él tanta aversion, como deseos de justificar á Felipe II, no puede menos sin embargo de confesar, «que desde muy antiguo estaba el *rey enfadado y ofendido de Escobedo*: que cuando supo su muerte, *no le pesó* por los avisos que tenia de Flandes de que *inducia á don Juan de Austria el casar con la reina de Inglaterra*: y en fin, que sus asesinos no se determinaron á serlo, sino porque intervino *cédula con firma del rey.*» aunque añade: que era de aquellas que él dice se daban en blanco á los embajadores y vireyes, para los asuntos en que el *negocio perderia su ejecucion, enviando por mandato al rey.* La circunstancia de haber sido arrestada al mismo tiempo que Antonio Perez, la princesa de Eboli cuya casa frecuentaba éste mucho, ha hecho creer á algunos escritores, que zelos y venganzas del rey fueron la verdadera causa de la desgracia de este favorito. Despues de haber sufrido el tormento, y á vuelta de cerca de doce años de prision, pudo al fin escaparse Antonio Perez el 17 de abril de 1591, favoreciendo su fuga su virtuosa y desgraciada muger, á quien este rasgo de amor conyugal valió una prision, que no acabó sino con la vida del inexorable Felipe II; pues que, segun resulta de las cartas de nuestro escritor, no fué puesta en libertad hasta el abril de 1599. Conocida la fuga de Antonio Perez, Felipe II dió la órden de prenderle nuevamente, como se verificó en Calatayud; mas perteneciendo esta ciudad al reino de Aragon, imploró el privilegio de la ley del fuero, y fué no entregado á Felipe II, como este queria, sino trasladado á la cárcel de Zaragoza á disposicion del Justicia mayor. En vano insistió el rey en la entrega del preso para trasladarle á

Madrid: la diputacion se sostuvo, y el rey se vió precisado á ceder, y enviar á su fiscal los poderes necesarios para acusarle, no de haber matado á Escobedo, que era su verdadero é inescusable delito, sino de haber hecho al rey falsas relaciones, en virtud de las cuales se creyó S. M. obligado á mandarle matar (por sus asesinos de cámara, y con arreglo sin duda á los principios de la jurisprudencia turca) y por haber falsificado cartas y violado el secreto de su gabinete y de su consejo de estado. Fué necesario abandonar este medio: recurrióse á otro. Perez irritado, proyectó escaparse y venirse á Francia, prefiriendo el vivir libre en el estrangero á los calabozos, las cadenas y la palma del martirio con que querria regalarle su soberano; mas habiendo el regente Jimenez descubierto tan detestable proyecto, y otros no menos criminales, tales, por ejemplo, como el de querer en su irritacion darse al diablo (1), se creyó que el conocimiento de designios tan contrarios á la religion, pedian la intervencion del tribunal de la fé. Con efecto, reclamó este el preso en uso de sus privilegios, contra los cuales, por la santidad de su objeto y como cosa del cielo, se creia y alegaba que no podia prevalecer ningun fuero humano. Sin embargo, los zaragozanos no fueron todos de esta opinion, y de aqui las conmociones de Zaragoza, los cadalsos, las hogueras, en que perecieron tantas y tan ilustres víctimas, tan en daño de Aragon, que perdió entonces su antigua constitucion y libertades. Antonio Perez se libró en medio de tanto incendio, y aprovechándose de una de las reacciones escitadas en su favor, pasó á Francia, en donde le acogió la princesa de Bearne Catalina de Borbon, en nombre de su hermano Enri-

(1) Una buena parte de los cargos que dieron motivo á la formacion de la causa de inquisicion, fué el haber declarado algunos testigos, por otra parte muy sospechosos, que Perez en momentos de impaciencia habia prorumpido en algunas de aquellas espresiones que dicta el furor en los accesos de la cólera; delito no tanto del que las profiere, como del que las arranca con las violencias de la persecucion.

que IV, á cuya proteccion debió Perez en lo sucesivo, su existencia en Francia, donde murió en 1611. En 1592, habia sido Perez declarado herege, condenado á la pena capital y ejecutado en efigie; pero en 1611 esta sentencia fué anulada por el tribunal de la suprema, y reintegrado Antonio Perez en su buena memoria, que en nuestra opinion seria mejor, sino hubiera sido tan rígido y escrupuloso en sus principios sobre la obediencia pasiva; y si por consecuencia de esto no hubiera mostrado demasiado celo en servir al mal humor y medios espeditivos de su soberano.

Pulgar (Fernando ó Hernando del). Consejero y cronista de los reyes católicos, natural, segun Nicolás Antonio, de un lugarcito llamado Pulgar á las inmediaciones de Toledo; segun otros, de esta misma ciudad. Solo se sabe de él, que se crió en la córte de don Juan el Segundo: que fué ya muy considerado en el reinado de don Enrique, de quien se cree fué secretario: que muerto éste, adhirió al partido de doña Isabel, cuya legitimidad quedó reconocida, una vez ejecutoriada, por la batalla dada á las inmediaciones de Toro, la impotencia de don Enrique: y que fué despues honrado con diferentes comisiones diplomáticas por aquella y su esposo el católico don Fernando; habiendo sido nombrado cronista en el año de 1482, y seguido á la reina en sus espediciones hasta la toma de Granada en 1492.

Quevedo y Villegas (don Francisco de). Señor de la villa de Juan Abad, nació en Madrid en 1580 de don Pedro de Quevedo, secretario de Felipe II y doña María Santibañez, camarista de la reina doña Ana de Austria. Hizo sus estudios en la universidad de Alcalá, estendiéndose estos á cuantas ciencias se cultivaban en ella; habiendo manifestado una precocidad tan prodigiosa, que á los quince años se graduó en teología. Acabados sus estudios, por un lance de los que se llaman de honor y se deciden de una estocada, y en que malhirió á su ad-

versario, tuvo que salir de España y pasó á Italia, en donde el duque de Osuna, virey entonces de Sicilia, le honró con la secretaria del vireinato, y con la confianza mas ilimitada. Identificada por este medio su suerte á la del duque, corrió en un todo las vicisitudes de su próspera y adversa fortuna. Pasó con él á Nápoles: desempeñó las mas importantes comisiones: vino á la córte en calidad de diputado de los reinos de Sicilia y Nápoles: ajustó diferentes tratados con la córte de Roma y con los duques de Savoya y república de Venecia, á cuyas comisiones debió el hábito de Santiago; pero á la caida de su protector, que fué preso y conducido á la fortaleza de la Alameda, lugar del conde de Barajas en donde murió (1), le cupo tanta parte en ella, que sufrió tres años de prision en la torre de Juan de Abad, de que era señor. Obtuvo al fin su libertad y vino á la córte; mas fué desterrado de ella. Mas adelante obtuvo permiso de volver, y vivió con mucha pobreza, porque su larga prision habia arruinado su fortuna. La reputacion y celebridad de que gozó en este intérvalo de reposo, hizo que en 1632 fuese nombrado secretario de S. M. Dos años despues, casó con doña Esperanza de Aragon y la Cabra, señora de Cetina; pero tuvo la desgracia de perderla poco despues. En 1641, un nuevo infortunio vino á poner á prueba su inalterable resignacion y paciencia. Atribuyósele una sátira que se publicó contra el gobierno, y procediendo por las formas espeditivas de los que son muy asombradizos, sin otra presuncion que el mérito del papelejo y la reputacion de Quevedo, se le encarceló en Madrid, se ocuparon sus papeles, y se le trasladó despues al convento de San Marcos de Leon, donde continuó, hasta que justificada su inocencia se le puso en libertad. Este último golpe debió hacerle

(1) Es bien conocido aquel soneto en que lloró Quevedo su muerte en la prision, quejándose de la injusticia cometida con su bienhechor:

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas.

temer los peligros de la capital, y á poco de haber vuelto á ella se retiró á la Torre. El estado quebrantado de una salud tan trabajada por tantas persecuciones, le obligó á abandonar este lugar, y pasó á Villanueva de los Infantes, donde terminó al fin su penosa carrera en 8 de setiembre de 1645.

Roa (el P. Martin de). Jesuita, natural de Córdoba en cuya casa tomó el hábito de la compañía. Fué en la misma catedrático de retórica y teologia, rector en las de Málaga, Sevilla y otras; provincial de Andalucía; y últimamente, procurador general en Roma. Murió en Montilla en 1637.

Rua (el bachiller Pedro de). Natural de Soria, fué profesor de humanidades, primero en Avila, y despues en Soria, desde donde escribió á Guevara, ya obispo, y á quien segun parece habia conocido en Avila, las tres cartas que le han dado tan justa reputacion. Nicolás Antonio dice, que continuó enseñando las humanidades en Soria hasta una edad avanzada; mas no refiere cuando murió, ni hace mencion de ninguna otra particularidad de su vida.

Saavedra y Fajardo (don Diego de), nació en 1584 en Algezares, pueblo del reino de Murcia. Hijo de padres distinguidos y bien acomodados, recibió una educacion esmerada. Estudió en Salamanca, y ya condecorado con el hábito de Santiago, pasó á Roma en 1606 en calidad de secretario del cardenal Borja, embajador de España. Fué su conclavista en el año 21, en el cónclave de que resultó elegido con el nombre de Gregorio XIII, Alejandro Ludovici, arzobispo cardenal de Bolonia; y en el que se celebró el año 23 para la eleccion algo trágica de Urbano VIII, grande enemigo de la España, y célebre entre otras mil cosas por el juicio de Galileo, pronunciado durante su pontificado, y por los escritos del jesuita Santare-

lla. (1) Por recompensa de sus servicios, se le dió una canongia de Santiago. Debió mirar con mucho respeto el estado sacerdotal, pues jamás quiso pasar de la tonsura. A poco tiempo fué nombrado secretario de S. M. y se le confirió la agencia de Roma. Hízose admirar, como no podia menos, en el desempeño de esta mision, que sirvió de escalon á los cargos y distinciones de que se vió colmado en seguida. Despues de haber asistido con diferentes comisiones diplomáticas al congreso electoral de Ratisbona para la eleccion de Fernando III, á repetidas dietas helvéticas, y de haber desempeñado el ministerio de Baviera, siendo ya consejero de Indias, fué nombrado con don Gaspar de Bracamonte, conde de Peñaranda, y uno de los gobernadores en la menor edad de Carlos II, plenipotenciario en el congreso de Munster y Osnabruck; en que por la paz llamada de Westalia, se puso término á la guerra de treinta años entre el imperio y la Francia. En el año 46, y antes de que esta se realizase, regresó nuestro Saavedra á la córte: fué nombrado introductor de embajadores y camarista del consejo de Indias, y murió en 1648, en el convento de agustinos recoletos, donde se habia retirado.

Salazar. (Francisco Cervantes de). Son muy escasas las noticias que de él se tienen. Nicolás Antonio dice, que no le conoce ni tiene de él otra noticia, que la de haber puesto su nombre á la coleccion de sus obras impresas en Alcalá en 1546; pero se sabe que nació en Toledo en 1521: que fué discípulo en las humanidades del maestro Venegas: que viajó por Flandes: y de la confrontacion de fechas resulta, que no tenia mas de veinte y cinco años cuando publicó sus obras.

(1) Aun á mediados del siglo XVII sostenia la córte de Roma, por sus controversistas de cámara, «que los papas tenian el derecho de dar y quitar coronas, y no solo por el crímen de herejía, sino por cualquiera otra falta de sumision.» Es verdad que esto no tiene nada que ver ni con Saavedra, ni con la literatura, pero hay ciertas cosas que, en nuestra opinion, están bien en cualquiera parte.

San Juan de la Cruz nació en un lugarcillo no distante de Avila llamado Ontiveros. En 1563 tomó el hábito de carmelita en Medina del Campo, y mas adelante fué asociado á Santa Teresa de Jesus, para la reforma. La predileccion de esta muger estraordinaria, es la mejor prueba de sus relevantes prendas. El primer amigo, el compañero en los santos designios de esta heroina del amor de Dios, no podia ser un hombre comun. Efectivamente, se vé en sus escritos la conformidad de sus caracteres: aquel temple de alma, aquella sensibilidad esquisita, que les hace hablar el mismo lenguaje, que les hizo sin duda simpatizar en vida y ocuparse de los mismos objetos y con igual ardor. San Juan de la Cruz, despues de haber sido rector en el colegio de Baeza, y vicario general de Andalucía, murió en Ubeda en 1591 á los cuarenta y nueve años de edad, y á los veinte y tres de su profesion religiosa.

Santa Teresa de Jesus nació en Avila en 1515 de una familia noble. Su padre se llamaba don Alonso Sancho de Cepeda, y su madre doña Beatriz de Ahumada. Le convino perfectamente el nombre de *Teresa* ó milagrosa, porque lo fué efectivamente. A la edad de veinte años tomó el hábito carmelita en el convento de la Encarnacion de Avila. Fué elegida para restablecer la primitiva regla del Carmelo, cuya austeridad habia relajado por sus bulas el papa Eugenio IV en el siglo anterior. Mostró en esta empresa un espíritu tan varonil, que con la repeticion de pocos ejemplos de una energía, talento y celo semejantes, empleados en reformar abusos de otra especie, hace mucho tiempo que la razon no tendria apenas de que quejarse entre nosotros. Su retrato, hecho por la mano de su historiador Fr. Diego de Yepes, escritor estimable y coetáneo, nos hace ver que su hermosa fisonomia correspondia á aquel temple de alma que aparece en sus escritos. De estatura proporcionada, hermoso rostro, cara redonda y llena de espresion, nariz y boca pequeñas y

agraciadas: la blanca tez de su fisonomia, hermoseada por un vivo colorido, que hacia mas resplandeciente aquel precioso rubor de un alma estasiada: cabello negro y crespo, frente espaciosa, ojos negros, á quienes daba mayor brillo la magestad de una poblada ceja: su rostro, en fin, era un modelo digno del cincel de Fidias ó Praxiteles, viniendo á completar el atractivo de tantos encantos, un mirar dulce y halagüeño que inspiraba el amor y la veneracion. Murió esta Santa prodigiosa en Alba de Liste, el 4 de octubre de 1582.

Siguenza (Fr. José), natural de la ciudad de este nombre, fué uno de los hombres mas eminentes de su siglo. Nació en 1545, y desde su tierna infancia manifestó sus agigantadas disposiciones. A los doce años sabia la lengua latina, habia estudiado ya la retórica y algo de lógica. En su juventud quiso darse á la carrera de las armas, y en ejecucion de este proyecto pasó á Valencia con ánimo de embarcarse para Italia. Una enfermedad cambió enteramente sus disposiciones en este punto, y á su regreso de este viage, tomó el hábito de San Gerónimo en el monasterio del Parral en Segovia, desde donde pasó á seguir sus estudios al del Escorial, acabado de edificar por Felipe II. Su erudicion y elocuencia empezaron á darle la celebridad de que era tan digno. Aumentáronse mucho sus conocimientos, ya poco comunes, al lado de Arias Montano, de quien se hizo discípulo, y que enseñaba entónces en el Escorial la lengua hebrea y griega, y la geometria y astronomía. Su reputacion produjo al fin el efecto ordinario: escitó la envidia de sus hermanos, y fué acusado á la inquisicion por sospechoso de luteranismo. Estuvo arrestado siete meses en el monasterio de Sisla; pero á vuelta de ellos, triunfó la verdad de la calumnia, y obtuvo una declararacion honrosa, que aumentó su reputacion y el aprecio de las gentes de bien. Honraron sus talentos Felipe II, á quien asistió en su última enfermedad, y Felipe III. Fué prior del Parral,

dos veces rector del colegio del Escorial, y últimamente en 1603, prior del Escorial. Murió en mayo de 1606.

Solis y Rivadeneira (don Antonio), nació en Alcalá en 1610 de don Juan Gerónimo de Solis, natural de Albalate de las Nogueras, y de doña Maria Rivadeneira, natural de Toledo. Hizo en Alcalá sus primeros estudios; pasó despues á Salamanca á continuarlos. A la edad de diez y siete años, compuso su primera comedia *Amor y Obligacion*. Don Duarte de Toledo y Portugal, conde de Oropesa, le recibió bajo su proteccion, y le llevó de secretario á sus vireinatos de Navarra y Valencia. Felipe IV le nombró oficial de la secretaria de Estado, y su secretario: cargos que aceptó por entonces, y trasmitió despues á uno de sus allegados con anuencia de S. M. La reina madre, en la minoridad de Carlos II, repitió la misma gracia, añadiendo la de cronista mayor de las Indias, vacante por muerte del docto escritor don Antonio Leon Pinelo. A los cincuenta y siete años de edad, se hizo clérigo, y abandonó de tal modo la poesia, que no fué posible hacerle continuar los autos sacramentales, que la muerte de Calderon habia dejado sin autor. No lo decimos esto para llorar esta pérdida, poco sensible, sino para hacer ver cual fué su retraimiento y absorcion á la vida contemplativa y devota, en la que pasó el resto de sus dias hasta el de su muerte, que fué el 19 de abril de 1686.

Torre (Br. Alfonso de la). Es muy diminuta la noticia que se tiene de este escritor. Solo se sabe que era bachiller, porque como tal se anuncia en su obra: y que compuso su *Vision Deleitable* á ruego de don Juan de Beamonte, prior de la órden de San Juan en Navarra, y ayo y camarero mayor de don Cárlos de Viana, á cuya instruccion la dirigió.

Valera (Diego de), honrado con el título de *Mosen* por don

Juan el Segundo, nació en 1402 en la córte de este, y se crió en ella en calidad de page de su hijo. Viajó mucho por la Europa. En Viena cenando con su duque Alberto, replicó con viveza á un señor austriaco, que pareció querer zaherir la nacion á que pertenecia, y este suceso dió ocasion á la gracia y título de Mosen, que le confirió el rey. En 1436, hizo la guerra contra la Bohemia bajo las banderas de aquel duque, y en calidad de aventurero. Fué hombre de gran valor, y de cuyos talentos se tenia sin duda la mas alta idea, como lo prueban sus embajadas á Inglaterra, Borgoña y Hungría. En 1548, fué nombrado por Cuenca para las Córtes de Tordesillas; y allí se honró con la profesion de los principios moderados, que despues trasladó á sus cartas, aun á riesgo de desagradar al rey y á su favorito. Debió pasar en el retiro todo el reinado de don Enrique IV, á cuya muerte, los reyes Católicos empezaron á honrarle y distinguirle. Murió poco tiempo despues de concluida su *Crónica Abreviada*, á los setenta y nueve años de edad.

Velez de Guebara (Luis). Es uno de nuestros célebres poetas dramáticos. Nació en Ecija; pasó la mayor parte de su vida en Madrid, en donde murió por el año 1646.

Venegas (el maestro Alejo). Despues de haber enseñado la teología en Toledo, se casó y dedicó á la enseñanza de las humanidades, abriendo al efecto una escuela en la misma ciudad. Hay testimonios ciertos de su pobre fortuna, y motivos de presumir que era de esclarecida nobleza. Siendo su familia estraordinariamente numerosa, y sus medios escasísimos, se vió sin duda precisado á mendigar la compasion de sus protectores, á quienes llama señores, y de quienes se dice siervo. Es natural creer que sus protectores fueron aquellos á quienes dedicó sus obras: *la Agonia del tránsito de la muerte*, lo está á doña Ana de la Cerda, condesa de Melito: y la *Diferencia de libros que hay en*

el Universo, á don Juan Bernardo Diaz de Lugo, obispo de Calahorra.

Villalobos (Dr. don Francisco de). No tenemos, como de tantos otros, sino escasísimas noticias de este escritor. Nicolás Antonio, aunque bajo la salvaguardia de un *videtur*, le cree natural de Toledo, teniéndole por el mismo á quien don Tomas Tamayo de Vargas atribuye ciertas obras de medicina, y hace natural de aquella ciudad. Capmany deshace esta equivocacion citando un pasaje de su *Diálogo de las fiebres interpoladas*, del que con efecto resulta, que de cualquiera parte del mundo puede ser Villalobos escepto de Toledo; y que segun todas las probabilidades, era ó de Valladolid, ó de algun otro pueblo de Castilla la Vieja. Fué Villalobos médico de los reyes Católicos; en seguida, de su nieto Carlos V, y aun tambien de Felipe II, todavia príncipe; y como tal médico de cámara, hizo con los soberanos muchos y dilatados viages, en que adquirió mas reputacion y luces, que provecho y riquezas.

Yepes (Fr. Diego de), nació en un lugarcito de este nombre á las inmediaciones de Toledo en 1529. Tomó el hábito de San Gerónimo, en el monasterio de Sisla en Toledo: hizo sus estudios en Sigüenza, y obtuvo diferentes prelacías de las primeras de la órden; pero como era necesario espiar de algun modo el feo delito de saber mas, ó tener mas virtudes y menos hipocresia que los otros, se vió desterrado de su monasterio, penitenciado y confinado en San Miguel del Monte, casa desierta de la órden. La casualidad de haber encontrado en el viage á Santa Teresa de Jesus produjo entre ellos aquella santa amistad, que le puso por medio de la confesion y de su correspondencia espiritual, en el secreto de su alma, y le dió, no solo las noticias necesarias para escribir su vida, sino algo de aquel lenguaje endiosado que caracteriza el estilo de la Santa. Fué muy distinguido por Feli-

pe II, que le hizo su confesor. Felipe III le nombró en 1599 obispo de Tarazona, en donde murió en 1613.

Zárate (Fr. Fernando de), del órden de San Agustin, fué catedrático de teología en la Universidad de Osuna, y encargado por el duque de este nombre, de reformar y dirigir sus estudios.

Zúñiga (*Véase* Avila y Zúñiga).

POETAS.

Acuña (Hernando). (1) Nacido en Madrid á principios del siglo XVI, de la ilustre familia con cuyo apellido se honran los condes de Valencia y de Buendia. Siguió nuestro Acuña la córte de Cárlos V, militó bajo sus banderas, y fué no menos apreciado por sus calidades militares, que por la amenidad de su ingenio. Murió, segun se dice, en 1580 en Granada, en cuya chancillería litigaba el condado de Buendia. Hizo varias traducciones libres de algunas *Heroïdas* de Ovidio, y de varios pasages de sus *Metamorfoseos*, sobresaliendo entre estos el de la contienda entre Ayax y Ulises por las armas de Aquiles. Tradujo tambien los cuatro primeros cantos del *Orlando enamorado* de Mateo Boyardo, y segun un célebre crítico italiano, la traduccion compite con el original: publicó igualmente el *Caballero determinado*, que tradujo del *Chevalier délibéré* de Oliveros de la Marcha.

Alcazar (Baltasar de). No se sabe de él sino que era sevillano. Fué contemporáneo de Francisco Pacheco el sobrino, y amigo ó apasionado suyo, pues que este en el *Arte de Pintura*, ya concluido y dispuesto para la impresion en 1641, le cita, insertando dos *coplas castellanas* hechas á su retrato por Alcázar.

Alonso el Sábio, hijo del Santo rey Fernando, tercero de este nombre, y de doña Beatriz su primera muger. Nació en 1222, y fué jurado al año siguiente en las córtes de Burgos, y

(1) Al poner al frente de esta lista la calificacion que aparece, no se ha querido decir, ni podia decirse, que los autores que en ella se comprenden, escribieron solo en verso. Se clasificaron como poetas en la *Biblioteca selecta*, porque de ellos (y de otros varios, cuyas noticias biográficas no llegaron á hacerse), se tomó lo necesario para los dos tomos de poesía.

proclamado por muerte de su padre, rey de Castilla y de Leon en 1252. Siendo príncipe, se debió en parte á su diligencia y acertadas disposiciones la rendicion y conservacion del reino de Murcia. Acompañó á su padre en su gloriosa conquista del reino de Sevilla. Casó con doña Violante de Aragon, cuya fecundidad, poco comun y precoz, no deja duda de la equivocacion con que en la crónica de don Alonso se dice haber venido á España Cristina de Noruega para casarse con él, por la presumida esterilidad de doña Violante. En 1257, por la república de Pisa y varios electores del imperio, fué proclamado emperador; pretension que no pudo ver nunca realizada á pesar de todos sus esfuerzos y de todo el prestigio de su celebrado nombre, por la oposicion de Roma, entonces omnipotente, y de algunos otros electores. A esto alude cuando dice en las *Querellas*:

Emperador de Alemania que foé.

En 1262, habiendo los reyes moros de Granada y Murcia recibido de Africa refuerzos considerables, rompieron sus tratados con Castilla, y se apoderaron nuevamente de Jerez, Arcos, Medina Sidonia, Bejer, San Lucar y otros lugares. Poco tiempo gozaron de su triunfo, pues al año siguiente recobró don Alonso por señaladas victorias todos estos puntos; y mas adelante, el rey de Granada se vió precisado á reconocer su antiguo vasallaje, y aun á espiar su pecado pagando por via de indemnizacion de gastos de guerra una fuerte suma. En el año de 65 vino á España doña María, ó segun otros, doña Marta de Brena ó Brienne, prima de don Alonso, como hija de doña Berenguela de Leon, hermana de San Fernando. Era doña María emperatriz de Constantinopla, como muger del desgraciado Balduino II, arrojado de esta capital por Miguel Paleólogo; y vino, segun parece, á pedir á don Alonso algun ausilio para ayuda de obtener la libertad de su hijo único, don Felipe, retenido por los venecianos en prenda y seguro de las sumas anti-

cipadas á Balduino, cuando mal parado por el emperador de Nicea y por el rey de los Búlgaros, tuvo que acudir á diferentes ciudades de Italia, en solicitud de fondos. A esto alude lo de:

E Reinas pedian limosna é mancilla, etc.

Dicen nuestros historiadores que don Alonso le dió toda la cantidad que necesitaba, fijándola, unos á diez mil, otros á veinte mil, y otros á treinta mil marcos de plata. En 1269 se verificó el casamiento ya concertado desde el año de 66, entre don Fernando de la Cerda, primogénito de don Alonso, y doña Blanca, hija de San Luis. En el año de 71 empezaron las inquietudes de Castilla, á cuya cabeza se pusieron los turbulentos Laras y el infante don Felipe, hermano de don Alonso, y de resultas de las cuales se desnaturalizaron aquellos con varios otros ricos homes, pasándose al rey de Granada, desde donde, y con su proteccion, estuvieron constantemente atizando el fuego de una injusta rebelion, hasta que se terminaron estas diferencias por aquel convenio á que autorizó el infante don Fernando al maestre de Calatrava, y que dió motivo á la carta de don Alonso que refiere la crónica, tan digna de ser leida como lo es en general cuanto salió de su pluma. En el año de 75 emprendió su viage á Francia para conferenciar con el papa Gregorio X sobre el malhadado asunto de sus derechos al imperio. Viéronse en Belcaires, pequeño lugar del bajo Languedoc; pero inútilmente reclamó, no solo aquellos derechos, sino el ducado de Suavia, que Rodulfo de Hasburg, favorito de Roma, le habia usurpado, no contento con haberse apoderado del imperio. Durante esta ausencia el rey moro de Granada, en alianza con Aben-Juzef, rey de Marruecos, que habia venido con un refuerzo poderoso, invadió los reinos de Sevilla y Jaen. Acudió al socorro el infante don Fernando, que cayó enfermo al llegar á Ciudad Real, donde murió, dejando recomendados sus hijos á don Juan Nuñez de Lara, encargándole mucho

cuidase de que don Alonso, el mayor de ellos, sucediese á su padre en la corona, cosa que manifiesta, que por lo menos don Fernando creia que esta debia ser deferida por el derecho de representacion, y no por el de inmediacion al reinante, que nuestros historiadores dicen era el de la ley goda, tirando inútilmente á legitimar las usurpaciones de don Sancho llamado el *Bravo*, segundo hijo de don Alonso. Decimos *inútilmente*, porque aun supuesta la existencia en vigor de la ley goda, el derecho mas legítimo é incontestable habria venido á perderse en la ilegitimidad del modo; si ya no es que la usurpacion, la conspiracion, la rebelion, deben pasar por festivas gracias, por travesuras sin consecuencia, cuando son del hijo contra el padre. En fin, este don Sancho, este hijo ingrato y rebelde, se dió tan buena maña á destronar al suyo, que en el año de 82 fué proclamado rey en Valladolid, y el sábio, el grande, el sexagenario Alfonso, desoido de todos los soberanos europeos á quienes imploró en su ausilio, no encontró uno solo que quisiese ayudarle á vengar los hollados derechos de la paternidad y del trono. Ni se crea que estos movimientos sediciosos llevaban consigo ninguna idea de verdadera utilidad general; tratábase solo de un pequeño número de grandes señores, de una nobleza insolente que no se proponia sino mantener todos los horrores de su odiosa feudalidad. Asi es que por este tiempo raras veces los reyes dejaban de tener razon contra sus grandes y turbulentos vasallos, hasta que por la creacion y aumento de las ciudades libres, cuna de la libertad política, las ideas de verdadera utilidad general empezaron á reemplazar las de escepcion y privilegio. El ausilio que Alfonso no pudo obtener de los soberanos de Europa, le halló en un rey africano, en Aben-Juzef, su mayor enemigo, que dió en esta ocasion una prueba de generosidad, moderacion y desinterés, que tiene en la historia poquísimos egemplos, y que demuestra que la moral es de todos los paises y de todo slos hombres, y que es posible tener

grandes virtudes mezcladas con grandes errores. Reunió don Alfonso córtes en Sevilla, y allí fué donde fulminó aquella terrible maldicion y sentencia en que, con tan sentidas y enérgicas palabras, deshereda á don Sancho como á *rebelde, inobediente, hijo ingrato y degenerado.* En esta misma ciudad murió don Also el 5 de abril de 1284, y á pesar de todo don Sancho sucedió á su padre en la corona con esclusion de los infantes de la Cerda, en virtud de una ley goda, que por aquellos tiempos solia dar ó trasmitir los imperios al que mas fuerza tenia, encomendando al tiempo y á la aquiesciencia de los gobernados, el cuidado de purgar el vicio del orígen. La baja adulacion (como si por este ni otro medio pudiera nunca justificarse la conducta horrible de don Sancho) ha querido despojar á don Alfonso, á este soberano tan digno de mejores tiempos, de todas sus brillantes calidades, abultando uno que otro error político, exagerando las debilidades de su vida privada, y hasta forjando contra él cuentos ridículos y calumnias atroces. Unos han dicho que su violenta pasion á las ciencias le retrajo de las atenciones debidas al Estado: otros, que las atenciones del Estado no le debieron dejar el tiempo necesario para componer las obras que llevan su nombre; asi que, las *Tablas Alfonsinas* le llevan porque se hicieron por su mandado, pero sin ninguna intervencion suya: las *Querellas* y el *Tesoro* no son suyas, porque la facilidad de su estilo, la hermosura del lenguage no son de aquel tiempo: las *Cantigas* no deben serlo, porque ¿cómo podia dedicarse á un asunto tan piadoso, un hombre cuyo impío desprecio de la Providencia fué revelado á un fraile agustino, que dió parte de esta revelacion al infante don Manuel, su hermano? al infante don Manuel que fué el que en Valladolid publicó contra su hermano la sentencia de destitucion, y al cual, antes de hacerle instrumento de la conversion agena, hubiera empezado Dios por revelarle (si, ó directamente ó por apoderado, hubiese alguna vez querido revelarle algo) lo que tanto le habria con-

venido saber para la salvacion de su alma: es decir, lo que él mismo debia á los vínculos de la sangre, al amor fraternal, y lo que debia su inconsiderado y ambicioso sobrino á la dignidad augusta de un padre respetable aun en sus errores: el *Fuero real* tampoco es obra suya; lo es de don Alonso VI, ó de don Alonso VIII, sin embargo de que él mismo concluye diciendo: *aqui se concluye el Fuero Real, que hizo el noble rey don Alonso el Nono,* etc. etc.: y en fin la obra inmortal de las *Partidas*, modelo de lenguage castellano, es obra de Azon, jurisconsulto italiano; y cuando esto no pueda ser, porque este murió cincuenta y seis años antes que se empezasen aquellas, ahí están sus discípulos que pudieron hacerlas.

Equidem natus non eram.
Pater, herculé, tuus, inquit, maledixit me;
Atque ita correptum lacerat injustâ nece.

Nosotros en nuestro *Discurso* hemos atribuido dos veces la obra de las *Partidas* á don Alonso, y por estas hemos tratado de probar que suyas pudieron ser las del *Tesoro* y las *Querellas*. Las razones que nos determinan á tenerle por autor de aquellas, *y no como quiera por haberlas mandado formar*, *sino por haberlas escrito por sí mismo,* como dice y opina el erudito maestro Burriel, son tales que, en verdad no sabemos en qué se fundan los que con tanta confianza y certidumbre le despojan de tan glorioso título. La obra lleva su nombre, y si se dice que tambien el código de Justiniano lleva el de este y no es suyo, diremos: que cuando se nos haga conocer el Triboniano de las *Partidas*, mudaremos de opinion. Como *hechas y ordenadas* por don Alonso el Sabio, las publicó en las córtes de Alcalá don Alonso XI, segun consta por la ley del *Ordenamiento*: *suyas y fechas por él* las llama el mismo don Alonso. De la uniformidad de su estilo se deduce que son obra de un solo autor: de la convenien-

cia de aquel con los demas escritos que indisputablemente son suyos, se infiere que las *Partidas* le pertenecen ¿Por qué no atribuir la obra mejor escrita al escritor mas eminente de su siglo, una obra sobre todo que presenta, mas bien que el estado de este, la superioridad de su autor? Ultimamente, el observar que la reunion de las iniciales de cada una de las *Partidas* forman una especie de acróstico de su nombre, (1) parece que no debe dejar duda de que él fué quien las escribió, mientras que no se pruebe que mandó á otro que asi lo hiciese. Las autoridades en contrario no nos hacen fuerza, porque en nada se fundan. Ninguno se ha atrevido todavia á designar á las *Partidas* otro autor, y no hemos de enviar al Santo este niño precioso, pudiéndole dar un padre conocido y tan ilustre. Los que, como Prieto Sotelo y otros, se fundan en que era imposible que don Alfonso supiese y escribiese tanto, son pigmeos que se ponen á juzgar y medir las fuerzas de Hércules por las suyas. Este modo de raciocinar podria servir para probar que no han existido el Tostado, Lope de Vega ó Voltaire: ó en general, que no existe cuanto escede los límites de nuestra capacidad propia. ¿Quién sabe de lo que es capaz un talento privilegiado y laborioso, que aprovecha todos los instantes que nosotros perdemos? Todo lo mas que podemos hacer, es admitir que en prepararle materiales se ocuparian algunos legistas y canonistas célebres de su tiempo; pero la eleccion, el órden, la redaccion, todo es obra suya. Querer atribuir las *Partidas* á S. Fernando, es como si quisiéramos atribuir los códigos de Justiniano ó de Teodosio á Ciceron ó á Cesar, que, segun Aulo Gelio y Suetonio, tuvie-

(1) La primera empieza. . . . . l servicio, etc.
La segunda. . . . . a fe católica, etc.
La tercera. . . . . izo N. S., etc.
La cuarta. . . . . onras señaladas, etc.
La quinta. . . . . ascen entre, etc.
La sesta. . . . . esudamente, etc.
La séptima. . . . . olvidanza y atrevimiento, etc.

FERNANDO

ron el proyecto, ó sintieron la necesidad de una compilacion del mismo género.

Argensolas. Los dos hermanos Argensolas, descendientes de una familia noble de Ravena establecida en Aragon, nacieron en la ciudad de Barbastro, el primero, que se llamaba Lupercio en 1665, y un año despues Bartolomé. Cursaron uno y otro en la universidad de Huesca, de donde Lupercio pasó á la de Zaragoza á estudiar elocuencia y lengua griega, quedándose Bartolomé en aquella, donde continuó sus estudios de derecho civil y canónico, hasta recibir el grado de doctor. Uno y otro fueron singularmente protejidos por doña María de Austria, hermana de Felipe II, y viuda del emperador Maximiliano II, y que despues de la muerte de este, se retiró á Madrid. Cuando no tenia sino veinte y cinco años, obtuvo Lupercio de esta señora el nombramiento de secretario, que le puso en estado de obtener para su hermano, ordenado de sacerdote, el nombramiento de capellan. Lupercio se casó con doña Bárbara de Albion, de quien tuvo un hijo. Fué gentil-hombre de cámara del archiduque Alberto. La córte honró sus talentos con el nombramiento de cronista mayor del reino de Aragon, mientras que los aragoneses por su parte le confirieron igual encargo. El conde de Lemos, nombrado virey de Nápoles, le llevo consigo en calidad de secretario de Estado y de Guerra, y en esta ciudad murió en 1613 á los 40 años de edad. Bartolomé sobrevivió á su hermano veinte años, pues no murió hasta 1633. Debió al influjo de este haber sido nombrado rector de Villahermosa; acompañó al conde de Lemos, y ayudó á su hermano en el manejo de los negocios. Continuó en Nápoles, aun despues de muerto Lupercio, hasta que estando ya para concluirse el gobierno del conde de Lemos en 1616, volvió á Zaragoza, de cuya catedral habia sido hecho canónigo por nombramiento de Paulo V, y adonde le llamaba igualmente el que habia obtenido de cronista del reino de Aragon.

Arguijo (don Juan), Veinte y cuatro de Sevilla y natural de esta ciudad. Pocas son las noticias que se tienen de este estimable poeta. No se sabe sino que prodigó sus rentas, que eran considerables, en protejer los talentos, generosidad que le hizo adquirir el nombre del *Mecenas* de su siglo. Lope de Vega le dedicó la *Hermosura de Angélica,* la *Dragontea*, y las *Rimas humanas*. No conservamos de Arguijo sino algunas composiciones insertas en las obras de sus contemporáneos.

Balbuena (Bernardo), natural de Valdepeñas, nació en 1568. Siguió la carrera eclesiástica, y recibió el grado de doctor en teología, segun Nicolás Antonio, en Siguenza. Fué nombrado abad mayor de la Jamaica, que nos perteneció hasta el año 55, en que los ingleses nos despojaron de ella, y ocupó esta dignidad doce años. En 1620 fué electo obispo de Puerto-Rico, donde murió en 1627. En una de las invasiones que los holandeses hicieron durante su residencia en la Jamaica, le robaron su libreria, suceso que menciona Lope de Vega cuando en el *Laurel de Apolo* hace el elogio de Balbuena.

Berceo (Gonzalo). No se sabe de él sino lo que hemos indicado en el *Discurso*, á saber: que era natural del lugar de su nombre. Por el lenguaje se colije que escribió en los primeros años del reinado de San Fernando, y se cree generalmente, pero con equivocacion, que fué monge benedictino en el monasterio de San Millan, próximo al referido lugar.

Boscan de Almogaver (don Juan), nació en Barcelona de una familia distinguida, á fines del siglo XV. Dióse á la carrera de las armas; y fué preceptor del gran duque de Alba don Fernando, aquel capitan, asombro del siglo XVI, á quien sin duda no pudo trasmitir aquella dulzura, aquella sensibilidad, compañeras inseparables de las musas que Garcilaso le atribuye

y supone obra de la direccion de Boscan, cuando dice en la égloga segunda, refiriendo la vision de Severo en la gruta del Tórmes:

«Vió que era el que habia dado á don Fernando
Su ánimo, formando en luenga usanza
El trato, la crianza, gentileza,
La dulzura y llaneza acomodada:
La virtud apartada, generosa,
Y en fin, cualquiera cosa que se via
En la cortesanía, de que lleno
Fernando tuvo el seno, y bastecido.
Despues de conocido, leyó el nombre
Severo de aqueste hombre, que se llama
Boscan, de cuya llama clara y pura
Sale el fuego que apura sus escritos,
Que en siglos infinitos ternán vida.»

Casó Boscan con doña Ana Giron de Rebolledo, señora muy principal, y á quien amó sin duda tiernamente, segun se esplica en una carta á su amigo Hurtado de Mendoza. Despues de haber seguido por algun tiempo la córte de Carlos V, se retiró á Barcelona donde murió antes de 1543, segun Nicolás Antonio, habiendo vivido en aquel reposo, en aquella holgada mediania que deseaba y describió tan bien en la citada epístola.

Ademas de sus obras poéticas, le debemos la traduccion del *Cortesano* del Mantuano Baltasar Castillon, obra que los italianos han llamado *libro de oro*: trabajo que dá á Boscan un lugar distinguido entre nuestros escritores prosáicos.

Castillejo (Cristóbal de), fué natural de Ciudad-Rodrigo, segun dice él mismo en un diálogo bastante ingenioso entre él y su pluma, dedicado á Martin de Guzman, camarero del rey de romanos:

«Y pues sabeis que lo sé,
Perdonadme lo que digo,

Y poned en cuenta que,
Siendo de Ciudad-Rodrigo
Do nunca la córte fué,
Conversais entre señores,
Y á mi causa habeis venido,
No solo á ser conocido
De reyes y emperadores,
Mas tambien favorecido.»

Esto último lo decia porque efectivamente lo fué mucho del infante don Fernando, hermano de Carlos V, elegido rey de romanos en 1531, y despues emperador, primero de este nombre, en consecuencia de las renuncias hechas en Bruselas en 1556. El favor con que debió honrarle este soberano se conoce, entre otras cosas, por la libertad casi increible con que le habla en una composicion, que con el título de *Consiliatoria* le dirijió desde Viena en 1541, como fruto de sus distracciones durante una larga enfermedad. Esta composicion es una censura amarga de la injusticia, la inconstancia y la insensibilidad de los príncipes. La leccion es dura; pero honra tanto al que la daba, y mas aun al que sin ofenderse la recibia, que no cumplimos con menos que con transcribir aqui algunos trozos de ella. Habla de su composicion, y dice:

«De la cual, cual es ó fuere,
Vuestra rëal magestad
Tomará si le pluguiere,
No lo que yo mal dijere,
Mas mi buena voluntad;
Y con ella le suplico
Me dé favor, porque quiero
Ser por lo que aquí publico
Mas pobre y no lisonjero,
Que no lisonjero y rico.

Tachas de príncipes son
Comunes, cual mas, cual menos,
Guiarse por aficion
En la pena y galardon
De los malos y los buenos.
Y tambien no se doler
De mal ageno de alguno
De quien quiera carecer;
No acordarse de ninguno
No le habiendo menester.

. . . . . .

Mas los reyes, sin mirar,
A unos dan cuanto quieren,
O se lo dejan tomar,
Y á otros dejan estar
Hasta que de hambre se mueren;
Y en este tan mal partido
Queda el príncipe engañado
De ambas partes ofendido:
Del rico, menospreciado,
Y del pobre, aborrecido.
Y de esta desigualdad
Viene el servicio á ser duro,
Hecho sin fidelidad,
Que es por la necesidad
Y por interese puro.
Y los buenos servidores
Se convierten en tiranos
Viendo que con sus señores
Les han de valer las manos
Mas que virtud y primores

. . . . . .

Demas de esto ¿quien esenta

A ningun rey y señor
De haber de dar á Dios cuenta
De su casa y de su renta,
Como cualquier labrador?
Acá por ser descuidados
Por cosa que tanto va,
Son del mundo importunados,
Y serán despues juzgados
Por ello mismo acullá.
Adonde como pecado
No digno de perdonar,
Ha de ser lo aqui mal dado
Y lo dejado de dar
Igualmente examinado.
. . . . . .
De donde se sigue y viene
El otro yerro segundo,
Que el tal príncipe no tiene,
Si acaso no le conviene,
Compasion de hombre ninguno.
Y siendo humano, carece
De la misma humanidad;
De suerte, que el mas pulido
Y sabio servidor fiel
De su presencia partido,
Luego se pone en olvido
Y no hay mas memoria dél.
¿Pues qué si muere el cuitado
Que no se espera ver mas?
Aunque haya sido privado,
Ya para siempre jamás
Queda del libro borrado,
Y en este caso á mi ver,

Por no perder el favor,
Por ventaja tengo ser
El hombre quizá muger,
O truan ó cazador,
Caballo, perro, ó halcon
Y otros atales estremos,
Segun fuere la aficion
Del príncipe que tenemos,
Y segun su inclinacion,
. . . . . .
Y mirando estos errores
El vulgo, como testigo,
Dice bien que los mayores
Reyes y grandes señores
No tienen deudo, ni amigo,
Ni apenas hombre, de quien
Se fien seguramente
Sin lisonja ni desden,
Aunque sea su pariente,
Porque á nadie quieren bien.
Mas en esto tambien ellos
No viven muy engañados
Con quien saben conocellos;
Lo mismo hacen aquellos
De quien van mas rodëados.
Por tanto, si bien queremos
Considerar nuestro estado,
Los que bajo le tenemos,
En algo le hallaremos,
De reyes aventajado;
Porque á lo menos gozamos
De los frutos de amistad
De aquellos á quien amamos,

Y del amor y verdad
De los con quien lo tratamos.
Mas todo nuestro gozar
Y toda nuestra ventaja
La ceguedad del reinar
Y dulzura del mandar
No la estima en una paja.
Que cuando bien le buscáres
Por do quiera que quisieres
Será mucho si halláres
Rey que por nuestros placeres
Quiera trocar sus pesares.
De do nace que cercados
De mil trabajos, y llenos
De sus duelos y cuidados,
Los vemos tan apartados
De penas en los ajenos.
Y asi se les endurece
El corazon de metal,
Y el sentido se adormece
Para no sentir el mal
Del prójimo que padece.
. . . . . .
Gran bajeza y poquedad
Es de un rey y emperador
Por propia comodidad
Abatir su autoridad
A ningun otro señor,
Cuanto mas á otras menores
Personas viles, soeces
Perversos y robadores,
Segun vemos muchas veces
Hacerse con mil traidores,

Y darse grandes estados
Oficios, grandes mercedes,
Dignidades, obispados
A hombres falsos, malvados,
Mas dignos de dos paredes;
Y hacerse en conclusion
Por la privada salud,
Lo que nunca por razon
Por mérito ni virtud
Vernia en ejecucion.
Mas puede ya tanto el vicio
Con esto, que aunque del daño
Tengan los reyes indicio,
Lo reciben por servicio,
Aunque es manifiesto engaño;
Y asi se dejan vencer,
Que aunque saben que son malos,
Se les quieren someter,
Y les hacen mil regalos
Cuando los han menester.»

Despues de haber Castillejo pasado la mayor parte de su vida en el gran mundo, quiso concluir el último periodo de ella en la calma de la soledad, y tomó el hábito de San Bernardo en un monasterio de la provincia de Toledo. En este retiro solitario murió en 1596.

Céspedes (Pablo), natural de Córdoba donde nació en 1538; hombre eminentísimo por la prodigiosa reunion de sus talentos. Era uno de los escultores y pintores mas célebres de su siglo. Viajó por la Italia, donde conoció y se hizo amigo del célebre Federico Zucaro, de cuya *Anunciacion* hizo una copia para el convento de la Trinidad de Valladolid. En Córdoba, de cuya catedral fué racionero, y donde murió en 1608, hay diferentes

obras suyas, y se habla entre ellas con particular elogio del cuadro de la *Cena*, que está en dicha catedral. Debemos á Llorente el saber que la inquisicion de Valladolid le formó causa en 1560, y que el motivo fué haberse encontrado algunas cartas de Céspedes entre los papeles del perseguido y célebre don Bartolomé Carranza, en una de las cuales hablaba mal del inquisidor general Valdes, y de la inquisicion Este mismo señor Llorente, escritor por tantos títulos respetable, cuyo celo por la verdad y la exactitud llega hasta los ápices, no obstante la pequeña importancia de una especie tan subalterna, y tan hecha para perderse en la riqueza inmensa de preciosidades históricas que contiene su obra de la *Historia crítica de la inquisicion*, tan severo consigo mismo como indulgente con los demas, ha querido aprovechar la oportunidad de esta nota, y nos ha escitado á manifestar al público en su nombre, que en el artículo de *Céspedes*, tomo 2.°, pág. 440, línea 24 de la citada historia, hay un error de imprenta, habiéndose puesto poema de la *Penitencia* en lugar de poema de la *Pintura*, que es como efectivamente dice en el manuscrito original del autor.

Cetina (Gutierre de). Nada mas se sabe de él, sino que era natural de Sevilla, y de una familia noble; que abrazó el estado eclesiástico, y que residió en Madrid.

Cueba (Juan de la). Todo lo que se sabe de él, es que era natural de Sevilla, y que nació en la primera mitad del siglo XVI. La primera edicion de sus obras se hizo en Sevilla en 1582.

Elisio de Medinilla (Baltasar). Nació en Toledo en 1585. Aunque mas jóven, fué contemporáneo y amigo de Lope de Vega, que hace de él el mayor elogio en el *Laurel de Apolo*. El Parnaso español lloró en 1617 su temprana muerte. Su amigo Lope compuso con esta ocasion una elegía en que manifiesta no menos sensibilidad que talento poético.

Ercilla y Zúñiga (don Alonso de), caballero del hábito de Santiago, nació en Madrid á 7 de agosto de 1533 de don Fortun Garcia de Ercilla, jurisconsulto distinguido, que murió en Valladolid al año siguiente, y de doña Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla, nombrada despues de la muerte de su marido, guarda-damas de la emperatriz doña Isabel. La familia de los Ercillas era originaria de Bermeo, segun él mismo dice en el canto 27:

«Mira á Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
Los anchos muros del solar de Ercilla,
Solar ántes fundado que la villa.»

Como hijo de padres tan principales y tan bien recibidos en la corte se crió nuestro don Alonso en palacio, donde entró desde muy tierna edad en calidad de page del príncipe don Felipe, á quien siguió en todos sus viages. En el que este hizo en el año 54 pasando á Inglaterra á casarse con la reina doña María de Aragon, fué cuando estando en Lóndres, se recibió la noticia de la sublevacion del Arauco. Hallábase en la comitiva del príncipe Gerónimo de Alderete que fué nombrado Adelantado de aquella tierra, y salió de Lóndres encargado de pacificarla. En su compañia, ardiendo en deseo de gloria, se embarcó el jóven Ercilla á la edad de veinte y un años. *Los secos terrones, los incultos y pedregosos campos del Arauco*, como él los llama, fueron el teatro de sus hazañas y de su ingenio, pues que en ellos fué donde como él dice:

«Tomando ora la espada, ora la pluma....
Y estando asi de noche retirado,
Escribiendo el suceso de aquel dia,»

ciñó su frente con los laureles de Apolo y de Marte, y eternizó con su estro sublime unos sucesos de que pudo decir como el

héroe de la Eneida, *et quorum pars magna fui*. Acompañó tambien á su general don García Hurtado de Mendoza en la conquista de la última tierra que por el estrecho de Magallanes estaba descubierta. Aqui fué donde atravesó en piraguas el peligrosísimo archipiélago de Ancudbox, y adelantándose á todos, escribió sobre la corteza de un árbol aquella octava del canto 26:

«Aqui llegó donde otro no ha llegado
Don Alonso de Ercilla que el primero» etc., etc.

Volvió á Chile en donde por una disputa con Juan de Pineda, estuvo cerca de sufrir la pena capital. Restituyóse á España por el año de 62 á los veinte y nueve de edad, de donde salió de nuevo inmediatamente, y corrió la Francia, la Italia, la Alemania, Silesia, Moravia y Panonia. En el año de 70 se casó con doña María Bazan, sirviéndoles de padrino el príncipe Rodolfo, que sucedió en el imperio á Maximiliano II su padre, y que ya emperador le nombró su gentil-hombre. A pesar de todos estos honores, de sus hazañas y de sus talentos, no pudo procurarse una fortuna independiente, y aun vino á verse por premio de tantos servicios, *arrinconado en la miseria suma*, segun dice en el canto 36, quejándose agriamente de tamaña injusticia. Se ignora cuando murió. El licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, que ha escrito su elogio, le supone vivo en 1596, y escribiendo un poema en que celebraba las victorias de don Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, poema de que no tenemos ninguna noticia.

Espinel (Vicente), nació en Ronda en 1544, dióse á la carrera eclesiástica, y obtuvo, segun Nicolás Antonio, una capellania en el hospital de esta ciudad. Fué no menos músico que poeta, y si la poesía le debe el artificio de la décima, la música le debe tambien el haber añadido á la vihuela la quinta cuerda. Escribió en prosa una novela con el título de *Vida del*

escudero Marcos de Obregon. Por motivos de persecucion y disgusto, segun parece, tuvo que dejar su pais, y se vino á Madrid, donde permaneció poco favorecido de la fortuna, y murió en 1634 de edad de noventa años, segun Lope de Vega, que en su *Laurel de Apolo* dice asi:

«Honraste á Manzanares,
Que venera en humilde sepultura
Lo que el Tajo envidió, Tórmes y Henares;
Mas tu memoria eternamente dura.
Noventa años viviste:
Nadie te dió favor: *poco escribiste*.
Sea la tierra leve
A quien Apolo tantas glorias debe.

El poco escribiste debe mirarse como un elogio ingenioso de Lope de Vega, como dicho en el sentido en que puede decirse, que siempre escribe poco el que escribe bien, porque en verdad no fué tan poco lo que escribió; y Lope de Vega no podia ignorarlo, como que eran íntimos amigos, y tanto que Espinel egerció al principio una especie de magisterio sobre Lope, corrigiéndole sus primeros versos: este corrigió despues la prosa de Espinel en la *Vida del escudero Marcos de Obregon*.

Espinosa (Pedro), natural de Antequera. No debió nacer tan á fines del siglo XVI como dicen los autores del *Diccionario universal, histórico y crítico*, pues segun ellos mismos, tomándolo de Nicolás Antonio, su obra de *Flores de poetas ilustres* se imprimió en Valladolid en 1605. Siguió la carrera eclesiástica, y mereció por sus talentos y virtudes la confianza de don Manuel Perez de Guzman, duque de Medina-Sidonia, el cual en 1623 le nombró rector del colegio de san Ildefonso, fundado por el mismo duque en San Lúcar de Barrameda, donde Espinosa murió en 1650.

Esquilache (Príncipe de). Llamábase don Francisco de Borja, y llevaba el título de su muger, heredera del principado de Esquilache en el reino de Nápoles. Créese que nació en Madrid. Fué hijo de Juan Borgia, conde de Fícalo, y de Francisca de Aragon. Fué tambien conde de Mayalde, caballero del hábito de Santiago, comendador de Azuaga y gentil-hombre de S. M. Felipe IV. Estuvo de virey en el Perú, y despues de una larga vida de honores y riquezas, desmintiendo en esto la suerte ordinaria de los poetas, murió de edad de ochenta años en Madrid, el 26 de setiembre de 1658. No quiso que se ignorase lo ilustre de la casa de Esquilache, pues manifestando los motivos que le determinaron en la eleccion de asunto de su poema de la *Nápoles recuperada,* dice: *que siendo la casa de Esquilache descendencia de don Alonso el Quinto, no hubiera sido razon buscar héroe mendigado, teniéndole de puertas adentro.*

Figueroa (Francisco), natural de Alcalá de Henares, por lo que dice Lope de Vega:

«¿Mas cómo tu academia
No propone al divino Figueroa,
Si con verde laurel sus hijos premia?»

Siguió la carrera militar, y sirvió en Italia. Debió un singular aprecio á don Cárlos de Aragon, segundo marques y primer duque de Terranova, con quien viajó, y á quien tal vez acompañaria en alguno de sus gobiernos, pues fué este dos veces virey de Sicilia, y una de Milan. Nada mas se sabe de las particularidades de su vida, sino que, igual á Virgilio, ya que no en el mérito, en la modestia, mandó quemar sus obras pocas horas antes de morir.

Figueroa (Cristóbal Suarez de). Aun es mas notable la equivocacion de los autores del *Diccionario universal* en cuanto á este, que en cuanto á Espinosa. Le suponen nacido en Valla-

dolid á principios del siglo XVII, sin reparar que en seguida, tomándolo igualmente de Nicolás Antonio, citan la edicion de Valencia de su *Constante Amarilis*, que es de 1603, en cuyo año se publicó igualmente en Valencia el *Pastor Fido*. Son poquísimas las noticias que de él se tienen; se sabe solamente que se dió á la jurisprudencia, y ejerció esta profesion en diferentes encargos.

Garcilaso de la Vega nació en Toledo en 1503, de Garcilaso de la Vega, comendador mayor de Leon, y de doña Sancha de Guzman, señora de Bátres. Su padre gozó en tiempo de los reyes Católicos de la mas alta consideracion, fué de su consejo de Estado, y estuvo en Roma de embajador en tiempo de Alejandro VI. Nuestro Garcilaso, dado desde los primeros años de su juventud al ejercicio de las armas, siguió al emperador Cárlos V en todas las acciones memorables de su tiempo, particularmente en la defensa de Viena contra los turcos, en la toma de la Goleta y de Tunez en Africa, de donde salió herido; y en la guerra contra la Francia de 1536, en que la gloriosa resistencia de Marsella, y la epidemia que cundió por el ejército, libertaron á esta nacion de sucumbir enteramente á la preponderancia de la casa de Austria. Estos sucesos obligaron á Cárlos V á retirar su ejército, y verificando esta retirada sobre Niza y Génova, fué cuando cerca de Frejus, encomendó á nuestro Garcilaso la toma de un fuerte ó torre defendida por cincuenta paisanos. Púsose este á la cabeza de las tropas de su mando, y dejándose arrastrar de su intrepidez, subió el primero al asalto de la torre, valerosamente defendida por los sitiados; pero su mala fortuna, y la de las musas castellanas, quiso que le alcanzase en esta ocasion una fuerte pedrada, que habiéndole herido en la cabeza, le causó la muerte á los veinte y un dias, siendo de edad de treinta y tres años. El emperador, irritado de esta sensible pérdida, hizo pasar á degüello á todos los pai-

sanos de la torre, como si una bárbara atrocidad fuese el modo de remediar una desgracia. En el año de 38 fué trasladado el cuerpo de Garcilaso desde Niza, donde murió, al sepulcro de sus ascendientes los señores de Bátres, en la iglesia de San Pedro mártir de Toledo. Estuvo casado con doña Elena de Zúñiga, dama de la reina de Francia doña Leonor, de quien tuvo tres hijos. Durante algun tiempo estuvo desterrado en una isla del Danuvio, por haber querido proteger las pretensiones de un sobrino suyo á un enlace superior á lo que le era dado esperar segun su clase.

Gil Polo (Gaspar), valenciano que floreció á mediados del siglo XVI. Dedicó su obra á la muy ilustre señora doña Gerónima de Castro y Bolea, y la dedicatoria está firmada en Valencia á 9 de febrero de 1564. Debió seguir la carrera de la jurisprudencia, si es cierto que suyo fué un comentario á un título del *Digesto*, que lleva su mismo nombre.

Gomez Tejada de los Reyes (Cosme). Nicolás Antonio tuvo de él muy escasas noticias, ni cita mas obra suya que una especie de miscelánea que publicó con el nombre del *Filósofo*, y que dice impresa en 1650. No le conoció como poeta, ni tuvo noticia de la apología moral y entretenida que escribió con el título de *Leon prodigioso*, y fué impresa en Madrid en 1636 por Francisco Martinez. Compónese esta obra de cincuenta y cuatro apólogos, en que censura los vicios, y en que tiene diseminadas una porcion de composiciones poéticas. Estas y la obra en general prueban el buen ingenio de su autor, que si no se sustrajo enteramente á la influencia de su siglo, fué sin duda uno de los que mas evitaron las ridiculeces del culteranismo, que satirizó con mucha gracia en los apólogos 52 y 53. Hizo Cosme de Tejada sus primeros estudios en Alcalá de donde pasó á Salamanca para continuar el estudio de la teologia. Aqui fué donde empezó la obra que hemos citado, y donde escribió quince ó

diez y seis apólogos, que consultó con el Mtro. Céspedes, que dice lo fué suyo: creemos sea Baltasar de Céspedes, yerno del Brocense y catedrático de retórica y elocuencia en Salamanca. Mas adelante, y siendo ya capellan mayor de las Bernardas descalzas y del patronazgo en san Ildefonso de Talavera, revolvió, segun cuenta, sus antiguos manuscritos, y aumentó y perfeccionó el trabajo de su juventud. En el prólogo del *Leon prodigioso* dice, que trabaja una obra que tenia comenzada con el título de *Entendimiento y Verdad, amantes filosóficos*, y un poema con el nombre del *Todo*, en contraposicion del de la *Nada*, que habia escrito, y es el asunto del apólogo 34, y en verdad que no es lo mejor de su obra, y se pudiera decir que satisface á su título. Ignoramos si publicó las otras que anuncia; asi como la época de su muerte y demas particularidades de su vida.

Góngora y Argote (don Luis), nació en Córdoba el 11 de julio de 1561. Fué hijo de don Francisco Argote y de doña Leonor de Góngora. A la edad de 15 años pasó á Salamanca á estudiar el derecho, y aqui fué donde compuso sus poesias amatorias, romances y letrillas satíricas, es decir, lo mejor que tiene. Hízose eclesiástico á los cuarenta y cinco años, y obtuvo una racion en la catedral de Córdoba. Por el favor del duque de Lerma y del marques de Siete Iglesias, fué nombrado capellan de honor de Felipe III, y vino por consecuencia á residir en Madrid, donde permaneció hasta que, habiendo caido enfermo con un género de mal que le privó de la memoria, se creyó conveniente que tomase los aires de su pais; pero á poco de haber llegado á Córdoba, murió en 1627. En el año de su nacimiento, en los de la duracion de su vida, y por consecuencia en el de su muerte, hay en Nicolás Antonio yerros y equivocaciones muy notorias. Le supone nacido en 1612, le dá cincuenta y cinco años de edad, y le supone muerto el 24 de mayo de 1628.

Herrera (Fernando de). Es verdaderamente asombroso que sean tan escasas las noticias que tenemos de uno de los primeros poetas de nuestro Parnaso; habiendo existido en el siglo XVI, siglo tan fecundo en escritores, entre los cuales hay muchos que no quisieron dejarnos ignorar una multitud de pequeñeces insignificantes, y de nombres indiferentes á la posteridad, y no hubo uno solo que quisiese ocuparse de salvar del olvido la memoria de un Herrera. A duras penas hemos llegado á saber, y es todo lo que sabemos, que era de Sevilla: que fué clérigo de órdenes menores: que hizo escelentes estudios en las matemáticas, la lengua latina y griega: que llegó á una edad avanzada: y que habia muerto ya antes del año 1619, pues que en este año fué cuando Francisco Pacheco el sobrino publicó la primera coleccion de sus obras, que pudo trabajosamente reunir, *recojiendo con particular diligencia y cuidado*, dice Enrique Duarte, *algunos cuadernos y borradores, que escaparon del naufragio*. Qué naufragio fué este, es un misterio. Ello es que, segun la relacion de Duarte, Herrera *tenia correjidas de última mano sus obras poéticas, y encuadernadas para dar á la imprenta*, y por la cuenta desaparecieron pocos dias despues de su muerte. Este autor sabia algo del modo con que se habia hecho la sustraccion, pero no quiso decirlo, y se contenta con añadir : *dejo en silencio la culpa de esta pérdida, porque soy enemigo de sacar en público agenas culpas.*

Jáuregui (don Juan), originario de Vizcaya, pero nacido en Sevilla por los años de 1570. Fué tan célebre pintor como poeta. Se ignora donde estudió y cuando pasó á Roma. Habiendo dedicado su *Aminta*, que publicó estando en esta ciudad en 1607, á don Fernando Enriquez de Ribera, tercer duque de Alcalá, protector de otros ingenios, no seria inverosimil sospechar, que á este debiese el haber pasado á Italia á estudiar en la pintura los grandes modelos, y á formarse como poeta en el

comercio de los hombres en tan buena escuela. Fué caballero del hábito de Calatrava, y caballerizo de la reina doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV. Murió en Madrid en 1650.

Leon (el Mtro. Fr. Luis de). Véase la pág. 209.

Lorenzo (Juan). Ignoramos todas las particularidades de su vida. Todo lo que se puede decir, es que floreció en la primera mitad del siglo XIII.

Luzan (don Ignacio), (1) nació en Zaragoza en 1702, once dias antes que Felipe V se embarcase para sosegar en Nápoles las primeras chispas del fuego que devastó nuestra malhadada patria á principios del siglo pasado. Nacido bajo la infausta constelacion de la guerra civil é hijo de don Antonio Luzan y Guaso, señor de Castillazuelo, y gobernador entonces del reino de Aragon, corrió desde la cuna la suerte que suele con frecuencia caber á los hijos de cuantos, en semejantes circunstancias, compromete, ya su situacion política, ya la idea que se tiene, ó de su probidad, ó de sus luces, ó de su amor al bien público. Perdió nuestro don Ignacio su madre, que era doña Leonor Perez Claramunt de Suelves y Gurrea, y el estado de las cosas en el reino de Aragon obligó á su padre á retirarse con toda su familia á Barcelona, donde murió en 1706 ; y estando todos los parientes de nuestro Luzan fuera de España, vino á quedar en tan tierna infancia sin mas arrimo, que el de su abuela paterna, á cuyo lado permaneció hasta que, concluido el sitio de Barcelona en el año de 1715, pasó á Mallorca á reunirse con don José Luzan, eclesiástico tio suyo, que le llevó despues consigo á Génova y Milan. Aqui fué donde empezó sus primeros estudios en el seminario de Patellani, donde continuó hasta que pasó á

(1) Aunque Luzan pertenece ya al siglo XVIII, le comprendemos en nuestras notas por la influencia particular que su doctrina y sus ejemplos han tenido en la última restauracion.

Palermo con su tio, á quien se confirió una plaza de inquisidor en Sicilia. Hizo en Palermo sus estudios mayores, y en 1727 se graduó de doctor en ambos derechos en la universidad de Catana, para habilitarse asi á hacer una carrera; pero sin que la grave jurisprudencia le hiciese nunca romper el agradable comercio de las buenas letras, aficion que contribuyó á fortificar, ó que enjendró el estudio de las muchas lenguas que poseia. Ademas de la lengua latina y griega, en que fué versadísimo, manejaba la italiana como la propia, y escribia y hablaba corrientemente la alemana y francesa. Vivió Luzan en Palermo, donde sus talentos eran conocidos y apreciados, hasta el año de 1729, en que muerto su tio, le fué preciso volver á Nápoles para hallar en el conde de Luzan su hermano, gobernador entonces del castillo de San Telmo, un nuevo apoyo en su horfandad. Cuatro años despues le envió su hermano á España con poderes para administrar sus rentas. Pasó á Zaragoza, retiróse despues á Monzon, contento hasta aquí con las asistencias que le daba su hermano; mas habiéndose posteriormente casado y aumentándose sus obligaciones, tuvo que pensar en aumentar los medios de subvenir á ellas. Vino á Madrid, distinguióse por sus talentos, y en el año 1741 fué elegido académico honorario de la real Academia Española. El gobierno se ocupó en fin, de hacer justicia á su mérito y celebridad, y en el año 1747 fué nombrado secretario de la embajada de Paris. Dos años despues se retiró á Madrid el embajador duque de Huescar, y se quedó de Encargado de negocios. Posteriormente fué nombrado consejero de Hacienda y de la Junta de comercio, superintendente de la real casa de la moneda, y despues tesorero de la Biblioteca. Murió este estimable poeta y literato, á quien tanto debe el buen gusto de nuestra nacion, en el año de 1754. Fué amigo del célebre Metastasio, individuo de una multitud de academias de Italia, que puede tambien contarle entre sus escritores.

Manrique (Don Jorge), señor de Belmontejo, caballero y trece de la órden de Santiago, fué hijo de don Rodrigo Manrique, primer conde de Paredes, maestre de Santiago. A la gloria de poeta, tan justamente adquirida, reunió la de escelente militar, señalándose con gloriosas hazañas bajo el reinado de Enrique IV, y en servicio de los reyes Católicos en el campo de Calatrava en el famoso sitio de Veles, y particularmente en el marquesado de Villena, cuya espedicion fué encomendada á don Jorge Manrique y á don Pedro Ruiz de Alarcon, que encontraron una resistencia digna de mejor causa en los capitanes del marqués, y particularmente en Pedro de Baeza, que los derrotó diferentes veces. En uno de aquellos encuentros en que don Jorge escuchaba mas su valor que consultaba su seguridad, recibió á las puertas del castillo de Garci-Muñoz, muchas heridas, de que murió en 1479.

Manuel (Don Juan), Vide pág. 211.

Manuel (Don Francisco), natural de Lisboa, amigo de Quevedo, empezó en la universidad de Coimbra la carrera literaria, que abandonó despues por la de las armas. Pasó á servir á la Bélgica; mas cuando el Portugal, sacudiendo el yugo de la España, puso sobre su trono al duque de Braganza, dejó el servicio de aquella y regresó á Lisboa. Se ignora que suceso le hizo estar preso muchos años. Puesto al fin en libertad, pasó al Brasil, de donde volvió sin que mejorase de fortuna, hasta que, habiendo podido obtener la proteccion de Catalina de Braganza muger de Cárlos II de Inglaterra, en 1654 pasó á Roma, donde permaneció largo tiempo, y donde publicó muchas de sus obras, sobre las muchas que tenia antes publicadas en España y Portugal, la mayor parte de ellas en lengua castellana, tales como la *Corona trágica*, *la Historia de Cataluña, las Tres musas, Segundo y tercer coro*, etc., etc. Regresó al fin á Lisboa donde murió en 1666.

Martin ó Martinez de la Plaza (Luis), nació en Antequera en 1585, y siguió la carrera eclesiástica. Fué párroco en la colegiata de la misma ciudad. El *Flores poetarun illustrium* de Espinosa es al qne debemos la conservacion de algunas de sus composiciones. Dícese tambien que tradujo el poema de las *Lágrimas de San Pedro* que escribió el célebre poeta Luis Tansilo, como por via de espiacion de su *Vendimiatore*. Murió este estimable poeta en 1635 á los cincuenta años de edad.

Mena (Juan de), nació en Córdoba en 1411 ó 12. Hijo de padres honrados, debió mas su reputacion á su propio mérito, que á las agenas virtudes de una ilustre descendencia. Estudió en Salamanca, pasó despues á Roma, y habiendo regresado de sus viages no tardó en hacerse conocer por sus talentos. Dispensóle su proteccion el marqués de Santillana, y honróle con muestras de singular aprecio don Juan II, de cuya causa é intereses no pudo separarle nunca su amistad con el primero. Murió Mena en 1456 en Guadalajara; el marqués de Santillana erijió un monumento á su memoria.

Mendoza. (Don Diego Hurtado de), Vide la pág. 214.

Mira de Amescua (Don Antonio), eclesiástico natural de Guadix, floreció en tiempo de Felipe IV, y vivió en la córte. Es uno de nuestros poetas cómicos. El autor del *Parnaso español*, atribuye á Bartolomé Leonardo de Argensola la cancion de la Temeridad; pero nuestro célebre poeta moderno Iglesias la atribuye á Mira de Amescua. Nosotros hemos adoptado su opinion, ya por contemplar su autoridad mas respetable que la de Sedano, ya, aun mas particularmente, porque con efecto no vemos en esta composicion lírica nada de la fisonomía de los Argensolas.

Montemayor (Jorge), nació en Montemor cerca de Coimbra, motivo por el cual el célebre poeta Saa de Miranda, contemporá-

neo suyo, le dá esta ciudad por patria, deseoso sin duda, por ser suya, de aumentar sus glorias. Ha sido llamado Montemayor, castellanizando, por decirlo así, el pueblo de su nacimiento. Se dice que nació en 1520, y que siguió algun tiempo las banderas de Marte de simple soldado. Lo que no se puede dudar, es que vino á Castilla, donde, por ser músico de profesion, obtuvo una plaza en la capilla del príncipe don Felipe, despues rey, segundo de este nombre. Siguióle en sus viages á Italia, Alemania y los Paises Bajos. A su vuelta se estableció en Leon, donde compuso su *Diana*, dándole ocasion de escribirla una pasion antigua y malograda. Luego que se estendió su justa reputacion, le llamó á Portugal la reina doña Catalina. De aquí en adelante no se sabe sino que murió ántes de 1562: pues que de este año es la primera edicion de su *Diana*, á la que acompaña ya una elegía que compuso Fr. Marcos Dorántes á su muerte *arrebatada y presurosa*, segun dice. A la edicion que poseemos acompaña la historia de Alcida y Silvano, la de los amores de Píramo y de Tisbe, y despues del octavo libro de la continuacion de Alonso Perez ó el Salmantino, una elegía amatoria de Montemayor, y una epístola á Marfida, señora de sus pensamientos, y la misma que con el nombre de *Diana* celebra en su fábula pastoral.

Pacheco (Francisco) el sobrino, célebre pintor sevillano. Escribió el *Arte de la pintura* que ya hemos citado, y en esta obra se hallan diseminados algunos pocos versos suyos.

Padilla (Pedro), natural de Linares, caballero del hábito de Santiago. Tomó el de carmelita en Madrid en 1585. Fué hombre de bastante instruccion en las lenguas. Luego que dejó el siglo, su pluma no se ejercitó sino sobre asuntos sagrados. Murió en 1595.

Pitillas (Jorje), autor desconocido, segun Quintana, y cuyo verdadero nombre se dice haber sido el de don José Gerardo de Herbas.

Polo de Medina (Salvador Jacinto), murciano. Debió florecer en los primeros veinte y cinco años del siglo XVII.

Quevedo y Villegas (don Francisco). Vide la pág. 223.

Rey de Artieda (Andres), hijo de una familia noble de Aragon, si bien no se sabe si nació en Zaragoza ó en Valencia. Pudo nacer el año 1560. Anunciáronse sus disposiciones felices con bastante precocidad. Graduóse de bachiller en filosofía á los catorce años, y licenciado en leyes á los veinte. Posteriormente emprendió la carrera de las armas, pasó á Flandes y llegó á obtener el grado de capitan de infantería. Sirvió tambien contra la Francia y los turcos. A su vuelta á España, ocupó en Barcelona una cátedra de matemáticas y astronomía. Lope de Vega, y Lupercio Leonardo de Argensola, amigo de Artieda, han celebrado su nombre y sus talentos.

Rioja (Francisco de), nació en Sevilla por los años 1600. Dedicóse al estudio del derecho; mas el conde duque de Olivares, primer ministro y depositario absoluto de la confianza de Felipe IV, se declaró su protector, y á poco fué nombrado racionero de Sevilla, cronista del reino, inquisidor de Sevilla, y algun tiempo despues, inquisidor de la suprema. La desgracia de su protector produjo la suya, y escitó contra él la persecucion, que aun despues de su justificacion reconocida y declarada, y en virtud de la cual recobró su perdida libertad, todavia fué bastante poderosa para privarle del último de los ascensos indicados. Nicolás Antonio dice, que algunos años antes de su muerte se puso nuevamente en favor con Felipe IV, quien le confió el cuidado de la biblioteca real. El 8 de agosto de 1659, murió en Madrid, á donde, segun parece, habia venido como diputado ó representante del clero de Sevilla.

Rufo Gutierrez (Juan). Nicolás Antonio no dá noticia alguna sobre las particularidades de su vida. Llámale, como lo ha-

bia hecho Cervantes, *Jurado de Córdoba*, y nada mas dice. La primera edicion de la *Austríada* es de 1586.

Santillana (Marqués de). Llamábase don Iñigo Lopez de Mendoza; era señor de Hita y Buitrago, como descendiente de aquel Mendoza, que en la aciaga batalla de Aljubarrota, libertó á don Juan I, á costa de su vida, segun aquel romance de Hurtado de Velarte, que no carece de mérito y dice así:

«El caballo vos han muerto,
Sobid, rey, en mi caballo,
Y si no podeis sobir,
Llegad, sobiros he en brazos.
Poned un pié en el estribo
Y el otro sobre mis manos,
Mirad que carga el gentío:
Aunque yo muera, libradvos.
Un poco es blando de boca;
Bien, como á tal, sofrenadlo:
Afirmados en la silla,
Dadle rienda, picad largo.
No os adeudo con tal fecho
A que me quedeis mirando,
Que tal escatima debe
A su rey el buen vasallo;
Y si es deuda que os la debo,
Non dirán que non la pago:
Nin las dueñas de mi tierra,
Que á sus maridos fidalgos
Los dejé en el campo muertos,
Y vivo del campo salgo.
A Diagote os encomiendo,
Mirad por él, que es mochacho:
Sed padre y amparo suyo:

Y á Dios, que vá en vuestro amparo.
Dijo el valiente Alabes,
Señor de Fita y Buitrago
Al rey don Juan el primero,
Y entróse á morir lidiando.»

Digno por el valor de sus ilustres ascendientes, ocupó entre los militares de su tiempo un lugar muy distinguido, al paso que por sus talentos era honrado y respetado. En el año 1438, siendo capitan mayor en la frontera de Jaen, despues de un combate encarnizado que duró cuatro dias, tomó á los moros la villa y castillo de Huelma, á poca distancia de Jaen. En 1440, fué comisionado con el conde de Haro y don Alonso de Cartagena, obispo de Burgos, para recibir á la infeliz doña Blanca de Navarra, que casó con el principe don Enrique, despues rey, cuarto de este nombre. En las diferentes reacciones y sacudimientos que agitaron esta época turbulenta de nuestra historia, buscado por todos los partidos, si bien nunca participó de la exaltacion de los enemigos de don Juan el segundo, tampoco adoptó siempre sus opiniones. Desafecto al condestable don Alvaro de Luna, cual se manifiesta por su *doctrinal de privados*, no pudo menos de hallarse en contradiccion con las voluntades del soberano. Sin embargo, el señor de Hita respetó constantemente en don Juan el segundo al protector de los ingenios, y este respetó siempre en aquel al esforzado militar y al hombre de letras; asi es que en agosto de 1445, le honró con los títulos de conde del real de Manzanares y marques de Santillana. En el año de 1453, mandaba don Iñigo las tropas que entraron por Navarra para sostener la causa del príncipe don Cárlos de Viana. Al año siguiente murió don Juan el segundo, y el marqués de Santillana le sobrevivió aun cuatro años, no habiendo muerto hasta 1458. Segun el retrato que de él nos hace Fernando del Pulgar, pocos hombres han reunido en tan eminente grado las virtudes y los talentos.

Tejada Paez (Augustin), natural de Antequera, nació en 1568. Siguió la carrera eclesiástica, y fué doctor en teologia. Murió en 1636 ó 35.

Torre (Br. Francisco de la). Se ignoran las particularidades de su vida. Véase lo que acerca de él hemos dicho en el *Discurso preliminar* pág. 150.

Ulloa y Pereira (don Luis), nació en Toro, y floreció en tiempo de Felipe IV. Protegido por el duque de Olivares, obtuvo el gobierno de Leon, de que hizo dimision poco antes de morir en 1660.

Vega Carpio (Lope Felix de), hijo de una familia de conocida nobleza nació en Madrid en 1562. Anunciáronse ya en la mas tierna infancia sus agigantadas disposiciones. Poeta desde la cuna, con una facilidad estraordinaria componia versos, cuando aquellos á quienes la naturaleza trató menos pródigamente, empiezan á articular palabras. A los doce años habia estudiado las humanidades. Habiendo perdido á sus padres en tan tierna edad, se habrian acaso malogrado los talentos de este *mónstruo de naturaleza*, como le llama Cervantes, si en su horfandad no hubiera encontrado un apoyo en don Gerónimo Manrique, obispo de Avila, que le recibió en clase de familiar suyo. Estudió la filosofía en Alcalá, vino despues á Madrid y sirvió de secretario al duque de Alba. Casóse con doña Isabel de Urbina, y por un lance de honor en que hirió gravemente á su adversario, tuvo que andar por algunos años desterrado. A su regreso perdió á su esposa, y parte obligado por la necesidad, y parte aburrido por sus desgracias, tomó servicio en la aciaga espedicion naval de Felipe II contra la Inglaterra, cuando nuestra *invencible* quedó vencida, y cuando la soberbia Albion empezó á conocer que el Océano era su elemento, y Neptuno su divinidad tutelar. Disgustado sin duda de esta carrera, volvió de nuevo á su patria, y casóse segunda vez; pero habiendo tambien perdido á

su esposa, abrazó el estado eclesiástico. La consideracion que le dió esta nueva situacion, y el sosiego de que la acompañaba, contribuyeron mucho á multiplicar sus obras y estender sus relaciones, y celebridad. Llegó esta á tal término, que el papa Urbano VIII, nada amigo de Felipe IV ni de la España, y mas apasionado del jesuita Santarella, que de Homero ni Virgilio, le escribió de su puño confiriéndole el título de doctor en teología y el hábito de San Juan, y nombrándole fiscal de la cámara apostólica. Colmado de honores, lleno de aplausos, y en el seno de la abundancia, vivió Lope de Vega hasta que, en 1635, terminó sus dias de edad de setenta y tres años, habiéndosele hecho un suntuoso entierro por direccion y á costa de su testamentario el duque de Sesa.

Villaviciosa (don José), señor de Reillo, nació en Sigüenza en 1589 de don Bartolomé Villaviciosa, y de doña María Martinez de Azanon. Crióse desde niño en Cuenca, donde su padre heredó un mayorazgo. Aquí hizo sus estudios, aquí compuso algunas poesías amatorias, y la *Mosquea* á la edad de veinte y seis años. Dióse á la carrera de la jurisprudencia, y en 1622 fué nombrado relator del consejo de la suprema. Despues de algunos años de servicio en este tribunal, y en el de 1638, fué nombrado de inquisidor á Murcia, y probablemente con esta plaza le seria conferido el arcedianato de Alcor en Palencia. En el año de 1643, pasó de inquisidor á Cuenca, y fué nombrado al mismo tiempo canónigo y arcediano de Moya en la catedral de esta misma ciudad, donde murió en 28 de octubre de 1658, á los setenta años de edad. El genio festivo de sus primeros años debió estinguirse en las lúgubres escenas, en el triste desempeño de las obligaciones de una carrera tan poco poética.

Villegas (don Esteban Manuel de), natural de Nájera en la Rioja. Sus padres, que pertenecian á una familia distinguida, pero no muy sobrada, le enviaron sin embargo á Madrid, don-

de hizo sus primeros entudios, pasando en seguida á continuarlos á Salamanca, donde se dedicó á la jurisprudencia. Mal hallado sin duda con el ceñudo aspecto de la severa Témis, buscó en las festivas Musas mas alegre y dulce compañía. Aquí fué donde escribió su primeras composiciones á que dió el nombre de *Delicias*, concluidas y limadas á los veinte años, pero no publicadas hasta 1618, ya con el título de *Eróticas*. El resto de su vida fué una lucha continua entre sus necesidades y la escasez de sus medios. En vano solicitó por largo tiempo un empleo con que ponerse en estado de gozar de una decente comodidad. Pasó casi toda su vida en su patria, reducido á la estrechez, hasta que murió en 1669 á los setenta y cuatro años de edad.

CORRESPONDENCIA

DE UN REFUGIADO

CON UN AMIGO SUYO DE MADRID.

CARTA PRIMERA.

Burdeos y mayo 6 de 1820.

Mi querido amigo:

¿Ha podido vmd. dudar del partido que yo tomaria en las circunstancias actuales? la duda me ofenderia, si no conociera el espíritu que la dicta. La recelosa inquietud de la amistad le ha hecho á vmd sospechar que mi asombradiza delicadeza no se contentaria con un indulto, en que todo se debe á la compasion, y nada á la justicia. Con efecto, una resolucion semejante en otro tiempo no hubiera producido la mas pequeña mudanza en mi situacion; pero el nuevo aspecto de las cosas altera la naturaleza de mis obligaciones. La España empieza á ser una patria, y lo que se llama deberes, ó sea obligaciones del hombre con la sociedad á que pertenece, lejos de ser á mis ojos un vano juego de palabras, es por el contrario un punto muy sério, y tal, que no admite ni parvidad de materia, ni dispensas de Roma. Asi que, procuro estar alerta contra todo género de prevencion, y dispuesto á sacrificarlo todo á la idea de aquel honor que es compañero de la probidad, no quisiera sacrificar esta

misma probidad á una ilusion vana del amor propio, ni parecerme en nada á aquella casta de valentones, que manchados acaso con todo género de bajezas, hacen consistir su honor en disputar la acera. Yo á nadie le disputo lo que puedo cederle; y hago consistir el honor del hijo en reverenciar al autor de sus dias, el del marido en hacer la felicidad de su esposa, el del padre en educar bien á sus hijos, y el del ciudadano en ser útil á su patria. Sabe vmd. que habiéndolo perdido todo en mi naufragio político, escepto mi tranquilidad, entre los diferentes medios que me sugirió el deseo de satisfacer á todas las ideas del honor así entendido, fué uno de ellos el de formar en esta ciudad un establecimiento de educacion esclusivamente para españoles. Mientras que mi situacion me reducia á la imposibilidad de hacer otra cosa, y mientras que ha sido necesario formar los ciudadanos para la España fuera de ella, y aun á pesar suyo, me ha podido ser permitido hacerle en el estrangero esta especie de guerra justificada por la necesidad; mas desde el dia en que me recibe en su seno, faltaria yo á la idea del honor bien entendido, si, convirtiendo la confianza y la estimacion de mis conciudadanos en daño suyo, continuase provocando la esportacion de capitales, y privando á los jóvenes que se me confiasen, de las ventajas de una educacion enteramente nacional, á propósito para crear y fecundizar desde la infancia el gérmen de las virtudes patrióticas, que la educacion estrangera tira siempre á esterilizar ó estinguir. Cuando no tuviese otra razon mas que esta, ella sola bastaria, y aun sobraria, para no dejarme ni la libertad de dudar; pero ademas, ¿ignora vmd., amigo mio, el prestigio mágico que ejerce sobre nosotros la tierra natal? En vano un pais de destierro, para hacérnosla olvidar, ostenta á nuestra vista todos sus medios de seduccion. Al recorrer sobre un suelo estrangero las bellezas todas, que en el mas feliz clima ha podido reunir una naturaleza pródiga, realzadas si se quiere inmensamente por las

que supo acumular el arte, la industria, la sabiduria de sus moradores, nuestros sentidos atónitos no pueden menos de pagar á tales prodigios el tributo de la admiracion; pero el teatro de nuestra infancia, el de nuestros años juveniles es en la geografía del corazon el universo entero. Fuera de él no hay para nosotros ni gratas memorias ni plácidas ilusiones... Allí quisimos y fuimos queridos..... ¿Es otra la felicidad de los mortales? Asidos á la cuna por una inmensa multitud de delgados, pero fuertes hilos, la muerte misma parece perder todos sus horrores, cuando nos lisonjea la esperanza de gozar al pié de aquella del reposo de la eternidad, Si, amigo mio, la tierra natal ejerce sobre nosotros una influencia de por vida, que se convierte en una pasion violenta, y que, cual todas las de su indole, se enciende por la privacion. Para sentirla en toda su fuerza, es necesario haber esperimentado, y *no merecido* todos los males de la espatriacion. Aquel á quien le hizo dejar su patria la conciencia del crimen, puede en hora buena mirarla como una tierra de infamia y de suplicio. El hombre á quien lanzó de su seno, ó alguna de las inesplicables combinaciones de una convulsion política, ó la exaltacion de pasiones efímeras, ó su virtud misma, cierto de que el tiempo reparará sus propias equivocaciones, la mira siempre como la escena en que debe brillar un dia su justicia, como el teatro de un nuevo triunfo; espera con ánsia esta época feliz, no suspira sino por ella; piensa á todas horas, sueña, delira con su patria, y poseido esclusivamente de ella, insensible á todo, la campiña mas fértil es á sus ojos un yermo, la ciudad mas populosa un desierto. No me atreveré á dar al ostracismo ni este orígen, ni esta mira; mas lo que no tiene duda es que nunca fué tan exaltado el patriotismo del justo Aristídes, como el dia en que, á la vuelta de seis años de espatriacion, saludó desde lejos los muros de Atenas. Irreconciliable hasta entonces con Temístocles, apenas llega corre á buscarle, tiende en Salamina una mano amiga al autor de su destierro, le con-

vida á trabajar de concierto en la salud de la patria, y le abandona toda la gloria de tan señalado triunfo. «Ya es tiempo, le dice, de renunciar á nuestras vanas y pueriles disensiones. Un solo interes debe animarnos en el dia, que es el de salvar la Grecia, *mandando tú y obedeciendo yo*». ¡Que no se precie de amar la patria, quien no se sienta con la fuerza necesaria para seguir tan digno ejemplo! ¿Nos contentarémos siempre con tributar á la virtud una admiracion estéril? mientras que vemos reproducirse á cada paso los horrores que deshonran la especie humana, ¿los sublimes rasgos quela ennoblecen no hallarán nunca imitadores? ¡Compañeros de mi infortunio! Formados en la escuela de la adversidad, la moderacion, la tolerancia, el desprendimiento absoluto de todo no debe ser para vosotros un esfuerzo penoso, un sacrificio, sino un hábito fácil y dulce. Cierto es que nuestro pundonor y nuestra delicadeza tienen todavia que exijir de nuestros conciudadanos, mas por ahora piérdase esta idea en el interes de la patria..... Su situacion es crítica Ocupémonos enteramente de ella, y nada de nosotros. Tiempo nos quedará para componer nuestras diferencias de familia. No olvidemos que la virtud no consiste en parecer virtuosos, sino en serlo: que en serlo y no parecerlo está su heroismo: que el mejor modo de probar que siempre fuimos ciudadanos dignos, es no dejar de serlo: y que si en la crísis actual de nuestra patria nos apresuramos á imitar la conducta de Aristides, y decimos á nuestros conciudadanos: «un solo interes debe animarnos, que es el de contribuir á consolidar el régimen constitucional, obedeciendo nosotros y mandando todos los demas», ni será facil escedernos en generosidad, ni que se deje al fin de hacer justicia á la nobleza nunca desmentida de nuestros sentimientos. Bajo un régimen arbitrario, el error, nunca eterno, puede sin embargo, sostenido por la tiranía, ser de larga duracion, y á tan funesta combinacion nada hay que oponer, sino ó la resignacion ó la fuerza; mas la libertad se corrige á sí mis-

ma, un pueblo libre no tarda en rectificar sus equivocaciones, y el nuestro manifiesta ya hasta qué punto está dispuesto á reconocer nuestra justicia. No necesitamos ir muy lejos para dar con una prueba incontestable de esta verdad. Si la voluntad tímida y versátil de un ministro quiere nuevamente cerrarnos la puerta de la patria, escluirnos del júbilo comun, y negarnos al grito de la sangre y de la amistad que nos llama, la opinion pública le hace bien pronto entender, que ha pasado el tiempo en que, por no tener esta medios de esplicarse, era posible atribuirla la bajeza rencorosa de un pequeño número de aduladores ¿Y qué debe importarnos si despues de esto, el deseo de no parecer abiertamente inconsiguientes ó débiles, hace que se desfigure la espresion de la voluntad general, y que se sustituya á la indignacion que produjo el error ó la injusticia, aquel lenguaje artero que tira á escusarle ó á disminuirle? La Nacion nos abre la puerta. Olvidemos el aire compungido y triste de aquel á quien confió la llave (1). Que la

(1) Me refiero al último decreto de 23 de abril, y hablo del ministerio. El rey en un sistema constitucional, no puede hacer nada malo: es un objeto de culto y no nos es permitido hablar de él sino para reverenciarle. En lo sucesivo tendremos ocasion de desmenuzar mas este principio; y como para que este y otros produzcan el efecto que yo deseo, es necesario que lleven un carácter de imparcialidad y desinterés, desde ahora declaro que nada quiero, nada solicito, ni pienso solicitar del gobierno. Acostumbrado en la adversidad á ser rico por un nuevo estilo, que es el necesitar de muy poco, y seguro de hallar en mi propia laboriosidad los medios de procurar á mi familia una subsistencia honrada é independiente, no vuelvo á mi patria á pedirle nada, sino á darle cuanto tengo. Le daré tres hijos bien educados, y en ellos tres generaciones en las que probablemente se irán trasmitiendo, y en una progresion siempre creciente, las ideas de una justa y moderada libertad, y el amor á la constitucion y á las leyes, porque esta es la leche que han mamado. Les daré los mejores ejemplos que me sea posible, los consejos que por mas sanos me sugiere mi pobre razon y mi tal cual esperiencia y estudio, y todas las ventajas que puede dejarle una familia mas, que ejerce una profesion útil. Bien conozco que la renuncia que hago no es gran cosa, porque no es gran mérito renunciar lo que no se tiene, ni se espera, ni se quiere; y por lo que hace al donativo, no se me oculta que mi generosidad no pasa de satisfacer la deuda de todo hombre honrado, pero ello es que yo doy todo lo que me queda, y renuncio todo lo que puedo. En otras circunstancias he sacrificado á mi patria toda mi sensibilidad. Pudiendo con ventaja permutar mi situacion

prosperidad de nuestra patria sea el objeto único de nuestros desvelos; *conozcamos su situacion, y estudiemos sus riesgos,* consultando para prevenirlos la sabiduría de la esperiencia. De esto y no de otra cosa, quisiera yo que nos ocupásemos todos; reservando para mejores tiempos cuantas esplicaciones pueda exijir de cada uno, la diferencia de nuestras antiguas opiniones. ¿No pudiéramos admitir provisionalmente la hipótesis honrosa de que en la tormenta cada cual tiró á salvar como pudo la nave del estado, y quien mas quien menos, entre todos hemos contribuido á hacerla arrivar al puerto, donde de lo que ahora debe tratarse y por todos, es de echar el ancla, carenarla, y repararla, y ponerla al abrigo de nuevas tempestades? ¿Qué interes podemos tener en deshonrarnos ni humillarnos? Ninguno que sea verdaderamente patriótico. Quien humilla á los hombres no los quiere sino para esclavos. *Si ciudadanos quieres eleva las almas*, ha dicho con profunda filosofía un poeta nuestro, digno de mejor suerte (1). Para satisfacer por mi parte á esta deuda, y mientras las obligaciones contraidas durante mi destierro me detienen en este pais, iré trasmitiendo á vmd. mis ideas, á medida qne mis ocupaciones me lo vayan permitiendo. Si vmd. cree que en esta carta ó en las siguientes hay una sola idea, una sola frase cuya publicacion pueda ser útil, venga sobre mí en buen hora la crítica severa de una academia de puristas; pero si por el contrario, cree vmd. que hay una sola ó injusta ó inconducente, no tenga vmd. ninguna consideracion con mi amor propio, y sálveme vmd. de las reconvenciones de los hombres de bien, y de mi propio remordimiento. Adios, amigo mio, hasta la inmediata, en que me ocuparé de discurrir con vmd. sobre la situacion actual de nuestra patria.

MANUEL SILVELA.

por otra, preferí mantenerme en la mas contraria al temple de mi alma, y consentí en que las ingratas ocupaciones de mi destino desgarrasen á todas horas mis entrañas, dividiendo con mis compañeros el placer de sustraer al furor militar el mayor número posible de víctimas. Apelo á la justicia de los madrileños.

(1) Melendez.

CARTA SEGUNDA.

Burdeos y mayo 10 de 1820.

Mi querido amigo,

Ofrecí en mi anterior ocuparme de discurrir con vmd. sobre la situacion actual de nuestra patria. Las noticias de este correo presentan nuevas ocurrencias, nuevas disposiciones acerca de los refugiados (1), que pudieran hacer escusable en uno de ellos cualquiera digresion; mas nada será capaz de separarme del plan que me he propuesto, y en cuanto á mí, en vano la discordia lanzará en medio de nosotros su funesta manzana.... Jamás tendré la imprudencia de recogerla.... En vano sacudirá sobre mi cabeza su tea incendiaria..... Podré ser su víctima, pero no su cómplice. Fiel á mis principios, prefiero, como un ilustre desterrado de Roma (2), la salud de la patria al placer de habitarla, y al que quiera, como á otro, (3) aconsejarme la guerra civil por medio, le responderé con este: *mas quiero que la pese de mi destierro, que no de mi vuelta.* Nada me importa sufrir los males; pero en medio del triunfo, no podria soportar la idea de merecerlos. Entremos en materia.

Estamos, amigo mio, en el principio de una revolucion. No hay que asustarse. La palabra, como tantas otras, no tiene de malo, sino lo que no es suyo; pero hay hombres fatales á la especie humana, y que tienen el arte de empozoñarlo todo. La

(1) Es el decreto del 26 de abril.
(2) Q. Metelo Numidico.
(3) Publio Rutilio Rufo.

religion, esta idea sublime que diviniza la moral y hace de la virtud un sentimiento afectuoso y tierno: esta esperanza del bueno, este consuelo del justo, este bálsamo de la adversidad, manipulado por manos venenosas, se ha convertido muchas veces en una tortura del corazon, en un motivo constante de guerra de esterminio y de incendio. La revolucion que debe su noble orígen á esta perfectibilidad indefinida ó indefinible, privilegio esclusivo de la razon, y que por la fuerza de su significacion no hace mas que espresar esta marcha progresiva, con que la especie humana se perfeciona, y designar la época en que un pueblo, una nacion, ó un legislador sabio, sintiendo la incoerencia ó la insuficiencia del sistema de legislacion, reforma sus abusos, y acomoda instituciones nuevas á la nueva esfera de sus luces, necesidades y hábitos, se ha hecho sinónima de desorden, anarquía y degüello, atribuyéndola todos los males que produce, no la revolucion, sino la resistencia imprudente que se la opone, ó la direccion estraviada que recibe de manos inespertas, ó los horrores con que la mancha despues un pequeño número de tigres. Examinado el orígen de las revoluciones, y esplicado su objeto, se ve cuanta es la insensatez de aquellos hombres, que nos gritan á toda hora con la necesidad de sofocarlas, y cuya desentonada bilis se desata contra ellas. Blasfemar contra las revoluciones en este sentido, vale tanto como dolerse de que la naturaleza no nos haya condenado á la suerte de los osos, que cazan y viven hoy como en el principio del mundo, ó exijir que desde cierto tiempo en adelante, renunciase á la sabiduría de sus leyes para acomodarse á la poltrona inmovilidad de un corto número de individuos. Los que pierden su tiempo en tales declamaciones se parecen á aquellos moralistas, que haciendo consistir la virtud en una absoluta abnegacion, cual si las acciones humanas pudieran existir sin un motivo que las determine, y sin un estímulo que despierte la energía de un órgano, gritan contra las pasiones, quieren estinguirlas y parece que se

empeñan en hacer así el panegírico de la materia inerte. La comparacion es tanto mas exacta cuanto que, así como estos no hacen sino estúpidos ó hipócritas, así aquellos no pueden tener otra mira que la de hacer esclavos ó tiranos. Cesemos, pues, cesemos de insultar á la naturaleza, y renunciando al necio orgullo de darla lecciones, ocupémonos de estudiarla; y pues que no nos es dado, sin destruirnos ó embrutecernos, ni sofocar las pasiones ni paralizar el movimiento que nos perfecciona, contentémonos con morijerar las primeras, y dirijir sábiamente la accion útil del segundo. No obstante, si se cree que debo satisfacer á todas las acepciones de esta palabra, y que no puedo menos de admitirla como sinónima de violencia y desorden, en tal caso diré: « no que estamos en el principio, sino que acabamos de terminar una revolucion de muchos siglos» rompiendo las cadenas con que nos oprimia la violencia de una arbitrariedad injusta, y provocando un nuevo órden de cosas, que nos lisonjea con la esperanza de reformas saludables. Mas no nos engañemos. Cualquiera que sea el aspecto favorable con que presentemos, ó aquella revolucion, ó este nuevo órden de cosas, nuestra posicion es dificil y peligrosa, y para evitar los escollos que nos rodean, se necesitan grandes virtudes en todos, y mucho juicio, muchas luces, y sobre todo, mucha energía en los que se apoderen del timon ó del remo.

Creo haber dicho á vmd anteriormente, y repito ahora, que acaso está hecho lo mas para que la nacion española parezca á los ojos del mundo atónito y de la impasible posteridad, como una nacion de héroes; pero que es necesario que los que han dirijido tan sabio movimiento no desconozcan su verdadera posicion, y tenga la fuerza de carácter necesaria para hacer admitir á todos, principios de generosidad y moderacion, y para resistir á la seduccion y al esfuerzo de mil y mil pasiones disfrazadas. No olvidamos que el fanatismo, que hasta aquí ha tomado generalmente la máscara del cielo, sabe ocultarse bajo de

otras, y que, cualquiera que sea la que tome, su naturaleza es siempre la misma. Es un mónstruo cuya sed no se apaga sino con sangre. Es una divinidad antropófaga y cruel, que pide víctimas por holocausto.... ¡Y qué lastima no seria, que se manchase la página mas brillante de nuestra historia! ¡Qué gloria para nosotros, si el monumento consagrado á perpetuar la memoria de nuestra libertad política, fuese al mismo tiempo un monumento de *fraternidad* y de *concordia*! ¡Que no se diga ni español ni hombre quien no haga á esta idea sublime el sacrificio de todo! ¡Que no se diga ciudadano el que no presente en el altar de la patria la ofrenda de sus resentimientos y de sus pretensiones!

Nada es mas peligroso en un estado, dice Montesquieu, *que mudar el principio de su gobierno*. En nuestra mudanza (si adoptamos su sistema) hemos recorrido toda la distancia que hay desde el temor y la bajeza, al honor y la virtud, y al mudar el principio del gobierno, se ha mudado con él la constitucion entera del estado. Hemos pasado desde aquella quietud sombría, aquella paz sepulcral que anuncia igualmente el reinado de la muerte y el imperio del despotismo, al movimiento vivo y alegre de la libertad.

Este tránsito del desórden al órden, cuya consecuencia necesaria y cuyo motivo es siempre la felicidad de la mayor parte, no puede menos de causar la desgracia de un pequeño número de hombres ricos y opulentos cuyo título primitivo fué el abuso que se hizo en tiempos fatales de la inocente credulidad, de la candorosa inocencia de nuestros padres. Esta especie de hombres, cuya triste heredad nada produce sino regada con el sudor y las lágrimas de millares de infelices, cuando llega el dia de la reparacion de tamaña injusticia, confundiendo la usurpacion con la propiedad, y mirando la agresion como un justo título, ó creyendo purgada su injusticia en el filtro de los tiempos, no pueden concebir que deje de debérseles lo que por tanto

tiempo se les ha dado; y no teniendo en la adversidad aquella resignacion, que exijian de sus víctimas, gritan contra la novedad, conspiran contra ella y por la energía que les dá la desesperacion, obtienen algunas veces el triunfo, siempre efímero y funesto, de hacer suceder á una revolucion, una revolucion, contraria, que es la mayor calamidad que puede afligir á una nacion, cual decia en el año de 87 un ministro de Luis XVI. Felizmente el movimiento político se ha efectuado entre nosotros por un instrumento, que hasta aquí ha servido siempre á la resistencia, y esta singularidad debe calmar una gran parte de nuestras inquietudes. Hablo del ejército, de ese ejército de ciudadanos, y de ciudadanos virtuosos y amigos del órden, que ha dado al mundo un ejemplo saludable, y aun á los déspotas mismos una leccion provechosa. Derrocado el ídolo por la mano de los únicos que podian sostenerle; erijido el altar de la libertad por los mismos á quienes el error habia hasta aquí confiado la defensa de sus funestas aras, esta novedad ha producido sobre aquellos á quienes cupo en suerte la desgracia de vivir de su culto, el efecto mágico de la cabeza de Medusa. Se han quedado como petrificados. Aprovechémonos de este momento de asombro favorable á la reflexion, para apelar á su generosidad, á su justicia, á su interes. Escitémoslos á renunciar á un ócio estúpido, acibarado siempre con el tedio y el fastidio, seguros de que hallarán mil veces mas encantos en el hábito de la laboriosidad, en el sentimiento, en la conciencia misma de su propia utilidad: á desprenderse de una consideracion que, si poblaba sus antesalas de aduladores, era á espensas de condenar su corazon al vacío de la amistad: á desasirse sin pena de un supérfluo que, aumentando sus vicios, está bien lejos de aumentar su felicidad: á reconocer ellos mismos la injusticia de unos títulos, que la fuerza sola estableció y sostuvo, y que en vano reclamarán la debilidad y la impotencia: y en fin, que para convencerse de que su generosidad y su justicia no harán mas que

estar de acuerdo con su propio interes, no tienen mas que contarse á sí mismos, y conocerán que en la resistencia serían las víctimas de su propio delirio, y que á bien librar, no harían al fin otra cosa, que consumar la obra de su despojo, entonces solo injusto y verdaderamente fatal, porque seria absoluto. En cuanto á nosotros, para compadecerlos y respetarlos, recordemos cuan tiránica es la influencia de nuestros hábitos, de nuestra educacion; y que de esta especie de gentes una gran parte, casi sin culpa suya y desde que vinieron al mundo, encontraron ya su fortuna fundada sobre la miseria pública.

Lejos de humillar, insultar, ni perseguir á hombres á quienes puede hacer respetables y útiles su generosidad y patriotismo, hagamos por nuestra moderacion mas soportables sus sacrificios y renuncias; y para que puedan sin obstáculo abandonarse á los sentimientos que queremos inspirarles, ilustremos su conciencia sobre la naturaleza de sus deberes, sobre la subordinacion respectiva de sus obligaciones: quitemos á la malignidad un pretesto, y á la honrada ignorancia de otros un peligro: fijemos sus ideas sobre la *fidelidad,* la *lealtad* debida al príncipe, escudo con que se abroquelan, y que dá á su resistencia un aire de nobleza, que los alucina á ellos mismos y arrastra no pocos incautos. No vayamos para ello á consultar profundos publicistas. En raciocinios bien sencillos, en su propio lenguaje, hallarán la prueba de su error. No puede, por ejemplo, ocultárseles esta verdad tan de bulto: es indispensable reconocer en nuestros deberes una cierta subordinacion. El que en el órden de la caridad socorriese al estraño con agravio del autor de sus dias, no sería un hombre benéfico, sino un mónstruo: el que en el órden de la justicia obedeciese y acatase al segundo faltando al primero, sería no menos injusto que insensato. En la linea de nuestras obligaciones públicas, la de ser fieles y leales empieza por la patria: el simple ciudadano, el magistrado y el príncipe deben sacrificarse á ella, y la patria á nadie.

Ella es la fuente de toda obligacion, á ella se refiere todo, y solo ella no se refiere á nada. Los asesinos, los incendiarios de Neron eran los enemigos de Roma, y el oprobio de la especie humana. Los ciudadanos mas nobles, los súbditos mas fieles de Carlos IX fueron los que en el dia de la San Bartolomé se cubrieron de gloria resistiendo la bárbara ejecucion de sus decretos. Los que entre nosotros, por el trastorno monstruoso de sus ideas, impidieron que en 1521 diésemos en el continente el primer ejemplo, y gozásemos los primeros de los beneficios de un régimen de libertad, sirviendo á la voluntad despótica de Carlos de Austria, sirvieron muy mal á Cárlos I de España; y á los ojos de una posteridad ilustrada é imparcial, serán reos de tres siglos de males y de horrores. ¿Codiciará ninguno tan funesta celebridad? ¿Querrá nadie hacer tan mal uso de su razon? La lealtad al príncipe no puede tener orígen mas augusto ni mas antiguo, que el de su propia autoridad. *Lealtad*, *legitimidad* son dos voces que vienen de *ley*. Apenas se concibe cómo los hombres, habiendo consignado en su lenguaje, en sus ideas una exactitud tan lógica, han podido despues hacer de ellas los abusos monstruosos que presenta la lamentable historia de los tiranos. ¿Qué ley es esa á que deben su origen la legitimidad del príncipe, y la consiguiente lealdad del súbdito? Si estas deben su orígen, á esa ley, solo aquella es anterior y primitiva, y nuestras obligaciones en su subordinacion respectiva, no podrán menos de seguir la misma filiacion. Esta ley no puede ser otra que la del pacto social que nos une para la mútua felicidad de todos, la que nos constituye en esa reunion política que llamamos *patria, sociedad*. ¿Merecería este nombre una estipulacion en que uno lo ganase todo, y los demas lo perdiesen todo sin indemnizacion y sin reserva?

¡Atletas del poder absoluto, he aquí vuestra doctrina! Si una opinion bárbara hizo en otro tiempo de las naciones una propiedad, y de cada soberano un Saturno, y pudo ser de honor y de

provecho el ayudarles á revindicar la primera, ó sentarse con ellos á su horrendo banquete, en el dia los reyes mismos á quienes no precipita una funesta obcecacion, ni son ni quieren ser sino divinidades tutelares de sus pueblos, y el que les aconseja ó los ayuda á dejar de serlo, no puede hacer otra cosa que infamarse é infamarlos. El rey entre nosotros, al firmar la constitucion, ha hecho la profesion pública de estos principios. Quien los contradijere es su enemigo, y cuantos osasen decir que ha firmado lo que no queria, le atribuyen un miedo cobarde, y le deshonran (1). En vano pretenderían rodearse del prestigio de la voz *realistas* (2). Los amantes de la constitucion, que reconocen sus mismas ideas en la filiacion de esta palabra, se reservan para sí tan honrosa denominacion, y decididos á llamar las cosas por sus nombres, abandonan á los adalides del poder absoluto ó despótico el que efectivamente les conviene: *despotistas*. He aquí su verdadera y triste divisa. El español es demasiado noble y mal dispuesto por la naturaleza á la humilacion; serán muy pocos los que quieran renunciar á la calidad de hombres; y el despotismo, una vez conocido en su deformidad, hallará entre nosotros muy pocos prosélitos.

Si, amigo, los amantes de una monarquía constitucional somos los verdaderos *realistas*, los que podemos decir con Plinio: *principem habemus ne sit tyranno locus*, y debemos apresurarnos á tomar este título para prevenir una usurpacion perjudicial é injusta; para consignar en nuestro lenguaje nuestras verdaderas opiniones; para familiarizar á todo el mundo con la

(1) Asi lo publican en este pais muchos periodistas, y muchas gentes que no salen nunca del mismo periodo.

(1) Estoy en un pais donde tengo á cada momento ocasiones de observar las malas consecuencias del abuso de la voz *realista*. El mismo que con cierto aire de superioridad y de fanfarronada se gloría de ser realista, se avergonzaria de llamarse *despotista*; sin embargo nadie ignora que en general son los adoradores del poder absoluto. ¡Tal puede ser sobre los hombres la influencia de una palabra! La gramática se va poniendo en posesion de resolver los problemas de todas las ciencias.

idea del respeto que se debe al gefe del poder ejecutivo, y para inspirarle aquella confianza, que una vez perdida, abriria la puerta á mil y mil desastres.

¡Que un abuso monstruoso de la religion no venga á ejercer sobre las almas débiles su acostumbrado imperio, y á dar un carácter sagrado al error que impugnamos! El juramento invocado para sostener las trasgresiones de la moral, es una profanacion sacrílega del nombre de Dios. Por frenético solamente mereceria nuestra compasion, el que creyese que un juramento insensato le imponia la obligacion de matarse. La que todos tenemos de conservarnos, de perfeccionarnos, de contribuir á la felicidad agena y ser felices, no tienen otro orígen, y nunca nos ha sido dado ni transijir, ni estipular contra ella.

Mas no son, amigo mio, los obstáculos que nacen del antiguo desórden aquellos de que pienso principalmente ocuparme: Montesquieu me sirve de guia. *En las grandes mudanzas,* dice este escritor célebre, *conocemos los abusos antiguos, vemos los medios de corregirlos*; *lo que no vemos son los abusos de la correccion.* No nos olvidemos de que por el nuevo impulso, órganos agarrotados desde la cuna recobran su uso; pero ó el aturdimiento de la inesperiencia, ó la tension y rigidez que les ha dado una prolongada violencia, hace que sus articulaciones estén poco flexibles, que sus movimientos sean duros, y rompan acaso lo mismo que se proponian y estaban destinados á conservar. Lo primero, pues, que debe enseñar á los hombres aquel á quien deben tan insigne beneficio, es á servirse de estos órganos, á no equivocar su uso, á templar y corregir su accion.

Siguiendo este plan, en la próxima me ocuparé de prevenir el abuso funesto, que en circunstancias semejantes á las nuestras, se ha hecho de las palabras *libertad*, *igualdad*, etc.

Adios, amigo mio, hasta la inmediata.

MANUEL SILVELA.

CARTA TERCERA.

Burdeos (1).

Amigo mio.

El tiempo corre, las elecciones se hacen, la celebracion de las córtes se aproxima, y en este estado mal determinado y poco definible, el órden se sostiene como por instinto. Está visto: hemos nacido para no parecernos á nada, para falsificar todos los cálculos comunes, y como para servir de objecion á las reglas conocidas de la crítica y la lógica. Casi africanos por la situacion, el ardor del sol, la fuerza de carácter y la irritabilidad de nuestra fibra, degradados por el hábito de las cadenas, parecia que el tránsito de la esclavitud á la libertad, feliz siempre por su objeto, pero no pocas veces funesto por el abuso de sus medios, debia entre nosotros señalarse por terribles catástrofes; mas basta que la cosa sea verosímil para que, por decirlo así, deje de ser probable. Todo entre nosotros debe tener el sello de cierta originalidad, y como se ha dicho en otra parte: «si en las producciones del espíritu nada nos gusta en su verdadero tamaño, en las empresas del ánimo nada nos tienta sino lo que es desmesurado é inconcebible» ¡Qué uso tan acertado y noble haríamos de nuestro amor propio, de esta tendencia, de esta disposicion á todo lo que es grande; qué consideracion tan respetuosa inspiraríamos á los demas pueblos de la tierra; que actitud tan digna tomaríamos en el universo político si, por un

(1) Esta y las siguientes no tienen fecha, pero se suponen ser contestaciones á las recibidas de Madrid en los correos sucesivos.

tránsito ordenado, pacífico, probásemos en esta ocasion que once siglos de ignorancia y tinieblas, de una bárbara y anárquica feudalidad, seguidos de tres siglos de un despotismo irritante, de una grosera supersticion, y de una tortura atroz del pensamiento, no han podido sobre nuestro suelo ni estinguir el ingenio, ni disminuir nuestro amor á la justicia y al órden, ni familiarizarnos con la bajeza del crímen! Si hiciéramos ver que nuestra resignacion en el tiempo de la adversidad, solo puede compararse con nuestra generosidad en el dia de la victoria, y realizásemos el fenómeno moral que mira como imposible un escritor francés (1): el ejemplo maravilloso que presentaría una nacion que despues de muchos siglos de opresion, remontando á los principios elementares de las sociedades humanas, restableciese sus derechos sobre las bases de la eterna justicia, y reuniendo la fuerza del entusiasmo á la impasibilidad de la razon y la sabiduría, fijase al mismo tiempo y desde el primer momento los límites justos de su propia *libertad*!

¡Libertad! ¡Don celeste á que una sábia Providencia vinculó nuestra felicidad! ¡Propension benéfica é indestructible, á cuyos pies viene á estrellarse al fin el impotente esfuerzo de impostores y tiranos; si el simulacro hediondo de la anarquía y la venganza han osado algunas veces usurpar tu augusto nombre y atribuirte sus horrores, un pueblo virtuoso vá á arrancar la máscara al engaño, á privar á la malignidad de un argumento, á la tímida irresolucion de un pretesto, haciendo ver que la *Tolerancia* es tu divisa, tu culto el *Orden* y tu atributo único el *Escudo*! Probemos al mundo entero que solo el malvado busca su asilo entre ruinas; que solo el error necesita del crímen; que solo él se vé forzado á servirse de sicarios y asesinos, y que la verdad no puede emplear otros medios que los de la virtud. Prevengamos los horribles males que han hecho á la causa de

(1) Fantin—Desodvars. Hist. philosophique de la révolution.

la libertad una porcion de furias que, para deshonrarla en las diferentes reacciones de la oprimida razon, abortó el infierno en el esceso de su irritacion, como la concepcion mas sublime, el último esfuerzo de su ciencia diabólica; y aunque sea á costa de despedazar nuestra sensibilidad, penetremos en el tenebroso laberinto de las convulsiones políticas, y trazando el espantoso cuadro del desenfreno y la licencia, que llamó *Libertad*, *Igualdad* una raza de execracion y de ignominia, salvemos á los incautos de los lazos de la perfidia, inspiremos á los tímidos el esfuerzo necesario para sofocar en su orígen tan abominables mónstruos, é ilustremos á todos sobre sus verdaderos derechos. Subiendo al orígen primitivo de todos ellos veremos en qué sentido somos todos libres é iguales por la naturaleza.

La Providencia que parece haber sometido el universo entero á leyes puramente mecánicas, quiso distinguir al hombre haciéndole el árbitro de su felicidad ó su desgracia. Dotóle para esto de una razon capaz de dirigirle en la investigacion de los medios, y de una voluntad que por movimientos espontáneos le determina en su eleccion. Quiso que esta voluntad fuese libre, porque en otro caso habria sido contradecir el designio de su obra. No pudo dar á nadie el derecho de esclavizarla sin caer en la misma contradiccion. Diónos á todos iguales necesidades, y de ellas hizo nacer nuestros *derechos*; diónos á todos los mismos órganos y facultades, y en ellas los medios de vencer los obstáculos; diónos en una palabra, la propiedad de nosotros mismos, orígen de toda propiedad, y escluyó asi toda idea de superioridad agena: mas al mismo tiempo grabó en nosotros el sentimiento de la simpatía, y con él el gérmen de todas las pasiones benéficas; poniéndonos en contacto, nos hizo sentir nuestra mútua dependencia, y desde aquel momento no pudieron menos de ser recíprocos nuestros derechos y nuestros deberes. Asi pues, aun en el estado de esa naturaleza pura que se invoca, y que puede admitirse como una hipótesis, y nunca

como un hecho, nuestra libertad, es decir, nuestra fuerza ó sea facultad de satisfacer á nuestras necesidades, estuvo siempre templada por la de un deber recíproco. La libertad que no conoce otros límites que los de una posibilidad cualquiera, no es la *libertad* de los hombres, es la libertad de los tigres y de los leones, y se egerce efectivamente como estos egercen la suya; y cualquiera que sea el estado en que consideremos al hombre, si no queremos desnaturalizarle, sus derechos á sus cosas, á sus opiniones, ó sea á la investigacion de los medios de su felicidad, en fin á la propiedad de sí mismo en todos sus aspectos y derivaciones, lleva consigo la necesidad de respetar en todos, los mismos derechos; resultando que aquella libertad que no es licencia y caprichoso antojo, no puede menos de ser en todas las hipótesis *tolerante* y respetuosa.

Por una consecuencia necesaria de estos principios, cuando en todas ellas el hombre se estudia á sí mismo; cuando fija con exactitud las relaciones que tiene con cuanto le rodea; cuando conoce sus derechos y sus deberes; cuando tiene la energía necesaria para defender los primeros, y respetando los segundos sabe reglar y dirigir sus pasiones, es verdaderamente *libre*, es *igual* á todos, es justo, es hombre y recibe por recompensa la felicidad á que aspira. (1) Mas al estudiarse el hombre á sí mismo, observó que aislado y solo es el ente mas débil de la naturaleza, que no es fuerte sino por el número; que por consecuencia, su libertad en aquel estado, vendria á ser, por decirlo asi, una ley sin sancion, pues que su fuerza con mucha dificultad, y no siempre, superaria la de los obstáculos que se oponen á la satisfaccion de sus deseos; que su inteligencia no se perfecciona sino en la reunion, y por la comunicacion con los demas hombres; que abandonado á sí mismo, el corto término de sus dias no alcanza á hacerle cono-

(1) No es esta la historia de un individuo: es la de la especie.

cer ni aun lo mas indispensable para arrastrar una existencia mísera é incierta; que solo reuniendo en sí propio la suma de hechos y de esperiencias que le trasmiten las generaciones que le han precedido, es como puede llegar á aquel grado de inteligencia y de grandeza en que manda á los fenómenos todos de la naturaleza dejando de ser su víctima, en que no solo vé satisfechas sus primeras necesidades con certidumbre y sin agitacion, sino que su imaginacion, creadora de nuevos placeres, hermosea los dias apacibles de su existencia afortunada; y forzado el hombre por el sentimiento de sus necesidades, guiado por sus observaciones, concibió el proyecto, ó mas bien se halló sin pensarlo formando la sociedad, es decir, una reunion en que por un convenio tácito ó espreso lejos de disminuir, ni restringir su libertad natural, la aumentó, pues que aumentó la energía de sus medios, la fuerza que debia vencer los obstáculos y facilitar el cumplimiento de sus deseos; pero sin perder nunca aquel carácter de moralidad que en todo estado la daba el uso de la razon, el cálculo de la propia conveniencia y la reciprocidad del deber.

El hombre, pues, por la sociedad adquirió la *seguridad de ser libre*; es decir, de hacer cuanto no sea injusto que haga; y ha convenido en tener por injusto cuanto la ley declare como tal, y he aqui *la libertad política* fundada, por decirlo asi, en el despotismo de la ley, que siendo la espresion de la voluntad general, no puede menos de llevar consigo el respeto de los derechos de todos.

El hombre en este tránsito no ha podido, ni perder lo que nunca tuvo, ni adquirir lo que nunca puede tener, es decir, el derecho gratuito de hacer mal, de oprimir, ora invoque por título la voluntad, la gracia de un Dios que conoce y detesta todo lenguage hipócrita, ora tome por divisa esa misma libertad que ultraja.

La *Igualdad,* siguiendo la suerte de la *Libertad,* templada

como está por la idea de un deber recíproco, ha consistido siempre en el igual derecho que todos tenemos á mirarnos como iguales, á respetar los derechos de cada uno. Este derecho ha recibido de la sociedad lo que no tenia, es decir, la certeza de su ejecucion; pero la sociedad no ha podido alterarle en su constitucion. La naturaleza, fiel á sus designios, variando sus dones, estableció en nuestros medios diferencias no pequeñas, que trasportadas á la sociedad no han podido menos de desequilibrar nuestras fortunas, siendo asi el principio de este movimiento, esta actividad, este estímulo constante que nos perfecciona. Asi pues, la *Igualdad natural* no consistió nunca, ni la *Igualdad política* ha podido consistir despues, en tener todos la misma riqueza, los mismos medios, sino en que es igual el esfuerzo con que la ley defiende los que cada uno tiene. Proteje con el mismo escudo la choza del pobre, que la habitacion suntuosa del rico. Respeta en aquella el asilo del infortunio, y en todos los casos en que el título de adquisicion no es conocidamente ó la agresion ó el crímen, vé en esta ó la memoria de servicios importantes, de virtudes gratas á la patria, ó el fruto de una laboriosidad laudable.

Si, amigo mio, nunca en las circunstancias actuales, lo repetiremos demasiado; la verdadera libertad es *moderada*, *tolerante*, enemiga de la violencia: como la igualdad del hombre de bien, empieza por el ejemplo y es enemiga del trastorno, el latrocinio y la devastacion.

¿Y es esta libertad la que, en nombre del pueblo proclamaba el sangriento Mario cuando por un ligero movimiento de cabeza designaba sus víctimas; cuando mataba al hijo de Craso en presencia de su padre, y cuando cerradas las puertas de Roma, hacia discurrir por sus calles á sus satélites que, con el hacha y la tea incendiaban los edificios y asesinaban los mejores ciudadanos? ¿Es esta la libertad que, en nombre del senado, defendia el execrable Sila cuando, escediendo en hor-

rores á su odioso rival, degollaba á sangre fria seis mil prisioneros, proscribia cabezas á millares, trastornaba todas las fortunas é inundaba de sangre la Italia entera? ¿Es esta libertad, esta igualdad, la que invocaba el sedicioso Catilina, cuando, señalando con el dedo á Roma, escitaba á la carniceria y al pillage, y decia á sus malvados cómplices: «Ahí teneis esa libertad objeto de vuestros votos. He ahí las riquezas, la gloria, las distinciones. Todo está á vuestra vista, y esos son los premios que la fortuna destina al vencedor» ¿Es esta libertad la que proclamaba el parlamento de Inglaterra en 647 cuando saqueaba sin cuenta ni razon, decretaba la ruina y la deportacion de una multitud de familias honradas, y secuestraba la mitad de la propiedad territorial? Es esta la igualdad que en la misma nacion pedian los Lewellers, cuando queriendo amalgamar el fanatismo estúpido con el descaro insolente de salteadores de caminos, decian que la dominacion era el patrimonio de los electos, y creian justificar sus robos con el nombre de despojo de los egipcios? ¿Son esta libertad y esta igualdad las que en una época mas reciente y en un pueblo vecino, deseaba establecer un pequeño número de malvados, hez de la especie humana, que apellidándose el pueblo, no siendo ni aun hombres, á fuerza de darse por lo que no eran, hicieron casi detestar las verdades mas augustas de la constitucion social, y convirtieron en una palabra de horror el dogma inconcuso de la soberanía del pueblo? Aquellos que en dias de terror y llanto, esplicando esta soberanía en medio de la nacion mas ilustrada de la Europa, gritaban: «Todo pertenece á los que nada tienen: la calumnia es un deber, el asesinato una virtud. Solo es patriota el que sabe beber un vaso de sangre. ¡Ay del que manifieste compasion, ni hable de órden, de justicia... es un conspirador! Honor y recompensa al que denuncie á su amigo, á su bienhechor..... á su hermano, á su padre, y los arrastre al cadalso..... ¡Dios de bondad! A tal punto de desmoralizacion, de horror

inconcebible, puede llevar á un pueblo una faccion anárquica y esterminadora! ¡Nunca bien leido ni meditado Montesquieu! ¡Con cuanta razon has dicho (1) que la libertad tiene su asiento al lado de la virtud, pero que esta no está menos distante del estremo de aquella que de la servidumbre, y que cuanto dista el cielo de la tierra, tanto dista la verdadera igualdad de la igualdad estrema! ¡Mónstruos que realizásteis los que la fábula nos presentaba vomitando por su boca fuego y llamas, envueltos en un humo denso y mortífero, y devastando la Lidia y la Frigia! ¿en qué se parece vuestro furor al celo de la virtud, vuestro encarnizado encono al amor de la patria, vuestras atroces máximas al lenguage de la razon, y vuestro sistema de destruccion, vuestra licencia y desenfreno á la *libertad conservadora* del hombre de bien?

Ni se diga que en momentos de crisis es necesario escitar grandes pasiones para poner en movimiento una masa indolente y pesada; que con esta libertad tan circunspecta que á nada se atreve, nada se haria, y que los que se glorian de moderados son tan perjudiciales como los aristócratas, los defensores del poder absoluto Este lenguage conocido ya, hijo en unos del cálculo frio del crímen, de un plan de ambicion, que elige astutamente la anarquía como el camino mas corto para llegar á su término, y obra, en la mayor parte, de una exaltacion sincera y de buena fé, pero no menos perniciosa, es inexácto y falaz. Si por grandes pasiones se entiende grandes desórdenes, tumultos y asonadas, la máxima es horrenda y su falsedad está bien convencida. Sin ellas hemos llegado al punto en que estamos, que era lo mas difícil. Esa libertad circunspecta no es la indiferencia: piensa, escribe, ilustra, persuade, convence y reprime, pero no desordena ni persigue. ¿Qué se teme? El retroceso al régimen arbitrario? Imposible, y de esta proposicion

(1) Esprit des Lois, lib. 8, cap. V.

me volveré á ocupar mas adelante; mas si algo puede hacer dudoso el triunfo de la libertad, es la anarquía, el terrorismo. Si el poder absoluto tiene todavia en Francia algunos apóstoles, los horrores de su revolucion son su pretesto; y si esta hubiera sido ordenada y pacífica, no habria quien se atreviese á predicarle, á pasar por tan groseramente estúpido, ni quien concibiese el proyecto de hacer retrogradar una opinion, que el trascurso del tiempo, los beneficios de la paz y el órden habrian elevado á la unanimidad.

Esta libertad circunspecta es ahora mas necesaria que nunca, pues que nunca es mas justa que en estos momentos de crisis en que un estado cambia enteramente su constitucion, si ya no es que por un nuevo maquiavelismo, destruyendo toda idea de moral pública, queremos suponer que puede ser necesario y útil lo que es atrozmente injusto. Proclamemos, pues, en buen hora la inconcusa máxima de «que los hombres nacen y permanecen *libres é iguales en derechos*» mas añadamos «y en *deberes*,» y el principio sin perder nada de su augusta verdad se presentará templado por un correctivo no indiferente en las circunstancias actuales. Hablemos á los déspotas de los derechos de los pueblos, y á los pueblos una vez libres de la necesidad de respetar sus deberes. Hacer lo contrario suele ser mas facil, menos arriesgado y aun mas lucrativo, pero es indigno de un hombre de bien, es el colmo de la bajeza y de la infamia.

Basta, amigo mio: por esta vez he abusado ya demasiado de la paciencia de vmd. Sabe vmd. que estas opiniones en mí son tan antiguas como el uso de mi razon: conoce vmd. el temple de mi alma: no me es dado ni pensar ni sentir de otra manera. Siempre predicaré lo mismo; mas tambien sabe vmd. que el calor de mis sentimientos no supone ninguna irritacion en mi corazon, y que, si en cualquiera cosa me equivoco, es de la mejor fé del mundo. Si vmd. lo cree asi, impúgneme, y si al fin de nuestra discusion no convenimos, probemos al mundo que

es posible ser los mejores amigos, y no tener siempre las mismas opiniones, y que esto es ser verdaderamente *libres é iguales*.

Predico en esta á los pueblos el respeto al órden: en la siguiente predicaré al gobierno el respeto á los pueblos, á la opinion pública, y trataré de hacer ver los males y desastres á que podria conducirnos por su parte una conducta vacilante ó débil, que anunciase el deseo de retrogradar. Es de vmd. siempre su

MANUEL SILVELA.

CARTA CUARTA.

Querido amigo.

Cada dia disminuye la probabilidad de los riesgos que me han hecho tomar la pluma y sirven de materia á nuestra correspondencia; pero como ni tengo pretensiones de espíritu profético, ni escribiendo me he propuesto satisfacer á ninguna idea de amor propio, nada me lisonjeará tanto como poderme decir á mí mismo al fin de la carrera «he perdido mi tiempo: mi nacion sábia y sensata por un don particular de la naturaleza, ha visto con indulgencia la pureza de mi intencion; pero no necesitaba de mis consejos.» No obstante, aunque tal sea mi deseo y mi esperanza, no por eso cesará nuestra correspondencia. No es lo mismo la probabilidad, la verosimilitud que la certeza; y en todo caso, si hablo á convertidos, si mis ideas no producen sobre nadie disposiciones nuevas, tal vez contribuirán á fortificar en las que ya tiene un corto número de personas por lo menos, sobre quienes me permite ejercer alguna influencia, ó una amistad siempre cultivada, ó antiguas y gratas memorias.

Al reflexionar, amigo mio, sobre la aciaga historia de los delirios de la razon, el hombre, esta contradiccion eterna de la naturaleza, sin poder concebirse á sí mismo, se pierde en su propia definicion, si ya no es que adopta por definicion la imposibilidad misma de ser definido. Mezcla estraña de grandeza y pequeñez, de debilidad y de fuerza, de ignorancia y de ciencia; mientras que por una parte conducido por una série de obser-

vaciones curiosas, de raciocinios profundos, de complicados cálculos, no contento con dominar el planeta en que habita, desde el lugar imperceptible que ocupa en el universo se lanza en la inmensidad del espacio, mide las distancias, calcula el tamaño, el movimiento de los astros, y con una mano atrevida se apodera del rayo, le conduce á su antojo y se asocia por decirlo asi á la omnipotencia y la gloria de su mismo creador; víctima y juguete, por otra, de las preocupaciones mas ridículas, incidiendo en las equivocaciones mas groseras, consagrando como principios los absurdos mas inconcebibles, erigiendo en regla de sus acciones los errores mas funestos, haciendo en fin de su razon el uso mas torpe, nos hace desear que trocára, si le fuese posible, su desarreglado entendimiento por aquel instinto que dirige al animal mas estúpido, limitado en buen hora, pero cierto, seguro y siempre conforme al interés de su conservacion. Asi es como, por este trastorno de sus ideas, vemos á muchos hombres suspirando por la felicidad, y cegando todos los caminos que conducen á ella; acostarse sobre un lecho de espinas y abrojos preparado por ellos mismos, y quejarse despues de desasosiego y pervigilio; prorumpiendo en ayes lastimeros que el dolor les arranca, y tomando á dos manos la ponzoña que les devora y consume; y despues que por consecuencia de este plan destructor llegan á verse reducidos á un estado de inanicion completa, entonces es cuando bregando con los obstáculos que ellos mismos crearon, teniendo por verdadera fuerza aquella apariencia de energía que les dá el acceso de su furor rabioso, entonces repito, es cuando irritados y frenéticos se empeñan en esfuerzos imposibles, y verdaderos Sísifos, quieren con su débil mano detener una inmensa mole que, desprendida de lo alto de una montaña que vá á perderse en las nubes, acaba por arrastrarlos y despeñarlos en la violencia de su rotacion.

No dudo, amigo mio, que habrá vd. comprendido fácil-

mente la alegoría; que en esta elevada montaña verá vd. la série magestuosa de siglos, escuela del género humano, que van á perderse en la obscuridad de los tiempos; en la pesada mole que se desprende de lo alto, la masa de las luces que, por el trascurso de aquellos, aumenta con la rotacion su fuerza y su volúmen; y en los verdaderos Sísifos, esos insensatos que al frente de los gobiernos y de las naciones, empeñándose en contradecir el siglo en que viven, reducidos á su nulidad individual, provocan, desafian y se proponen lidiar contra la opinion pública, la opinion «reina del mundo, como la llama el ciudadano de Ginebra, que no está sometida al poder de los reyes, y de quien por el contrario estos son los primeros esclavos.» ¿Y tendrá esta especie de frenéticos derecho de importunar al cielo con sus quejas, si acaban por ser víctimas de su temerario arrojo? No me es dado negar mis lágrimas al infortunio, ni cerrar mi corazon al desgraciado, cualquiera que sea el orígen de su desgracia. Me he estudiado bastante á mí mismo para olvidar nunca que la debilidad, la indiscrecion, son nuestro triste patrimonio; mas cuando paseo mis húmedos ojos por la historia de las convulsiones políticas, y veo las consecuencias espantosas á que conduce el funesto esfuerzo de estos delirantes, enjugo mis lágrimas, y sucede á mi compasion, el santo enfado que me inspira el amor de la humanidad, el horror de tanto estrago, de tantas familias sacrificadas á su insano furor, á la estravagancia de sus pretensiones, á su insolente audacia. Quisiera poder evocar del sepulcro y hacer parecer á los ojos de sus imitadores el escuálido y descarnado espectro, las sangrientas y desgarradas vestiduras, los lacerados miembros de estos mártires del error, de estos... desgraciados que, muriendo entre la horrísona griteria de sus verdugos, forzados á reconocer que en cierto modo su suplicio es la obra de sus manos, se ven privados de aquel consuelo que lleva á la muerte el hombre justo y prudente que, no habiendo escitado

nunca sino por sus virtudes la cólera de los malvados, es y puede decirse á sí mismo «soy víctima inculpada de la perfidia de los hombres.»

Nadie respeta mas que yo las virtudes y el infortunio de Cárlos I y Luis XVI. Detesto con toda mi alma, y es la única ocasion en que me siento capaz de aborrecer, á aquellos hombres feroces, que semejantes á los moros, como dice un escritor moderno «no conocen mas medicina que el hierro ó el fuego» y en todas las enfermedades políticas claman al instante por esbirros y verdugos, bien lo hagan por contemplar á un populacho desenfrenado, bien por adular á un déspota vengativo y cruel; mas, al recorrer la desgraciada historia de aquellos dos monarcas, si el prisma de las pasiones no perturba nuestro juicio, si la razon imparcial ha de pronunciar el suyo, es necesario confesar que su debilidad y su imprudencia, ó sea la de los que dirijieron sus consejos, les llevaron hasta el pié del cadalso, y dieron toda esta ventaja á los que hicieron el resto. Ni uno ni otro supieron ni arrostrar los peligros de su situacion con carácter decidido y resuelto, ni abandonarse con confianza, de buena fé, sin reserva, al impulso irresistible de la opinion; y sin embargo, poco sabe de la historia de las naciones y de los gobiernos el que ignora que en circunstancias de esta naturaleza, estos son los dos partidos en que debe optar un príncipe que quiere salvarse, eligiendo en tiempo el primero y preparándose á tener un brazo de hierro para esterminar una buena parte de sus súbditos, si codicia la gloria de injusto y de tirano, y el segundo aun despues de muchos errores, si aspira al renombre de noble, generoso y grande. *Con una conducta versátil, recalcitrante y débil, su ruina y la del estado son inevitables.* Cárlos I y Luis XVI, han sido víctimas de esta fatal verdad; y no sé por que no han sido contados como verdaderos regicidas cuantos influyeron en sus determinaciones. Al primero en vano desde el año 625, en el primer parlamento de Wetsminster,

Coke, Edwen Sandys, Philips, Seymur, Duddley, Diggs, Elliot, Venteworth, Selden y Pim, intérpretes de la opinion pública, le hacen entender la necesidad de poner un término á los abusos de la corona, á su poder ilimitado. Disuelve el Parlamento, y provocando esa misma opinion, pone á disposicion de la Francia y bajo el mando del detestado favorito Buckingham, una escuadra destinada á obrar contra la Rochela, mirada entonces como el baluarte antipapístico, y por consecuencia con idolatria en Inglaterra, mientras que por otra parte multiplica las exacciones arbitrarias para equipar otra que debia caer sobre Cádiz. En el año 26 la influencia de Buckinghan parece crecer en proporcion del ódio público, al mismo tiempo que los apuros del erario fuerzan á una nueva convocacion. La cámara de los comunes renueva el mismo lenguaje del año anterior; acusa á Buckinghan; y en lugar de retirarle de los negocios, se decreta la prision de varios miembros de aquella para ceder en seguida á la fuerza de la opinion que reclama su libertad. Nueva disolucion del Parlamento; nuevo empeño de contrariar los principios populares. Préstamos, exacciones voluntarias, insultos á las opiniones preponderantes en materias religiosas, violaciones impudentes de los derechos del Parlamento, que no podian menos de hacer conocer mas y mas á la nacion la necesidad de fijar barreras insuperables á los abusos de la arbitrariedad; y despues de haber irritado así los ánimos, sin tener bastante resolucion para continuar el mismo sistema de violencia, nueva convocacion en el año 28 en que se supone que la opinion se habia corregido por estas imprudencias, que se llaman lecciones dadas al pueblo... ¡Lecciones á los pueblos...! Insensatos, comparables con el estúpido Feron asaeteando el Nilo, ó con el frenético Gérjes que manda azotar al mar...! El nuevo Parlamento produce la famosa *Peticion de derecho*. Se impugna, se trata de eludirla, se buscan efugios, para venir á parar al fin en firmarla. Nuevas provocaciones llamando á los destinos á

los hombres mas resistidos por la opinion, imprimiendo y circulando con impugnaciones la *Peticion de derecho* ya aprobada; conducta estudiada al parecer para inspirar desconfianza aun de las promesas mas solemnes, y hacer buscar en otros medios la seguridad que estas no daban.

En el Parlamento del año de 29 mayor efervescencia. Las discusiones son cada vez mas acaloradas; la lucha se sostiene con mas obstinacion, se acaba por un rompimiento escandaloso, se renuncia por once años á la convocacion de parlamentos, y en ellos se infringe la *Peticion de derecho*, se conculcan todos los principios, todas las ideas populares. La alta comision se pone en vigor y persigue: la *cámara estrellada* hace otro tanto; la del Echiquier, en la famosa causa de Hambden, decide en substancia que el rey es omnipotente, y que la nacion debe darse por servida cuando es saqueada por contribuciones arbitrarias: trátanse las opiniones religiosas con el mismo espíritu de invasion y atropellamiento. El primado Law hace de su mitra, su sobrepelliz ó roquete, una ostentacion irritante; la Escocia se subleva: irrítase cada vez mas á los *covenantarios*, márchase contra ellos; á punto de darse la batalla, nuevos terrores precipitan una conciliacion que tiene todos los caractéres de la debilidad, de un miedo mil veces mas funesto en la situacion, que el éxito dudoso de un combate: al fin, aumentados los apuros despues de tanto ultrage, se resuelve una nueva convocacion del Parlamento en el año 40. La agitacion de los espíritus, es mayor que nunca, la córte tiembla; nueva disolucion acompañada de nuevas prisiones, y otros actos de arbitrariedad para volver al año siguiente á otra nueva convocacion del Parlamento. Este, aleccionado por la esperiencia, decidido á no malograr la ocasion, despues de haber deshonrado al rey, haciéndole firmar la muerte de su ministro y favorito el conde de Straffort, (1) se declaró perpétuo é indisoluble sin el consenti-

(1) Es el mismo Tomas Wentworth que en el 25 habia sostenido la causa

miento de las dos cámaras, y desde este momento el torrente que habia arrastrado las cosas hasta aqui, se hacia en adelante inmensamente mas impetuoso é irresistible. Ya no le quedaba á Cárlos I mas recurso que ponerse á la cabeza de las opiniones que hasta entonces habia combatido, alejar de sí sus antiguos consejeros, dirigir lo que inutilmente hubiera pretendido resistir, dejando al tiempo, á la esperiencia, á la docta necesidad que corrige las equivocaciones de todos los sistemas, el cuidado de probar lo que hubiese en el nuevo de injusto, perjudicial ó inconducente. Esta mudanza, particularmente en un soberano, nunca es mirada como una desercion á sus principios. La magestad del trono les rodea de un prestigio favorable que niega á los demas hombres; y la opinion, severa con todos, indulgentísima con ellos, está dispuesta á atribuir (en general con no poca razon) todo el mal, todas las imprudencias cometidas hasta este momento crítico, á la ignorancia, ó la perfidia de sus consejeros, pero ¡ay de aquellos príncipes que desconocen su verdadera situacion, que destruyen esta ilusion, que dejan escapar este momento de confianza...! ¡Ay de sus pueblos! Cárlos I no supo aprovechar las ocasiones que tuvo... se dejaba arrancar á pedazos, por decirlo asi, lo que no podia resistir y hubiera podido conceder; se cargó con toda la odiosidad, echó sobre sí todo el encarnizamiento que produce la guerra civil; todas sus negociaciones con el Parlamento fueron emponzoñadas, como dice uno de los primeros historiadores ingleses, con la desconfianza de su buena fé, fruto de la artería, casuismo y versatilidad de su conducta; y sin embargo, aun en el año de 47, hubiera podido acaso remediar sus imprudencias, si alucinado por la idea de volver al régimen arbitrario, creyendo poder hacer del ejército un instrumento de sus fines prodigándole jarre-

popular. Fué gobernador de Irlanda, y al fin ministro favorito de Cárlos I. Las honras y cargos con que lo distinguió, fueron mirados como el premio de su defeccion, y de aqui el origen del encono con que fué perseguido.

terras y condados, no hubiera preferido tratar con el astuto y ambicioso Cromwel, que se proponia perderle, mas bien que con un Parlamento que empezaba á tener no pequeño interés en conservarle para oponerle á las pretensiones de los gefes militares, pero á quien no podia nunca lisongear con el retroceso á la antigua arbitrariedad. El resto de los sucesos hasta el año 49 es ya una ciega fatalidad quien los conduce; y la perversidad y la ambicion consuman la obra que habian empezado la injusticia, la irreflexion y la arrogancia.

La conducta de Luis XVI, con relacion al objeto de la comparacion, es una copia de este original. Si este monarca humano, adornado de algunos conocimientos, hubiese venido al mundo en uno de aquellos siglos en que la arbitrariedad era un dogma no controvertido; conservaríase con mil bendiciones la memoria de su dulce reinado, mas su siglo pedia mucho mas, y la naturaleza le habia negado aquellas dos calidades que hacian de Temístocles un grande hombre en espresion de Tucídides. (1)» No tenia ni la penetracion que dirije los sucesos por la prevision, ni el juicio recto que sugiere, que dicta en la ocasion crítica el partido conveniente. Fácil y tímido, falto sobre todo de aquella firmeza de carácter tan necesaria en situaciones difíciles y ante la cual todo enmudece, desde el nombramiento de su primer ministro Maurepas, hasta el último acto de su gobierno, apenas tuvo voluntad propia. Mucho mas se le puede acusar de lo que obedeció que de lo que mandó. ¡Ceguedad incomprensible de los reyes! prestan un cuello dócil al vergonzoso yugo de un cortesano estólido, y el consejo del sábio ofende su mal entendido orgullo, y el clamor respetuoso de sus pueblos les irrita.

Al trazar este cuadro olvidemos todos los sucesos que precedieron á la reunion de los estados generales; la resistencia

(1) De instantibus verissimé judicabat et de futuris callidissimé conjiciebat. Tucid. citad. por Nep.

tenaz que se opuso á su convocacion; aquel proponer edictos, desterrar parlamentos para retirar despues los primeros y restablecer los segundos: aquellos *Lits de Justice,* aquellas *séances royales* que se empezaban hablando un lenguage despreciador y altivo, que se señalaban por un rasgo de irritante despotismo, y acababan casi siempre por otro de miserable debilidad; y consideremos á Luis XVI forzado ya á convocar los estados generales.

Desde los debates mismos que precedieron á su instalacion, la Francia parecia á su vista dividida en tres grupos; pero uno solo el que representaba la opinion pública, uno solo el depositario de la fuerza: los otros no representaban sino las ideas envejecidas (1) combatidas y esterminadas por el triunfo de la razon y la filosofia, ó sea de aquella invencible y feliz necesidad que, por las lecciones de la esperiencia, nos lleva del mal al bien, del error á la verdad. El pueblo que habia descubierto el secreto de su propia fuerza, sabia que la que habia servido para vencer la empeñada resistencia de la córte á la convocacion de los estados generales, se hacia inmensamente mayor reunidos estos. ¿Cuál era el partido que en las circunstancias dictaba la prudencia? Luis XVI, que no podia ya dominar los sucesos, debia emplear para templarlos y dirijirlos su opinion personal, el respeto de la magestad; y para esto abjurar de buena fé cuanto pudiera anunciar una tendencia al retroceso, á la antigua arbitrariedad; y pues que el espíritu público pedia una Constitucion, él hubiera debido apresurarse á facilitar los medios de su ejecucion, superar los obstáculos, reprimir los espí-

(1) Claro es que no puedo hablar sino de los abusos, de las pretensiones exorbitantes, de las usurpaciones de nobleza y clero; por lo demas, discípulo en esta parte de Montesquieu, consideró la primera, reducida á sus verdaderos principios, como necesaria en un gobierno monárquico; y en cuanto al clero, los maestros de la moral, los ministros de un Dios que aterra al malvado, consuela al justo, y compadece al débil, son á mis ojos seres casi celestes cuando no desmienten su doctrina con su ejemplo.

ritus díscolos, identificarse en fin con su pueblo, no olvidando que la causa de este es la de los reyes, y que la aristocracia es la verdadera enemiga de entrambos. ¡Tan pronto se perdió de la memoria de los príncipes una de las mas felices reacciones del espíritu humano en el órden político! ¿Quién en los siglos medios salvó á la Europa de aquella anárquica feudalidad en que una aristocracia insolente amenazaba sepultar las naciones y los tronos? ¿Quién levantó estos sobre las ruinas de aquella, dió á la diadema el esplendor con que hoy brilla, y la augusta magestad que la rodea.... .?

Mas ¡ay! Un genio maléfico, una triste fatalidad dirigía los pasos de Luis XVI. Léjos de conformarse con estos principios, lejos de ponerse al frente de las opiniones verdaderamente dominantes y fuertes, su conducta fué una fluctuacion continuada entre la necesidad de ceder, y el deseo de resistir. Cada concesion pedia una batalla, y suponia una victoria. Asi es que la renuncia no podia parecer como una gracia que escitase el reconocimiento, como un movimiento espontáneo qne inspirase la confianza, sino como un triunfo arrancado por la fuerza contra enemigos no menos obstinados que débiles.

A luego de la reunion de los estados generales, los diputados de las ciudades rompen con los de la nobleza y el clero; toman el ascendiente que les daba la opinion, y se preparan á pedir la reforma de los abusos y á poner límites justos á la autoridad real. Por la escision entre los tres órdenes, los representantes de los pueblos se erigen en Asamblea nacional. La nueva denominacion asombró á la córte. Los cortesanos escitaron en el rey mil desconfianzas que su corazon abrigó. El 20 de junio de 89 se cerró por órden del rey el lugar destinado á las sesiones. El presidente protesta contra este acto de arbitrariedad que suspende en sus funciones á los representantes del pueblo; y poniéndose á su cabeza les conduce á otro local, donde juran no separarse hasta haber dado una constitucion á la Francia. Cre-

yóse sin duda que Mirabeau, Sieyes, y otros muchos no eran mas que unos aturdidos que se comprometian sin plan y sin fuerza, á quienes se podia fácilmente inspirar un miedo pueril; y tres dias despues el rey parece en medio de esta reunion, y rodeado del aparato fastuoso de su córte, acompañado de nobleza y clero, anula la denominacion de Asamblea nacional, y restablece la de Estados generales, la detestada distincion de órdenes; amenaza á los diputados del estado llano; manda á todos que se retiren; mas los representantes del pueblo que conocen toda la ventaja de su situacion, permanecen formados en sesion. Comunícase nueva órden para que se separen; se resisten; renuevan sus juramentos; declaran traidores de lesa nacion á los que empleen contra ellos la violencia, á cuantos no respeten la inviolabilidad de su carácter; y la córte, sin tener la fuerza de adoptar medidas estremas, cede y aun se vé precisada á rogar á los presidentes de nobleza y clero, que se unan á los representantes del pueblo, y cuatro dias despues estaba de nuevo reunida la Asamblea que se habia mandado disolver. ¿Qué podia resultar de esta mezcla ridícula de debilidad y de orgullo? No obstante, como si el círculo de las contradicciones no debiese tener un término, y como si se estudiase el modo de perderse en la confianza pública, en seguida se empiezan á reunir tropas entre París y Versalles: sus inmediaciones presentan el aspecto de un campo de batalla. Los representantes, justamente alarmados, reclaman la libertad de sus deliberaciones; se les responde con una ironía amarga; pocos dias despues, la insurreccion de París, la toma de la Bastilla, aterran á la córte; á una necia confianza sucede un miedo pusilánime, y Luis XVI viene á entregarse á discrecion á la misma Asamblea á quien se habia repetidas veces injuriado y despreciado. En esta ocasion fué cuando uno de los mas dignos atletas de la libertad, (1) que presidia la Asamblea nacional, le

(1) Lafayette.

dirigió estas palabras memorables, este consejo de salud, esta máxima sublime que, en todos tiempos, pero particularmente en circunstancias semejantes, deberian tener los príncipes grabada con caractéres indelebles delante de su trono: «No se reina largo tiempo con seguridad, cuando la intriga, la supercheria y la astucia, erigidas en reglas de la conducta del monarca, vienen á ser los móviles del gobierno.» Con efecto, la seguridad de reinar no puede fundarse sino sobre la confianza; y aun puede inspirarla el que, por una conducta franca y descubierta, pretendió ó mantuvo el despotismo hasta que la imposibilidad de hacer otra cosa le convenció de la necesidad de adoptar un nuevo sistema.... ¡El cielo preserve á mi patria de un príncipe, de un gobierno que, formado en la escuela de Maquiavelo, armado de casuismo y de violentas epiqueyas, busca en el artificio y el engaño su salud, ó la del estado! La hipocresía, que es entre los hombres el vicio por escelencia, es en los gobiernos el crímen por escelencia.

No obstante, aun era bien fácil repararlo todo y restablecer la confianza entre Luis XVI y su pueblo; aun lo fué todavía durante largo tiempo, y á pesar de nuevas y multiplicadas imprudencias. ¡Tal es el partido que un príncipe puede sacar del respeto de sus pueblos! Dígalo el resultado de su traslacion á Paris en julio de 89, el entusiasmo de los parisienses cuando se presentó en el balcon del ayuntamiento con los colores nacionales, señal del nuevo pacto que hacia con su pueblo. Los que le aconsejaron este paso, no calcularon acaso todas sus consecuencias: no vieron que era ponerlo en la alternativa ó del oprobio, ó de una adhesion sincera á los principios profesados. ¿Puede un príncipe, sin deshonrarse, profesar por disimulacion los que cree funestos ó perniciosos á la felicidad de la nacion que gobierna? El último ciudadano paga con la vida sobre el campo de batalla la deuda del honor, ¿ y el príncipe deberá conservar la suya transigiendo con la infamia, suscribiendo por la bajeza

de un miedo cobarde, lo que reprueban su honor y su conciencia?

Si las agitaciones no calmaron despues de este suceso ¿no se debió á la jactancia inconsiderada de los nobles, á la fátua indiscrecion con que los cortesanos proclamaban á todas horas la aversion de Luis XVI al nuevo órden de cosas, y su ardiente deseo, sus propósitos, sus esperanzas de trastornarle por los medios que al fin pondría en mano ó el tiempo, ó la guerra civil, ó las bayonetas estrangeras? ¿A qué podian conducir aquellos festines y banquetes de Versalles en que se conculcaban los colores nacionales, en que la impotente rábia de esta especie de coribantes, agitados por el vino y los licores, clamaba por sangre y por venganza? Sin embargo ¿con qué entusiasmo no recibió todavia la nacion el discurso del rey pronunciado en la constituyente el 4 de febrero? ¿En qué grado de electricidad no puso á la Francia entera el juramento cívico á que dió ocasion? ¿Y despues de esto se creyó posible hacer retrogradar una opinion exaltada por tales medios. ...? ¿Y despues de promesas tan solemnes (1) pudo volverse al antiguo sistema de contradiccion y de intriga...? La fuga de Luis XVI vino al fin á confirmar la certeza de los ruidos que la habian precedido, y que largo tiempo hacia eran la causa de todas las agitaciones y desconfianzas. En vano Luis XVI, sorprendido en la frontera, trai-

(1) «Ha llegado el momento, dijo el rey, en que creo importante al interés del estado asociarme de un modo mas espreso á la ejecucion y buen éxito de cuanto habeis concertado para la felicidad de la Francia. Sépase que uno es el deseo del monarca y los representantes de la nacion; y que esta firme creencia difunda en las provincias el espíritu de paz. Mantendré la libertad constitucional, cuyos principios ha consagrado el voto general, de acuerdo con el mio. Desde su infancia prepararé el corazon de mi hijo al nuevo órden de cosas, que las circunstancias exigen; en sus mas tiernos años le enseñaré á ser feliz en la felicidad de los franceses, y á *reconocer, á pesar del lenguage de los aduladores, que una constitucion sábia* le preservará de los peligros de la inesperiencia; y que la libertad realza los sentimientos de amor y de fidelidad, de que la Francia por tantos siglos ha dado á sus reyes tan afectuosas pruebas.... No profesemos todos mas que una misma opinion, una sola voluntad, la adhesion sincera á la nueva constitucion, el deseo mas ardiente de la felicidad de la Francia.

do á París como criminal, fué restablecido en el egercicio de su potestad constitucional. Desde este momento, en que no pudo inspirar ya ninguna confianza, no fué otra cosa que un fantasma de rey humillado, despreciado, cuya ruina pudieron consumar sus enemigos el dia que quisieron.

¡Qué afortunados somos, amigo mio, y cuan grato debe sernos hablar de los males por un exceso de prevision! Ni aun la sombra del que tratamos se anuncia entre nosotros. El rey es el primero que se manifiesta convencido de las ventajas del sistema constitucional, y dispuesto á respetar los límites á que éste le reduce. Lejos de que se observe entre su lenguage y sus acciones aquella contradiccion, que en circunstancias iguales no ha servido sino para degradar el carácter del monarca, é introducir la fatal discordia, lejos de que su marcha haya sido ni versátil ni equívoca, todo nos inspira la mayor confianza, todo prueba la sinceridad de su adhesion al nuevo órden de cosas. ¡El cielo nos preserve de la influencia funesta de ciertos hombres á quienes pudiera alucinar el interés mal calculado de su situacion! Si, como es mas que verosímil, existen algunos, que no sean perdidas estas lecciones de una historia reciente: que fijen atentamente su vista sobre los dos cuadros que acabamos de trazar. Fecundos en avisos y verdades importantes, demostrándonos como las revoluciones han venido á hacerse sangrientas, nos indican el modo de hacerlas pacíficas: descubriéndonos los medios por que se pierde la confianza, nos designan aquellos por que únicamente puede conservarse: nos prueban en fin hasta que punto se engañan los que creen que el fausto, la riqueza, la antigua consideracion, son contra la opinion una verdadera fuerza; nos demuestran que solo es grande el hombre que representa su siglo; que el príncipe que no puede contar con la fuerza moral de la opinion de su pueblo, queda reducido á la suya, en cuyo caso al impulso de millones opone la resistencia de uno, y acaba necesariamente por ser el ludibrio

de todos, y víctima de su propia imprudencia; y en fin que cuando, haciendo triunfar el imperio de las preocupaciones, ausiliado por la desesperacion de los unos, y la ignorancia de otros, escitase la guerra civil, ó sostenido por las bayonetas estrangeras consiguiese volver de nuevo al antiguo despotismo, sería necesariamente bien efímera su triste duracion. Su trono no podria levantarse sino sobre una montaña de cadáveres; un lago de sangre seria su foso y su defensa.... ¿cómo sustraerse á la influencia letal de una atmósfera infecta? ¿Qué confianza podria inspirar una basa de corrupcion y de gangrena? El trono caeria al fin derrocado, y los tiranos acabarian, como siempre, ahogándose en la sangre de sus víctimas.

A Dios, amigo mio. ¿De qué nos ocuparemos en la inmediata? Crée vmd. que, despues de haber probado al menor número la inutilidad y el peligro de su resistencia, vendria mal probar á todos la necesidad de respetarse en la diferencia de sus opiniones, y los peligros á que en un régimen constitucional daría lugar el imperio esclusivo de una sola? Si esta idea merece la aprobacion de vmd. será el objeto de mi quinta carta.

MANUEL SILVELA.

CARTA QUINTA.

Burdeos 1820.

Mi querido amigo,

Aprecio, amigo mio, la puntualidad con que se ha servido vmd. remitirme la lista de los diputados. Cuento en su número algunos de mis maestros, tal cual condiscípulo, varios contemporáneos y antiguos amigos, y por las notitas marginales con que vmd. caracteriza á los demas, me he puesto en estado de juzgar de la totalidad. Creo que con tan feliz eleccion hemos echado el ancla; y muy desecha debería ser ya la fuerza de la tempestad que arrancase del puerto de salud la nave del Estado, para lanzarla de nuevo en los antiguos y borrascosos mares. Por de contado, los que trabajasen en conseguirlo, pagarían bien caro su funesta imprudencia; y cuando no fuesen las primeras víctimas, por lo menos, al sumergirse aquella, se verían envueltos en la desgracia comun.

Si, amigo mio: leo y releo esta preciosa lista, y en la designacion hecha por la nacion, veo un termómetro que me presenta el verdadero estado de nuestra temperatura moral; en el juicio, peso y opiniones conocidas de los depositarios de la confianza pública, un barómetro que anuncia tiempo fijo y sobre todo tranquilo y sereno, que es el voto mas ardiente de mi corazon, ó sea si se quiere mi mania dominante, mi delirio esclusivo. Veo en fin un motivo de desaliento á los intrigantes, un aviso á los engañados de buena fé; para los tímidos un antídoto contra recelos y terrores pánicos, y para mí un motivo mas de tratar con seguridad

y confianza el asunto que me he propuesto en esta carta, es decir, la urgente necesidad de consentir, de tolerar la oposicion, de contar con ella, y aun de organizarla. Las prevenciones contra la verdad é importancia de esta proposicion, disminuirán necesariamente á medida que la permanencia del régimen constitucional vaya aumentando en sus probabilidades; y ni podrá sufrir una sola objecion el dia que aseguremos la imposibilidad absoluta de un retroceso á la antigua arbitrariedad, imposibilidad de que en mi opinion estamos mucho menos distantes de lo que ponderan unos de mala fé, y creen otros de buena, y punto que he prometido tratar y de que voy á ocuparme por via de preliminar á la discusion principal.

La revolucion que acabamos de hacer es una revolucion de luces, y *el retroceso de estas á las tinieblas es imposible en el siglo XIX.*

En general la especie humana no ha retrogradado nunca. Esta verdad incontrastable ha sido y será siempre el desaliento, la tortura de los tiranos, y el consuelo de los justos; y el que duda de ella está muy cerca de adoptar un error pernicioso, y por de contado priva á los demas y se priva á sí mismo de aquella energía que dá la confianza de la victoria. Consultemos los anales del mundo y veremos que las luces en los peores tiempos han emigrado pero no desaparecido, y reflexionando un poco veremos, que aun esto ha empezado á ser imposible desde el siglo XIV en adelante. La invencion de la pólvora y la imprenta han hecho cambiar al género humano de aspecto. La primera decidió la cuestion entre la fuerza física y el ingenio: la segunda sustrajo el mundo al monopolio de las luces; y entre las dos adjudicaron al talento, y para siempre, el imperio del universo entero. Hasta aquí el mas bárbaro pudo someter ó esterminar al mas sábio: de aquí en adelante el mas sábio empezó á ser el mas fuerte. Hasta aquí las luces perseguidas, se veian precisadas á emigrar; de aquí en adelante se difundieron por todas partes, y seme-

jantes á la divinidad, de que son una emanacion, empezaron á gozar de todos sus atributos. Omnipotentes y omnipresentes, no es posible ni resistirlas ni confinarlas. Para conquistar como Atila ó Gengis-Can, como los merovigios, los sajones ó los godos, pudo bastar una intrepidez brutal, un cuerpo de hierro, un brazo velludo y musculoso. Gonzalo de Córdova, Turena, Condé y el gran Federico triunfaron ya sobre el campo de batalla con la ciencia del gabinete. Cuando el bárbaro Chi-hoamtí hizo quemar la mayor parte de los manuscritos conservados en los archivos del tribunal de la historia; cuando en la guerra de César en Alejandria el incendio de la flota egipcia comunicado al Museo consumió 400.000 volúmenes de la famosa y primitiva biblioteca de los Ptolomeos; y cuando, posteriormente, el feroz Omar empleó en calentar el agua de los baños lo que de aquella y la de Pérgamo se habia reunido en la de Serapion, se estinguió, de repente y de un solo golpe, casi toda la ciencia de la China, el Egipto y el Asia menor. El cruel Domiciano renovando, segun refiere Aulo Gelio, (1) los decretos del consulado de Estrabon y Valero Mesala, y los edictos de los censores Enobarbo y Craso, y mandando salir de Roma y la Italia á todos los filósofos, habría sin duda conseguido y en poco tiempo reducirlos al embrutecimiento, si la fortuna del imperio no le hubiera dado por sucesores los Trajanos y los Adrianos, los Antoninos y Marco Aurelios; mas en el dia, ni el incendio de millares de bibliotecas sería capaz de producir aquel efecto, ni el destierro ó el martirio de muchos hombres instruidos podría servir sino á satisfacer la cólera impotente y rabiosa de los Domicianos. La imprenta ha dado á los progresos de la razon, á nuestras ideas, un carácter de eternidad y de universalidad, que las han puesto al abrigo de todo contratiempo. Multiplícanse las luces tan prodigiosamente y se propagan con tal

(1) Aulo Gel, de Noct, lib. 15 cap. 11.

rapidez, que el error, desatentado y sin tiempo para el ataque ó la defensa, á duras penas puede salvarse; y se cuenta por feliz hallando un asilo ó mas bien una prision perpétua en el retiro sombrío de alguno de sus antiguos oráculos, ó en el gabinete tenebroso de un cierto número de cortesanos y ministros. ¿Queremos mas pruebas de esta verdad? Nuestra pátria es la mejor de todas. ¿Dónde, como entre nosotros, el error ingenioso ha multiplicado los medios de defensa? Y si ha sucumbido en la lucha, si la arbitrariedad y la supersticion no han perpetuado su imperio ¿ha sido por falta de hogueras y de cadenas, de hachas y verdugos? En este punto, amigo mio, al leer nuestra historia, al examinar nuestras antiguas instituciones, ya nos puede ser dado decir:

Si Pergama dextrâ
Defendi possent, etiam hac defensa fuissent.

Ni el número de los enemigos de las luces es el que exagera la artera malignidad de los que suponen ódios para crearlos, ni el que se figuran ciertos espíritus atrabiliarios y misántropos que se empeñan en no ver en la especie humana sino una raza de execracion, y en los hombres, autómatas dispuestos esclusivamente al impulso del mal. (1) Hay muchos hombres que no adoptan nuestras teorías, sin ser por esto nuestros enemigos: el mayor número, particularmente entre nosotros y en las circunstancias actuales, es el de aquellos que no habiendo sido nunca escitados á pensar sobre ciertas materias, no tienen acerca de ellas opinion alguna. Instruyamos sin insultar, seamos tolerantes en la opinion y moderados en las pretensiones, que en España hay virtudes y razon, y pocos serán los que opongan

(1) Cuando estas opiniones las ha producido el deseo de singularizarse, de hacer brillar un ingenio que no es juicio, ó de lucirse con los sofismas y paralogismos de una dialéctica frívola y sutil, deben hasta irritarnos contra sus autores. Mas, son bien dignos de nuestra compasion y nuestras lágrimas aquellos á quienes se les ha hecho formar la cólera del infortunio, la injusticia de los gobiernos....

la obstinacion al convencimiento, la insensibilidad á la desgracia comun; y no será dificil probar aun á los que mas sacrifican, que en la actual mudanza no están tan escluidos de la conveniencia general como se empeñará tal vez en persuadírselo un reducido número de parasítos.

La potestad real nada pierde de cuanto puede lisongear y tiene el derecho de exigir el amor propio de un monarca justo. Lejos de que se disminuya en lo mas mínimo el respeto debido á la magestad, los reyes, en la nueva organizacion de los tronos constitucionales, son entes de una naturaleza superior. Sustraidos al vértigo de las pasiones humanas, inviolables y elevados á una region casi celeste, el mal no se refiere á ellos; todo el bien es obra suya, y no parecen á los ojos de sus súbditos sino para recibir sus bendiciones, para ser acatados de sus pueblos. ¿Qué falta á su deificacion? Nada. Pierden la facultad de oprimir, el poder de ser injustos, es decir lo que nunca tuvieron; lo que convierte la divinidad en ídolo, el hombre en mónstruo. Si bien reflexionan, verán que de esa misma arbitrariedad tan decantada no existia para ellos sino el nombre, y que donde la cosa existia verdaderamente era entre las manos de sus favoritos que, al través de sus genuflexiones hipócritas, en el secreto de su corazon se reían de su crédula debilidad, y les despreciaban hasta el punto de mirarlos no mas que como unas máquinas manejables á su antojo, ó como pantallas á cuya sombra urdian en seguridad sus inícuas tramas. Si las constituciones al principio, resintiéndose del recelo harto escusable que puede inspirar la memoria de los antiguos abusos, han despojado la potestad real de alguna atribucion que deba convenirla, todas ellas sancionan los medios de corregirse á sí propias; desvanézcase el recelo por la confianza, y la fuerza de las cosas nos dirá bien pronto lo que esté mal en otras manos.

Los ministros no lo son verdaderamente sino por la constitucion. Bajo el despotismo no son sino criados de un señor, y

sus magníficos trages no pasan nunca de una librea brillante. Pendientes de las intrigas de un palacio, alternando en la influencia con ugieres y mozas de retrete, sin dignidad ni poder verdadero, se veian muchas veces precisados á trastornar todo su despacho, suscribir á injusticias irritantes, y en ellas á su propia ignominia, para contentar el caprichoso antojo de un favorito imbécil ó malvado. Su integridad era un escollo: ni sus talentos, ni sus virtudes, ni la fuerza de la opinion pública podian sostenerlos: el último palaciego les daba por alojamiento un castillo, y puestos á toda hora entre el dogal y la infamia, no podian salvarse sino á fuerza de humillaciones y bajezas.

Los grandes señores pueden continuar siéndolo. No se trata sino de variar el principio de su superioridad, su influencia y su gloria. Fundábase hasta aqui la superioridad de la nobleza en odiosos privilegios: pueden facilmente reemplazarla por la de las luces, que es la única justa y sólida. A ello les convida su riqueza; y si saben, por una conducta juiciosa, conservarla y sacar de ella este partido, su preferencia se hace indisputable y eterna. Su influencia no era sino la del favor; será en adelante la del talento y la dignidad. Su gloria consistia en nacer grandes; en lo sucesivo consistirá en serlo. Solo hay de cierto que en un régimen constitucional la ociosidad estúpida no inspirará sino el desprecio, y que en lo sucesivo, para ser considerado, será necesario servir de algo, ser útil. Apliquemos á nuestra nobleza lo que de la francesa se ha dicho por un historiador, ni jacobino, ni republicano: «Si los nobles dejan de considerarse como una nacion particular en medio del pueblo, es bien seguro que acabarán por ser mirados como la flor de la nacion.»

El clero en general no puede menos de ganar, y aun aquella parte que se vea forzada á hacer sacrificios, hallará bajo de un régimen juicioso motivos de tranquilidad y de consuelo. Tal vez la primera proposicion parecerá una paradoja: sin embargo no es mas que una verdad facilmente demostrable. El

clero entre nosotros estaba, como el pueblo, sometido á una aristocracia irritante, á una feudalidad bárbara. La parte útil del clero, los verdaderos obreros en la viña del Señor, los que en el confesonario y el púlpito enseñaban la moral, traian al descarriado al sendero de salud, enjugaban las lágrimas del afligido, y prodigaban al moribundo los auxilios del cielo, esos párrocos particularmente cuya dignidad augusta no puede nunca ser demasiado honrada ni premiada, se veian reducidos á la humillacion, á la pobreza. ¿Cuántas veces muchos de estos hombres venerables, encanecidos en las tareas de su ministerio, se veian precisados á pasear su hambre y su desnudez por las antesalas de mozuelos á quieñes apenas apuntaba el bozo, tan llenos de ignorancia como de presuncion y de vicios, y á quienes el favor habia elevado á una de las primeras dignidades de una metrópoli ó de un cabildo opulento? Y cuando se restablece el imperio de la razon ¿este mal tan urgente quedaría sin remedio? ¿Esta preciosa clase del estado sería desatendida y abandonada á su nulidad y su miseria? No es posible. El clero escesivamente opulento poco á poco dejará de serlo; y el clero útil empezará á gozar de aquella honrada medianía, de aquel holgado pasar, digna recompensa de sus importantes trabajos, necesaria al decoro de su digno ministerio, y la única conciliable con la razon y con el espíritu del evangelio.

Ni el clero regular está escluido de la utilidad general. Los ancianos, á quienes sería dificil ó peligroso el trastorno de sus antiguos hábitos, continuarán hasta el término de su carrera gozando de las dulzuras de su pacífica morada. Los que aun no están ligados por la fuerza de indisolubles votos, pueden satisfacer á los que de ellos exigen la naturaleza, la sociedad, el interés de la patria; y si abandonan lo mas perfecto, no es ciertamente sin indemnizacion. Renunciando á la idea de ser mejores, disminuyen los obstáculos, adquieren la certidumbre de ser buenos. Aquellos en fin que condujo al cláustro una voca-

cion espuria, que desconocieron el verdadero temple de su alma, la energía de sus inclinaciones, pero á quienes liga ya por siempre al altar la dignidad del sacerdocio, la profesion solemne de sus votos, podrán por una secularizacion fácil, templar un tanto el rigor de su destino; y ya que no les sea dado transigir con la austeridad de la virtud, hallarán en el comercio mas ameno de la sociedad, en los placeres de la amistad, el único medio de reemplazar en cierto modo las delicias de la paternidad.

Recorra vd., amigo mio, estas reflexiones y verá vd. á cuan poco debe reducirse el número de los interesados en combatir el régimen constitucional. Yo pienso que, si como me prometo del juicio de nuestros representantes, renunciamos al funesto delirio de quererlo hacer todo en un dia, podremos irlo estableciendo todo pacíficamente y con pequeña ofensa de los individuos. Despues de lo visto ¿qué no tendremos derecho á esperar de nuestros conciudadanos? Acuérdese vd. del tiempo discurrido desde principios de enero hasta el dia y dígame vd. ¿qué será imposible para nosotros cuando se trata de juicio, virtud y grandeza de alma? Desterremos, pues, de nuestro corazon bastardos recelos; acostumbrémonos á mirarnos, aun en la diferiencia misma de nuestras opiniones, como hermanos y no como enemigos, y persuadámonos firmemente que el primero de todos los imposibles es el retroceso á la antigua arbitrariedad.

No faltará tal vez quien quiera proponerme como una objecion la revolucion de Suecia de 1719, por la cual esta nacion sacudió el yugo del despotismo en que gemia, conservó la monarquia y restringió el poder del monarca. Estoy muy lejos de sostener que la causa de la libertad haya quedado absolutamente exenta de reacciones y episodios, ni desconozco hasta tal punto la historia del mundo moderno; sé que, contra las predicciones del Mably, en 772 por una revolucion contraria y sin grande esfuerzo, volvió Gustavo III á apoderarse casi de todo

el poder que habia tenido el intrépido y despótico Cárlos XII. No faltó tampoco por desgracia quien citase este ejemplo á Luis XVI, mas los que le citaron eran poco felices en elegir comparaciones. La objecion deja de serlo en boca de los que miran al Senado del año 72 como el tirano de la Suecia y á Gustavo como á su libertador, como el restaurador de los derechos justos del trono. Los que, como algunos publicistas, creyeron ver en la constitucion de 719 el modelo de los gobiernos representativos no deberán olvidarse de que Gustavo murió al fin asesinado en el año de 92; y los que, como yo, sin participar de la exaltacion de los unos ni de los otros, consideren la revolucion de 72 como un movimiento en que sucedió un despotismo á otro, hallarán que la trágica muerte de este monarca, adornado en verdad de muchas calidades estimables, los sucesos posteriores de la Suecia y su actual estado, convierten la objecion en un argumento sólido en favor de nuestra opinion, haciendo ver que en la lucha de todos los despotismos, lo que sobrevive al fin es la idea de una libertad fundada sobre estipulaciones, que van encadenando cada vez mas el imperio de la arbitrariedad. Un pueblo que en el siglo XIX se apodera y penetra de la necesidad de un pacto entre los que gobiernan y los gobernados, de esta idea de suyo tan luminosa y fecunda en consecuencias, no puede abandonarla ni aun por esterminio. Los vencedores, al suceder en los intereses de los vencidos, empezarian á profesar sus mismas opiniones.

Mas la imposibilidad del retroceso, si bien debe llenarnos de confianza, no prueba entre nosotros la unanimidad de las opiniones. Lejos de esto *es necesario contar con la oposicion*; y de lo que se trata es *de examinar por qué medios será menos violenta y temible.*

«El hombre no créa nada, dice el Loke del siglo XIX, (1)

(1) Desttut de Tracy, Elemens d' Idéologie. Tom. IV, Introd. párraf. 2.

«nada absolutamente hace de nuevo, ni preternatural, si es da-
«do esplicarse de esta manera. No hace nunca sino deducir
«consecuencias, hacer combinaciones entre lo que es ó existe;
«y le es tan imposible crear una idea ó una relacion que no
«tenga su origen en la naturaleza, como darse un sentido que
«nada tenga que ver con sus sentidos naturales. (1) Síguese de
«aqui tambien que, en cuantas investigaciones conciernen al
«hombre, es necesario llegar hasta este primer tipo, por que
«mientras que no vemos el modelo natural de una institucion
«artificial que examinamos, podemos estar bien seguros de no
«haber descubierto su generacion, y que por consecuencia no
«la conocemos completamente.»

La mayor parte de nuestros errores debe su orígen á la mania de asignar causas recónditas á todos los fenómenos físicos y morales, mientras que la naturaleza lo produce todo por principios y leyes sencillas. Asi es que nos hemos perdido en el dédalo inmenso de las hipótesis y de los sistemas por haber despreciado como triviales é indignas de nuestra grandeza aquellas verdades simples, aquellos hechos primitivos en que está la resolucion de todos los problemas, pero que comunes á las gentes iliteratas y á los sábios, parecian deprimir á estos, ó reducir á bien poco la diferencia entre ellos. Con efecto, «si no hubiese habido propiedad natural é inevitable, no la habria habido jamás artificial y convencional (2); ni hubiera habido en la sociedad igualdad de proteccion delante de la ley y desigualdad en las fortunas, si la naturaleza no nos diese el tipo en la igualdad de las necesidades, y la desigualdad de los medios. ¿Y será muy dificil descubrir el tipo de la idea, de la especie de ins-

(1) Con efecto, si nos mandáran determinar su objeto ¿cuál le designariamos? Abandonemos con confianza la cuestion al hombre mas ingenioso; por mucho que se atormente no sabrá salir de sí mismo, y autorizado á desear, no pasaria de pedir ó la mayor estension ó la mayor energia de alguno de los sentidos que ya tiene.

(2) El mismo Desttut de Tracy en el lugar arriba citado.

titucion en cuyo favor hablamos? Es bien ovio. ¿Quién podrá desconocerle? *La diferencia de nuestras opiniones es una necesidad de nuestra organizacion.* Nuestras ideas son el producto de nuesras sensaciones, ¿cómo, pues, tener las mismas ideas, las mismas opiniones, sintiendo de diferente modo? ¿Y cómo sentir del mismo modo con una organizacion diferente? Si nos habituásemos un poco mas á considerar bajo de este aspecto la diversidad de nuestros pareceres, estariamos mas dispuestos á mirar la tolerancia, no como una virtud gratuita y de conveniencia, sino como un acto de justicia.

Mas no hay que inferir de esta necesidad que entre el ladron y el robado, entre el asesino y el muerto no haya mas que una diferencia escusable de opinion. La tolerancia en este sentido sería la complicidad, el crímen mismo. De la conveniencia genérica de nuestros órganos se deduce tambien la uniformidad de nuestras sensaciones y de nuestros juicios sobre ciertas verdades que podemos llamar primitivas, elementares. El tipo está siempre en la naturaleza. El que no sintiese la evidencia de esta proposicion «una mas una son dos» sería un imbécil; á pocos hombres es dado elevarse y no perderse en las combinaciones asombrosas del álgebra. Asi es que, cuando se trata de aquellas verdades cuyos datos pueden ser valuados con dificultad, donde pueden influir las modificaciones accidentales de nuestra organizacion, ser intolerante es ser injusto. Apenas es posible, amigo mio, multiplicar mas que lo están entre nosotros las razones de conveniencia. Tenemos la misma edad, la misma profesion, muchas inclinaciones comunes, hemos leido los mismos libros, y sobre todo tenemos el mismo deseo de acertar; y sin embargo en nuestra pasada convulsion política cada uno de nosotros eligió diferente camino. Vmd. aconsejaba como Demóstenes la guerra á Filipo, yo creia como Focion que la resistencia era inútil, y que no nos quedaria de ella sino lo que tuviese de funesta. Reconozcamos, pues, la existencia natural, y á las

veces hasta inesplicable de esta diferencia, de esta oposicion en nuestras opiniones; y pues que por el mismo principio que nada podemos crear, no nos es dado tampoco aniquilar nada, hagamos con esta lo que hacemos con la propiedad, con la igualdad de nuestros derechos, y la desigualdad de nuestros medios. Sometámosla á leyes, á instituciones, á reglas que corrijan el esceso, y dirijan su uso. Degollar y perseguir, es la divisa de una faccion brutal. Dejar á todas las pasiones un desahogo, á todas las opiniones una esperanza, es en este punto el carácter de las instituciones sábias: son los principios del hombre de gobierno, y el mejor preservativo contra el espíritu de partido, contra el calor de las facciones. Nada mas opuesto á un régimen constitucional, que la preponderancia intolerante de una opinion: degenera al fin en imperio esclusivo, en tirania, cualquiera que fuere el principio de que se partió. La moderacion en el triunfo es el modo de asegurar la victoria. Este es el escollo en que han perecido muchos que vencieron; consultando poco á este principio aumentaron sus inquietudes, sus riesgos, no su fuerza, como dice Salustio hablando del triunfo de la nobleza sobre los populares gracos. (1)

La union política se convierte en una verdadera quimera si se la quiere hacer consistir en la unanimidad de las opiniones. El sistema en que no se ha contado ó calculado sobre la divergencia de ellas, deja abierta la puerta á la guerra civil. La oposicion existe, pues que es una necesidad de nuestra organizacion: todo lo que la fuerza puede hacer momentáneamente es que no parezca; oprimida, disimula, se concentra, y tal vez triunfa y se venga; y vé aqui como se viene á establecer en las naciones un círculo de reacciones y calamidades que convierten el amor mismo del bien público en facciones encarnizadas, la sociedad destinada á conservar, en un campo de batalla don-

(1) Sallust. bellum Jugurt. párraf. 46.

de no se piensa sino en destruir. Tal fué en el imperio de Oriente el carácter de las facciones de los azules y los verdes; en Inglaterra la guerra de las dos rosas; en Italia las divisiones de guelfos y gibelinos; en Francia las de los hugonotes y los guisas.

El legislador sábio, cual hábil mecánico, hace resultar la regularidad del movimiento de la resistencia misma de los medios, y el que no calcula sobre esta última, bien pronto verá sucederse á un movimiento impetuoso, la mas completa inmovilidad, á la violencia de una faccion el triunfo tiránico de un individuo. En fin, vuelvo á repetirlo, la diferencia ó la oposicion en nuestras opiniones existe: lo que se trata de saber es, si es mejor que exista enmascarada que descubierta, con el velo de la hipocresía ó sin disimulacion, que conspire, ó que contradiga. En el primer estado, reducida á la desesperacion, seduce, desmoraliza, mina y trastorna: en el segundo, y cuando la Constitucion ó las instituciones accesorias dejan un desahogo, una esperanza al triunfo de todas las opiniones, y en este sentido de todos los partidos, fiado en su razon ó en la influencia de otros medios, ninguno desespera de adquirir la preponderancia, se establece una lucha franca y leal, en la que, á excepcion de una que otra combinacion rara y siempre de corta duracion, el triunfo no puede menos de ser el del interés general, que es por necesidad el mas fuerte.

Esta lucha una vez establecida no solo evita tan funestos males, sino que produce bienes incalculables. Es necesaria para que las leyes en un régimen constitucional lleven consigo el carácter de justicia que las conviene, y para que tengan una obediencia libre, fácil, universal.

La deliberacion bajo el imperio de la libertad es absolutamente esencial á la adopcion de la ley. Aquella en que se hubiese prohibido toda discusion, careciendo de la calidad de deliberada, no seria una ley sino un acto de despotismo. Toda

ley, pues, antes de serlo, ha de haber pasado previamente por el estado de una proposicion controvertible, ó lo que es lo mismo admitida á discusion de oposicion. Luego la oposicion, ó por lo menos la libre provocacion á ella, es un elemento necesario á la justicia de la ley, y no podrá decirse ni justa, ni por consecuencia ley, aquella que no haya sido combatida y defendida.

En esta discusion, cuyo primer teatro es el cuerpo legislativo, toman parte los periodistas, los escritores de todos los partidos, el pueblo entero en sus diferentes reuniones. De esta frotacion de las opiniones salta al fin la chispa eléctrica de la verdad; la proposicion discutida recibe toda la ilustracion posible: la ley toma, por decirlo así, aquel carácter de generalidad que tan perfectamente se acuerda con su naturaleza y definicion, y su conveniencia y su justicia inspiran la mayor confianza.

Mas ó menos todo el mundo siente la verdad incontestable de este principio, «Yo soy solo el legislador de mi mismo. Nadie en la sociedad puede dictarme leyes en que mi voluntad no esté representada de alguna manera» Cierto es que á esta idea satisface suficientemente la ley de las elecciones; pero mi voluntad en el caso determinado es siempre la de mi opinion, y aquella voluntad implícita y de representacion es poco sensible, se pierde de vista, y de todos modos es insuficiente para aquietar á nadie sobre la injusticia, la falsedad ó la inconducencia de su opinion. El que no ve representada la suya, cree que ha sido, ó sofocada por parcialidad ó desoida por ignorancia. Así pues, para que el cuerpo legislativo corresponda á su objeto, satisfaga plenamente á la idea de su institucion y parezca sin contradiccion el representante de las voluntades de todos, debe cuanto sea posible, acercarse á ser el representante de las opiniones de todos. Asi organizado el cuerpo legislativo, los vencidos ó se convencen de su error, ó se resignan sin inquietud, y reservan el triunfo de su opinion para una combinacion mas feliz; y de

todos modos la ley preparada por esta discusion con los caractéres de ilustrada, justa y libre, halla en su ejecucion una obediencia fácil y universal.

Por este choque, esta oposicion de las opiniones en el cuerpo legislativo, la nacion entera se convierte en un Licéo, donde todos aprendemos y enseñamos, y este es sin disputa el medio mas poderoso como el mas difusivo para la propagacion de las luces. Por esta instruccion universal aquellos principios de derecho público de que mas esencialmente depende la felicidad de las naciones, degeneran en verdades comunes, toman el carácter de axiomas, y la ciencia como la propiedad se divide del modo necesario para que una nacion sea verdaderamente rica y sábia. Es lo uno y lo otro cuando cada uno sabe y posee lo necesario: ni es lo uno ni lo otro cuando toda su ciencia y su riqueza están entre las manos de un pequeño número de Cresos ó Licurgos. El debate de las opiniones establecido puramente entre escritores ó periodistas, inspiraria poquísimo interes: pasaria entre la generalidad por una discusion académica en que solo tomarian parte aquellos á quienes el amor de la virtud ó de la gloria compensa de ímprobos trabajos. Mas la contradiccion entre los legisladores da por producto la ley; la ley es el interés de todos, y á nadie le es indiferente el suyo.

Ni es la sola utilidad de este debate la de dar grandes oradores á la lengua, hombres grandes á la legislacion y la política; es no menos importante por la precision en que pone de delirar en público á los mantenedores del error. La elocuencia de la verdad los aniquila, y cuando es menester los arranca la máscara de la hipocresia, escita contra ellos la indignacion ó la risa, y de todos modos los desacredita y hace perder su influencia. Los defensores de las buenas ideas lejos de inquietarse ni irritarse por la contradiccion, deben provocar esta lucha. Si se paseasen solos por el circo, se privarian á sí mismos del honor de la victoria.

Ultimamente, la vida y la salud del cuerpo político como del cuerpo físico, consisten en un grado determinado de equilibrio y de energía; uno y otro mueren igualmente por la estenuacion del hambre, la consuncion de una tisis, los escesos de la intemperancia, ó la agitacion violenta de una convulsion fuerte. Que el poder legislativo se defienda contra las invasiones del poder ejecutivo: que tenga este contra aquel los medios de hacerse respetar dentro de los límites á que la constitucion le reduce: que la diferencia de las opiniones esté designada por la de los lados y partidos: que cada una de ellas tenga sus corifeos, sus escritores: todo es necesario, indispensable. Fijemos la vista sobre esos isleños que mandan al mundo. No hay mas que un medio de vencerlos... Imitarlos. Adios amigo mio.

MANUEL SILVELA.

SENTENCIAS.

Las mejores instituciones son una quimera política, un error funesto. Suponen hombres perfectos, y los que tales fuesen no necesitarian de ningunas. Mucho se pareceria á los que no quieren otras, el que buscando la yerba de la inmortalidad, hollase con desprecio las medicinales. Asaltado por la fiebre, lloraria entonces su tiempo perdido.

La especie humana está dividida en los buenos, que siempre son pocos, en los débiles, que es el mayor número, y en los perversos, que, con ser muy pocos, son siempre demasiados.

Tener razon y probarla con un lenguage moderado y digno es tenerla dos veces. Tener razon y quererla probar con un lenguage descompuesto y grosero, es dejar de tenerla.

Han abusado menos de su razon los que han dicho: «Hay un Dios, luego el Papa debe mandarlo todo,» que los que posteriormente han dicho: «El Papa lo manda todo, luego no hay

Dios.» En el órden moral los estremos no son los dos puntos mas distantes. El justo medio dista de los estremos mas que lo que estos distan entre sí. No hay mas que un paso de la supersticion al ateismo, y otro de los horrores de la esclavitud á los de la anarquía.

¿Qué seria del hombre, si reducido á la fugaz y rápida existencia del momento en que habla, no le fuese dado componer su felicidad de antiguas y gratas memorias, de venideras y dulces ilusiones? Su suerte seria muy poco para codiciada: sus goces apenas merecerian este nombre; y su felicidad, casi puramente negativa, consistiria mas bien en la privacion del dolor que en sensaciones plácidas.

La prosperidad ó la desgracia son, por decirlo asi, los dos estremos del barómetro que consultan las almas á quienes cupo en suerte la ingratitud ó la bajeza.

Las leyes tiránicas desmoralizan siempre, porque disminuyen el respeto que sin ellas se tendria á las justas.

De dos modos podemos ser ricos, ó aumentando nuestros medios, ó disminuyendo nuestras necesidades.

La verdadera ciencia no puede producir sino virtudes. Aquel á quien la Providencia concedió la gloria de ser por el talento el *primero*, tiene sobre sí la obligacion de ser el *mejor*.

Los grandes, los poderosos no tienen mas derechos sobre el débil, que la obligacion de protegerle; ni el sábio mas superioridad que la de ser mas virtuoso que el ignorante.

Las utopias son casi siempre funestas. El todo ó nada es un absurdo. Lo primero no conviene sino á Dios: lo segundo á nadie.

No debemos sacrificarlo todo á la imitacion; ni dejar de imitar por orgullo lo que no tuvimos la fortuna ni el trabajo de inventar, ó de egecutar los primeros.

La virtud es antes que la ciencia. Si esta merece respeto, á aquella se la debe culto.

Pobreza, Deshonra, Vicios, Crimenes:

He aquí los frutos amargos de la ociosidad.

Independiente no es
El que de nadie depende,
Sino el que depende solo
De la razon y las leyes.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

ADVERTENCIA V
Noticia de la vida y escritos de don Manuel Silvela. . . VII
Discurso preliminar de la *Biblioteca selecta de literatura española*. 1
Literatura romana. 17
Renacimiento de las buenas letras y principio de la literatura moderna. 60
Formacion de la lengua castellana é infancia de nuestra literatura desde el siglo XII hasta el XV. 75
Literatura española del siglo XV en adelante, limitada á los escritores prosáicos. 78
Utilidad de la poesía: su influencia moral sobre la civilizacion y las costumbres. 108
Indole primitiva y carácter original de nuestra poesía: su primer artificio métrico. 117
Carácter y artificio de la poesía moderna. 123
Infancia de nuestra poesía hasta don Juan el Segundo. . 127
De nuestra poesía desde el reinado de don Juan el Segundo hasta los tiempos de Boscan y Garcilaso. 139
Desde Boscan y Garcilaso hasta Góngora. 147
De nuestra poesía desde Góngora en adelante. 173
Resúmen. 185
Primera observacion. . . . . Id.
Segunda observacion. 192
Noticias biográficas de varios autores.—Prosadores. . . 198
Aleman (Mateo). . . . . Id.
Argensola (don Bartolomé). 200
Avila (V. Juan de). . . . . Id.
Avila y Zúñiga (don Luis de). 201
Ayala (don Pedro Lopez de) 202
Cervantes Saavedra (Miguel de). 203
Cibda-Real (Fernan Gomez de). 204
Coloma (don Cárlos). 205
Estella (Fr. Diego de). . . . . Id.
Feijoo y Montenegro (Fr. Benito Gerónimo). . . . . Id.
Fuenmayor (don Antonio). 206

Gracian (el P. Baltasar). 206
Granada (Fr. Luis de). . . . . Id.
Guevara (Fr. Antonio de). 207
Guzman (Fernan Perez de). 208
Leon (el Mtro. Fr. Luis de). 209
Malon de Chaide (Fr. Pedro). 211
Manuel (don Juan). . . . . Id.
Mariana (el P. Juan de). 212
Marquez (el P. Fr. Juan). 213
Mayans y Siscar (don Gregorio). 214
Mejía (don Luis de). . . . . Id.
Mejía (don Pedro). . . . . Id.
Mendoza (don Diego Hurtado de). . . . . Id.
Moncada (don Francisco de). 217
Nieremberg. (el P. don Juan Eusebio). . . . . Id.
O Campo (Florian de). . . . . Id.
Oliva (el Mtro. Fernan Perez de la). 218
Palacios Rubios (don Juan Lopez de). . . . . Id.
Palafox (el illmo). 219
Perez (Antonio) . . . . . Id.
Pulgar (Fernando ó Hernando del). 223
Quevedo y Villegas (don Francisco de). . . . . Id.
Roa (el P. Martin de). 225
Rua (el Br. Pedro de). . . . . Id.
Saavedra yFajardo (don Diego de). . . . . Id.
Salazar (Francisco Cervantes de). 226
San Juan de la Cruz. 227
Santa Teresa de Jesus. . . . . Id.
Sigüenza (Fr. José). 228
Solís y Rivadeneira (don Antonio). 229
Torre (Br. Alfonso de). . . . . Id.
Valera (Diego de). . . . . Id.
Velez de Guevara (Luis). 230
Venegas (el Mtro. Alejo). . . . . Id.
Villalobos (Dr. don Francisco de). 231
Yepes (Fr. Diego de). . . . . Id.
Zárate (Fr. Fernando de). 232
Zúñiga. . . . . Id.
Poetas.—Acuña (Hernando). 233
Alcázar (Baltasar de). . . . . Id.
Alfonso el Sábio. . . . . Id.
Argensolas. 240
Arquijo (don Juan). 241

Balbuena (Bernardo). 241
Berceo (Gonzalo). . . . . Id.
Boscan de Almogaver (don Juan). . . . . Id.
Castillejo. 242
Céspedes (Pablo de). 248
Cetina (Gutierrez de). 249
Cueva (Juan de la) . . . . . Id.
Elisio de Medinilla (Baltasar). . . . . Id.
Ercilla y Zúñiga (don Alonso de). 250
Espinel (Vicente de). 251
Espinosa (Pedro). 252
Esquilache (príncipe de). 253
Figueroa (Francisco). . . . . Id.
Figueroa (Cristóbal Suarez de). . . . . Id.
Garcilaso de la Vega. 254
Gil Polo (Gaspar). 255
Gomez de la Torre de los reyes (Cosme). . . . . Id.
Góngora y Argote (don Luis). 256
Herrera (Fernando de). 257
Jáuregui (don Juan). . . . . Id.
Leon (el mtro. Fr. Luis de). 258
Lorenzo (Juan). . . . . Id.
Luzan (don Ignacio). . . . . Id.
Manrique (don Jorge). 260
Manuel (don Juan). . . . . Id.
Manuel (don Francisco). . . . . Id.
Martin ó Martinez de la Plaza (Luis). 261
Mena (Juan de). . . . . Id.
Mendoza (don Diego Hurtado de). . . . . Id.
Mira de Mescua (don Antonio). . . . . Id.
Montemayor (Jorge). . . . . Id.
Pacheco (Francisco. 262
Padilla (Pedro). . . . . Id.
Pitillas (Jorge). . . . . Id.
Polo de Medina (Salvador Jacinto). 263
Quevedo y Villegas (don Francisco). . . . . Id.
Rey de Artieda (Andrés). . . . . Id.
Rioja (Francisco de). . . . . Id.
Rufo Gutierrez (Juan). . . . . Id.
Santillana (Marqués de). 264
Tejada Paez (Agustin). 266
Torre (Br. Francisco de la). . . . . Id.
Ulloa y Pereira (don Luis). . . . . Id.

Vega Carpio (Lope Felix de). 266
Villaviciosa (don José). 267
Villegas (don Esteban Manuel de). . . . . Id.
Correspondencia de un refugiado con un amigo suyo de Madrid.—Carta primera. 269
Carta segunda. 275
Carta tercera. 285
Carta cuarta. 295
Carta quinta 311
Sentencias. 327

FE DE ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
x	18	Vióse	Dióse
xxxx	13	en cama; sin que	en cama, sin que
xxxxi	14	orgánica aparecia	orgánica: aparecia
29	26	pueblo proclamaba	pueblo, proclamaba
46	7	Lascarias	Láscaris
50	17	Florentino	Florentin
99	25	diciénnonos	diciéndonos
166	10	Maquiabelo	Maquiavelo
183	7	quintas esencial	quintas esencias
271	11	la eternidad, Si, amigo	la eternidad. Si, amigo.
277	29	y tenga la fuerza	y tengan la fuerza
281	22	su orígen, á esa ley	su origen á esa ley
282	1	revindicar	reivindicar
288	11	sus aspcctos	sus aspectos
290	1	como está	como esta
295	Entre la primera y segunda línea falta *Burdeos* 1820.		

1	18	Hace	Dice
xxxx	19	en cuanto en que	en cuanto, en que
xxxxi	14	overtoces apareció	organizó: apareció
30	19	que ala proclamaba	pueblo, proclamaba
40	7	Lacerio	Lacerio
50	17	Eleuterio	Eleuterio
60	20	deficiencias	deficiencias
100	10	Magnificado	Magnificado
183	7	quedaba esencial	quedaba esencial
214	14	la diversidad, si,	la diversidad, si,
			analogo
227	20	y tomo la forma	y tomo la forma
261	22	su origen á esa ley	su origen á esa ley
262	1	revindicar	reivindicar
268	11	sus sujetos	sus sujetos
280	1	como está	como está

Fuera la primera y segunda fueron hechas [illegible].

459594

Silvela, Manuel
Obras postumas. Vol.1.

LS
S 5876

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED